

ALEXANDRA ROMA



zafiro♥

Índice

[Portada](#)

[Dedicatoria](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Epílogo](#)
[Biografía](#)
[Notas](#)
[Créditos](#)

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

PlanetadeLibros.com

**Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:**



Explora Descubre Comparte

*Para Esther, mi editora, mi hada madrina.
Gracias por cambiar mi mundo*

Prólogo

El mundo gira tan deprisa que en ocasiones no somos capaces de seguir su movimiento. A veces necesitamos detener el tiempo y evadirnos de la realidad. Dejar a un lado las rutinas del día a día y alejarnos de la gente que nos rodea para estar con nosotros mismos. Silenciarlo todo y escuchar nuestra propia voz acallada con el ruido. Encontrarnos en pequeñas acciones insignificantes para el resto, pero que a nosotros nos relajan.

Mi padre, por ejemplo, suele realizar labores de albañilería cuando tiene un rato libre. Disfruta colocando un ladrillo encima de otro, pintando paredes desconchadas hasta inundarlas de color o montando los muebles de nuestros conocidos que se han independizado y han acudido a la económica tienda IKEA. Mi madre, por el contrario, se evade de la realidad y encuentra su propia salida a los problemas a través de las películas monótonas y repetitivas de Antena 3 los sábados por la tarde. Se conoce la mayoría, e incluso he llegado a pensar que se sabe los diálogos de memoria, pero eso no supone ningún impedimento para ella. Esas historias trágicas y predecibles la llevan a un lugar oculto en el que recarga la energía necesaria para afrontar las labores domésticas y sus hábitos entre semana.

En mi caso, recurro a la fotografía. No soy una experta ni he expuesto ninguna de las imágenes que he tomado a lo largo de mis años de afición. No me considero una artista bohemia ni tengo intención de elevar esta faceta mía a algo más que un hobby. Me gusta que sea mi secreto. Un momento mágico en el que sólo estamos la cámara, el mundo a través de la lente y yo.

No me centro en retratos o en paisajes. Cuando llevo mi mochila con la Nikon colgada al hombro, cualquier cosa puede ser susceptible de quedar inmortalizada con un clic. A veces, quedo atrapada en movimientos o gestos de animales; otras, dos personas anónimas caminando de la mano captan mi atención. En ocasiones incluso los objetos inertes se vuelven los protagonistas cuando la luz incide en ellos de un modo llamativo, casi

mágico. Las grandes ciudades y los paisajes de ensueño no encuentran espacio en el disco duro donde guardo todas esas estampas. Sólo las pequeñas e insignificantes vistas y acciones. De hecho, cuando vuelvo a verlas una vez que llego a casa, puedo deducir mi estado de ánimo por las imágenes que he tomado. No lo hago de una manera consciente pero, si estoy feliz, suelo buscar objetos, espacios y protagonistas coloridos, con movimiento y alegres y, si estoy triste, todo parece más gris y estático. También hay días en los que mi vaso está medio lleno o medio vacío. Ésas son las ocasiones en las que más puedo sorprenderme con lo que mi subconsciente elige fotografiar. Si fuera una artista, serían los momentos idóneos para decir que ha bajado una musa a ayudarme de los cielos bendiciéndome con un enorme talento.

Era uno de esos días. Había terminado mi contrato de becario en una productora. Durante el tiempo que había estado en la empresa, no todo había sido como lo imaginaba en la realidad idealizada de la profesión que tenía en la cabeza. Una fantasía con la que había soñado muchísimas veces mientras estudiaba, pero la teoría siempre es bastante diferente de la práctica. Mi labor se había reducido a algo menos que a la de una secretaria de todos y cada uno de los miembros del equipo. No obstante, yo no era dramática. Bueno, un poquito, pero tendía a quitarle hierro a las cosas. Por este motivo, el mundo no se me había caído encima por la noticia que recibí, ya que a lo largo de mi vida había aprendido que había muchas cosas más serias por las que preocuparse.

Que no me renovasen era una opción. Así estaba el mundo. Daba igual que hubiera trabajado más horas que nadie, asumiendo funciones que no me correspondían y por las que recibía una buena bronca si algo salía mal, mientras tenía que ver cómo otros se llevaban el mérito si todo iba perfecto. Sólo era una persona, y me habían dejado claro que todas éramos prescindibles, que jugaban con nuestras ilusiones para hacernos creer que, si nos esforzábamos, tendríamos una oportunidad, y nos daban una patada en el culo una vez dejaban de poder abusar de nosotros como mano de obra barata, sufriendo en nuestras propias carnes esa mentalidad del empresario de que ante todo había que reducir costes. Ésa era la generación que me había tocado vivir. No conocía otra. Pensar que cualquier tiempo pasado fue mejor o ir al pub más cercano y pillarme un pedo de colores para contarle al camarero lo injusto que era el mundo no me serviría de nada. Tenía que adaptarme para sobrevivir.

Si había un término que podía definir mi estado de ánimo era *decepción*. Por eso, nada más llegar a mi pequeño piso, en lugar de encerrarme y maldecir el día en que la palabra *crisis* había entrado a formar parte de mi vocabulario habitual, había cogido la Nikon para experimentar qué tipo de fotografías podían salir con ese sentimiento al que no estaba tan habituada.

Había ido en la línea 1 del metro hasta la parada de Buenos Aires y allí había comenzado a andar hasta el parque que yo llamaba «Las Siete Tetas» desde que era una adolescente. Sabía que tenía otro nombre más bonito y profesional, pero para mí siempre sería el que frecuentaba a los catorce años cuando pasaba todos los sábados por la tarde allí con mis amigas haciendo botellón con un cartón de vino para diez personas.

Las Siete Tetas era un parque cubierto de un césped verde brillante que contrastaba con los tonos marrones de los edificios de alrededor. Estaba compuesto por montañas ovaladas, con una forma similar a la silueta de unos pechos —de ahí su nombre—, con diversos árboles en su periferia que invadían algunas zonas pavimentadas. Había senderos entre las diferentes «tetas», por los que la gente andaba, iba en bicicleta o paseaba a sus mascotas, y áreas infantiles donde los más pequeños disfrutaban de la limitada libertad que ofrecía Madrid.

Mi «teta» favorita era la única en la que había una cafetería y a la que entraba por una zona de columpios en la que siempre, daba igual la época del año que fuera, había niños jugando al fútbol y tenías que pasar con cuidado de que no te diesen con la pelota. El color y el tamaño eran exactamente iguales que en las demás. Entonces ¿por qué me gustaba más que el resto? La respuesta estaba clara. Cuando llegabas al punto más alto de su cima, la inmensidad de Madrid asomaba a tus pies y, por un instante, te sentías la reina del mundo, como si lo estuvieras coronando. Podías ver desde las torres KIO hasta el pirulí, pasando por el Palacio Real. Además, al estar tan alto, las montañas de la sierra asomaban imponentes detrás de la capital, como si la custodiaran. Unas veces, con tonos blancos en su pico, otras teñidas de verde, y algunas con un tono amarillento, según la estación del año.

Me detuve en la parte más alta de la montaña y coloqué mi trípode anclándolo en el suelo. No fue hasta que me asomé al visor cuándo comprobé que no estaba sola en mi «teta», sino que había alguien más: un chico que permanecía sentado con las piernas cruzadas dándome la

espalda, ensimismado con un atardecer que teñía el cielo de tonos dorados, rosáceos y azules, con las nubes moteando la superficie de blanco.

No quería sacarlo en la foto, pero tampoco tenía más remedio, puesto que no me veía con la suficiente cara dura como para acercarme y pedirle amablemente que se apartara. Al fin y al cabo, él tenía el mismo derecho que yo a estar allí maravillándose con el espectáculo de la naturaleza fusionado con la obra del hombre.

Moví un centímetro la Nikon para que abarcara más césped por la parte inferior, comprobé cómo quedaría la fotografía y asentí satisfecha con el resultado. La imagen era perfecta para ese día y mi estado de ánimo. Pensé que, si la desilusión y la decepción tenían en mí un efecto tan bello, tal vez deberían ser sentimientos que experimentara más a menudo.

Me preparé para presionar el botón y hacer la fotografía y, mientras pulsaba, noté la presencia de alguien a mi lado, siendo vagamente consciente de que el chico que había permanecido como un modelo inmóvil de espaldas a mí se había girado para recibir a esa nueva persona.

No me paré a mirar si se trataba de un chico o de una chica. Me concentré en observar el resultado a través de la pequeña pantalla de la Nikon. Mientras miraba el resultado, no presté atención al chico que se había girado en el preciso instante en que había sonado el clic. Sólo tenía ojos para el paisaje que había fotografiado.

Me marché entonces sin saber que, en ese momento y dentro del encuadre de la imagen, había capturado un instante en la vida de otra persona que lo cambiaría todo.

Llegué a casa pasadas las nueve de la noche y la encontré vacía.

Estamos paseando por Gran Vía. Tanto ejercicio hará que caigan unas cañas seguro ;D. Si te animas, ¡llámame! Pascual.

Releí la nota rechazando con la cabeza la invitación. Mis compañeros se habían ido del piso y, por raro que pareciera, tal vez eso era lo que más necesitaba. Silencio y poner las ideas en orden. No me apetecía empezar el bucle de días en el que tendría que contar una y otra vez cómo mi jefa, que nunca llegó a aprenderse mi nombre, había prescindido de mí mediante un escueto y consistente email.

No podemos ampliar tu período de prácticas. Cuando termines la jornada, recoge tus cosas. Rosana.

No quería recordarlo porque me encendía, y si algo tenía era carácter. No hacía falta que enumerara los motivos por los que debería haberme quedado o su falta de consideración al echarme, como si los becarios, por el mero hecho de cobrar una mierda, no nos mereciéramos ni un adiós en condiciones. No, no era productivo ni para mí ni para el rumbo que quería dar a mi vida. Una especie de momento zen para relajarme y no hacer una muñeca con la cara de mi ex jefa para iniciarme en el noble arte del vudú, clavándole agujas en todos los sitios que sabía que estaba rellena de silicona.

Por eso, focalicé toda mi energía negativa en hacer algo de provecho, aunque era consciente de que criticarla hasta que me quedara seca me haría sentirme a gusto. Desde hacía mucho, sabía lo que quería ser, pero nunca había tenido tiempo para dedicarme a ello. Ese día no había excusas ni citas apuntadas en esa agenda que dirigía mi vida.

Imaginación, seguramente ésa sería la palabra por la que todos mis conocidos me definirían si tuvieran la oportunidad. Desde que podía recordar, las historias acudían a mi mente sin previo aviso, y tenía la necesidad de plasmarlas en el papel. Algunos pensaban que estaba un poco chiflada y se me iba la cabeza de vez en cuando. Para mí, era un don que me servía para entretenerme y evadirme en las tediosas reuniones en las que no tenía ni voz ni voto. Simplemente necesitaba desconectar de la aburrida realidad y, *voilà!*, podía trasladarme a tiempos pasados, ponerle el rostro de amargada de mi jefa a la antagonista y darle su merecido o elegir un muso que estuviera de buen ver y fantasear hasta acalorarme.

Iba a contar una historia. Escribiría el guion de mi primera película con la esperanza de que los protagonistas algún día fueran de carne y hueso y pudiera verlos en la gran pantalla. Sin excusas, poniendo en cada línea de diálogo todo mi esfuerzo. Sería tal y como siempre había soñado y, si no lo lograba, por lo menos me lo pasaría bien durante el proceso y no me tiraría de los pelos si no me llamaban aunque mandara una media de cien currículum diarios.

Segura de mí misma y sin valorar lo complicado que sería cumplir ese sueño, abrí el Word y experimenté por primera vez una sensación: mis dedos no recorrían de manera instintiva las teclas, la sucesión de imágenes

no aparecía, era como si la inspiración me hubiera abandonado.

¡No me lo podía creer! No ese día, a esa hora, cuando por fin me había decidido. ¿Quién había firmado las vacaciones de mis musas? Porque, desde luego, yo no había sido. Las necesitaba a mi lado.

Nerviosa, revoloteé por la habitación, puse música para sugestionarme, leí proverbios en internet, me asomé por la ventana a ver qué hacía la gente, encendí la tele... Lo intenté de todos los modos que conocía, pero el resultado seguía siendo una enorme página en blanco.

Pasaron las horas y aumentaron los cafés, pero la situación no mejoraba. Cansada, me dejé caer sobre el teclado del ordenador y me di golpes con la cabeza, inundando el documento de letras al azar y sin sentido alguno.

«¡No puedes rendirte tan pronto, Bianca! ¿Serás cobarde?», me animé.

Mi conciencia decidió intervenir con fuerza, al más puro Pepito Grillo cabreado y con guantes de boxeo. Fue como si me golpeará al grito de «¡Espabila y déjate de dramas!». Levanté la cabeza de repente limpiándome con el dorso de las manos unas lágrimas de impotencia que no sabía cuándo habían empezado a brotar pero que habían conseguido que se me corriera todo el maquillaje. Y entonces lo vi. Tuve que parpadear un par de veces para poder creerlo. Aparté todos los iconos de carpetas e imágenes hasta que sólo quedaba él en el escritorio de mi portátil.

Minutos antes, en mi intento desesperado en busca de la idea perfecta, había descargado todas las fotos de mi Nikon y, al azar, había puesto una del parque que había hecho esa misma tarde, como fondo de pantalla. No me había dado cuenta entonces de que se trataba de aquella en la que el chico se había girado para recibir a la persona que, sin querer, me había movido.

Él y su mirada dirigida a un lado de la imagen. Él y su arrebatadora sonrisa de recibimiento. Él y esos ojos marrones que tenían vida propia y hablaban. No necesité nada más. Los dedos comenzaron a teclear tan rápido que al cabo de un rato llegué a sentir dolor por la violencia con la que estaba golpeando las letras. Era como si no quisiera que se escapara ni una sola línea o palabra de la escena que estaba escribiendo. Mi imaginación voló y me inventé su historia. Y esa imagen sería el incidente desencadenante, el momento en el que mi guion de ficción cobraría

sentido y atraparía al espectador. Todo empezaría con él. Mi protagonista desconocido.

Sonreí satisfecha. Iba a triunfar. Sólo tenía que trasladar lo que ese hombre transmitía al papel. Además, contaba con un elemento extra para hacerlo: había atrapado su esencia en una fotografía.

CAPÍTULO 1

Una tormenta de verano con la que acabé empapada, engancharme la falda de tubo negra en los asientos del andén y desgarrarla por detrás, teniendo que colocarme la chaqueta atada a la cintura para que no se me viera el culote, y perder el metro en mis narices justo cuando alcanzaba el vagón: ésas eran las señales que me indicaban que ese día no iba a ser mejor que los anteriores. Murphy se había convertido en mi mejor amigo y me castigaba con su presencia jornada tras jornada.

Hacía ya meses que había terminado el guion de mi obra maestra (o eso quería creer yo). El título era *En el baúl de los recuerdos*, y se trataba de un drama romántico que tenía como trasfondo el Alzheimer.

Cuando escribí el punto y final de una historia inspirada por la mirada de un desconocido que ahora se me hacía muy familiar, creí que todo estaba hecho. Releí el guion un par de veces durante las correcciones y me convencí de que se trataba de una historia tan especial que las productoras se pelearían por ella.

Estaba tan segura, y tenía el ego tan hinchado, que me dirigí en primer lugar a las productoras con más renombre del panorama español, aquellas cuyos títulos estaban acompañados de los numerosos galardones que habían ganado. Les dejé el manuscrito y no me separé del móvil los días siguientes, convencida de que me llamarían como en las películas americanas y se pelearían por mí. Poco más y aprovecho el tiempo para gastarme los pocos ahorros que me quedaban en algún vestido mono para la premier.

¡Qué ilusa era!

Era tal mi optimismo que incluso dejé de mandar currículum porque, con mi enajenación mental transitoria, lo veía un poco una pérdida de tiempo, dado que tarde o temprano acabaría trabajando en la producción de mi propio guion. No necesitaba abuela...

«Nadie que lo tenga entre las manos lo dejará escapar», me repetía cada noche mientras comprobaba que el buzón de mi email seguía vacío y como mucho me había llegado propaganda, como, por ejemplo, un

anuncio de una tienda que vendía unos alargadores de pene que hacían aumentar el tamaño un mínimo de —atención al dato— diez centímetros. Lo primero, ¿es que no revisaban las bases de datos para mandárselo sólo a los hombres? Lo segundo, ¿diez centímetros? ¡Estamos locos! Si a la media española le añadíamos diez centímetros se obtenía algo más similar al miembro viril de un caballo que de un humano. Más que relamerse cuando lo vieran las mujeres, saldrían corriendo para no acabar la noche en el hospital más cercano o ser incapaces de andar al día siguiente.

Las valoraciones se hicieron esperar, pero finalmente llegaron y, la verdad, casi mejor que no lo hubieran hecho nunca y me hubieran permitido vivir unos meses más con el pecho hinchado como si fuera un pavo real en lugar de obligarme a expulsar el aire como si fueran gases.

Las respuestas eran impersonales y se notaba a la legua que se trataba de una contestación tipo para poder enviar en masa a todos los aspirantes rechazados. Algo tan mecánico como las nuevas aplicaciones para móviles en las que, si alguien no te gusta, sólo tienes que deslizar el dedo hacia la derecha. ¡En algunos hasta confundían el nombre del guion, por el amor de Dios!

Llegados a este punto, y con menos humos, bajé un poco las aspiraciones y me hice un listado con las productoras que me sonaban, aunque no tuvieran tanta fama. En plan, no puedes empezar jugando en el Madrid o el Barça, el Atleti también está muy bien.

Pero nada.

Desesperada, mandé el guion a diestro y siniestro a todas las empresas que decían producir películas sin mirar si realizaban *thrillers*, comedias, drama o porno. Ya me daba igual quién lo llevara a cabo, sólo quería ver mi esfuerzo y mi trabajo gratificados en forma de imágenes en la gran pantalla, que mi nombre saliera en los créditos y tal vez hacer algún cameo absurdo por el que luego me avergonzara mientras todos mis amigos se reían de mis pocas dotes para la interpretación.

Mi último arrebató de locura me permitió conocer las instalaciones de muchas empresas que, por lo menos, tuvieron la delicadeza de recibirme en persona para dejarme defender mi obra durante... ¿treinta segundos mientras anotaban cosas en un folio en blanco?... Eso se parecía más a una oposición que a reunirme con colegas de la profesión.

Había descubierto que existían tres tipos de productores: aquellos que, cuando hablabas con ellos, notabas que ni siquiera habían leído la

historia; los que se preocupaban sólo por el dinero que costaría y las posibilidades de que se generara un fenómeno fan, y los que te trataban con tanta amabilidad que te hacían ilusionarte para luego cerrarte la puerta en las narices con la maldita frase, lo que me sentaba peor que llegar a una tienda y comprobar que había aumentado una talla de vaqueros: «Es un guion novedoso, fresco y con muchas posibilidades, pero tú no eres conocida. No eres buena comercialmente hablando». ¿Cómo querían que me hiciera un nombre si no me daban una oportunidad? El misterio de mi existencia...

Mientras bajaba del metro e introducía la dirección en el móvil para poder llegar a la reunión, me pregunté en qué tipo podría clasificarse John Logan, el hombre con el que iba a encontrarme esa misma tarde y productor jefe de Chance Productions.

Aunque por ahora no me había dado resultado, esa mañana había seguido el mismo ritual que en las anteriores ocasiones. El despertador había sonado a las siete y, para ahuyentar el estrés que me acompañaba, había salido a correr más o menos quince minutos, de los que había pasado diez con la lengua fuera. Una vez en casa había limpiado el apartamento, me había dado una ducha y había desayunado un zumo con una barrita de pan con tomate y aceite. Después me había preparado algo de comer y me había tumbado a ver las noticias y, por último, me había vestido con mi falda de tubo negra ceñida, la camisa blanca y una chaqueta verde esperanza que había comprado el día de la primera cita.

En cierta manera, había elegido ese conjunto de ejecutiva agresiva muy hollywoodiense para el día que consiguiera mi sueño y aún no me había resistido a cambiarlo o descartarlo, aunque estaba resultando ser un poco gafe. Lo único malo es que ahora, gracias a mi mala suerte, estaba roto por el trasero (menos mal que la chaqueta lo tapaba) y ya no podría ponérmelo nunca más. Así que o ese día se producía la noticia que llevaba esperando desde hacía meses, el milagro, o definitivamente tendría que cambiar mis hábitos y rutinas para próximos encuentros.

Una vez en el exterior de la boca del metro, comprobé que el tiempo había mejorado. Las nubes grisáceas seguían oscureciendo el cielo y en la sierra de Madrid estaba teñido de un negro que amenazaba a los habitantes del norte de la capital con una de esas tormentas épicas. Sin embargo, en mi zona se habían colado algunos rayos de sol.

Repiqueteando con mis tacones sobre el pavimento mojado y tratando

de no resbalar y terminar haciendo algún que otro largo en los charcos, seguí la dirección que me indicaba el móvil hasta llegar a mi destino. No sé cómo la gente podía sobrevivir sin esas aplicaciones. De verdad. Yo, que me perdía en una recta, ahora era capaz de llegar a los sitios sin estar media hora dando vueltas.

Como de costumbre, se trataba de una nave en un polígono industrial alejada de la ciudad, sin vecinos o habitantes en las inmediaciones. El glamur con el que había imaginado los estudios de cine se había esfumado en mi primera visita, por eso esta vez no me extrañó. Ya estaba acostumbrada a encontrarme los estudios en espacios en los que pegaba más que hubiera un intercambio de drogas entre dos narcotraficantes que ver a Mario Casas o a Blanca Suárez llegar a trabajar.

La pintura blanca desconchada se desprendía de las paredes exteriores. Los grafiteros habían hecho pintadas en la fachada que no sabía si definir como arte u obscenidad. La cuestión es que eran un poco guarros, con una concepción del amor demasiado explícita, pero me gustaban. Además, habían tenido mucho espacio para hacer un buen mural, ya que la nave era bastante amplia. No sabría decir el número de metros cuadrados, pero lo suficientemente grande para que IKEA pudiera hacer una de sus tiendas laberinto en su interior.

Me dirigí directa a la puerta principal mientras veía cómo entraban y salían camiones y furgonetas. Seguramente estarían preparando el set del interior del estudio para alguna nueva producción.

Nerviosa, como me ponía cuando sabía que estaba en juego algo importante, llamé al timbre y esperé a que me abrieran, con un ligero picor en la nariz. Estaba segura de que no tenía ningún moco, pero aun así siempre tenía esa sensación antes de una cita importante. Saqué el pañuelo y me limpié por si acaso.

Un pitido me indicó que acababan de abrirme la puerta de la entrada.

Tal y como suponía, al otro lado había un pasillo con dos direcciones. La lateral, que llevaba a los platós y desde la que podía ver las paredes que cercaban los decorados, los cables de sonido y los focos de iluminación que colgaban, y la que seguía de frente, en la que se distinguía una pequeña sala de espera que, seguramente, daba a los despachos de los jefazos.

Con decisión, fui directa a la sala.

—La señorita Langreo, ¿no? —me preguntó la recepcionista

mientras consultaba el reloj para ver si había llegado a la hora a la que estaba citada o me había retrasado.

—Sí —me apresuré a contestar, contenta de haber salido con tiempo de casa y de que mi pérdida del primer metro no hubiera afectado a mi puntualidad.

—¿Puede dejarme su DNI? —solicitó la mujer, sacando un formulario de seguridad que probablemente debía rellenar con cada visita.

—Tome. —Se lo tendí con la mano temblorosa.

—Muchas gracias. —Me sonrió de una manera familiar para tranquilizarme. Era una mujer de unos cincuenta años con el pelo rubio rizado hasta el hombro. Completó el formulario y levantó el teléfono—. Está aquí la señorita Langreo. Sí, la hago pasar inmediatamente. —Colgó y volvió a centrar su atención en mí—. Ya puede entrar, primera puerta a la derecha —dijo, señalándome la dirección al verme paralizada.

—Gracias —atiné a responder.

Respiré profundamente, cogiendo fuerzas antes de andar, ya que, en esos momentos, mis piernas parecían hechas más bien de gelatina que de músculos.

—Tranquila, señorita Langreo. Seguro que todo sale muy bien —me animó la mujer mientras emprendía el camino.

¿Tan obvio era que estaba cagada de miedo?

CAPÍTULO 2

John Logan me esperaba sentado en su inmenso despacho con las estanterías atestadas de los premios que había obtenido en certámenes nacionales y europeos como telón de fondo. Ver las estatuillas no hizo sino incrementar mi nerviosismo. ¿Qué hacía allí? ¿De verdad creía que tenía una mísera oportunidad con alguien tan importante?

El hombre estaba concentrado en los numerosos papeles que poblaban su mesa desordenados, hasta que entré y se levantó de su sillón negro de cuero para estrecharme la mano con firmeza y educación. Sabía que era lo normal y profesional. La cordialidad de las reuniones, pero a mí siempre me ponía un poquito atacada tanta seriedad y formalismo.

—Encantado de conocerte, Bianca.

—Igualmente, señor Logan —saludé de la manera más educada que pude.

El hombre regresó a su silla y me escrutó con la mirada tras sus enormes gafas. Tendría unos cincuenta años y conservaba poco cabello, aunque su problema capilar no se podía aplicar a la densa barba blanca que poblaba su cara. Según había leído en internet, era estadounidense, y debía de ser de esos con adicción a los perritos calientes, las pizzas y las hamburguesas, la comida basura en general, puesto que su envergadura, esa barriga que tenía vida propia y me hacía pensar que no era del todo cierto que los hombres no podían quedarse embarazados porque tenía ahí la prueba, era totalmente desproporcionada a su altura.

«Exactamente como un pequeño botijo», pensé.

—No te imaginaba tan joven —dijo comenzando así nuestra conversación, y no de la manera que yo esperaba.

No era la primera vez que mi edad suponía un problema. Por ese motivo, había decidido eliminar mi fecha de nacimiento y mi fotografía de la carta de presentación del guion. Así, si querían descartarme por mi juventud, por lo menos tendrían que verme y yo podría defender mi idea. Que comprobaran en carne y hueso que no era ninguna cría.

—Sin embargo, el talento no entiende de edad —puntualizó dándome

un toque de confianza.

—Sí, Mozart ya componía obras musicales a la temprana edad de cinco años —apostillé, e inmediatamente me sentí ridícula por la presuntuosa comparación.

—En efecto —sonrió, acariciándose la barba por mi comentario—. Imagino que habrás investigado un poco acerca de Chance Productions. —Asentí. Había leído tanto sobre ellos que podría considerarse incluso acoso, pero debía ir preparada—. Aun así, déjame explicarte que nuestra ausencia de títulos en el panorama español tiene una explicación: acabamos de trasladarnos a tu país. Hasta ahora nos habíamos centrado en el mercado europeo y norteamericano, pero hemos decidido ampliar horizontes y trasladarnos a España. Como imaginarás, hemos estado realizando una ardua tarea en la búsqueda del guion perfecto; ese por el que nos daremos a conocer aquí y por el que alcanzaremos la fama o caeremos de cabeza al fango. ¿Comprendes? —Volví a asentir. Obviamente, la obra de una primeriza no era lo que necesitaban. Si querían publicidad gratuita y adquirir un nombre, les sería más fácil con un autor consagrado—. Hablemos de tu guion. ¿Quieres agua o algún refresco antes de comenzar?

—No hace falta —repuse.

Tenía la certeza de que Chance Productions me daría una nueva negativa que sumar a las anteriores, y sólo deseaba que fuera rápido para poder marcharme, que me mataran cortándome la cabeza y no me hicieran agonizar.

Con cuidado, depositó mi manuscrito en el centro de la mesa y lo abrió. Tenía numerosas anotaciones en los márgenes, por lo que por lo menos sabía a ciencia cierta que se había tomado la molestia de leerlo o echarle un vistazo.

—*En el baúl de los recuerdos...* ¿Puedo preguntarte el porqué del título?

—Quería que reflejara la esencia del tema que trata: el Alzheimer. La protagonista ve su vida como un almacén de los mejores momentos de su trayectoria. Según sus propias palabras, cuando empezó con la enfermedad guardó todas sus vivencias en una caja que cerró con llave y que luego no era capaz de recordar dónde había puesto. Me pareció el más adecuado —argumenté.

—Pero el argumento no gira en torno al dramatismo de la

enfermedad, sino al recorrido de su historia. No obstante, puede tener gancho. Revela el fondo sin exponerlo explícitamente. Me gusta —afirmó.

—Gracias —le agradecí un tanto incómoda.

No quería que lo halagara para luego decirme la frase que tanto conocía: «Es muy bueno, pero lamentablemente no encaja con la línea de la productora».

—La idea es buena, comercial, humana, con trasfondo social y lágrimas aseguradas al final para que cale en los espectadores, los costes se pueden financiar y, después de realizar los convenientes estudios, creo que podría obtenerse beneficio.

¿Había hecho estudios? Era la primera vez que se molestaban tanto con mi guion. Definitivamente, este golpe era uno de los que más me iban a doler.

—La acción está directamente relacionada con las pasiones y los problemas íntimos de los protagonistas con un mensaje moralista implícito que gira en torno al amor. Por este motivo, pondríamos a tu disposición a asesores, dialoguistas y documentalistas... Del mismo modo, sería muy necesario encontrar a la persona adecuada para realizar una buena banda sonora que acentuara los efectos dramáticos.

«¿Poner a mi disposición a guionistas, asesores y documentalistas? ¿Encontrar un buen compositor para la banda sonora?...» ¿Acaso estaba diciendo lo que yo creía? ¿Mis compañeros me habían echado setas alucinógenas en el desayuno y lo estaba imaginando todo?

Debí de ponerme blanca, porque añadió preocupado:

—¿Estás bien? ¿Seguro que no quieres un vaso de agua? —Negué con la boca seca—. No te preocupes por los cambios que vamos a efectuar en el guion —añadió, y yo noté cómo cada vez me ponía más y más nerviosa. El pobre hombre no estaba interpretando del todo bien cuál era el motivo—. Es inaudito que un primer borrador del guion sea el definitivo. Lo normal es trabajarlo con el director y el productor ejecutivo, así que no tienes por qué sentirte mal. —Trató de reconfortarme—. Es más, el tema, la trama, la estructura, los personajes..., todo está muy bien construido.

—¿Quiere decir...? —susurré con un hilo de voz, y tuve que coger fuerzas para preguntar como era debido—. ¿Quiere decir que acepta mi guion? —balbuceé.

—Claro. ¿Por qué, si no, iba a citarme hoy contigo? Nunca malgasto

mi tiempo ni se lo hago perder a los demás —dijo como si fuera obvio.

Todo me daba vueltas. No podía creer que la primera sensación que iba a tener una vez consiguiera mi sueño iba a ser ese vértigo. Ganas de vomitar. Pánico y, a la vez, alegría. Emoción. ¿Acababa de volverme loca?

—Siempre y cuando aceptes una vez veas el contrato con las condiciones —agregó ofreciéndome unos folios que agarré, aún sin creerlo—. Por mi parte, sólo puedo informarte de que ya hemos empezado a comercializarla. No sé si sabrás que el principal cliente no es el público que acude a las salas de cine a ver una película, sino las televisiones que compran por adelantado los derechos de emisión, adelantándose a las tendencias. Pues bien, estamos a punto de cerrar un acuerdo con una de las principales cadenas generalistas nacionales que han decidido confiar en la expectativa comercial de este filme siempre y cuando consigamos a alguna estrella para el papel principal...

—Gracias —lo interrumpí sin poder contenerme. Me habría arrojado a abrazar al señor Logan de no ser porque mis piernas amenazaban con fallarme.

—No debes dárme las. Esto no es caridad. Tu guion es un buen producto y creo que, junto a nuestra productora, puede resultar un proyecto con amplios beneficios para las dos partes. Sólo hay una condición...

—¡Dígame! —exclamé, y carraspeé al darme cuenta de que me había mostrado demasiado efusiva, pero es que quería gritar al mundo lo feliz que estaba.

Ya hablábamos como si la producción fuera algo real. Era demasiado obvio que, a no ser que las condiciones fuesen pésimas, iba a aceptar. Ambos lo sabíamos.

Entonces sonaron un par de golpes en la puerta, interrumpiendo así la conversación más importante de mi vida laboral.

—Creo que la condición va a efectuar su entrada en este mismo instante —repuso él con amabilidad—. Adelante, cariño.

Frente a mí apareció una mujer con cara de malas pulgas. Debía de medir un metro y poco y llevaba la cara enmarcada en una media melena con flequillo azabache y unas pequeñas gafas de pasta negras. Mira que era pequeña, pero imponía más que un gigante, con una de esas miradas a las que yo denominaba «laxantes»: si sus ojos se posaban en ti, te entraban ganas de cagar.

Me tendió la mano y fue directa al lado de John Logan. Con él sentado, ella quedó a su altura y el hombre le dio un beso, poco más que un roce fugaz, en los labios.

—Te he dicho que hay que ser profesionales —lo reprendió, para después pasar a su particular análisis de mi persona. Si no hubiera sabido que era imposible, me habría parecido que llevaba unos rayos X detrás de las gafas con los que podía leerme el pensamiento—. Mi nombre es Clarisse Gómez —dijo.

—Clarisse Logan —repuso John, e inmediatamente la mujer lo miró con cara de mal humor—. Es mi esposa y, como te estaba contando, el único requisito que no estoy dispuesto a negociar en el contrato: ella será la directora.

¿Ya tenía directora? ¿De verdad? No me sonaba su nombre, ¿sería una novata como yo?

—Ha trabajado en los mejores documentales que ha emitido la BBC —prosiguió, contestando así a la pregunta que aún no había formulado—. Cuando estaba en Londres vi uno y exigí a la cadena que me presentara a la autora. Desde entonces no nos hemos separado.

—Tu guion será mi primera incursión en la ficción dramática, pero créeme cuando te digo que no me gusta el azar y busco un resultado perfecto sí o sí —argumentó ella con seriedad, y no dudé en absoluto de sus palabras.

—Queremos involucrarnos en este trabajo. Ten en cuenta que nos jugamos mucho...

—Comprendo, señor Logan.

—Llámame John, ya que, si aceptas, formaremos juntos el equipo que hará que *En el baúl de los recuerdos* obtenga el éxito que se merece.

No lo dije en ese momento, pero conforme salí del despacho, la respuesta era un sonoro «sí».

CAPÍTULO 3

Apretando con fuerza el contrato por si se desvanecía, literalmente me lancé contra la masa humana que se había formado dentro del vagón del metro mientras se cerraban las puertas. Aterricé contra el pectoral duro y definido de un hombre que desprendía un olor agradable, dulce.

«No está mal; podría haberme caído contra el sobaco sudado de un turista», me dije mientras me llevaba la mano a la frente.

—¿Estás bien? —me preguntó él, visiblemente divertido por mi entrada triunfal en el vagón.

Levanté la cabeza para decirle que sí y pedirle perdón por las formas y entonces lo vi. Era él, en carne y hueso. Mi muso. Después de meses. En directo. En persona. Un hombre del que me había inventado el pasado y el futuro. Tenía el pelo moreno más largo que en la imagen de mi fondo de pantalla que había memorizado tantas veces. También era más alto y fuerte de lo que se intuía por su postura en las montañas al atardecer. Sin embargo, la peca junto a la nariz que tanta gracia me hacía seguía allí, el hoyuelo de la barbilla se marcaba como había imaginado, y su mirada, esa que me inspiró con sus ojos color caramelo, era la misma que había visto cada noche durante los últimos meses antes de irme a dormir.

Obviamente, me quedé con la boca abierta sin pronunciar palabra. Estaba muda. Inmersa en unos pensamientos que no me dejaban reaccionar.

—¿Estás bien? —repitió, aunque esta vez parecía que estaba un poco preocupado por mi extraña reacción. Era normal: para él, yo era una desconocida.

—Sí —logré balbucear.

Sonrió, y qué sonrisa... Era perfecta. Ancha, sincera, con unos labios gruesos cubriendo su magnífica dentadura. Era mejor que la que yo había imaginado en las escenas más potentes en que la protagonista caía rendida a sus pies.

—Un buen salto —bromeó colocándose de nuevo los cascos.

¡Había oído su voz! Mientras planificaba mi guion, sonaba un poco

más grave, pero ésta también podía corresponderse con la de Mario, el personaje principal basado en ese desconocido que tenía al lado y que sería el protagonista de la película con Chance Productions.

Intenté no ser demasiado descarada y lo miré disimuladamente de reojo todo el rato.

No, no podía ser casualidad que justo el día que mi sueño se hacía realidad apareciese en mi vida. Esa clase de suerte no existía. Era una señal. El destino.

—Perdona, ¿vas a salir? —me preguntó mi inspiración de manera educada.

Dudé un instante antes de asentir.

—Sí —me dije a mí misma en voz alta.

—Bien —contestó situándose detrás de mí.

Levanté la vista para leer el nombre de la parada, ya que no sabía ni hacia adónde me dirigía, lo único que tenía claro es que pensaba seguirlo. Adiós, cordura. Bienvenida, orden de alejamiento.

Las puertas correderas se abrieron en La Latina y a ambos lados se formaron mareas humanas que esperaban a que bajáramos para subir. Me hice un poco la despistada leyendo las calles a las que llevaba cada salida y, cuando comprobé que mi desconocido se decantaba por el mercado de la Cebada, comenzó mi odisea de espía.

No estaba loca, aunque actuara como tal, o eso quería creer. Simplemente llevaba tantos meses obsesionada con ese hombre que no podía perder la oportunidad —no sabía si la única— de saber algo más acerca de su vida.

Salimos al exterior. El tiempo había variado como si estuviéramos en Londres, donde en el mismo día podíamos experimentar las temperaturas de las cuatro estaciones del año, y la tormenta había dado paso a un sol radiante. El agobiante calor madrileño me azotó como un látigo en los pulmones, impidiéndome respirar con tranquilidad. Como si de una plaga se tratara, antes de dar cinco pasos mi piel estaba pegajosa.

Hacía muy buena tarde, por lo que los jóvenes habían invadido las terrazas inundando sus mesas de jarras frías de cerveza y tinto de verano. Eso me llevó a recordar que esa «investigación» iba a costarme una bronca con mis compañeros de piso.

Convivía en un pequeño piso en el centro de Madrid con tres amigos, dos chicos, Pascual y Javier, y una chica, Lucía. Conocía a Javier y a Lucía desde el colegio, por lo que los tres decidimos irnos juntos cuando nos dimos cuenta de que no podíamos seguir chupando del frasco de nuestros padres. Pasamos semanas visitando agencias, navegando por las páginas de internet que ofertaban pisos y recortando anuncios en los periódicos de viviendas en alquiler, hasta que descubrimos nuestro singular palacio en la zona de Chueca. Un ático pequeño y antiguo que parecía otro después de que lo decorásemos con nuestros propios muebles y pasara de parecer un antro a un hogar.

Pascual llegó después con una gran revelación: sacó del armario a Javier. Y no, nunca habíamos sospechado nada del gusto de nuestro amigo, que solía actuar como un cerdo con toda mujer que llevara unos tacones y un buen escote. Aguantaron dos meses y tres días (lo sé porque siempre que discutían repetían la duración de su relación), pero en ese tiempo Pascual se convirtió en uno más de nosotros. Como pareja, estaba claro que no iban a aguantarse nunca, pero como amigos se entendían a la perfección.

Nuestro apartamento tenía tres habitaciones, dos cuartos de baño, un salón, un despacho, una cocina americana y una bonita terraza de menos de cinco metros cuadrados repleta de maceteros con flores para simular que se trataba de un gran jardín. Nosotros éramos así: nos gustaba transformar las cosas simples en especiales. Y, sí, he dicho tres habitaciones y cuatro personas, pero tiene explicación: Lucía.

La pelirroja estudió Derecho y ADE en la Universidad Complutense y fue matrícula de honor en ambas carreras. Los despachos de abogados se la rifaban y tenía ofertas de las empresas más prestigiosas del panorama nacional e internacional. Por eso, el día que nos citó para decirnos que había tomado una decisión sobre su futuro laboral, todos nos quedamos impresionados cuando nos explicó que se había decantado por la que menos dinero le ofrecía.

—Es una ONG que ayuda a los afectados por los desahucios. Necesitan profesionales y no pueden pagarles, por lo que me he ofrecido a ayudarlos a cambio de cobrar el sueldo base —nos informó.

—¿Es broma? —preguntó cauteloso Javier—. Tienes una proyección increíble. No la tires a la basura... —trató de aconsejarle.

—La decisión está tomada y..., ¿sabes qué?, ¡soy feliz! Después de

mucho tiempo, he encontrado un sitio donde sentirme realizada.

Los afectados por la hipoteca fueron sólo los primeros. Lucía se involucraba en cualquier causa que consideraba injusta y se dejaba la vida en ganar casos sin cobrar ni un duro extra. Pero, como ella misma había dicho, eso le reportaba paz interior. Su solidaridad hacía que nunca tuviera una residencia fija: hoy podían necesitarla en Madrid y mañana tal vez tuviera que marcharse a Valencia a atarse a unos árboles.

Esa inestabilidad en su vida fue el motivo por el que nos pidió que buscáramos a otro compañero fijo y le guardáramos el despacho para cuando necesitara un sofá en el que dormir. Todos salíamos ganando. Nosotros, teniendo a alguien que nos ayudara a mantener los gastos, y ella, un «espacio» en el que estar cuando el azar la trajera hasta la capital.

Lucía se encontraba esos días por Madrid en busca de nuevas injusticias de las que hacerse cargo legalmente. Por eso yo sabía que iba a tener un problema. Desde hacía unos años habíamos comprobado cómo, poco a poco, los amigos iban desapareciendo. No es que se marcharan ni nada por el estilo, pero cada uno iba desligándose de nuestro grupo para depositar todo su tiempo en la pareja, el trabajo o los nuevos conocidos. En pocos años habíamos pasado de ser quince personas las que solíamos vernos semanalmente a tres. Fue ese día el que Lucía tomó una decisión drástica. Todos los jueves, sin excepción, si nos encontrábamos los tres en Madrid, teníamos que quedar a tomar algo y ponernos al día. No había excusas. Sólo se permitía faltar por enfermedad, accidente o trabajo, nada más.

Todos lo cumplimos y, después de convivir, añadimos a Pascual a nuestro plan del jueves, la «generación de los Mosqueperros», nos llamábamos. El único problema que surgía en ocasiones era el lugar adónde ir, y es que cada uno de nosotros era bastante diferente: Javier prefería los sitios chic; Lucía, los baretos de barrio; Pascual, la comida exótica, y yo, descubrir locales nuevos de Madrid de los que no tuviera referencia. Para no discutir, Javier tuvo la magnífica idea de que cada semana uno de nosotros asumiera el mando y escogiera el sitio.

Esa semana le tocaba elegir a Lucía, que nos había citado en El Tigre para inflarnos a tapas grasientas poco saludables —mis preferidas—, mientras que yo estaba persiguiendo al chico de mis sueños. Y eso causaría un conflicto seguro.

Giró a la derecha, a la izquierda y otra vez a la derecha por las

callejuelas empedradas del centro histórico de Madrid sin detenerse. Andaba con paso seguro, como si se conociera el camino de memoria. Sus movimientos eran robóticos, excepto cuando su cabeza iba de un lado a otro siguiendo el ritmo de la canción que escuchaba o fingía golpear la batería con una baqueta inexistente.

«¿A quién iré a ver? ¿Tal vez a una mujer? ¿Su novia, esa que me sacará los ojos si descubre que he estado meses fantaseando con él?», me pregunté tratando de seguir su ritmo y evitando caerme en un par de ocasiones en las que mis tacones se engancharon entre los adoquines del suelo.

Durante esos meses me había cuestionado día y noche a quién dirigía esa mirada que desprendía tanta ternura y amor. Finalmente, había llegado a la conclusión de que la persona a la que destinaba tanto cariño debía de ser su pareja. Fue en ese momento cuando la historia de amor entre los dos protagonistas principales cobró sentido y, cuando quise darme cuenta, Mario y Tamara tenían todos los ingredientes para protagonizar unas escenas con diálogos y acciones épicas.

¿Descubriría en ese momento cómo era también la verdadera Tamara?, pensaba una y otra vez.

Las características físicas de Mario siempre las había tenido claras. Era ese desconocido, ni más ni menos. Pero para ella había tenido que jugar un poco más con la base fotográfica de mi gran amigo Google. Cada jornada dedicaba unas horas a descargarme fotos y más fotos de actrices, algunas superestrellas y otras desconocidas, hasta que, cogiendo rasgos de una y otra, formé a la mujer de mi manuscrito. Para tener más clara su imagen, imprimí a todas las modelos cuyo conjunto formaban a mi Tamara. Corté el detalle del que me había apropiado de cada una de ellas y lo pegué formando un *collage* que daba vida a una chica inventada.

Sin aliento, sudada y con el pelo alborotado, doblé una esquina y encontré a mi modelo parado. Él miró fijamente la fachada de un teatro cuyo letrero luminoso indicaba que se llamaba La Latina, sacó una llave y entró.

Por supuesto, llegados a este punto, fui directa hacia la puerta del establecimiento. Estaba en una callejuela secundaria, por lo que el color de sus paredes era un rosa chillón creado para captar la atención de los viandantes que, despistados, se habían perdido paseando.

Agarré la barra de metal y empujé para abrir la puerta, pero nada, no

cedía. Me acerqué a la taquilla, que estaba vacía, y golpeé con los nudillos el metal que rodeaba el cubículo buscando captar la atención de algún empleado.

Al rato salió una mujer joven ataviada con unas mallas negras y una camiseta de tirantes del mismo color. El pelo lo llevaba recogido en una cola de caballo y estaba sudada, como si estuviera practicando algún tipo de ejercicio dentro.

—Buenas tardes —saludó recuperando el aliento—. ¿Querías algo? Perdón por la tardanza, pero estamos ensayando con música y no se oye absolutamente nada.

—No pasa nada. —Tenía que pensar una excusa para mi llamada. Tampoco tuve que devanarme los sesos estando en la puerta del teatro—. Pasaba por aquí y me ha llamado la atención el edificio...

—¿Lo ves? —preguntó al aire, interrumpiéndome—. Perdón — volvió a disculparse—, es que todos mis compañeros me criticaron cuando propuse pintar la fachada de un color llamativo. Me decían que no serviría de nada y, mira, visto tu caso, se equivocaban. ¡No sabes las ganas que tengo de entrar y echárselo en cara! —bromeó alegremente—. Imagino que quieres saber qué obras estamos haciendo. —Asentí—. Toma estos panfletos en los que aparecen todas las funciones en cartel de este mes, a ver si te interesa alguna.

Me tendió el impreso por la rendija y lo cogí para ojearlo. Estaba dividido en obras clásicas y modernas. En cada uno de los lados podía ver el cartel y los datos técnicos de cada creación. Instintivamente, leí los títulos por encima y me detuve en *Don Juan Tenorio*, de José Zorrilla. No es que esa producción me llamara más la atención que *Romeo y Julieta* de Shakespeare, que estaba al lado, sino que el protagonista era mi misterioso centro de inspiración.

—Me gustaría saber los horarios para *Don Juan Tenorio*.

La muchacha torció el gesto.

—Me temo que hoy es la última representación.

—Pues compro una entrada para hoy —repliqué sin pensarlo dos veces.

—No es posible. Si hubieras venido ayer... Nos sobraban muchas y decidimos regalarlas a algunas asociaciones de discapacitados. El aforo está completo. Mira otra, a ver si te interesa... Te aseguro que *Tristán e Isolda* está muy bien. Además, ¡yo soy la protagonista!

Busqué a ver si él protagonizaba alguna otra obra de teatro pero, si lo hacía, no era como actor principal y no salía en los carteles.

—Dame cuatro entradas para *Tristán e Isolda* —decidí. Por lo menos, iría con un regalo que calmara los humos de Lucía.

—Cuatro, ¿de verdad? ¡Muchas gracias! —Tuve la sensación de que, si no hubiera habido un cristal de por medio, se habría lanzado a darme un abrazo. —Son veinte euros, y puedes elegir la sesión si llamas con un día de antelación.

Supuse que tantas facilidades sólo podían responder a que no les iba del todo bien y no llenaban la sala.

—Gracias —sonreí recogiendo los tickets.

Antes de reemprender mi camino, miré por última vez a mi don Juan particular y distinguí un detalle: justo debajo del título de la obra, borroso por la mala calidad de los panfletos, venía el nombre del director y el actor protagonista. Sam, así se llamaba la causa de mi inspiración.

CAPÍTULO 4

Serpenteé por Chueca hasta llegar a la calle de la Infantas, lugar donde se encontraba El Tigre, nuestro bar-restaurant de ese día. El sitio elegido por Lucía era un establecimiento al que podías acudir vestida de manera informal y, por el precio de una caña, beber y cenar del tirón.

Nosotros lo localizamos una tarde de invierno, cuando la lluvia apareció de improviso y tuvimos que meternos en el primer sitio que encontramos abierto. Al día siguiente se lo recomendamos a todo el mundo, y no debimos de ser los únicos, pues el boca-oreja se había corrido y nuestro Tigre se estaba expandiendo a nuevos barrios por la capital.

En la puerta, como siempre, se agolpaba un tumulto de gente, algunos fumando y otros esperando para poder entrar. Digo «entrar» y no «sentarse», pues hacerse con una silla dentro de ese bar era misión imposible, a no ser que fueras a las cuatro de la tarde y tuvieras un aguante que te permitiera beber durante cinco o seis horas sin parar. Y ése no era mi caso.

Estoy en la puerta. ¿Dónde estáis?

Escribí a Pascual, porque seguramente sería el que estaba menos ofendido del grupo por mi retraso.

¡Ya era hora! Lucía te va a comer conforme te vea. Estamos en la mesa en la que los guiris subieron a bailar flamenco. Un beso.

Después de tantas horas en ese local, cada mesa y cada rincón tenía una anécdota que nos permitía identificarlo. En esta ocasión, tuve que retroceder a una noche de primavera en la que acabamos brindando con unos turistas alemanes que decidieron subirse a la mesa y bailar unas «sevillanas» que les habían enseñado en su visita a un espectáculo flamenco. Realmente fue muy divertido, y era un acontecimiento al que recurríamos en numerosas ocasiones cuando no teníamos de que hablar.

La gente estaba apelmazada como si fueran ladrillos pegados con cemento sin huecos entre sí. Aproveché que Tino pedía paso con una bandeja cargada de bebida para seguirlo por el camino que se abría mientras andaba.

Tino era como se hacía llamar el camarero de Arabia Saudí, cuyo nombre era impronunciable para nosotros. Por este motivo, decidí empezar a presentarse como Tino, y todo el mundo lo llamaba así. Era el más conocido del establecimiento por la fuerza de su brazo izquierdo. Si lo mirabas, parecía un tirillas muy delgado de piernas y brazos. Nadie podía sospechar que, cuando se colocaba la bandeja de metal en el izquierdo, era capaz de soportar todo el peso que hiciera falta. A veces llegaba a cargar con una torre imposible de más de veinte platos y, otras, transportaba las jarras llenas de medio litro de cervezas de una mesa como si nada. Una vez capturé su imagen haciendo proezas con mi Nikon y estuve tentada de mandarla al *Libro Guinness de los récords*, seguro que entre tanta categoría absurda existía alguna en la que la habilidad de Tino podía encajar. Aunque sólo si la prueba era con el brazo izquierdo: un día lo intentamos con el derecho y... el pobre estuvo recogiendo cristales y limpiando los restos de comida de las baldosas hasta bien entrada la madrugada.

—Ya era hora, señorita —me saludó Lucía una vez me despegué de Tino al alcanzar mi mesa—. ¡Sin excusas! —exclamó al ver que iba a explicarme. Llevaba su melena rizada pelirroja recogida en un moño con dos bolígrafos, que parecían unas antenas.

—Anda, toma. —Le tendí las cuatro entradas mientras saludaba al resto dándoles un par de besos. Sí, ya sé que vivíamos juntos, pero la costumbre es que, en nuestra cita semanal, nos saludáramos.

—¿*Tristán e Isolda*? —preguntó Lucía—. Bueno, me gusta el teatro..., así compensas los insultos que he recibido por guardarte la silla.

—¿Insultos? —repliqué.

—Sí —comenzó Pascual—. Todo el mundo venía a preguntar si estaba libre y Lucía les explicaba que faltaba una amiga...

—En resumen —interrumpió Javier, a quien le gustaba ir siempre al grano—, tú te has retrasado y hemos recibido algún que otro impropio de personas que pensaban que les habíamos vacilado y en realidad esa cuarta amiga que tenía que venir no existía.

—Vaya, lo siento —me disculpé—. Aunque cuando os explique el

motivo... —cambié de tema ansiosa por contarles las novedades de mi guion. Serían los primeros en saberlo.

—No, no y no —me cortó Lucía, poniéndose en pie y fijando sus acusadores ojos verdes en mí—. Tú has llegado tarde, así que serás la última de la «ronda de nuestra vida».

—¡Bien! Aunque, cuando escuches lo que tengo que contar, lamentarás no haberme dejado la primera —bromeé—. Por cierto, ya que estás de pie, ¿podrías pedirme una cerveza con limón?

—¿No ves que ya tienes una? —me señaló una jarra que estaba en el centro junto a los restos de una tapa.

—Te la han pedido nada más llegar, así que prepárate a beber meadito... —matizó Pascual.

—Voy al baño, a la vuelta empezamos.

Lucía regresó a los pocos minutos agobiada de la cantidad de personas que rebosaban en cada metro cuadrado de El Tigre.

—¿Quién empieza? —pregunté, sabiendo que yo sería la última y posiblemente la que diera el bombazo de la jornada.

Nadie dijo nada, así que Pascual se ofreció el primero.

—La verdad es que hoy tengo algo importante. Se trata de un nuevo proyecto de la agencia...

Aquí desconecté. Sé que está mal no escuchar a los amigos. Me interesaba mucho la vida de Pascual siempre y cuando no hablara de trabajo. Era ingeniero industrial y electrónico. Trabajaba en la Agencia Espacial Europea y desarrollaba un proyecto de inteligencia artificial que, por más que lo había intentado, nunca llegaba a comprender, pese a que él ponía todo su esfuerzo en describirnoslo de una manera sencilla, para *dummies*.

«Es como la NASA pero en cutre.» Ésa era su frase estrella para definirnos su empleo. Y la verdad es que con ese ejemplo lo entendía todo mucho mejor.

Pascual tenía una doble vida, y no lo digo por su inclinación sexual, ya que tuvo claro que le gustaban los chicos desde pequeño y nunca, ni siquiera en el colegio, se escondió. Me refiero a su estilo. Yo desayunaba todas las mañanas con él por nuestros horarios y, aunque ya llevaba más de un año viéndolo con traje, aún se me hacía raro observarlo tan elegante. ¿Por qué? Sólo hacía falta verlo sin camiseta para comprender la situación, pues su cuerpo era una especie de mapa relleno con tatuajes a

través de los que iba haciendo un recorrido de su vida. Cada uno de ellos tenía un significado, pero él nunca le había confesado a nadie cuál.

Durante sus horas libres, vestía con vaqueros y camisetas que dejaban al descubierto la tinta que dominaba su cuerpo, otorgándole un aspecto de estrella del rock, y en la jornada laboral, el traje chaqueta y su corbata a juego le hacían parecer un ejecutivo de éxito.

—... voy a trabajar con mi nueva compañera haciendo piezas para satélites con la intención de adelantarnos a los estadounidenses —resumió.

—¿Ahora quién quiere hablar? —pregunté yo, ansiosa porque terminaran y poder explicarme. Era como si la información me quemara por dentro y tuviera que escupirla.

—¡Yo! —se ofreció Lucía—. Hoy he perdido un juicio contra un maldito banquero que creo que ha sobornado o manipulado las pruebas... y han desahuciado a la familia.

—Lo siento. —Le di una palmadita en el hombro. Vivía tanto los casos de sus defendidos que sufría y se alegraba como si le afectara directamente.

—Tranquila, la plataforma ya les ha dado cobijo y he contratado a un detective que va a investigar qué vínculos hay entre el juez y los accionistas. Prometo que, aunque me vaya la vida en ello, los voy a destapar.

No dudaba de sus palabras. Si por algo se caracterizaba mi hippie amiga era por sus vestidos de flores y por ir siempre llena de complementos, además de por su tenacidad a la hora de denunciar las injusticias.

—Algún día vas a acabar en la cárcel... —dijo Javier, la coletilla a la que más recurríamos con ella.

—Y seguro que descubro a alguna persona inocente a la que ayudar a salir —respondía Lucía siempre, pues, pese a ser abogada, no creía en la justicia.

—¿Algún caso más? —metí prisa porque necesitaba soltar mi noticia o iba a estallar. Era una de esas veces en que sabes un secreto y parece que hasta que no se lo cuentas a alguien en voz alta no es verdad.

—¡Muchos! Pero prefiero contároslo cuando tenga una sentencia favorable para mis amigos. —Siempre eran «amigos» y nunca «clientes».

—Imagino que es mi turno —intervino Javier, peinándose el pelo con la mano hacia un lado. Se había hecho un extraño e inquietante tupé alto

que ahora estaba de moda y no podía parar de tocárselo, quitándose así la laca que conseguía que permaneciera recto—. Tengo una vida tan interesante que no sé por dónde empezar... —ironizó.

Javier era profesor de bachillerato de historia en un instituto público. Era bastante peculiar tanto física como mentalmente. Por ese motivo, no nos extrañaba que sus alumnos decidieran hacerle pequeñas putadas y ponerle sobrenombres que lo sacaban de quicio.

—¿Nuevo mote? —pregunté por dar conversación.

—Creo que con el de *Profesor Pokémon* tuve bastante.

—¿Líos entre el claustro de profesores? —cotilleó Pascual.

—¡Ojalá! Pero no. Creo que voy a empezar a echar Viagra en la cafetera, a ver qué hacen los compañeros... porque, si no, menudo aburrimiento. Llego a las ocho, tomo un café, entro a clase con los chicos llenos de hormonas, vuelvo a tomar un café, y así todos los días...

—Piensa en las vacaciones —le recordé.

—¡Mierda! —exclamó de pronto, agachándose debajo de la mesa.

—¿Qué pasa? —le preguntamos los tres a la vez mirando hacia todos los lados.

—Que nos hacemos viejos, eso es lo que pasa. Y, aunque somos unos abuelos, nos gusta seguir viniendo a sitios de jóvenes... ¿Cuál es la consecuencia?

—No lo sé, pero levántate, que todo el mundo te está mirando.

Pascual llevaba razón. Muchos grupos de chicos se habían girado para saber lo que estaba pasando por su reacción.

—La consecuencia es que te encuentras con tus alumnos —sentenció Javier mientras se sentaba de nuevo bien con la cara roja como un tomate.

—¿Qué pasa, Javi? —lo saludó el joven que debía de ser su alumno al pasar por nuestro lado. El tono era chulesco. Se notaba que quería impresionar a su grupo de amigos.

—Señor Romero —contestó nuestro amigo con sequedad. El chico pasó de largo, pero desde la distancia pudimos oír sus risas—. Seguro que se están mofando de mí —señaló Javier.

—No —mentimos los tres a la vez.

Habría puesto la mano en el fuego respecto a que en ese instante el señor Romero estaba contando las putadas que le habían hecho a mi amigo.

—Sois unos falsos, por eso os quiero —replicó Javier—. ¡Vivan las

mentiras para hacer que los amigos se sientan mejor! —Sonrió y, como siempre que lo hacía, me entraron ganas de pellizcar esos mofletes tan gorditos que tenía.

—Bueno, ya sólo queda una y, por lo nerviosa que golpea el suelo con el pie, me imagino que tiene algo importante que decir —apuntó Lucía, y los tres me prestaron atención.

«¡Ya era hora!»

Me puse de pie, pues quería dar efecto a mis palabras.

—Hoy...

—Llevas la falda rota por el culo, ¿lo sabes? —me interrumpió Pascual.

—Sí, es una larga historia. —Le resté importancia abrochándome bien de nuevo la chaqueta para continuar—. Hoy me he levantado, os he limpiado la casa como hago cada día desde que estoy en paro, me he tirado en el sofá a ver las noticias y luego... —seguí en el mismo tono— he firmado un contrato con Chance Productions para que lleven mi guion a la gran pantalla.

Los tres asintieron y, por un momento, me planteé que me estaban ignorando.

—¿Han aceptado tu película? —se atragantó Javier mientras bebía un sorbo de su cerveza cuando procesó la información.

—¡¡¡Sí!!! —Los tres reaccionaron inmediatamente y se levantaron para cubrirme de besos.

—¡Va a ser famosa! ¿La veis? ¡No os olvidéis de su cara! —gritaba Pascual sin soltarme a todos los jóvenes desconocidos de El Tigre.

—¡Al fin reconocen el talento! ¡Estoy orgullosa de este país! —chilló Lucía, y eso, con lo que le encantaba despotricar de España desde el comienzo de la crisis económica, era el mejor de los cumplidos.

—Aún hay más —declaré.

—Espera que me siente, que me va a dar algo, nena. —Javier estaba con la respiración entrecortada, como si hubiera corrido una maratón.

Hice una pausa para crear expectación.

—Lo he visto —anuncié emocionada.

Mis amigos se miraron entre sí, visiblemente confundidos.

—¿Al Innombrable? —preguntó cautelosa Lucía. Seguramente era la primera idea que se le había cruzado por la cabeza.

Llegaba el momento de recurrir al *Innombrable*, mi ex novio. Por el

apodo, mucha gente se imaginaba que se trataba de un cerdo supremo que me había dejado tirada como una colilla después de destrozarme el corazón. Pues eso no era cierto. Bueno..., tal vez la parte en la que el corazón se me partió en dos sí era real.

El nombre oficial de la pareja más larga que había tenido hasta ese momento era Israel. Lo conocí en la facultad de la Complutense un día mientras tomaba el sol en el césped con la camiseta subida para ponerme morena. Se acercó y, sin dudar, me pidió el número de teléfono alegando que «era necesario», ya que llevaba soñando conmigo desde hacía algunos meses.

Me hizo gracia su acercamiento y se lo apunté en el antebrazo con un bolígrafo de inmediato. Tres meses y dos días después, formalizábamos nuestra relación. Un nexa que mucha gente envidiaba. De hecho, ofrecíamos la imagen de la tan deseada pareja perfecta.

Pero un día, una maldita tarde de abril... me dejó.

«¿Fue por otra?» «¿Te había engañado?» «¿Lo hizo a través del móvil?» «¿Mediante un email?» Ésas eran las preguntas que más me hacían cuando les contaba la historia del Innombrable. Me habría gustado asentir y descargar mi rabia y mi impotencia durante toda la tarde mientras lo criticaba, pero el caso es que no se lo merecía. Siempre se comportó como un caballero. Me dejó con toda la sensibilidad del mundo. Después estuvo pendiente de mí y nunca dijo o hizo nada que pudiera hacerme daño. Es más, antepone su felicidad a la mía, más que nada le importaba que yo no lo pasara mal. Llamaba las veces justas para preocuparse por mi estado y no darme con ello falsas esperanzas.

«No te amo como debería.» Ése era su único motivo. No discutíamos ni teníamos proyectos de vida diferentes. Esas cosas las podría haber cambiado. Simplemente no me amaba, y yo no podía obligar a nadie a que me quisiera. Era imposible.

Era perfecto, y eso era lo que me generaba impotencia. Cómo olvidar a alguien del que sólo guardas buenos recuerdos. Me habría gustado mitigar el dolor con la rabia de saber que había hecho algo mal, pero no podía.

Esperó el período de tiempo correcto antes de conocer a otra chica. Por supuesto, gracias a las redes sociales fui testigo de cómo su amor aumentaba cada día más y más. Lo más doloroso era comprobar en las fotos cómo Israel la quería a ella de una manera que conmigo durante

años no había sido capaz.

El día que se fueron a vivir juntos me compadecí de mí misma y convertí mi habitación en el santuario de una tragedia griega. Esa tarde, mientras comíamos helado de chocolate y poníamos la película de terror que habíamos alquilado, Lucía tuvo una idea. Durante meses Israel había sido tema de conversación día y noche y, a partir de ese momento, quedaría vetado, se convertiría en el *Innombrable*.

«Israel no ha hecho nada malo, pero mientras sigas teniéndolo presente todos los días de tu vida no vas a ser capaz de seguir adelante. Tal vez necesitas dejar de vivir de los recuerdos del pasado y generar algunos futuros», me aconsejó, y desde ese momento nunca más había vuelto a preocuparme por él, al menos en público o en voz alta.

—No —me apresuré a contestar, y noté como los tres soltaban el aire que habían contenido tensos.

—No comprendo a quién te refieres —intervino Pascual.

—A mi muso —dije, pero pusieron la misma cara de confusión que antes—. El chico de mi inspiración... —Nada—. Joder, el de la foto.

—¡¡¿Qué dices??!! —gritó Javier tan alto que sus alumnos se dieron la vuelta y se rieron interpretando que llevaba un pedo de colores.

—¿Qué te ha dicho? Mejor, ¿qué le has dicho tú a él? —me avasalló Pascual.

—¿Gana en persona? ¿Tiene novia? ¿Es gay? ¿Le has dicho lo de la película?... —volvió a la carga Javier sin darme tiempo a contestar.

—No os emocionéis tanto, que ha sido una tontería. Os explico...

Les conté la historia, con lo que capté toda su atención.

—... así que al final no he podido conocerlo, pero... por lo menos ahora sé su nombre: Sam. Algo es algo.

—¡Me meo de la risa de las pintas de psicópata y obsesiva que debías de llevar cuando lo perseguías! —bromeó Javier, que no paraba de reírse de mí.

—Si el destino lo ha puesto una vez en tu camino, lo hará otra, seguro, pequeña —me animó, Pascual acariciando mi rodilla con cariño.

—Qué destino ni qué leches..., eso es de otra época —replicó Lucía—. Tienes su nombre y la obra, ¿verdad? —Asentí—. Y vives en el siglo XXI, ¿no? —Volví a asentir—. Pues entonces, a no ser que ese chico pertenezca al uno por ciento de la población que odia la tecnología como yo —matizó—, todo es tan sencillo como llegar esta noche y buscarlo por

las diferentes redes sociales: Facebook, Twitter, Instagram, LinkedIn...

—¡Llevas razón! —exclamó emocionado Javier, al que hacía ya rato que no le importaba que sus estudiantes lo mirasen—. ¡Brindemos por el juicio que ganará Lucía, por los satélites que diseñará Pascual para que puedan espiarnos, por mis alumnos y sus motes, y por la película de Bianca y su futuro idilio con Sam!

Unas cervezas de más que me nublaron el juicio, mis amigos insistiéndome en hacer una locura e internet fueron los ingredientes que necesité para llevar a cabo una buena labor de investigación. El portátil en mi regazo se convirtió en un objeto demasiado tentador para localizar a Sam después de la celebración en El Tigre.

Mi madre siempre decía que las redes sociales acabarían por ser la ruina de nuestra generación. Como siempre, sus palabras destilaban sabiduría.

En Google accedí a la web del teatro. Una vez en la página principal, busqué la obra en la que él había actuado y me hice con su nombre y su primer apellido: Williams. Después sólo tuve que armarme de paciencia y usar el buscador de Facebook hasta que localicé un perfil cuya fotografía se correspondía con el Sam que descansaba en mi fondo de pantalla.

Su nick era «Sam Williams F.». Su fotografía principal era bohemia, tal y como se suponía del carácter alternativo de los actores. Aparecía en alguna ciudad costera, sentado al borde de un barranco verdeo, mirando al infinito con el mar de fondo golpeando con violencia las piedras hasta que se formaba espuma blanquecina.

Inmediatamente coloqué el cursor del ratón en la pestaña de imágenes, pero tenía la privacidad activada. Si no era su amiga no podía verlas, y me parecía un tanto precipitado agregarlo y contarle toda la verdad. Pensaría que estaba loca, y ésa no era la impresión que quería transmitirle de entrada.

Navegué por las diferentes pestañas para encontrar un resquicio en el que no tuviera activada la privacidad y poder conocer algún dato que me aportara luz acerca de su existencia. No tardé ni cinco minutos en encontrarlo: su correo electrónico. Esa dirección que unía «gmail» a su nombre con una «@» y que lo convertía en más accesible.

Iba a fardar de mi hazaña cuando comprobé que Javier y Pascual ya

no estaban en el salón. La única que permanecía en el sofá de al lado era Lucía, pero estaba sumida en un profundo sueño babeando el cojín que tenía debajo. No quise despertar a nadie, y estaba tan ansiosa por hacerlo que me parecía una eternidad esperar hasta el día siguiente. Me mordí el labio y me dispuse a escribirle.

No me apetecía usar mi cuenta oficial. Llegué a la conclusión de que crear una nueva dirección era la mejor opción. El formulario me pedía un nombre y, como Lucía era la mujer que tenía más cerca, le robé el suyo. Luego rellené mintiendo en las siguientes casillas hasta que establecí mi nueva cuenta de correo con una personalidad ficticia.

De nuevo me enfrenté a la página en blanco. Decidí no meditar porque entonces acabaría arrepintiéndome, y mis dedos sobre las teclas se convirtieron en mis mejores aliados.

Querido Sam:

En primer lugar, te pido disculpas por inmiscuirme en tu intimidad, pero hay algo que quería decirte.

¿Qué era lo que quería exponerle?, me pregunté. Deseaba darle las gracias, ya que, aunque él no lo supiera, me había ayudado a alcanzar mi sueño. No podía escribirle la verdad, así que modifiqué el texto un poco para que contuviera el mismo significado sin explicarle la auténtica situación.

De alguna manera, y sin que tú te dieras cuenta, me ayudaste en un momento fundamental en mi carrera. Estaba un poco perdida el día que fui a verte en *Don Juan Tenorio* y, gracias a tu interpretación, logré encontrar el camino que necesitaba.

Es por ello por lo que sentía la necesidad de agradecerte el efecto que tuviste en mí de algún modo, y he localizado tu email.

De nuevo, gracias.

Atentamente,

Lucía

Releí mi escueto texto un par de veces. Resumía a la perfección lo que quería decir cambiando las circunstancias. El mensaje quedaba claro: gracias a él, había encontrado el camino en mi carrera.

Coloqué el ratón sobre el botón de enviar y Lucía se revolvió como si una parte de su subconsciente se diera cuenta de que estaba utilizando su personalidad y tratara de avisarla. Sin esperar un segundo más, lo mandé y

me fui a la cama preguntándome si Sam me respondería.

CAPÍTULO 5

Estimada Lucía:

He tenido que leer un par de veces el email para cerciorarme de que era yo el destinatario. ¡Se supone que estas cosas sólo les suceden a las grandes estrellas! Y yo soy un proyecto de actor.

También yo te doy las gracias. Si a ti mi actuación te sirvió en un día malo, tus palabras han alegrado mi mañana.

Un abrazo, Lucía.

Sam

A la mañana siguiente, tenía este email en mi bandeja de entrada. Era como si mi vida hubiera dado un giro de ciento ochenta grados. Había pasado de estar en casa amargada, negativa tras negativa, a estar ilusionada y activa con mi nuevo proyecto laboral y, en el plano sentimental, tener el primer acercamiento con la persona que había ocupado mi mente durante muchas semanas.

No le contesté. Tenía que buscar la excusa perfecta para volver a comunicarme con Sam.

Ésta, sin embargo, no tardó en llegar. Desde un inicio trabajé codo con codo con Logan y Clarisse, y me ofrecí a ayudar y a participar en todas las etapas del rodaje. Aun así, poco pude hacer en la preproducción, en la que Logan se «mató» a trabajar para conseguir una buena financiación, subvenciones y los mejores profesionales en el mundo audiovisual para mi *Baúl de los recuerdos*.

Sin embargo, sí que ayudé a forjar el guion definitivo con dialoguistas y asesores, que, cambiando una sola palabra, lograban que cada frase tuviera un trasfondo y me erizara los pelos de los brazos con un escalofrío.

Después de borrar, añadir y modificar algunas escenas, llegó el día en que los tres, después de leerlo, estuvimos de acuerdo en que se trataba exactamente de la historia con la que queríamos emocionar a millones de españoles. Sí..., teníamos unas expectativas un poco elevadas.

En este punto, tuve el pretexto idóneo para escribirle a Sam.

Logan había logrado que la superestrella juvenil Miriam Lyon participara en nuestra producción. Para ello, se había valido de horas y horas por teléfono hablando con su representante y alguna que otra reunión. Finalmente, y tras aceptar alguna de las cláusulas de la actriz más famosa del panorama español del momento, la conseguimos como protagonista en el papel de Tamara.

Ese hecho nos garantizaba de primeras un amplio abanico de público que llenaría nuestras salas, por no hablar de la promoción gratuita en medios de comunicación que tendríamos gracias a Miriam y su afición por mantener relaciones con jugadores de fútbol de Primera División o compañeros de reparto casados.

Sin embargo, no todo era positivo. Contratándola a ella nos quedábamos sin el presupuesto suficiente para coger a un actor de primer nivel para el papel de Mario, el protagonista masculino. Elegimos a la actriz a conciencia, sabiendo que tendríamos que contratar a un actor desconocido, después de comprobar que los jóvenes más mediáticos estaban empezando a cansar a una sociedad que los veía a diario en la ficción televisiva y, los fines de semana, en la película de turno que estrenaran.

En cierta manera, eso saturaba a la audiencia, y nosotros, según me explicó Logan, teníamos que adelantarnos para prever su comportamiento futuro: de aquí a que se estrenara *En el baúl de los recuerdos*, el público iba a estar harto de esos chicos que tan bien conocía.

La consecuencia lógica fue ponernos a la búsqueda y captura de nuestro fenómeno de masas particular, ese actor que escogeríamos sin que fuera apenas conocido y al que transformaríamos en una estrella. Como ya he dicho, al principio yo me había ofrecido a participar en todos los procesos en los que mi ayuda fuera útil, y en éste podía serlo sencillamente porque yo había imaginado e inventado a los protagonistas principales. Lo que ellos no sabían era que había localizado al hombre en el que me había basado y que, además, era actor. Por este motivo, tuve de nuevo la posibilidad de usar la cuenta de Lucía que había creado semanas antes.

Estimado Sam:

Vuelvo a escribirte con la intención de alegrarte otra mañana como en la anterior ocasión. Tengo una amiga, Bianca, que está en el proceso de creación de una película para Chance Productions.

¿Por qué te lo cuento? Porque actualmente están llevando a cabo el procedimiento de selección del casting, y he pensado que tal vez podría interesarte. Simplemente tendrías que mandarme un *videobook* y yo se lo haría llegar inmediatamente.

No me des las gracias. En realidad no lo hago por ti, sino porque espero que tu actuación sea capaz de inspirar a tanta gente como lo hizo conmigo.

Un abrazo, Sam.

Bianca

Lo releí y me di cuenta que, sin querer, había firmado con mi auténtico nombre, así que lo cambié por «Lucía» antes de enviarlo. Me había librado de que me pillara por los pelos, pero es que nunca había sido una experta en el arte de mentir, que digamos.

No me había dado tiempo a servirme un batido de chocolate que acababa de preparar con helado cuando sonó mi email.

Estimada Lucía:

Sé que me has dicho que no lo haga, pero... ¡gracias! ¡Gracias! ¡Gracias!

Simplemente conseguir una prueba para un largometraje está actualmente complicadísimo en la industria cinematográfica. Por este motivo, te debo una por darme simplemente la oportunidad.

Te adjunto el *videobook* que me has pedido. En él hay fotografías y pequeñas escenas de todos los estilos. Espero que alguna le sirva a tu amiga.

Un abrazo, Lucía.

Sam

P. D. No debería decirte esto, pero he asustado a todo el vecindario del grito que he soltado al leer tu email.

Sonreí satisfecha imaginando su reacción y grabé el contenido en un DVD.

Era el único material que llevaba dentro del bolso mientras Pascual me acompañaba en su coche a casa de la directora de casting, Gloria Ruano. Por lo visto, la mujer era una eminencia dentro del mundo de los artistas. Se suponía que conocía a todos los actores que existían, y había quien decía que, con sólo mirarte a los ojos tres segundos, sabía descifrar si llegarías a ser alguien en el mundo del cine o no. Algo genial cuando te daba el beneplácito y una putada cuando te quitaba la ilusión antes de que ni siquiera hubieses empezado.

Contratarla fue uno de nuestros grandes logros. Al fin y al cabo, el equipo artístico es uno de los puntos más importantes en cualquier rodaje.

«Al final, el espectador ve una historia de unos personajes. Todo lo que está detrás no importa si los actores no logran transmitir», me había dicho Logan cuando me comunicó que Gloria formaría parte de nuestro equipo.

Ser la mejor en algo también tenía sus ventajas y, por este motivo, me estaba desplazando hasta su casa. Gloria Ruano no sugería, sino que ordenaba. La preselección sería en su salón. Punto.

Gloria vivía en un ático de la Gran Vía. No habría tardado nada en llegar si no me hubiera encontrado el metro cerrado. Tuve que investigar un poco —bueno..., en realidad, preguntar a los hombres que gritaban con pancartas alrededor— para descubrir que ese día había huelga de transportes públicos en la capital.

El piso de la directora de casting no estaba lejos de mi casa y, al no enterarme de la concentración, había salido con el tiempo justo. Me preocupé, ya que Gloria no parecía una de esas personas que toleraban la impuntualidad. Menos mal que tenía uno de los mejores y más madrugadores amigos del mundo, Pascual, que se ofreció a llevarnos a Javier y a mí al trabajo. Lucía tendría que ir andando, porque argumentando que le tenía fobia a los coches, nunca se desplazaba en ningún vehículo que no fuese de transporte público.

—¡Qué emoción! —exclamó Javier desde el asiento trasero del Opel Astra rojo—. ¿Vas a entrevistar a alguna estrella?

—No exactamente —le expliqué—. Hoy vamos a ver a los candidatos para Mario. Preseleccionaremos a algunos para proponérselos al productor. La prueba definitiva se llevará a cabo con Logan y Clarisse otro día. Esto es algo así como un primer descarte.

—Da igual, aun así, sigue pareciéndome muy interesante.

—Y a vosotros, ¿qué os depara el día? —pregunté nerviosa tras comprobar que nos encontrábamos en un atasco. Ésa era una de las cosas que odiaba de la capital: las retenciones que hacían que tardases una hora en recorrer pocos metros.

—Pelearme con adolescentes que tienen las hormonas a flor de piel, tratar de enseñarles algo que sé que no les importa y... —Javier se puso la mano debajo de la barbilla como si estuviera meditando—. ¡Ah, sí! Soportar cómo se ríen entre sí de mi maravillosa pajarita verde pistacho.

—Si no las llevaras todos los días... —intervino Pascual.

La afición de Javier por las pajaritas era algo inaudito. Nunca salía de

casa sin una, y siempre eran de diferentes colores o estampados. No era de extrañar que a algunos de sus alumnos les llamaran la atención.

—¡No voy a cambiar mi estilo por un grupo de quinceañeros! — exclamó—. Por cierto, casi se me olvidaba. He pensado que esta noche voy a probar a haceros una receta que me ha pasado mi compañera: pollo al...

—Yo no voy a ir a cenar —lo interrumpió Pascual.

Ambos nos giramos inmediatamente en su dirección.

—¿Tienes una cita? —pregunté, y Javier desabrochó su cinturón para asomarse por entre los asientos delanteros. No era peligroso que no llevara la sujeción de seguridad, ya que estábamos parados.

Abrí la ventanilla para que entrara un poco de aire.

—¡Eso, eso! —exclamó Javier.

—No —dijo Pascual, ruborizándose—. He quedado con mi nueva compañera de proyecto, Azucena.

—¡Ah! —repuso decepcionado Javier, regresando a la parte trasera—. Si no fuera porque sé que eres casi más gay que yo, pensaría que tienes algo con esa chica...

—Somos sólo colegas. Además, no permito que me dé lecciones de mi homosexualidad el chico que estuvo media vida encerrado en un armario —bromeó él—. ¡Tienes que agradecerme que te sacara de ahí a la fuerza! —agregó mientras reanudaba la marcha.

—Claro, claro, con lo bien que me trataste en la relación...

Dejé de escuchar. Ahora venía la discusión tonta de siempre de quién dejó a quién, cuál de los dos era más insoportable y un largo etcétera, todo para acabar abrazándose cinco minutos después. No había quién los comprendiese.

—Tierra llamando a Bianca, ¿puedes cerrar esa ventanilla, que está destrozando mi laborioso peinado? —oí que me decía Javier. A saber cuánto tiempo llevaba llamándome.

—Sí, enseguida —contesté cerrándola inmediatamente. Javier era muy coqueto con su tupé mañanero.

—Y tú, roñoso —se dirigió a Pascual—, pon el aire acondicionado, que hay algunos que estamos orgullosos de nuestros kilos de más y no queremos perderlos sudando como pollos.

Suspirando pacientemente, Pascual lo obedeció.

—Ya hemos llegado —anunció cuando estábamos junto a un elegante

edificio en el centro de Madrid. Puso las luces de emergencia para detenerse y que pudiera bajar.

—¿Es aquí? —pregunté sin poder creer que Gloria Ruano pudiera vivir en un lugar tan señorial. ¿Cuánto se ganaría antiguamente en el mundo del cine? Porque estaba claro que, con los sueldos de ahora, mantener ese nivel de vida era misión imposible.

—En efecto.

Me bajé.

—¡Mucha suerte, preciosa! —gritaron mis amigos al unísono.

—¡Gracias!

—Y recuerda: no te conformes con el primero. ¡El elegido tiene que ser el hombre perfecto! —agregó Javier, que había ocupado mi posición en el asiento del pasajero.

Asentí e, instintivamente, metí la mano en el bolso para acariciar el DVD que contenía el *videobook* de Sam.

CAPÍTULO 6

La puerta estaba abierta. En el recibidor me esperaba un pequeño Yorkshire ataviado con una gorra rosa que ladraba como un condenado. Me gustaban mucho los animales y siempre había tenido mascotas en mi vivienda familiar. Por ese motivo, la experiencia me decía que los perros, cuanto más pequeños, más mala leche tenían y más les gustaba alborotar.

—¡Pasa y cierra la puerta! ¡Ven al salón, que estoy adecuándolo! —me indicó con su voz melosa Gloria Ruano.

La casa estaba decorada con un estilo *chill out* no muy ostentoso en el que predominaban los tonos blancos, negros y rojos y que contrastaba con el aspecto antiguo y señorial de la fachada. Me guie por el sonido del televisor hasta alcanzar la sala y localizar a la dueña de la vivienda. Había conocido a esa mujer de cincuenta años, pelo blanquecino recogido en un moño y ojos azules cristalinos un par de semanas antes. Mientras hacíamos una concienzuda lectura del guion, nos habíamos hecho a la idea de cuál sería nuestro casting perfecto en cada uno de los papeles. Pues bien, esa mujer vino para cambiarnos algunos conceptos preestablecidos por nuevas opciones. En un momento demostró que su fama era bien merecida, pues conocía a todos los actores jóvenes, mayores, triunfadores, televisivos y un largo etcétera que existían en el mercado.

—¿Quieres algo de beber? —me preguntó colocando unos mullidos cojines en los divanes que tenía preparados—. Tengo todos los tipos de zumos naturales y licores. Aunque los segundos nos los bebemos después para celebrar que hemos encontrado a nuestro protagonista perfecto.

—Zumos de naranja estaría bien, gracias.

—Voy a por uno. Espérame aquí sentadita —me indicó señalando el diván que había junto al televisor.

Dando trompicones, regresó con una bandeja con dos zumos y unas piezas de fruta que situó en la mesa baja color negro del salón.

—Vamos a empezar, que nos espera un día muy duro —dijo—. Lo primero es crear el ambiente propicio... —añadió mordiéndose el labio y encendiendo unas cuantas velas aromáticas y una especie de cascada

animada con un buda en medio—. ¿Es la primera vez que ayudas en un casting? —me preguntó.

—Sí, he estado leyendo algo al respecto, pero... —traté de excusarme. Me sentía muy pequeña frente a una profesional como Gloria.

—Tranquila, nadie nace sabiéndolo todo. Yo, por ejemplo, tuve mucha suerte. Hacer castings era mi herencia familiar. Mi madre se trasladó de Madrid a Almería durante la época en la que se grabaron las películas de vaqueros en ese paraje. Después se quedó allí mientras los italianos rodaban sus *spaguetti western*. Digamos que he mamado esta tarea de pequeña con la mejor de las maestras —explicó sentándose en el diván frente al televisor—. Como hoy te vas a desvirgar en este ámbito, te cedo el mejor puesto.

Sonreí, aunque en realidad no comprendía por qué mi diván lateral era el mejor para esa profesión.

—Tienes los altavoces al lado —puntualizó como si me hubiera leído el pensamiento—. La mayoría de la gente cree absurdamente que el físico del actor es lo más importante, pero se equivocan de principio a fin. Las voces y la dicción lo son todo. Ya puedes tener el cuerpo más trabajado del gimnasio, un rostro privilegiado y una mirada intensa, que todo se perderá con una voz pobre y unas palabras ininteligibles. —Nunca lo había mirado desde ese prisma, pero comprendí que llevaba toda la razón—. ¿Has traído el vídeo de algún candidato?

—Sí —contesté inmediatamente, tendiéndole el DVD de Sam—. No sé cómo será —me excusé por si se trataba de un pésimo actor—. Me lo ha recomendado una amiga que lo vio actuar en *Don Juan Tenorio* —mentí... otra vez.

—Lo dejaremos para el final entonces. Ahora túmbate.

—¿Tumbarme? —pregunté por si lo había oído mal.

—Sí, cada una lo haremos en un diván. Y cierra los ojos. —Obedecí sus órdenes sin preguntas—. Quiero que te concentres en las voces, en su sonido, en lo que te transmiten... Si te enamoras de alguna, dímelo, y sólo entonces volveremos a poner el vídeo para ver si su imagen acompaña, ¿entendido?

—Perfectamente.

Gloria pulsó *play* en el reproductor.

Hola, mi nombre es David González. ¿Todavía no me conoces? ¡No puede ser! Soy el próximo Paul Newman español. Recuerda esta cara y este

cuerpo, que dentro de poco saldrán en todas las revistas. ¿No te lo crees? Pues mira mi book de fotos.

Stop.

—Este chico ha intentado hacer un vídeo original, o al menos eso deduzco por su introducción. Claro que sólo se queda en un intento cutre y primitivo —comentó Gloria—. Pero eso no nos preocupa. He parado la imagen porque yo ya tengo un veredicto con respecto a esta voz, pero primero quiero oír el tuyo.

—¿El mío?

—Sí, me gustaría analizar tu criterio.

Nerviosa como si me fueran a examinar y tuviera que sacar un sobresaliente, me pregunté a mí misma qué pensaba. En diez segundos no me había dado tiempo a forjarme una opinión, y así se lo hice saber.

—No lo sé. Me da miedo equivocarme. Tal vez si repetimos...

—No me importaría volver a poner el vídeo, pero hay muchos candidatos y no podemos hacerlo con todos. Dime, ¿has sentido algo mientras lo escuchabas?

—No —negué.

—¿Te ha transmitido?

—Tampoco. —Mi estado no había cambiado durante su breve intervención.

—Entonces no es nuestro protagonista. La voz del actor principal se te clava en las entrañas y te eriza la piel sin que necesites verlo. Ésta es la primera lección. ¡Pasamos al siguiente!

—¿Y no lo vemos? —pregunté, pues tenía curiosidad.

—Es mejor que no: si tuviera una cara angelical, nos lo replantaríamos, y eso sería un gran error.

De nuevo, *play*.

Mi nombre es Ramón Linares. No soy bueno dando discursos ni definiéndome, así que dejaré que mis diferentes intervenciones en las ficciones españolas lo hagan por mí...

A continuación se produjo una sesión compilatoria en la que el candidato unía las diferentes palabras que había dicho en sus pocos minutos televisivos hasta formar una frase en la que se definía como «trabajador, elegante, simpático, gracioso, espontáneo, extravagante, original, versátil y muy buen compañero».

Stop.

—¿Qué te ha parecido el segundo?

—No sé —dudé—. Me ha gustado, pero no para el papel de Mario —masticé.

—He oído que te reías mientras el vídeo pasaba, ¿no?

—Sí.

—¡Entonces hemos descubierto una estrella que voy a incorporar a mi base de datos! —exclamó como si hubiera encontrado algo importante—. Abre los ojos para que veamos a mi nuevo fichaje.

Le hice caso y me encontré en la pantalla con un joven pelirrojo de unos veinte años que sonreía mientras sujetaba lo que parecía un conejo gigante. La verdad es que iba vestido de una manera cómica, con todos los colores del arco iris.

—Hacer llorar en la gran pantalla es fácil. Pon cualquier frase lastimera o escena de amor potente y tendrás a la sala llena de gente sonándose los mocos. Sin embargo, puedes estar tres años pensando las frases más sugerentes, las bromas más graciosas o los ganchos más originales e ingeniosos y que luego no se ría ni uno solo de los espectadores. Totalmente frustrante. Por eso, este chico es el regalo de mi día.

Gloria incorporó todos sus datos en el portátil que tenía encima de la mesita y marcó en rojo en su agenda llamar a Ramón Linares al día siguiente.

Seguimos durante todo el día escuchando voces para después pasar a ver físicos. La mayoría de los actores se caían en el primer proceso, pero había algunos que aguantaban hasta el segundo. Por ejemplo, justo antes de comer unas deliciosas hamburguesas de soja, escuchamos a un candidato ideal al que tuvimos que desechar inmediatamente tras comprobar que había abusado tanto del gimnasio que parecía un animal de lo ancho que estaba, e incluso daba algo de miedo.

—Si hubiera visto a este chico durante el casting de *Hulk*... —Se lamentó Gloria antes de pasar al siguiente.

Después de las ocho de la tarde dimos por concluida la búsqueda entre los seleccionados por Gloria Ruano. El resultado final eran dos preseleccionados. Antonio Sierra: guapo, definido, con los ojos verdes y unas cuerdas vocales que irradiaban sensualidad. José Manzanares: alto, pelo castaño, ojos azules y un color de voz que conquistaba a cualquiera que lo escuchara.

—Veamos si compartimos el gusto artístico con tu amiga y después celebramos lo fructífera que ha sido la tarde.

Llegaba el momento. Las manos comenzaron a sudarme y me revolví inquieta en el diván. ¿Cómo no iba a interpretar bien un papel que estaba basado en él?

Mi nombre es Sam Williams Ferrari. De la misma manera que sé que por mis venas corre sangre americana e italiana, soy consciente de que he nacido para actuar. El olor de la madera del escenario, los focos y los aplausos son los ingredientes que me motivan cada día.

No cuento con una gran experiencia ni puedo poner fragmentos de mis actuaciones en series de ficción televisiva españolas porque no existen. Sin embargo voy a interpretar dos secuencias con las que espero captar tu atención.

La primera es una escena de amor de Romeo y Julieta, de William Shakespeare, uno de los mejores escritores que han existido.

—Te tomo la palabra. Llámame sólo «amor mío» y seré nuevamente bautizado. ¡Desde ahora mismo dejaré de ser Romeo!

[...]

—Amor, que fue el primero que me incitó a indagar; él me prestó consejo y yo le presté mis ojos. No soy piloto; sin embargo, aunque te hallaras tan lejos como la más extensa ribera que baña el más lejano mar, me aventuraría por mercancía semejante.

[...]

—¡Que el sueño descanse en tus dulces ojos y la paz en tu alma! ¡Ojalá fuera yo el sueño, ojalá fuera yo la paz en que se duerme tu belleza! De aquí voy a la celda donde mora mi piadoso confesor, para pedirle ayuda y consejo en este trance.

Tenía la carne de gallina. Su voz era casi más bonita de lo que había soñado cuando lo imaginaba mientras escribía los diálogos. No tenía ninguna duda de que él era Mario.

Aproveché que Gloria estaba concentrada para no hacer caso de su norma principal y abrí los ojos para verlo.

El vídeo estaba grabado en un plano medio en el que se podía ver su cuerpo recortado por encima de las rodillas. Por el fondo deduje que lo había grabado encima del escenario del teatro donde trabajaba. Llevaba puesto un polo color negro y unos vaqueros azul celeste. El pelo castaño lo tenía echado para atrás y el color de sus ojos color miel quedaba

potenciado gracias a un foco directo.

Sam dejó de actuar y miró a la cámara fijamente. Casi parecía que estuviera hablándome a mí.

La segunda escena la he cogido de otra película romántica, El diario de Noah. He seleccionado ésta porque creo que además de reflejar amor tengo que mostraros pasión, y eso sólo se consigue con una buena riña de enamorados.

—¿Te quedarás conmigo?

[...]

—Eso es lo que hacemos, ¡discutir! Tú me dices cuando soy un maldito arrogante y yo te digo cuando das demasiado la tabarra. ¡Y lo haces el 99 por ciento del tiempo! Sé que no puedo herir tus sentimientos porque tienen un promedio de dos segundos de rebote y otra vez vuelves a la carga.

[...]

—Pues que no será fácil, va a ser muy duro. Tendremos que esforzarnos todos los días, y quiero hacerlo porque te deseo. Quiero tenerte para siempre. Tú y yo, todos los días. ¿Harías algo por mí? Por favor, imagina tu vida dentro de treinta o cuarenta años, ¿cómo la ves? Si es junto a ese hombre, vete. ¡Te largaste una vez y lo soportaría otra si creyera que es lo que quieres! Pero nunca tomes la vía fácil. Olvida lo que quieren los demás. ¡Incluso olvida lo que él quiere, lo que yo quiero o lo que quieren tus padres! ¿Tú qué quieres?

Stop.

Miré a Gloria, que permanecía tumbada con el mismo gesto impassible, y cerré los ojos inmediatamente.

—¿Qué te parece? —me adelanté a preguntarle esta vez, y la pillé desprevenida.

—Es bueno —contestó—. Muy bueno. Su tono mientras recitaba esas frases me ha transportado como hacía mucho tiempo que no conseguía hacerlo ningún actor. Tu amiga tiene buen ojo.

Estaba a punto de ponerme a saltar cuando agregó:

—Ahora sólo nos falta saber si el físico acompaña.

Se incorporó en el diván y, ajustándose la falda, dirigió toda su atención a la pantalla plana.

Play.

Verlo actuar era delicioso. Ya veía los rasgos, las miradas y las

muecas con las que seduciría a la cámara en el *Baúl de los recuerdos*. ¡El papel no podía ser para otro! Me negaba a que lo fuera.

—La cámara lo quiere y su sonrisa traspasa la pantalla. El único defecto es que tal vez es un poco alto, pero eso daría un toque protector al lado de Miriam, podría quedar muy poético —sentenció—. A ti no te pregunto porque ya he visto esos ojos cristalinos que me informan de que la autora ha encontrado al personaje que describió en carne y hueso, ¿me equivoco?

—Para nada.

—Coge el DVD y júntalo con el de Antonio Sierra y José Manzanares. Hemos encontrado a nuestro tercer y último aspirante.

CAPÍTULO 7

Necesitaba relajarme. Si ese día había sido muy intenso, no podía ni quería imaginarme el siguiente. Una vez propuestas las tres opciones, Logan, la directora y yo íbamos a probar la imagen de los seleccionados con Miriam, la protagonista femenina, para averiguar si había química entre la pareja de reparto y descartar a dos de ellos y quedarnos con un vencedor.

No quería pensar más en el tema, así que me tumbé frente a la caja tonta para ver el absurdo programa de marujeos y corazón que tenía puesto Javier y distraerme un poco. Como siempre, deposité mi cabeza encima de las rodillas de mi compañero para que me hiciera cosquillas. Le encantaba tocar el cabello, y yo me aprovechaba de su manía para recibir una especie de masaje capilar. Eso sí, cuando terminaba su sesión, siempre me marchaba con el pelo encrespado y abultado, lo que me daba un aspecto de pirada.

El tema estrella de esa semana era la presunta infidelidad de un torero casado antes de fallecer en un accidente de coche. Fue por eso por lo que decidí que ese magazín no merecía mi atención. Podía aguantar todos los cotilleos del mundo, ver las «falsas peleas» en directo e incluso los insultos entre los colaboradores; es más, me divertía, pero cuando se metían con personas que ya no estaban rozaban un límite que para mí era excesivo.

Corrí a mi habitación y cogí mi novela favorita, *Bombas a la luz de las velas*, de Christopher W. F., y regresé al salón para seguir aprovechándome de las manos de Javier. Leer algo diferente de mi guion no me vendría mal, y ese libro era de los que me habían calado y releía cada cierto tiempo para sorprenderme con alguna cosa nueva.

Lo abrí y noté cómo mi uso excesivo de sus páginas estaba haciendo que éstas se vieran más antiguas y desgastadas.

—Sin lugar a dudas, ha sido el mejor regalo que te he hecho —apuntó Lucía, que se encontraba tirada en el suelo rodeada de cartulinas, pancartas y rotuladores. Estaba haciendo unos carteles enormes y

llamativos para una manifestación que tenía al día siguiente.

—¡Diste en la diana! —comenté, pues ella me había regalado mi obra favorita.

Lucía sonrió satisfecha y volvió a concentrarse en dar con un eslogan que llamara la atención.

—Pon algo sexual: la gente siempre se fija si ve algo al respecto —le había aconsejado Javier.

Y yo pensaba que llevaba razón. De hecho, unos días antes había leído en un periódico gratuito que daban en el metro que las palabras más buscadas en Google eran *porno* y *poron*, ya que algunas personas se equivocaban al escribirlo.

Leí el primer párrafo del libro, que casi conocía de memoria.

—Bianca —me interrumpió Javier dándome golpecitos en la cabeza.

—¿Qué? —pregunté exasperada, pues me molestaba sobremanera que me distrajeran mientras leía.

—La pantalla de tu ordenador se ha iluminado. Creo que tienes un email —me informó.

—¿A estas horas? —dije en voz alta tras comprobar que eran las once de la noche.

Conforme leí el nombre del emisor, me puse a temblar.

Querida Lucía:

Hoy ha sido un día de bastantes emociones fuertes.

¡Me han llamado para hacer un casting personal de la película de tu amiga con el productor ejecutivo, la directora y la guionista! Aunque imagino que, dada mi experiencia, no conseguiré el papel principal, es lo más alto que he llegado en mi carrera, y todo ha sido gracias a ti.

Por este motivo, no encuentro las palabras para agradecértelo. De hecho, me resulta un poco frío ponerlo por aquí. ¿Podrías darme tu móvil para que te llame?

Un abrazo, Lucía.

Sam

Inmediatamente miré la hora a la que me lo había enviado. Habían pasado sólo cinco minutos. Iba a pensar qué hacer cuando un bolígrafo de Lucía salió disparado y rebotó en mi frente. Entonces se encendió una especie de bombilla en mi cabeza. Tenía una idea. Un poco loca, pero buena al fin y al cabo.

—Lucía —comencé con voz aterciopelada y cara de niña buena—, tengo que pedirte un favor.

—Debe de ser de los grandes para que pongas esos ojos de cordero

degollado —contestó sin levantar la vista de sus folios.

—Tampoco exageres —me quejé—. Es una tontería...

—¡No des más vueltas y desembucha! —me instó mirando directamente.

—El caso es que hay algo que tengo que contarte...

—Huele a historia fresca y de las buenas, ¡esto no me lo pierdo yo! —exclamó Javier, dejando de lado la televisión para centrarse en nuestra conversación.

De un tirón, le conté a Lucía todas mis comunicaciones con Sam desde que lo había visto el día que habían aceptado mi producción, sin ocultarle el «pequeño detalle» de que había creado una identidad falsa con su nombre.

—... así que yo no puedo llamarlo por si al final lo cogen y reconoce mi nombre o mi número, y he pensado darle el tuyo para que seas tú quien hable con él esta noche —concluí.

—Si no he entendido mal —repuso ella—, me estás proponiendo que tome parte en la actuación más infantil en la que has participado desde hace años...

—Tampoco te pases. No es infantil, es original —me defendió Javier, aunque sospechaba que lo hacía porque en el fondo estaba deseando que la historia continuara, a ver cómo acababa.

—Se ha inventado a una persona que no existe...

—... por un buen motivo. Era evidente que ese chico se merecía una oportunidad, y me parecía egoísta no dársela —argumenté, aunque no estaba muy segura de estar diciendo los auténticos motivos—. Además, Lucía, tampoco te pido mucho: sólo serán unos minutos... —supliqué.

—Está bien —aceptó ella—. Mándale mi teléfono antes de que me arrepienta.

Lo hice al instante, e inmediatamente Javier y yo descendimos al suelo para sentarnos cada uno a un lado de Lucía, esperando que se produjera el ansiado momento. Sam no se hizo de rogar y el destartado y prehistórico móvil de nuestra amiga comenzó a sonar.

—¡Pon el manos libres! —le ordenamos Javier y yo antes de que contestara, y ella asintió poniendo los ojos en blanco.

—¿Dígame?

—¿Lucía? —sonó la voz grave y seductora de Sam al otro lado.

—En carne y hueso...

—Soy Sam. —Aunque no podía verlo, notaba por su tono que estaba algo nervioso, como si le hiciera ilusión hablar con el personaje ficticio que yo había inventado.

—Lo imaginaba —contestó con sequedad nuestra amiga, que estaba prestando más atención al conjunto de las imágenes que tenía por el suelo que a mi actor.

—Espero que no te haya molestado que te llame —se excusó él, ya que seguramente había notado el tono cortante de Lucía—. No sé cómo agradecerte lo que has hecho. No hay palabras que engloben todo lo que te debo.

—No ha sido nada —repuso Lucía.

Tuve que intervenir. Era imposible que ese chico tuviera una conversación con el palo tieso que estaba siendo mi hippie amiga.

Le quité un folio y un lápiz y escribí: «Haz el favor de ser un poco más amable».

Se lo enseñé y ella asintió poniendo los ojos en blanco.

—Además, imagino que serás bueno o, de lo contrario, por mucho que Bianca hubiera llevado tu vídeo, no habrías llegado hasta la prueba de mañana. —«¿Estás contenta?», escribió a continuación debajo de mi texto, y asentí.

—La verdad es que estoy tan nervioso que parezco un flan —admitió él—. Y es extraño, porque suelo ser un chico bastante seguro. —Pausa. Se suponía que Lucía debería haber dicho algo, pero no lo hizo, así que Sam continuó—: Como no paraba de dar vueltas por casa, me he venido al teatro. —De nuevo pausa.

«¿Esto es una conversación de dos? Porque no lo parece. ¡Pregúntale o interésate!», se me adelantó a escribir indicaciones en el folio Javier, que se estaba desesperando igual que yo.

—¿Con tu pareja? —preguntó Lucía, y supe, por cómo era ella, que no lo hizo con el propósito de sonsacarle información, sino como algo normal. No obstante, me alegré de esa cuestión. Si tenía pareja, ¿era a ella a quien le dirigía esa mirada en la foto que desprendía tanto amor y que me enamoró?

—No, más que nada porque no tengo —confesó Sam, e intuí cómo se ruborizaba al otro lado del teléfono. Era muy mono. ¿Podría ser que en el fondo estuviera intentando coquetear conmigo? Porque, aunque estaba hablando con Lucía, yo estaba detrás de esa personalidad. Lo único

importante es que estaba soltero y me faltó hacer una hola en honor a esa revelación. —Estoy totalmente solo en la primera sala en la que me subí a un escenario —explicó.

—Sí que debes de tener influencias para que te hayan dejado las llaves —puntualizó Lucía.

—La verdad es que no. Tampoco te imagines que esto es el Teatro Real —bromeó él—. Mis trabajos nunca han llegado a ese nivel. Este salón pertenece a la asociación en la que daba clases de interpretación a niños con deficiencias intelectuales... —Había tocado el botón de Lucía, que dejó lo que estaba haciendo para concentrarse en la conversación.

—¿Y qué hicisteis?

—Una especie de musical de Michael Jackson. ¡Les encantó toda la parafernalia de disfrazarse, bailar y cantar! Yo actuaba con ellos para dirigirlos por si se olvidaban de algún detalle, pero no hizo falta. ¡Lo hicieron fenomenal y se metieron al público en el bolsillo!

—Debió de ser todo un espectáculo —sonrió sinceramente Lucía.

—¡Ni te lo imaginas! —exclamó Sam, que, como nosotros, se había dado cuenta del cambio de actitud de su interlocutora.

—¿Y qué haces allí? Quiero decir, ¿no deberías descansar más que andar solo en mitad de la noche dando vueltas por un escenario?

—Debería, pero no puedo. Me juego tanto mañana... He leído mil veces el guion, he memorizado cada palabra del diálogo y, aun así, creo que me falta algo —confesó.

—¡Pues claro que te falta! —exclamó Lucía, y Javier y yo la miramos intrigados: ¿qué sabía ella de cine?—. ¿Has descubierto a tu personaje?

—No entiendo a qué te refieres —contestó él intrigado.

—Imagino que todos los aspirantes de mañana llegarán sabiéndose el texto al pie de la letra. Tienes que ofrecer algo más.

—¿Como qué? —preguntó Sam interesado.

—Si lo único que tienes de tu personaje es su manera de expresarse, harás una actuación hermética y superficial, copiando los clichés y cayendo en los tópicos. —Javier y yo nos miramos alucinados por lo que Lucía estaba diciendo—. Si de verdad quieres ir un paso por delante de los demás, tienes que ofrecer algo nuevo, debes sentir el papel que interpretas... —A veces mi amiga hablaba tan metafóricamente que no había ni dios que la comprendiera, y ése era uno de esos casos. Nosotros lo sabíamos, Sam se había dado cuenta, y parece ser que ella también,

porque se explicó—: Por ejemplo, ¿cómo se llama tu personaje?

—Mario.

—Bien, si tuviera que invitar a Mario a cenar, ¿cuál sería su plato favorito? ¿Qué comida odia? ¿Qué pondría de fondo: música o la televisión?

—No lo sé —dijo él dubitativo tras pensarlo unos segundos.

—¡Ahí está el error! Si quieres interpretar bien un personaje, debes estar al tanto de los pequeños detalles. Aquellas partes de una persona que parecen más insignificantes acaban siendo las que la conforman tal y como es. Si descubres todos los rasgos y las particularidades no tendrás que interpretar a Mario, sino que te convertirás en él en cuanto llegues a la prueba. Y tampoco estarás nervioso, ya que sabrás seguro que vas a conseguirlo, puesto que nadie como tú conoce al dedillo a esa persona. Actuarás de una manera natural, y el público se sentirá identificado con ello. Ése es el fin último de todo artista —sentenció Lucía, con un discurso tan natural e inteligente que nos había dejado a Javier y a mí con la boca abierta. Sólo nos faltaba aplaudirle.

—Pensaba que mi hermano era el que mejor consejos daba. Hoy le has quitado el puesto —bromeó Sam, y mi amiga sonrió satisfecha—. Pienso hacer lo que me has dicho. De hecho, creo que voy a meterle cosas mías al personaje, así que ya sé la respuesta a la primera pregunta: pastel de verduras.

—¿Es tu plato favorito?

—Sí, siempre y cuando haya mucha mayonesa al lado. —Ambos rieron. Hubo una pequeña pausa hasta que oímos cómo Sam cogía aire—. Estaba pensando que me has ayudado mucho... —Titubeó—. Ya no sólo dejando mi vídeo, sino ahora con los consejos... y..., bueno..., me gustaría invitarte a cenar o a tomar algo para agradecértelo.

¿Qué? ¿Cómo? ¿Una cita? ¡No! ¡No podía quedar con él justo ahora! Lucía me miraba pálida, sin saber cómo actuar.

«Dile que muchas gracias y que te encantaría, pero que estás fuera de Madrid», nos ayudó Javier. Lucía no lo rechazaba y dejaba una puerta abierta para una futura ocasión.

—Me encantaría, pero estoy fuera de Madrid por trabajo. —De nuevo puso los ojos en blanco. No le gustaba nada mentir.

—¿Hasta cuándo? —insistió él.

—No lo sé. Trabajo como abogada y nunca sé cuánto durará un

proceso —repuso saliendo al paso.

—¿Lo aplazamos hasta que vuelvas?

—Sí.

—¿Te importa que te llame otro día? —Lucía nos miró encogiéndose de hombros, y yo le hice un gesto para indicarle que podía seguir llamando.

—No, claro, aunque no hago mucho caso del móvil..

—Insistiré —afirmó él, animado—. Creo que voy a dejarte descansar para seguir tus indicaciones.

—La verdad es que es un poco tarde.

—Buenas noches, y encantado de conocerte, Lucía.

—Buenas noches, y mucha suerte mañana, Sam.

—¡Prometo que, después de mi hermano, serás la primera a la que llame para darle la noticia!

Lucía se disponía a protestar, pero Sam ya había colgado.

—En menudo lío acabas de meterme. —Me fulminó con la mirada.

—Seguro que no llama mucho o, si lo hace, no le contestes y acabará por escribirme un email. Además, tampoco pretendo prolongar esta situación por mucho tiempo.

Sabía que tarde o temprano tendría que decirle la verdad a Sam, lo que aún no había decidido era el momento adecuado. Si al día siguiente no obtenía el papel, todo sería más fácil de confesar y aceptar la cena a la que me había invitado.

—Eso espero —replicó Lucía.

—El chico está interesado, Bianca —me dijo Javier, dándome un codazo cómplice—. A ver si al final voy a robarte la Nikon y a salir a hacer fotografías hasta encontrar a mi príncipe azul.

—Ni lo sueñes —lo amenacé poniéndome de pie para ir a la cama—. Mi cámara es sagrada y no se la dejo a nadie.

—¿Adónde crees que vas? —preguntó Lucía mirándome.

—A dormir.

—¡Ni lo sueñes, bonita! Después del favor que acabo de hacerte, ahora mismo quiero ver cómo recoges tu pelo en una coleta y te pones conmigo a hacer los carteles. —Me senté a su lado siguiendo sus órdenes—. Y tú —señaló a Javier— ya puedes hacer lo mismo por haberla ayudado a convencerme y meterme en este berenjenal.

—Pero yo...

—¡He dicho que a pintar ahora mismo! —chistó Lucía, e inmediatamente él le hizo caso—. Mañana traeré unos cuantos formularios de acciones sociales para los que estoy recogiendo firmas y, si vuelve a llamarme, ya sabes lo que tienes que hacer...

CAPÍTULO 8

Todavía no podía creerme que todo fuera cierto. Me sentía un poco como si estuviera levitando. Mi vida parecía más un sueño que realidad. ¿Por qué? Porque había conseguido que mi guion se transformara en un proyecto cinematográfico real, porque las escenas que había imaginado cobrarían vida y porque me habían permitido ayudar a seleccionar el casting que lo representaría, mis personajes de carne y hueso. Tangibles.

Además, la mismísima superestrella Miriam Lyon había venido a dar las réplicas a los tres actores que optaban a ser su compañero de reparto. Nuestra labor era observarlos y valorar la química existente a través de una pequeña pantalla, un monitor que estaba conectado a una de las cámaras que grababan la prueba.

La opinión que tenía de esa mujer, aparte de que era una de las actrices con mejor trayectoria sentimental si valoraba el físico de sus ex parejas (por lo menos, había que ser modelo de Calvin Klein para que te hiciera un hueco en su cama), era que se trataba de una chica amable, solidaria, simpática, que siempre tenía la frase adecuada cada vez que la entrevistaban. Era de esas actrices que caen bien sin saber realmente por qué, que empatiza contigo a través de la pantalla y llegas incluso a plantearte que podríais haber sido buenas amigas.

No obstante, una vez la conocí, me di cuenta de que estaba totalmente equivocada.

La actriz, con una melena ondulada rubia, unos ojos azules tan grandes en los que te reflejabas por su tono cristalino y un cuerpo de infarto que no debería ser legal para los mortales, tenía un papel de cara a la galería que olvidaba en el momento en que no había ningún objetivo apuntándola.

Nuestro primer encuentro no fue muy bueno, que digamos. Sin embargo, ése no era el motivo de que hubiera pasado de adorarla a rezar a todos los dioses para que se callara cinco minutitos. La joven, al ver mi corta edad, me había confundido con una fan histérica y me había firmado una fotografía que llevaba su agente (que la seguía a todas partes como un

perrito faldero). Yo la había aceptado amablemente, y eso no hizo sino confirmar sus sospechas de que tan sólo era una friki que me había colado para adorarla un ratito de buena mañana.

Al ver que la seguía por el set de rodaje después de firmarme el autógrafo, Miriam había llamado a seguridad para que me echaran de allí creyendo que la estaba persiguiendo. ¡Y a punto estuvo de conseguirlo! Todo porque el guardia de seguridad era nuevo y había creído a la famosa antes que a mí. No lo culpaba por ello, pero resultó un poco embarazoso explicar la verdad.

Después de asegurarse de que yo era la guionista, su agente —que no ella, que bastante tenía con criticar absolutamente todo lo que encontraba a su paso como una niña malcriada— se había disculpado y Miriam había comenzado la última prueba junto con Clarisse y Logan.

El lugar elegido era una de las salas vacías que estaban dentro de las instalaciones. Una especie de teatro con una tarima elevada de madera para que pudieran situarse los actores y un espacio vacío debajo. Unos chicos de atrezzo trajeron tres sillas para que pudiésemos sentarnos por si la prueba se alargaba, y los cámaras se desplazaron con todos sus bártulos, que eran muchos y tenían pinta de pesar bastante, para filmar el plano desde diferentes ángulos.

De entre todas las escenas, la directora y la jefa de casting seleccionaron un par que trataban temas diferentes para verlos trabajar sus distintas facetas artísticas.

En una de ellas era muy obvio el objetivo del personaje, y era la que habíamos mandado a los actores antes de citarlos para que la preparasen. La otra se la dábamos una vez llegaban (por supuesto, podían leer el texto, ya que no tenían tiempo para memorizarlo). Esta segunda suponía un cambio brusco con respecto a la primera para valorar la naturalidad con que podían abordar el papel.

Y ahí empezó el calvario con la verdadera Miriam Lyon.

Todos los rumores de que algunas superestrellas eran egocéntricas, maleducadas y caprichosas se cumplían a la perfección con la joven que tenía enfrente.

El primer problema lo había dado al observar que la botella de agua que le habían dejado no era de la marca francesa que ella tomaba habitualmente. Al final, y tras tratar de convencerla de que la que tenía era de la misma calidad o incluso un poco más cara, ya que en realidad eso

era lo único que le importaba, un miembro del equipo había tenido que desplazarse hasta una tienda del centro de la capital para comprarle el agua a la señorita. Por lo menos aprovechó para adquirir un par de cajas repletas de botellas de esa marca de lujo y evitar, así, que el incidente se repitiera durante el rodaje.

Luego Miriam había exigido un chico para pasarle los folios porque ella no los tocaba el día que actuaba. Era su absurda superstición, y no había manera de que cambiara de opinión.

Finalmente, y pese a recordarle que ninguna de las imágenes del casting iba a ver la luz, había tenido que acudir la maquilladora para retocarla entre prueba y prueba, por si acaso algún miembro del equipo se hacía una fotografía con ella y la subían a las redes sociales. Era tan adicta al postureo en éstas que necesitaba un cargador portátil del móvil.

—Maquíllame de una manera que parezca que voy sin nada, al natural —le había indicado a la pobre maquilladora, que había venido únicamente para eso, sin mirarla a los ojos siquiera, tecleando a la velocidad de la luz en el teléfono.

Por todos esos motivos, yo no soportaba a la actriz (aunque, por supuesto, con ella usaba unas recién adquiridas técnicas de falsedad), y nos habíamos retrasado un poco. Como consecuencia, los pobres chicos que aguardaban en la sala de espera estaban cada vez más nerviosos.

José Manzanares fue un fracaso total. Sus diálogos no encajaban con los de Miriam y, además, se notaba a la legua que ambos no se soportaban. Era extraño, pues acababan de conocerse. Podría decirse que sus organismos se habían repelido mutuamente desde el primer momento. Una reacción química que dice que esos dos compuestos no encajan, sino quieres que estalle una bomba, y lo que menos necesitábamos eran discusiones en el set.

Por el contrario, Antonio Sierra bordó el papel. Dudaba que Sam pudiera superar la perfección cinematográfica que la pareja había protagonizado. Hasta se me había puesto la carne de gallina viéndolos juntos.

Logan y Clarisse no paraban de tomar notas, pero aún no habíamos debatido nada. En alguna ocasión, había tratado disimuladamente de leer lo que escribían en sus cuadernos, aunque tenían una caligrafía peor que la que se les presupone a los médicos y, más que letras formando palabras, daba la sensación de que eran garabatos sin sentido alguno.

—Llama a Sam Williams —ordenó Logan, que había comido demasiado y no paraba de tocarse su abultada barriga. Uno de los ayudantes asintió—. Con éste hablas tú, Bianca.

Su indicación me pilló desprevenida y me atraganté. Cogí la botella de agua y bebí un trago para que cesara la tos.

—¿Cómo? —dije angustiada. Era demasiada responsabilidad—. Soy una novata en este mundillo. No creo que sea la persona más indicada...

—También fue tu primera vez con Gloria Ruano y lograste impresionarla —me animó el productor.

Clarisse no añadió nada. La verdad es que cualquiera que la viera pensaría que estaba incómoda en ese proceso. Miraba las cámaras de reojo, e imaginé que si pudiera saltaría y cogería una para grabar. Eso era lo que le gustaba, no lidiar con actores.

Sam cruzó el umbral con seguridad. Vestía una bonita camisa negra ceñida, unos vaqueros oscuros y una chaqueta vaquera de un tono más claro por encima. Llevaba el pelo recogido con una cinta, y algunas puntas sobresalían por los laterales de un modo rebelde, enmarcándole la cara.

—Buenas tardes —saludó situándose frente a nosotros.

—Buenas tardes —contestamos los tres a la vez, y más que componentes del equipo de casting parecíamos los miembros del jurado de «La Voz».

Miriam hizo un gesto vago con la mano. Hasta para eso era seca la actriz.

Logan me miró para animarme a comenzar y, con una tranquilidad que no sentía en absoluto, empecé a hablar. Me sorprendí a mí misma al no balbucear como una quinceañera que acaba de ver a su cantante favorito.

—¿Cómo te llamas? —pregunté, aunque ya lo sabía. Una de las estrategias que me habían enseñado para calmar a los actores era empezar con una conversación relajada, sin que pareciera un interrogatorio.

—Sam Williams Ferrari —contestó él fijando toda su atención en mí.

Me estremecí, la carne se me puso de gallina y tuve que repiquetear con los dedos sobre la mesa para que no se notara que sufría un ligero temblor.

—Mi nombre es Bianca Langreo —me presenté oficialmente—. Soy la guionista de *En el baúl de los recuerdos*. —Él me miró con la cabeza ladeada y una bonita sonrisa se dibujó en su rostro. Me había reconocido.

Seguramente estaría pensando que era la amiga de la chica con la que hablaba, Lucía. Si supiera que éramos la misma persona...—. Si te parece, háblanos un poco de tus trabajos —repetí como un lorito lo que Logan había dicho a los otros dos aspirantes.

—La verdad es que he centrado mi carrera en el teatro, pero soy muy polifacético y, dados mis estudios de interpretación, creo que, si se me diera la oportunidad, podría encajar muy bien en su ficción.

—¿Qué te ha llamado la atención de esta historia? —pregunté.

—La intensidad de sus personajes y el mensaje que transmite. Leyéndolo me emocioné y, aunque no sea el elegido, iré al cine a verla porque creo que la historia de Mario y Tamara es de esas que hacen que el espectador salga de la sala con la emoción contenida al saber que acaba de ver una obra maestra. Las letras dejan de serlo y se convierten en sentimientos que te traspasan.

Las mejillas se le tiñeron de un tono rojizo: le daba vergüenza haber hablado con tanta intensidad. Parecía tan sincero que el corazón me dio un vuelco. ¿De verdad creía que mi guion, ese del que su mirada era protagonista, lograba ese efecto?

—Imagino que te han mandado una pequeña escena —proseguí un poco aturdida por sus palabras.

—Sí.

—Está aquí Miriam Lyon. —Esperé a ver si por lo menos oyendo su nombre despejaba la vista del móvil, pero ella siguió tecleando—. Su papel es el de Tamara. Si te parece, podéis interpretar juntos la escena...

—¡Perfecto! —exclamó Sam, y los demás nos acomodamos con expectación.

Miriam subió al escenario y, sin saludarlo cordialmente siquiera como posible futura compañera, con una mala educación que rozaba lo inadmisibile, lo instó a empezar.

—«Unas bonitas vistas para ver el amanecer» —dijo Sam, iniciando la escena.

En la misma, se suponía que, después de conocer su prematura enfermedad, Tamara quería alejarse, pero el joven no estaba dispuesto a permitirlo.

—«¿Qué haces aquí?» —chilló Miriam. Se suponía que en la película debería lucir unas ojeras tan pronunciadas que daría miedo.

—«Estás preciosa» —contestó Sam apartándole el cabello de la cara

y acariciándole la mejilla para limpiarle unas lágrimas que en ese momento no estaban, pero sí en un futuro.

El gesto de colocarle el cabello rubio detrás de la oreja no estaba en el guion, pero había quedado natural, bonito. Estaba claro que el chico había hecho caso a Lucía y había encontrado a su propio Mario.

—«¡Vete! —volvió a gritar ella, tapándose la cara con las manos, avergonzada—. ¡No quiero que estés aquí!»

—«Me parece que lo tienes un poco complicado porque ahora trabajo aquí» —confirmó, mirándola fijamente mientras fingía que sujetaba el palo de una fregona.

—«Me cambiaré de residencia...» —amenazó ella.

—«Y yo iré detrás» —completó Sam la frase.

—«No podrás» —lo retó sin atreverse a mirarlo.

—«Créeme cuando te digo que sí.»

—«Estaré siempre encerrada en mi cuarto...»

—«Y yo me colaré por la ventana» —contraatacó él.

—«No te dirigiré la palabra aunque estés a mi lado.»

—«Y yo lo haré siempre hasta llenar todos los silencios» —susurró Sam, transmitiendo todo el amor que sentía su personaje por Miriam.

—«Te despreciaré.»

—«Y yo me reiré sabiendo que es mentira.» —Retiró las manos de su cara.

—«Te odiaré con toda mi alma» —escupió Miriam, mirándolo con todo el rencor y la rabia que poseía en su pequeño cuerpo.

—«Y yo te amaré con toda la mía» —dijo él encogiéndose de hombros.

—«¿No te das cuenta —comenzó ella, aún conmocionada por lo que le acababa de decir— de que no te recordaré? ¿De que estarás día tras día viendo cómo me voy sin poder detenerlo. ¿No ves que es una agonía?»

—«Deja que te diga cómo lo veo yo. —Se arrodilló cogiéndola de las manos y Miriam no las retiró como decía en el guion—. Es verdad que, día tras día, olvidarás las cosas; la diferencia es que yo siempre estaré aquí para recordártelas. Será imparables y duro, no lo niego, pero peor sería eliminarte de mi vida. Para mí eso sería la verdadera agonía. Que lo voy a pasar mal, sí, que todos los malos momentos se borrarán si un día logro que me mires a los ojos y sonrías, también.»

—«Y ¿para mí? No ves lo duro que va a ser verte cada día y ser

consciente de que voy a olvidar tu nombre, el sabor de tus besos, el sonido de tu risa...»

—«No, y ¿sabes por qué? Porque, aunque pasen los años, nunca me iré. Por cada día que olvides quién soy, te diré mi nombre, y por cada momento que olvides mis besos, te daré uno...»

Llegaba el momento más importante, y crucé los dedos por debajo de la mesa. Sam se levantó, agarró a Miriam por la cintura y la atrajo hacia sí para besarla con tanta pasión que me dejó con la boca abierta. Fue tan real, tan creíble, tan perfecto, que hasta la propia actriz jadeó un poco, con un sonido gutural, mientras él se le acercaba.

—Es tal y como lo había imaginado. Es Mario —dije en voz alta sin poder evitarlo, y noté que Logan me miraba de reojo. Me había oído, pero daba igual. Era tal la emoción que temía echarme a llorar de un momento a otro.

El productor carraspeó de una manera sutil y me hizo un gesto con el que pretendía indicarme que ese beso no terminaría hasta que interviniera. Se me había olvidado que yo daba las indicaciones, que estaba al mando.

—Está bien —dije, y ambos se separaron como si no se conocieran de nada. Resultaba tan extraño que hacía un minuto estuvieran dándose un beso épico, digno de entrar en la historia junto con el de *Titanic*, *Lo que el viento se llevó* o *El diario de Noah* y en menos de un segundo volvieran a ser dos desconocidos...—. Ahora vas a interpretar otra escena.

—¿Otra? A mí sólo me habían dado ésta —repuso Sam confuso, y se pasó la mano por el pelo, retirándose la cinta visiblemente nervioso.

—Sólo os hemos mandado una. Ésta os la damos aquí —le expliqué para que se diera cuenta de que había tenido las mismas posibilidades que los demás y no se trataba de ningún fallo técnico.

Bajó del escenario a recoger el folio. Le rocé la mano con la punta de los dedos y tuve que contenerme para no dar un respingo que delatara el escalofrío que acababa de sentir.

Como habíamos hecho con el resto, le dejamos diez minutos para que viera de qué iba esa secuencia. Si en la anterior se hablaba del amor puro, ésta reflejaba la amargura cuando, años después, Mario volvía a ver al amor de su vida y ésta era víctima de la enfermedad.

—Se ha agotado el tiempo. Empieza cuando quieras —le indiqué tratando de suavizar mi tono profesional para que estuviera tranquilo y no la cagara. No podía hacerlo, después de lo perfecta que le había salido la

primera escena.

Sam volvió al centro de la tarima y Miriam se situó en una silla sentada a su lado para escenificarlo mejor. Sin previo aviso, el chico mudó la expresión y pasó a ser un hombre con amargura y lleno de dolor, tal y como le sucedía a Mario en ese punto.

—«Venga dime algo —fingió que pegaba un golpe a la pared desesperado—; aunque sea, mírame y sonríeme. Sé que no recuerdas nada —trató de explicarle—, sólo necesito tiempo. Cinco años a lo sumo. No voy a parar de estudiar. Te prometí que encontraría la solución y lo haré —dijo, más para autoconvencerse que para ella—. Sé que no puedes decirme que me quieres. Sé que ahora mismo estás ausente. Si quiero saber lo que piensas, sólo tengo que mirar esto —fingió sacar el álbum que Tamara había hecho con sus fotos—, pero necesito algo —le costaba hablar, pues estaba a punto de echarse a llorar—, algo que me dé esperanza. Una sonrisa. No pido más.»

La miró fijamente, abatido, pero ella permaneció con el mismo gesto frío y sin vida. Sam enterró su cara entre las manos para llorar.

—«¡Es que no ves lo que te quiero!...» —se lamentó mientras sollozaba.

Permaneció en la misma posición derrotada hasta que sintió cómo unos dedos se entrelazaban con los suyos. Miró directamente a Tamara y encontró la esperanza que necesitaba: aunque seguía sin moverse, por primera vez su mirada volvía a tener vida y, mientras lloraba por fin de alegría, notó cómo sus labios favoritos le daban un beso en la mejilla.

—Está bien —volví a decir, y ambos se separaron.

Los ojos de Sam seguían rojos por su transformación durante la interpretación. Había llorado de verdad. Esas lágrimas no eran las gotas que usaban la mayoría de los actores. El llanto le había nacido de dentro.

—Ya has terminado —imité a Logan—. Nos ha encantado contar con tu presencia. Ahora valoraremos tu actuación y la de los otros candidatos y dentro de un par de días tendrás noticias nuestras. Te llamaremos ya sea la respuesta positiva o negativa. Muchas gracias.

—A ustedes —se despidió para desaparecer a continuación por la puerta.

Me quedé con el corazón encogido. Después de lo que acababa de ver, tenía que ser él. Ningún otro podía interpretarlo. Me negaba. Mi imaginación se había materializado en la realidad observando a ese chico

que había mejorado mis fantasías.

—¿Me necesitáis más por aquí? —preguntó Miriam con tono altivo.

—No, puedes irte —le indicó Logan.

—Perfecto —repuso, y se largó mientras su representante recogía todas sus cosas y salía corriendo con las manos llenas de bártulos detrás de ella.

Los tres nos quedamos en silencio. Clarisse fue la primera en levantarse para desentumecer las piernas; Logan permanecía frotándose las sienes meditando alguna cosa, y yo me disponía a observar de primera mano cómo era el debate para decidir protagonista. Si ninguno los había convencido, tendría que repetir el proceso con Gloria Ruano.

—Normalmente elegir un protagonista lleva meses —comenzó a decir Logan—. Siempre he necesitado siete u ocho pruebas como éstas para decidirme, aunque mi mujer las deteste...

—Aquí soy la directora... —remarcó con mala cara Clarisse, que odiaba que su marido se refiriera a su parentesco en el trabajo.

—Pero hoy —prosiguió él, ignorando su comentario— he visto algo increíble: el momento en el que un autor reconoce que acaba de ver a su personaje en carne y hueso. —Me miró.

—Lo ha hecho tal y como siempre he imaginado que sería —admití—. Sin embargo, soy consciente de que no soy una experta, y supongo que querréis ver más...

—¿Para qué?

—Para tener más opciones.

Quería que fuera Sam, pero valoraba más el bien de la película y de toda la gente del equipo, que tanto había apostado en ella. Por eso, la decisión debía ser suya.

—Sería estúpido por nuestra parte seguir buscando cuando ya hemos encontrado lo que queríamos, ¿no, Clarisse? —La mujer asintió—. Ahora me queda el trabajo más pesado: culminar las negociaciones con los representantes considerando el número de sesiones que se derivan del plan de rodaje; elaborar la ficha de cada actor detallando todos los datos; sus tallas y medidas para el departamento de vestuario; los requerimientos especiales en cuanto al transporte; el alojamiento para los exteriores...

—Como sigas enumerándolo así, vas a hacer que nos cansemos antes de haber empezado —lo regañó Clarisse, que se notaba a la legua que quería marcharse.

—¡Llevas razón! Por hoy no hablaremos más del rodaje. Sólo una cosa, Bianca.

—Dime.

—Llama a Gloria Ruano y pídele los datos de nuestro protagonista, Sam Williams. Le encantará ver que ha acertado de nuevo.

CAPÍTULO 9

Normalmente tendemos a imaginarnos el mundo del cine repleto del glamur que rodea a una película, a la parte de la promoción, que es lo que conocemos. Al menos, yo lo hacía, y no podía estar más equivocada. Esa estela de famoseo, coches de lujo, fiestas con champán caro y vestidos impresionantes de las marcas más lujosas había que dejarla para la alfombra roja.

El primer día de rodaje es un caos. Toda la gente corre de un lado para otro ultimando los detalles finales. Y eso que en las jornadas anteriores ya habíamos hecho las pruebas técnicas de vestuario, maquillaje y peluquería, nos habíamos reunido con los actores para ensayar, y Clarisse, esta vez en su salsa, había pasado horas y horas con los cámaras hasta encontrar el encuadre perfecto y la luz que quería para cada escena.

Además, los horarios eran criminales. Las ocho horas que suelen corresponder por ley no se aplicaban allí. Las jornadas laborales legales se multiplicaban en esa profesión. A las cinco de la mañana había que estar despierto, despejado y preparado para acudir al set. La hora de entrada la teníamos muy clara, pero no la de salida.

Por este detalle, la organización había dispuesto un catering repleto de bollos, tostadas, salchichas, huevos y café, toneladas de café para todo el día. A su alrededor nos habíamos reunido todos a primera hora, con las ojeras aún asomando para servirnos lo que podíamos comer en platos de plástico y vasos que nos permitían calentarnos las manos.

El desayuno había sido un buen momento para ver el nerviosismo general que invadía a todo el mundo. El ayudante de dirección estaba con una caña de chocolate en la boca mientras repasaba el orden de los planos previstos para ese día y organizaba el tiempo estimado que teníamos en el plan de rodaje. Digo «estimado» puesto que, según me habían contado algunos miembros con más experiencia, siempre se retrasaba.

Para empezar, Clarisse se había decantado por una escena de interior. Los exteriores los habíamos dejado para más adelante, ya que requerían un mayor esfuerzo material y humano. Como guionista, desconocía que la

película no se rodaba en el mismo orden que el guion. Primero iban los interiores que se dieran en un mismo espacio, luego las escenas en las que se repetían los actores y, por último, aquellas más intensas, para que los dos protagonistas tuvieran más confianza el uno con el otro.

La persona que controlaba la continuidad cronológica era la *script*, una chica que se dedicaba a anotar todos los detalles para que no tuviéramos ningún fallo, porque ¿quién no ha visto una película en la que en una escena le rompen la camiseta al protagonista y en la siguiente aparece con ella intacta? ¿O le han pegado un puñetazo en el ojo derecho y los maquilladores pintan morado el izquierdo? Ella era muy importante, porque ese tipo de meteduras de pata eran muy llamativas, y a los espectadores les encantaba encontrarlas para dejar en evidencia a la productora y criticar, el deporte más practicado de nuestro país.

Aunque me parecía interesante, yo no ayudaba a ninguno de esos equipos. Bastante tenía en convertirme en un camaleón e ir participando en los demás. Mis funciones eran diversas. Podía estar desde sujetando la puerta mientras se grababa para que nadie entrara hasta encargarme de que los departamentos de maquillaje y peluquería fueran en el tiempo establecido. No obstante, ese día estaba con el regidor.

Se suponía que la escena con la que empezábamos transcurría en la sala de un pub elegante donde los dos protagonistas coincidían por primera vez y sus miradas se cruzaban. El equipo de arte se había dedicado a fabricar físicamente el espacio que había descrito primero yo en el guion y luego Clarisse a través de sus dibujos. Habían construido una sala a escala real que habría parecido auténtica si no mirabas hacia arriba y veías los cables, los focos y los micrófonos para el sonido. Se encargaban de colocar los pequeños objetos no digitales ni generados por ordenador, los decorados y la ambientación. Nada de lo que allí había, ni siquiera el vaso de tubo que reposaba sobre una mesa, era casualidad. Todo, incluso esas cosas que se le escapaban al espectador porque pasaban desapercibidas, estaba cuidado con mucho mimo.

Una vez conseguido el lugar, faltaban los elementos móviles, o lo que es lo mismo: los actores. A Miriam y Sam los estaban maquillando, vistiendo y peinando. Cuando terminaran, harían un pequeño ensayo con Clarisse, que les indicaría dónde debían situarse en el plano, y después... prevenidos, luces, cámaras y acción.

Mi trabajo a primera vista parecía más simple y de menor

responsabilidad: colocar a los extras. No podíamos hacer una escena que se suponía que transcurría en un bar y que estuvieran los dos solos. No resultaría creíble en absoluto. Necesitábamos el jaleo que se presuponía a un local de moda a altas horas de la noche.

Habían contratado a una agencia externa de figuración para que nos mandara a unas doce personas de entre veinte y treinta años a las que habíamos dejado ropa de fiesta del vestuario de alquiler, a diferencia de Sam y de Miriam, que tenían sus propios modistas para que los confeccionaran a su medida hasta que diera la sensación de que se habían cosido esas prendas encima de sus cuerpos.

Para que pareciera el ambiente propio de un pub pero no taparan a los protagonistas, los habíamos situado de manera estratégica, y era un lío manejar a tanta gente sin experiencia previa. Algunos ocupaban las mesas y tenían que fingir charlar animadamente, otros estaban de pie hablando, y queríamos poner a alguno en la barra para que no pareciera vacía, ya que allí estaba Sam al inicio de la escena pidiendo un cubata.

Para comprobar cómo quedaría en cámara, fui directa, sorteando a las decenas de personas que había por allí, al puesto de visionado. En una pequeña pantalla se veía el resultado final.

Asentí mientras repasaba cada rincón hasta llegar a la barra. Pero algo captó mi atención, un detalle que lo descuadraba todo. Negué enérgicamente con la cabeza. No podía ser. Apoyado de un modo relajado, con unos pantalones negros, una camisa blanca con los primeros botones desabrochados y una chaqueta oscura colgada al hombro. Con el pelo negro alborotado y los ojos azules más profundos que había visto en mi vida, observaba tranquilamente todo lo que sucedía a su alrededor, sin ser consciente de la expectación que estaba generando. Era guapo..., bueno..., esa definición se quedaba corta: era tan atractivo, con unos rasgos maduros, marcados, con personalidad, con la misma perfección que si un escultor hubiera tallado una especie de dios griego en piedra y luego lo hubiera dotado de vida, que había causado revuelo entre todas las mujeres que estaban en el set, que se daban de codazos mientras se lo comían con la mirada. Daba igual la edad, su efecto había hecho que a todas se les calcinara la ropa interior.

Sin pensarlo dos veces, me dirigí a su lado para solucionar el entuerto. A diferencia del resto, el motivo de acercarme a él no era que hubiera caído bajo su embrujo de hombre irresistiblemente atractivo,

elegante y misterioso. Lo hacía porque no era complicado adivinar que, con él en esa posición, el efecto de la escena quedaría truncado por su presencia. Le robaría protagonismo a Sam.

—Sígueme —le ordené un poco alterada.

Normalmente era muy educada con los figurantes, pero ese hombre me había sacado un poco de mis casillas. Si yo no lo había colocado ahí, debía de haberlo hecho él por decisión propia, y eso me irritaba, porque era mi labor. Si todo el mundo hacía lo que le daba la gana, no íbamos a poder comenzar a rodar en la vida.

Como si lo que decía no fuera con su persona, me ignoró.

—Perdona —repetí controlando mi mal humor mientras le daba dos suaves golpes en el pecho. Estaba tan duro que más que carne daba la sensación de que golpeaba una roca—, te estoy hablando.

El contacto hizo que se girara para mirarme. La pantalla del televisor no había hecho justicia a esos ojos que tenían vida, como si contuvieran un torrente de agua salvaje chocando contra las rocas en un acantilado. «Mierda.» Me mordí el labio. Las espectadoras caerían en su embrujo y no verían allí a nadie más que no fuese él.

—¿Y bien? —me preguntó, y la cadencia y el tono provocativamente seductor de su voz se sumó a esa perfección.

—He dicho que me sigas —repliqué sin sucumbir a sus encantos. Alguien tenía que mantener la cabeza sobre los hombros, ahora que daba la sensación de que la mayoría de mis compañeras necesitaba una ducha fría.

—¿Por algún motivo en concreto? —preguntó con gesto desenfadado.

—Porque eres demasiado atractivo. —Inmediatamente me arrepentí de mi respuesta al ver su sonrisa socarrona de satisfacción. No me había explicado muy bien—. El protagonista, Sam, aparece por primera vez en esta escena, y no quiero que ningún extra le robe protagonismo.

Aunque sonara superficial, el personaje principal tenía que captar la atención de los espectadores desde el primer momento. Sam era muy guapo, pero este hombre, que debía de rondar los veintiocho o los treinta, lo era más, por eso tenía que moverlo a un segundo plano.

—Creo que te voy a poner en alguna de las mesas del fondo —añadí.

—Si quiere que la siga, lo hago, pero tal vez le interesaría escucharme primero. —Se separó de la barra y se colocó delante de mí.

Era más alto e imponente de lo que parecía apoyado sobre el mostrador. Se aproximó para hablarme tan cerca que me hizo sentir extrañamente pequeña ante su presencia, amenazada con su sombra cubriéndome por entero, una presa que va a ser devorada.

—No —repuse, y me aparté para que su perfume, que olía endemoniadamente bien, no me distrajera—. Soy la encargada de la figuración y harás lo que yo te diga. —Por algún extraño motivo, me irritaba ese hombre, y más cuando, en vez de asentir, se rio y supe que era de mí.

—Disculpe si he herido su ego de jefa, pero si deja que me explique...

—¡No! —me sulfuré viendo que el tiempo se me echaba encima y seguía sin respetarme—. Ya sé que todos queréis salir en primer plano para que os vea la familia, vuestra madre farde delante de las vecinas en la peluquería o ponerlo en los *books* para los castings, pero ésta es la producción de Sam y no la tuya, así que ahora mismo vienes y...

—¡Te estaba buscando! ¿Dónde te has metido todo este tiempo? —me interrumpió Sam, que venía caracterizado de Mario.

Gracias a los ensayos de las últimas semanas, había cogido confianza con el chico. Pasaba las mañanas con él y por las noches escuchaba su voz cuando llamaba a Lucía y mi compañera ponía el manos libres para que yo pudiera oír qué le decía el actor y así darle las indicaciones pertinentes sobre qué contestar para que no notara que la mujer del teléfono y la de los emails no era la misma.

Me disponía a contestarle cuando me di cuenta de que no se dirigía a mí, sino al figurante al que estaba regañando. Algo no cuadraba.

—Estaba hablando con la señorita... —dijo él—. No me ha dicho su nombre, ¿no?

Divertido, fijó su mirada oscura en mí. A través de las largas pestañas, sus ojos me acariciaron y, por extraño que parezca, tuve la sensación de que leía dentro de mí y se daba cuenta de mi desconcierto. Aunque no habría necesitado introducirse en lo más profundo, mi cara debía de ser un poema, una oda a hacer el ridículo.

—Bianca Langreo —contesté, pálida, haciendo honor a mi nombre. Intuía lo que pasaba allí, y eso sólo podía significar una cosa: era una experta en meter la pata.

—Entonces ya conoces a la guionista. Te has adelantado a mi presentación —declaró Sam, y el hombre me observó con interés, como

si, tras esa mirada, me estuviera analizando de nuevo, descubriendo todos mis secretos.

—La verdad es que todavía no nos habíamos presentado. La señorita Bianca estaba centrada en reiterar una y otra vez que soy demasiado atractivo —añadió con suficiencia.

—¡No digas tonterías! —bromeó Sam, que estaba eufórico ante su primer día de rodaje.

—No lo hago. Lo ha hecho, literalmente. Soy Matteo, el hermano mayor de Sam —explicó ante mi desconcierto.

Antes de que pudiera tenderle la mano o meditar sobre el modo más correcto de saludarlo, colocó un brazo alrededor de mi cintura y, sin dejar de mirarme fijamente con una sonrisa ladeada bastante cautivadora, depositó dos besos en mis mejillas.

—¿Matteo? —pregunté, aprovechando para cambiar el tema de conversación de mi cagada monumental a su nombre. Había asumido que tenían raíces inglesas y que de ahí venía el nombre de Sam.

—Madre italiana, padre americano. Como siempre, ella eligió primero... —resumió.

Iba a añadir algo más cuando noté que el móvil vibraba en el bolsillo trasero de mis pantalones vaqueros. Salvada por la canción de *La Gozadera*,^[1] mi tono del móvil. Miré para ver de quién se trataba y valorar si lo cogía o no. Era mi hermana mayor, Ana.

—¡Hola, Ana! —saludé más efusiva de lo normal al tiempo que me apartaba de Sam y de Matteo. Mi querida hermanita me había salvado de un momento un tanto vergonzoso para mí.

—Pequeña, imagino que andarás por el rodaje, ¿no?

—Sí.

—¡Sal, que estoy fuera! —anunció.

—¿Y eso? —pregunté extrañada.

Mi hermana era una especie de *femme fatale*, una ejecutiva agresiva que siempre tenía alguna reunión anotada en su exigente agenda. No era del tipo de personas que te mandan un mensaje «cuqui» para desearte que empieces bien en el nuevo trabajo o que se presentan de improviso para darte una sorpresa. Que estuviera allí no era normal.

—Ahora te lo explico —dijo.

Y colgó. Todavía un poco colorada por mi ridículo con mi futuro cuñado, o sea, Matteo, me acerqué para despedirme con educación.

—Mi hermana ha venido a visitarme. Voy fuera a saludarla. Encantada de conocerte. —Traté de ser lo más simpática posible para empezar cayendo bien a la familia de Sam.

—Igualmente, Bianca —respondió él pronunciando mi nombre con intensidad, disfrutando de cada una de las letras que lo formaban y del sonido de su propia voz al decirlo en voz alta.

CAPÍTULO 10

Apoyada en su flamante BMW negro metalizado estaba Ana. Como casi siempre, hablaba por su móvil ataviada con un traje de chaqueta pantalón y unos tacones demasiado altos y finos como para no considerarse un arma de destrucción masiva, mientras hacía aspavientos con la mano, gesticulando mucho para enfatizar lo que estaba diciendo, como si la otra persona pudiera verla.

A sus treinta y cinco años, mi hermana mayor había logrado todos sus sueños menos uno. Laboralmente hablando no tenía queja. Siempre había tenido mucha cabeza y se había sacado la carrera sin privarse de ir peregrinando de fiesta en fiesta. Una vez terminó los estudios la contrataron en la empresa en la que hizo las prácticas y, actualmente, trabajaba en una de las mejores farmacéuticas de España, ascendiendo a un ritmo impresionante que me hacía creer que podía llegar a ser cierta su manida frase de que algún día sería presidenta de la corporación.

Tampoco le iba mal con sus amistades. Era una mujer alegre y vital que se hacía querer y siempre estaba rodeada de personas. A veces pensaba que conocía gente hasta en el infierno. Incluso Facebook, al ver la cantidad de contactos que tenía, la confundió con una famosa.

Sin embargo, su talón de Aquiles era el amor. Ana era una de esas personas a las que las películas de Disney habían hecho mucho daño en sus expectativas. Eran tantas que, si se juntaban en una denuncia conjunta contra la franquicia, podrían incluso ganar. Una demanda por mostrarles un príncipe azul que no existía. En su caso, durante la búsqueda de ese caballero de hermosa armadura que la rescatara a lomos de un corcel blanco, había besado muchos sapos, y ella también se había convertido en rana en más de una ocasión.

Su primer sapo fue Li Hong, un joven de Corea del Sur que conoció durante su Erasmus en Alemania. Mantuvieron una relación a distancia y finalmente Li se vino a vivir con ella a España. Era un hombre muy tranquilo y educado que no hablaba ni papa de español y que tampoco se molestó en aprenderlo durante los cinco años que estuvo en nuestro país.

Me divertían muchísimo las cenas navideñas en familia en las que mi madre se pasaba todo el rato hablando a gritos, articulando bien las palabras como si así fuera a entenderla. Menos mal que yo sabía algo de inglés y podía traducirle la situación para que no pensara que estaba desequilibrada.

Parecía una historia de película, hasta que una mañana Ana se despertó y encontró el hueco del coreano en el armario vacío, ni rastro de sus cosas en el baño y una nota en el salón. En ella le decía que la quería muchísimo, pero no lo suficiente para dejarlo todo, su país, su cultura, su familia y su vida, por permanecer a su lado. Hasta ahí habría estado perfecto si luego no nos hubiéramos enterado de que durante todo ese tiempo había mantenido una relación con la mejor amiga de Ana y que, cuando ésta decidió mandarlo a la mierda cansada de esperar a que él dejara a mi hermana, decidió marcharse como un cobarde con el rabo entre las piernas. Cosa que en realidad comprendo porque, con su carácter, Ana habría sido capaz de cortarle los huevos y obligarlo a comérselos.

Li sólo dejó una cosa positiva en la vida de mi hermana: Hyobin, mi sobrino de siete años, del que mi ex cuñado seguía haciéndose cargo en la distancia económicamente hablando porque las visitas eran escasas y misteriosamente siempre tenía el ordenador estropeado cuando acordaban alguna cita por Skype para que hablaran. Vamos, que suplía con dinero todo el afecto que se negaba a darle.

Tu mejor amiga te traiciona. Tu pareja se marcha. Con estos dos incidentes, cualquiera se habría derrumbado, pero no Ana. Cuando era pequeña sospechaba que ella tenía una reserva de energía positiva que nunca iba a agotarse. Incluso cuando pensabas que se estaba cayendo estabas equivocada. Se aproximaba al suelo, pero con los brazos preparados para darse impulso y pegar un buen salto.

Después llegó Osbaldo. Lo conoció durante el viaje de los treinta años que realizaron las amigas solteras de su grupo de toda la vida. La idea inicial era pasárselo muy muy bien en La Habana, manteniendo la cabeza fría. No parecía muy difícil, dado que iban sólo diez días. Pues bien, a los tres meses de regresar a España, nos dio la noticia de que se casaba con el morenazo para que consiguiera el visado, los papeles, y pudiera venirse aquí con ella.

La mayoría de las personas de nuestro entorno prejuzgaron a ese hombretón de ojos verdes que lograba que se te desencajara la mandíbula

hasta rozar el suelo con el labio inferior. Casi nadie se creía esa relación, que parecía sospechosamente de conveniencia, excepto los más allegados. No confiar en Osbaldo después de ver cómo trataba y miraba a Ana era imposible.

Los que vaticinaron que la relación acabaría por romperse no se equivocaron, aunque sí acerca de quién sería la persona que escribiera el punto y final. Mi hermana decidió separarse después de darse cuenta de que lo veía como a un amigo pero no como a una pareja. El cubano era una máquina en la cama y, aun así, no lo deseaba. La llama se había apagado y sólo quedaban las cenizas de una buena relación más allá de la amistad, pero desde luego no de pareja. Osbaldo le suplicó que se lo replanteara, pero ella no cedió. Ana ya no lo amaba y le parecía egoísta estar atada a una persona que podría encontrar a alguien mejor que lo quisiera como se merecía, al cien por cien. A veces, la mejor manera de demostrar a alguien que lo quieres es dejarlo libre, crear a la fuerza una página en blanco en la historia de su vida para que comience la gran aventura que se merece y tú no puedes darle.

El fruto de esa relación fue la pequeña María, de tres años. Una niña morenaza y muy espabilada que, desde el paritorio, parecía querer comerse el mundo con la mirada.

Aun con estos precedentes de fracasos amorosos, Ana seguía buscando un hombre con el que se le cortara la respiración cada vez que lo viera, aunque llevaran casados cincuenta años, y con el que sentirse una adolescente en cualquier esquina poco iluminada de Madrid, comiéndose a besos como si fuera la primera vez.

Con un hijo coreano y una niña cubana, las comparaciones con Angelina Jolie y su «afición» por «coleccionar» hijos de diferentes países formaban parte de su día a día. ¡Y del mío, cuando me encargaba de cuidarlos! Me conocía de memoria todas las bromas que incluían la palabra *ONU*.

—Llega mi hermana. Te llamo dentro de cinco minutos —se despidió Ana con formalidad, y colgó.

—¿Cómo es que has venido? —pregunté mientras nos abrazábamos. Como me pasaba desde pequeña, cuando acudía a su habitación las noches de tormenta, cuando ella me apretó me sentí un poco más segura.

—¿No puedo venir a desearte suerte en tu primer día y recordarte que, si alguna vez te haces famosa y conoces a Adam Levine, me lo tienes

que presentar? —Enarqué las cejas. Se le notaba demasiado cuando mentía—. Por cierto —añadió mirándome de arriba abajo—, menudas pintas me llevas para estar rodeada de estrellas de cine...

En cierta manera, tenía razón. Los primeros días siempre iba de punta en blanco, hasta que me di cuenta de que ése era mi mayor error. Mi trabajo consistía en estar todo el día de arriba para abajo sin parar, por eso lo más importante era ir cómoda. Además, a la hora que me levantaba tampoco me daba mucho tiempo para pensar en algún modelito. Prefería remolonear en la cama y estirar las horas de sueño hasta que sonaba la cuarta alarma y me decantaba por algún vaquero, una camiseta de tirantes y unas Converse. Mi pelo tampoco era un misterio, y tendía a recogerlo en una coleta alta que dejara a la vista mis mechas californianas. Eso sí, no ponía un pie en el portal sin aplicarme el anteojeras y un poco de colorete que me aportara algo de color.

—¿Qué es lo que quieres? —insistí—. Te conozco lo suficientemente bien como para saber que, si quisieras desearme buena suerte, sería como mucho en tu piso brindando con una buena botella de vino blanco.

—Tengo que pedirte un favor muy grande —comenzó poniendo los ojos de cordero degollado a los que tanto me costaba decir que no—. Y créeme cuando te digo que, si hubiera otra opción, no te lo pediría.

—¿Cómo de grande?

—¡Enorme!

—¿De qué se trata?

—Tienes que quedarte con los niños —me dijo, y no me pareció un favor tan grande. Claro que no conocía los detalles.

—¿Cuándo? —pregunté, segura de que iba a decirle que sí. Me gustaba hacerme cargo de mis sobrinos de vez en cuando. Era como probar la maternidad el tiempo exacto para no acabar agotada.

—Ahora —soltó mirando al suelo.

—¿¿¿Ahora??? ¡No puedo! Estoy trabajando. No... —me negué.

—No puedo llevármelos. Hoy no. Seguro que en el rodaje hay alguna sala con catering donde puedas estar con ellos. Sabes que se entretienen con nada. Además, me dijiste que sólo estabas ayudando...

—¿Y qué? Hoy es mi primer día y no quiero ser recordada como la novata que confundió las instalaciones de una producción con una guardería. —¿Cómo se quedaría todo el mundo si apareciera con mis sobrinos? ¿Qué profesionalidad desprendería?—. Hablando de guarderías,

¿tú no tenías una canguro?

—Y la tengo —se quejó—. Me ha llamado esta mañana a las siete para decirme que llevaba toda la noche en el hospital por una indigestión: comió atún en mal estado. He llamado a varias agencias, pero no había ninguna niñera disponible con tan poco tiempo. Papá y mamá están de viaje con los demás jubilados en Canarias. Yo tengo la reunión más importante de mi carrera, para la que llevo trabajando cinco años, y la verdad es que no sé qué hacer ahora mismo. —Se la veía desesperada.

—Está bien —acepté. No era necesario alargarlo más, cuando sabía de sobra mi respuesta. Al fin y al cabo, salvarle el culo a tu hermana soltera era prácticamente obligatorio.

—Gracias. —Me besó dejándome la marca de su pintalabios rojo en la mejilla—. Te juro que, en cuanto salga, vengo a recogerlos. Siento mucho haberte trastocado los planes, pero seguro que tú puedes con todo, ¡eres la Power Ranger rosa! —añadió, haciendo un chascarrillo con nuestros juegos del pasado, cuando éramos dos crías.

—No pasa nada. Anda, trae aquí a mis sobrinos antes de que me arrepienta —bromeé al ver su angustia.

Mi hermana hizo un gesto y, de pronto, se abrió la puerta trasera del vehículo. El pequeño Hyobin salió el primero, totalmente despejado, con su chándal de la selección española. María tardó unos segundos más y lo hizo bostezando con su vestido de tirantes amarillo y un peluche de un oso en la mano.

—Tía Bianca, ¿aquí hay piscina? —me preguntó el niño antes de saludarme.

—No.

—¡Pues menudo aburrimiento de día de verano! —se quejó.

—¿Aburrimiento? —pregunté cogiéndolo por sorpresa y subiéndolo a mis hombros—. ¡Vas a ver tú lo que es un día lleno de aventuras!

—¡Bien! ¡Arre, caballo! —gritó divertido mientras me golpeaba en la espalda con las piernas.

Estuvimos un buen rato así, yo ejerciendo de tía moderna y guay y él golpeándome como si fuera un animal, hasta que tuve que bajarlo. Por supuesto el niño no se quedó conforme. Como todos los pequeños era insaciable y una vez que le gustaba algo no quería parar. Traté de explicarle que no tenía la fuerza de Arnold Schwarzenegger y no podía con él, su hermana María y su bolsa, que me acababa de colgar al hombro,

pero no lo comprendió y no dejó de quejarse mientras me dirigía al interior.

Fui directa a ver a Clarisse antes de que otro le fuera con el cuento: ya se sabe que, en el trabajo, todos nos convertimos en marujas intercambiando chismes mientras tendemos. Ella ya ocupaba su sitio en la silla de dirección, colocando la cámara desde la que iba a grabar el plano. Era tan bajita que las piernas le colgaban como si fuera un niño pequeño. Me pregunté si habría necesitado ayuda para subir.

Tomé aire antes de comenzar a hablar.

—Clarisse, mi hermana ha tenido un problema y necesita que me haga cargo de mis sobrinos durante unas horas. Lo lamento mucho y espero que no suponga ningún problema.

La mujer se giró y me observó a través de sus gafas de media luna. Ladeó la cabeza y su media melena y el flequillo negro se movieron hacia un lado.

—¿Tus sobrinos?

Me hice a un lado para que no se rompiera el cuello para ver a los dos niños que se escondían detrás de mí. Con la bolsa con sus cosas al hombro, mi aspecto podía ser de todo menos profesional.

—Sí. —Noté cómo examinaba al niño coreano y a la morenita—. No son traviesos —mentí—, pero por si acaso iré con ellos a la sala de catering para que no molesten.

—Está bien —concedió tras meditarlo unos instantes—. Pero que no se convierta en un hábito —me advirtió.

—No. Sólo ha sido hoy, por un imprevisto. Muchas gracias y, de nuevo, lo siento —me disculpé.

—No es la cosa más rara que he visto en un rodaje... —me tranquilizó y, viniendo de ella, con su mala leche habitual, supuso mucho—. Anda, ve a la sala, que aquí estamos a punto de comenzar.

Le hice caso y, antes de marcharme del set, eché una última ojeada. Todo lo que había soñado las últimas semanas estaba a punto de comenzar y yo iba a perdermelo. Nada de oír ese «prevenidos» que me pondría la carne de gallina. Mierda. Maldito karma, que se estaba cobrando bien cobrada la buena suerte que me había regalado el día que una productora había decidido llevar mi proyecto adelante.

CAPÍTULO 11

No había ni una persona en la zona de catering, que a primera hora estaba abarrotada de trabajadores que comían como si en sus casas las neveras estuvieran vacías y bebían tanto café como para llenar el depósito de un tren.

«Normal, nadie quiere perderse el inicio», me dije un poco afligida.

Dentro de lo que cabía, estar solos era lo mejor. Así, los pequeños podían correr de un lado para otro sin molestar o toparse con alguna de esas personas que profesaban un odio irracional a los niños y a las que todo lo que hicieran les sentaba mal.

Senté a María en uno de los sofás y sintonicé en el televisor un programa infantil con el decorado muy rosa y canciones cada dos frases. Con Hyobin lo tenía un poco más complicado por su hiperactividad de serie, que lo llevaba a correr de un lado para otro en círculos cogiendo todos los bollos que encontraba a su paso.

—Deja ahora mismo todo ese arsenal de dulce —le ordené cruzándome de brazos para parecer más seria.

—¿Y si no lo hago? —me retó a sus siete años.

—Llamaré a la señorita Fina.

La señorita Fina era la única profesora de su colegio a la que respetaba. La persona a la que más temía del universo. Nos servía como excusa perfecta cuando no nos hacía caso. No me hizo falta repetírselo dos veces y corrió a sentarse al lado de su hermana, que estaba dando palmadas mientras, en la tele, unos muñecos hacían un baile un tanto extraño.

—Tengo mucha hambre... —Hyobin aguantó tres segundos sin quejarse—. ¡Y huele muy bien a chocolate! Mamá me ha dicho que nos darías algo de comer —me informó.

Aunque sabía que habían desayunado, no podía negarles un poco de bollería. Al fin y al cabo, en eso consiste ser la tía: mimar y consentir a los sobrinos; para las prohibiciones ya están los padres.

—Vale. Pondré algunos dulces en un plato de plástico. —El niño

asintió conforme—. Espera sentado con María viendo la televisión —le advertí.

Darle la espalda a mi sobrino, aunque fuera un segundo, siempre suponía un riesgo, ya que podía liar una fechoría en el tiempo que tardabas en parpadear.

Cogí el plato de plástico y deambulé por la mesa escogiendo una variedad de tentempiés dulces y salados. Lo hacía de manera mecánica, ensimismada, con la mente puesta a pocos metros de allí, en el set.

—¿Aquí era donde iba a traerme? —susurró de pronto Matteo en mi oído, demasiado cerca, cubriendo mi cuerpo con el suyo. ¡Qué manía con no respetar mi espacio personal!

—¿Perdón? —pregunté girando sobre mí misma para encontrarme con su profunda mirada. En cierta manera, me tenía aprisionada contra la mesa, impidiéndome el paso.

—Antes me ha dicho que la siguiera, que no podía estar en el set. Una llamada nos ha interrumpido. Por eso, cuando la he visto pasar, he ido detrás de usted. No me gusta desobedecer a la autoridad. Soy un hombre muy disciplinado. —Me miraba serio, pero yo sabía que se estaba burlando de mí.

La sangre empezó a hervirme por su presencia, por cómo me vacilaba y lo descarado que era al mirarme de ese modo. Me disponía a increparlo por su comportamiento cuando tuve una idea. Relajé el rostro, lo que lo pilló desprevenido y, extrañado, se apartó liberándome.

—Siento mucho mi comportamiento de antes —dije—. Normalmente no soy tan prepotente ni ordeno a la gente a mi alrededor, pero hoy estoy bastante susceptible porque es un día muy importante —expliqué—. ¿De qué trabajas?

La pregunta lo cogió por sorpresa.

—En algo tan aburrido de lo que es mejor ni hablar —contestó con su aire misterioso.

Me repateó su ambigua respuesta pero, como quería conseguir algo de él, continué actuando dentro de la misma línea amable.

—Sam ya te ha dicho que yo soy la guionista. Aún no me puedo creer que todo esto haya surgido de un texto que yo he escrito...

—Pues debería: decenas de personas trabajan respaldando su talento.

—Gracias —sonreí halagada—. Hoy comienza, y aún creo que estoy en un sueño.

—Puede ser... ¿Nunca ha oído que los mejores sueños ocurren mientras uno está despierto? —preguntó entornando los ojos.

—A veces creo que sigo dormida, que, hasta que lo vea con mis propios ojos, no me lo voy a creer. Lo he imaginado tantas veces... —confesé—. Y ahora que se hace realidad no puedo estar presente. —Empezaba la estrategia.

—¿Por qué?

Había picado, ¡bien!

—¿Ves a esos dos pequeños de allí? —señalé a mis sobrinos, y él asintió—. Era la sorpresa que Murphy me tenía preparada esta mañana. Mi hermana me los ha traído. Tengo que hacerme cargo, no pueden estar en el set y, como consecuencia, yo tampoco... —Intenté poner una cara que diera tanta pena que incluso pudiera provocar que me echasen algunas monedas al pasar por mi lado—. Si tuviera a alguien que los cuidara unos minutos... Sólo hasta que Clarisse dijera el primer «acción»...

—Alguien como yo quiere decir, ¿no? —soltó mirándome muy serio. Su sinceridad me pilló desprevenida.

—Yo no he dicho eso.

—¡Ya lo sé! —exclamó pasando la mano por su pelo negro despeinado—. ¡Ojalá me lo hubiera pedido directamente en vez de hacer esta especie de teatro, que, por cierto, no se le da nada bien, para que yo sintiera lástima y me ofreciera voluntario!

—Yo no... —balbuceé. ¿Tan obvia era?

—No dice mucho de usted que pretenda dejar a sus sobrinos a cargo de un hombre que acaba de conocer y al que, deduzco por cómo me mira, no tiene en gran estima. De hecho, creo que incluso la irrita un poco. —Su franqueza me dejó desarmada, sin saber qué responder, ya que llevaba toda la razón—. Sin embargo, pese a la opinión preconcebida que tiene de mí, entre mis cualidades suele destacar la empatía. Y ahora mismo comprendo su deseo de ver cómo *En el baúl de los recuerdos* empieza a gestarse. Así que me quedaré con la condición de que la próxima vez que me vea no esté todo el rato observándome con el ceño fruncido como si fuera una rata que transmite la peste y quisiera exterminarme. No sé si lo sabe, pero hay miradas que matan, y personalmente prefiero las que me dan la vida.

—Lo siento. —Estaba avergonzada de mi comportamiento con Matteo—. Muchas gracias por hacerme este favor, de verdad. —Sonreí, y

esta vez no tuve que esforzarme en hacerlo. Con rapidez, me dirigí a la puerta tan emocionada que casi podía saltar de alegría, o tal vez iba haciéndolo, ¿quién sabe? Me detuve una última vez—. Por cierto, háblame de tú.

—Así lo haré, Bianca. —Imaginé que se trataba de un efecto de la luz, pero parecía que sus ojos de un azul intenso salvaje cambiaron a un tono cristalino como el agua de las playas paradisíacas en las que todo el mundo quería perderse.

«Prevenidos, luces, motor y acción.» Con estas palabras, el engranaje de *En el baúl de los recuerdos* había comenzado a funcionar. La claqueta negra se había cerrado y las cámaras habían empezado a rodar las imágenes que meses después inundarían las pantallas de muchos cines españoles; esas ficciones que permitían a la gente viajar a universos desconocidos y ser testigos de vidas ajenas que sentirían en su propia piel.

Me quedé los diez minutos de duración de esa primera escena, que repetirían hasta la saciedad, hasta que todos los detalles crearan una atmósfera perfecta. Miriam y Sam se veían por primera vez en la película y tenían que transmitir una fuerza tan grande que lograra que los estómagos de cientos de personas se encogieran. Espectadores que serían testigos del viaje de su vida y sufrirían, reirían y se emocionarían con ellos.

La fusión de los ojos color caramelo de Sam y el azul cristalino de Miriam nos habían dejado con la boca abierta al resto del equipo. Se habían mirado con tanta intensidad que, más que observar a un ser humano, parecía que estaban viendo un milagro en vivo y en directo, su milagro. Eran profesionales que sabían cómo meterse en tu piel mientras tú eras testigo de su actuación.

«¡Corten!», había anunciado Clarisse para dar algunas indicaciones de los fallos que había observado, como, por ejemplo, que Sam había dado tres pasos más largos de lo estipulado y se desencuadraba un poco en pantalla. Todo estaba medido. Con su pequeño tamaño, la mujer imponía más que si se tratara de un gigante. Debí de notar mi emoción contenida, puesto que, al pasar por mi lado, me apretó la mano sin detenerse a hablar.

Regresé a la sala de catering en cuanto pude para no abusar de la «ayuda» que me estaba prestando mi recién conocido Matteo. Abrí la

puerta y... aquello era la guerra, un caos total y absoluto.

La pequeña María aplaudía emocionada observando el espectáculo, que tenía más acción y era infinitamente mejor que la serie infantil de la televisión. Hyobin estaba subido a un sofá con las zapatillas puestas, saltando y lanzando todos los proyectiles que encontraba a un Matteo que parecía desorientado, sin saber cómo actuar o imponerse delante de ese demonio coreano. El pequeño tenía muy buena puntería, y alguno de los bollos se encontraba fusionado con la camisa del hombre.

—¡Voy a llegar hasta la luna! —gritaba mi sobrino riendo como un loco.

Matteo permanecía a su lado, siguiendo sus movimientos para interceptarlo si perdía el equilibrio y caía.

—¿Qué ocurre aquí? —grité para hacerme oír entre tanto alboroto.

Hyobin cesó en su empeño de llegar al astro y, de pie, señaló a Matteo, que ya estaba señalándolo a él acusador.

—El señor raro me ha dado permiso para divertirme, y es lo que hago —se adelantó Hyobin.

—Me ha preguntado si podía jugar y le he dicho que sí —matizó Matteo, contrariado por la respuesta del pequeño—. Cuando he visto sus intenciones, le he pedido con educación que bajara y le he argumentado los motivos, pero no parece entenderlos.

—Pues claro que no atiende a razones, ¡es un niño! —me reí.

Matteo, confuso, comenzó a pasarse la mano por el pelo negro, que ahora estaba más despeinado si cabía.

—De verdad que no sabía qué podía hacer —se excusó encogiéndose de hombros.

—¿Quieres ver cómo deshago este lío en cinco minutos? —pregunté tras observar que el suelo estaba lleno de comida. La pequeña se puso a llorar enfadada porque el juego de su hermano hubiera terminado, así que me acerqué a ella y la cogí en brazos para que se calmara—. Hyobin, vas a bajarte del sofá y a recoger todas las cosas que has tirado para llevarlas a la papelera.

—¡No me da la gana! —espetó el niño, que bajó y se lio a correr por toda la estancia dando vueltas—. ¡Oblígame si puedes pillarme!

—Sospecho que ha sacado el carácter de la familia —bufó Matteo, que se estaba limpiando, aunque eso era misión imposible. La camisa era una víctima de mi sobrino que no tenía solución.

—Hyobin, no me hagas repetírtelo dos veces.

Como respuesta, me sacó la lengua y me tiró un pastel de merengue que aterrizó de lleno en mi frente. Por el rabillo del ojo pude ver la sonrisa ladeada de Matteo. Lo amenacé con la mirada y paró. Cuando me lo proponía era capaz de dar mucho miedo, o eso quería creer.

—Tú lo has querido —exclamé—. Voy a llamar a Fina.

El crío se detuvo inmediatamente.

—¡No!

—Sí, y le voy a decir que mañana te castigue con más deberes a no ser que en cinco minutos esto esté reluciente.

Hyobin consideró las opciones.

—Has ganado jugando sucio... —replicó, y se puso a recoger dando patadas a las cosas con el berrinche de un niño.

—Antes pídele perdón a Matteo —ordené.

—No hace falta —le quitó hierro al asunto el hombre.

—Sí, los niños mayores no se portan así, y menos delante de su hermanita, a la que tienen que dar ejemplo.

Una de las estrategias que usaba Ana con el revoltoso de Hyobin era decirle que tenía que portarse bien porque era el referente de María, para que la niña no se metiera en un lío imitándolo. Él adoraba a la morenita de la familia, y ambas sospechábamos que haría cualquier cosa por ella.

Se acercó a Matteo con los brazos a la espalda y la mirada baja.

—Perdóname, novio de la tía Bianca.

—Yo no... —balbuceé—. El señor Matteo no es mi novio.

«De hecho, es mi futuro cuñado», pensé.

—Son cosas de niños... —agregué colorada mirando a Matteo, que de nuevo parecía divertido cuando yo me metía en una situación embarazosa.

—Entiendo la confusión de Hyobin, puesto que aún no hemos tenido ocasión de presentarnos. Soy Matteo y trabajo con un amigo de tu tía.

—Y yo Hyobin, el sobrino de mi tía la Solterona. —Había oído un día que mi hermana me llamaba así mientras comíamos, y desde entonces tenía la manía de apodarme *la Solterona*.

—Encantado. —Matteo le dio la mano. Estaba claro que ese hombre no estaba acostumbrado a tratar con niños.

Hyobin miró extrañado su gesto, y debió de hacerle gracia que lo tratara como a un adulto, puesto que se la apretó como si fuera mucho mayor y continuó hablando:

—¿Sabes qué? —Matteo negó con la cabeza—. ¡Soy coreano! —exclamó. Le encantaba contárselo a todo el mundo. Su madre siempre le decía que era el más exótico de toda su clase, con sangre de dos continentes y países corriendo por sus venas, y Hyobin era feliz sintiéndose el más especial del aula—. ¿Cuántos años tienes?

—Veintiocho.

—¡Qué viejo! —se sorprendió mi sobrino.

No era muy bueno adivinando edades. A mí, por ejemplo, me echaba doce años, y que conste que cada vez que lo hacía me ponía más feliz que una perdiz: ya estaba en ese momento de la vida en el que empiezas a quitarte años en lugar de ponértelos.

—Yo tengo siete y ocho años —continuó.

—¿Y eso? —preguntó Matteo con interés.

—Viajo en el tiempo.

—No hay que mentir a la gente. Además, ya sabes que lo de viajar en el tiempo es nuestro secreto —bromeé cómplice, y él rio—. En España nacemos y ponemos el contador a cero. Por el contrario, en Corea, en el momento que naces ya tienes un año. Por eso Hyobin tienes dos edades —le expliqué a Matteo.

En ese instante sonó su móvil. Lo sacó del bolsillo y, tras una rápida ojeada, cogió la chaqueta que había dejado en el respaldo de una de las sillas.

—Me temo que debo irme —se disculpó tras leer el mensaje—. Mi hermano pequeño requiere mi presencia en el set.

—¿Tienes un hermanito? —volvió a preguntar Hyobin.

Estaba en esa fase en que los niños lo cuestionan absolutamente todo y que yo odiaba porque la mayoría de las veces desconocía las respuestas, como, por ejemplo, por qué los jerséis de lana encogían al lavarlos pero no las ovejas cuando llovía.

—Sí —dijo Matteo.

—¿También llora por las noches y tu mamá tiene que limpiarlo porque se hace caca encima?

¿Qué preguntas eran ésas? Me tapé la cara avergonzada.

—Lo primero imagino que sí, como todo el mundo. Lo segundo espero que no, aunque tampoco me extrañaría —bromeó—. Tengo que irme. Encantado, Hyobin.

De nuevo, le tendió la mano y el crío corrió a apretarla. No me

extrañaría que les enseñara el gesto al resto de sus compañeros cuando volviera de vacaciones.

—Me caes bien. No me has gritado, aunque no te estaba haciendo ni caso —añadió y, dicho esto, se marchó a recoger las cosas.

—No sé si eso es bueno o malo —comentó Matteo dirigiéndose a mí.

—Supongo que las dos cosas —contesté—. Muchas gracias por hacerte cargo de la situación.

—De nada, me ha servido para comprobar que me desenvuelvo mejor en una jaula repleta de leones que con unos niños —bromeó, aunque parecía que lo decía en serio.

—A veces, los pequeños son peores que bestias —sonreí.

Matteo se detuvo a medio camino.

—¿Irás esta noche a la fiesta de presentación de la película, Bianca? —preguntó.

—No me la podría perder aunque quisiera, que no es el caso: soy la guionista.

—Nos vemos allí entonces. Espero distinguirme entre los focos, las luces y las cámaras.

—¿No me has oído? Soy la guionista, ningún foco se dirigirá a mí teniendo estrellas como tu hermano al lado —repuse divertida.

—Lo dudo —dijo serio—. Un fotógrafo me contó en África que su trabajo no requería esfuerzo porque la cámara busca la belleza como si tuviera vida propia. Pues bien, si eso es verdad, esta noche, todos conducirán sus objetivos hacia ti.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo. No porque fuera la primera vez que me dirigían un piropo, sino porque parecía que ésa no era su intención. Me había llamado bella como si fuera la certeza más grande del universo.

CAPÍTULO 12

Generar expectativas era la meta de la fiesta de esa noche. Postureo puro y duro. Según me había contado Logan, la inversión en publicidad era absolutamente necesaria si queríamos que el proyecto saliera adelante. Por este motivo, habían montado lo que ellos denominaban un «sarao de famosos» para presentar el inicio de rodaje. El lujo y el glamur que rodeaban a esos eventos atraían como la miel a las abejas a las estrellas del panorama español, y eso se traducían en fotógrafos que harían que *En el baúl de los recuerdos* sonara en los medios más importantes. Tal vez sólo sacaran las imágenes de los famosos de moda disfrutando de una noche con copas y canapés. Puede que lo hicieran para criticar cómo iban vestidas las mujeres o rumorear acerca de los posibles escauceos amorosos que habían surgido a lo largo de la noche. Daba igual, lo importante era que los espectadores empezaran a oír el nombre de la producción. Y más cuando la productora estaba empezando a trabajar en España y necesitaba darse a conocer.

—Haz que la gente crea que es importante e inmediatamente se transforma en ello —me había dicho Logan mientras la chica de la agencia que habían contratado le daba los nombres de los asistentes más destacados que habían conseguido reunir.

Si podíamos permitirnos organizar un cóctel para algo tan insignificante como el inicio de un trabajo, significaba que la productora era solvente, o al menos ésa era la conclusión que habían sacado las numerosas estrellas que ahora llamaban a la puerta de Chance Productions para ofrecer su trabajo en futuros proyectos. El dinero movía ese mundo. Aprendí que la apariencia era casi más importante que la realidad.

Al tener vía libre para ir acompañada con quien quisiera, había decidido invitar a Ana, Pascual, Javier y Lucía. Todos habían aceptado en un primer momento, aunque finalmente sólo asistirían los hombres. Ana había tenido que rechazar mi proposición después de que Hyobin se comiera a escondidas una bolsa entera de bollicaos y le entrara dolor de estómago. La asistencia de Lucía había permanecido en el aire hasta última

hora de la tarde.

—Creo que desentonaría —me había dicho enseñándome su armario plagado de ponchos, vestidos multicolores y pantalones anchos.

—Para nada. Y, si lo dices por la tontería de la ropa, me pongo un conjunto de los tuyos para que vayamos a juego —repuse yo.

—Además —titubeó—, he estado buscando opciones y no se puede llegar con transporte público...

Ése era el verdadero motivo, y por ello no insistí. Lucía tenía una fobia horrible a los coches, y no podía obligarla a montar en uno. Alguna vez tendría que buscar la manera de que se subiera a un automóvil para quitarle el miedo, pero ése no era el momento.

Sin embargo, compensó su ausencia ayudándome a elegir el vestido, peinándome y maquillándome. Tras meditarlo, nos decantamos por uno sencillo de corte largo, griego, con tonos blancos excepto la cinta gris de la cintura. Se ataba al cuello para dejar al descubierto la espalda. Tenía el conjunto desde una cena de Navidad en mi anterior trabajo, y esperaba compartir las buenas opiniones del día que lo estrené.

Lucía era un genio de todo lo que pudiera hacerse manualmente. Por este motivo, me había recogido el pelo con un moño que se sujetaba con las trenzas de raíz que salían de cada lado de mi rostro para enmarcarlo como si fuera una tiara, o eso me había dicho ella. Como broche final, para dar un efecto clásico pero desenfadado, había soltado algún mechón y lo había rizado a conciencia.

—Estate quieta —ordenó aplicando las últimas capas de maquillaje minuciosamente, como si estuviera pintando en un lienzo.

—No quiero parecer un mono —le expliqué, temerosa de que se estuviera pasando y llevara un aspecto artificial. Yo era de las que opinaban que menos era más siempre.

—Los tonos son suaves. Mi intención es que parezca que no vas maquillada, algo natural.

—¿Tienes toallitas por si acaso no lo logras? —le pregunté sin fiarme demasiado.

—Que nunca me maquille —señaló su cara, que siempre llevaba lavada, con sus ojos verdes contrastando con el tono blanquecino de su piel— no significa que no sepa hacerlo. Si soy perfeccionista hasta cuando pinto las líneas de las baldosas del cuarto de baño, ¿no crees que voy a esforzarme más contigo?

—Por si acaso... —murmuré—. Que me compares con unos azulejos no me da mucha seguridad...

—Prometo que no te dejaré salir por esa puerta si no vas perfecta —sonrió aplicándome el rímel—. Ya está —anunció, y de un salto se puso de pie y fue a coger un espejo de mano—. ¡Espero que te guste! —Me lo tendió.

Si no fuera porque la persona que se reflejaba en el cristal respondía a mis gestos y se movía al mismo ritmo que yo, no me lo habría creído. Estaba muchísimo mejor de lo que podría haber imaginado. No me reconocía.

—Caray, estás preciosa —dijo Pascual, que acababa de entrar en el salón arreglado con unos vaqueros negros y una camisa blanca ceñida.

—¡Muchas gracias a los dos! —Abracé a Pascual y a Lucía a la vez de la emoción.

—Pues yo creo que te falta algo..., no sé... —rompió el encanto Javier, que había tardado una hora más que yo en vestirse. Lo peor era que treinta minutos los había empleado en la elección de la pajarita. Finalmente, una roja de charol adornaba su traje verde pistacho.

—Ahora que lo dices... —Pascual me miró de arriba abajo—, llevas razón...

—Yo también lo creo... —murmuró Lucía separándose.

—¿El qué? —contesté un tanto agobiada, mirando el reloj para comprobar que, como mucho, podíamos salir dentro de cinco minutos si queríamos llegar a tiempo.

—¡Creo que ya lo sé! —exclamó Javier y, guiñándome un ojo, fue hacia su habitación.

—Sea lo que sea, ¡date prisa!

Volví a coger el espejo y examiné mi imagen. No encontraba el fallo. Obviamente se podía mejorar, pero para ello debía cambiarme por una modelo y eso no estaba en mi mano. Mi amiga me había sacado todo el partido posible sin recurrir a trucos de magia.

Javier regresó al momento cargado con una bolsa. Lucía y Pascual se pusieron a su lado y los tres sonrieron cómplices.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunté poniendo los brazos en jarras.

—¡No pensarías que tus hadas madrinas íbamos a dejarte ir a tu día de Cenicienta sin el detalle más importante! —bromeó tendiéndome un paquete que enseguida identifiqué como los zapatos plateados de tacón

fino que tanto me habían gustado días antes y no había podido permitirme.

—No puedo aceptarlos, es mucho dinero —me negué.

—Entre tres no es tanto —apuntó cariñoso Pascual.

—Además, ¡ya no podemos cambiarlos porque acabo de quitarles las etiquetas! —intervino Javier, arrancándolas en ese mismo instante.

—Por una vez que cedo al consumismo, no me hagas el feo —sonrió Lucía.

—¡Está bien! —acepté emocionada—. Me los quedo, muchísimas gracias.

Me senté en la silla y me quité los zapatos que llevaba para cambiarlos por los nuevos.

—No, no, no... —exclamó Javier, corriendo hacia mí—. Como los dos que estamos aquí no podemos ser tu príncipe azul, vamos a cambiar un poco la temática de cuento de hadas. Yo te los pongo ahora y tu hombre ideal será el que te los quite esta noche —bromeó, y Lucía lo miró poniendo los ojos en blanco.

—¡Nadie me va a quitar nada esta noche! —repliqué.

—¡Esperemos que sí, además, así le das un toque picante a la fábula!

El lugar elegido para la fiesta era una discoteca a las afueras a la que sólo se podía acceder con invitación. Según tenía entendido, los de producción habían conseguido que les saliera de manera gratuita a cambio de publicitarla en los diferentes carteles promocionales con el nombre de la película que había en cada rincón del lugar.

Antes de llegar, ya pude observar la fila de coches de alta gama que esperaban pacientemente hasta que los trabajadores recogían las llaves y montaban tras el volante para aparcarlos. Los muchachos parecían emocionados de poder conducir automóviles que hasta ahora sólo habían visto en la televisión. Tal vez por eso, cuando llegamos nosotros, tres chicos quisieron cambiar el turno decepcionados.

Ligeramente avergonzado, aunque no tenía por qué, Pascual le dejó una propina de diez euros. Sin embargo, el chico siguió mirándonos de manera acusadora tras guardar el billete en su cartera. Le acabábamos de fastidiar que probara el Ferrari rojo charol que venía detrás.

—Antes de entrar tenemos que elaborar una estrategia —dijo deteniéndose Javier, a quien parecía que le iba a dar algo de la emoción.

—¿Estrategia? —preguntamos extrañados Pascual y yo.

—Sí, es la primera y la última vez que voy a estar rodeado de estos machos que parecen modelos pudiendo tener alguna posibilidad. —Señaló a un grupo de hombres que pasaron por nuestro lado y cumplían la característica que acababa de citar—. Por una noche, cambiaré mi profesión de profesor amargado por la de productor adinerado y poderoso.

—¡Pero si no tienes ni idea de qué va ese trabajo! —se burló Pascual, y ambos nos miramos para reírnos.

—¡No seas envidioso! Con tus pintas y tus tatuajes no pasas como productor, pero puedes decir que eres una estrella del rock o algo del mundo de la música.

—A mí no me metas en tus líos... —contestó Pascual, que no parecía cómodo ante la idea de inventarse una personalidad.

—Lleva razón —intervine.

—Mira quién fue a hablar..., la que se ha creado una vida falsa para hablar con el actor del que se enamoró viendo una fotografía... —Reconozco que, cuando lo oí, me sentí un poco estúpida—. Así que, los dos, a seguirme el rollo. ¡Juro no irme de aquí si no es con un chico de anuncio de perfumes del brazo!

Tras prometerle que lo ayudaríamos en su engaño si alguien nos preguntaba, entramos en el local. El complejo se componía de un jardín decorado al más puro estilo ibicenco, con tumbonas blancas y antorchas prendidas a ambos lados del camino, que daba paso al interior de una discoteca interior formada por cuatro plantas de diferentes ambientes musicales.

La mayoría de las personas se congregaban en el exterior para saludar a los recién llegados, disfrutar del catering y, sobre todo, de las bebidas de marcas lujosas al aire libre.

Javier estaba excitado señalando a uno y otro lado mientras nos explicaba quiénes eran los famosos que nos rodeaban. El pobre Pascual asentía cogiendo un vaso de cerveza para que se le hiciera más llevadero. Tenía que beber despacio, puesto que, al ser nuestro conductor, no podía excederse. El ingeniero era muy prudente, y más si tenía nuestras vidas en sus manos.

Me disponía a coger la primera copa de vino blanco cuando recibí una llamada. Era Logan, para informarme de que el *photocall* estaba en el

interior, por si quería acercarme a verlo. Recalcó que tenía que ir sola, puesto que la sala ya estaba atestada de personas sólo con los fotógrafos y las cámaras de televisión, así que me excusé, prometiendo que regresaría pronto, y me dirigí hacia allí. Sospecho que a Javier no le importó en absoluto, pero Pascual me miró con ojos de cordero degollado, suplicándome que no lo dejara mucho rato sólo con Javier en su estado más chiflado.

Una vez en el interior, comprobé que el estilo de la decoración era similar: moderno, con poco mobiliario, básicamente con sofás con cojines blancos y mesas bajas. Los camareros campaban a sus anchas por los diferentes espacios cargados de copas de vino, champán, refrescos y pequeños canapés gourmet. No identificaba la mayoría de los alimentos, así que al azar cogí uno envuelto en una capa de hojaldre crujiente. En mi boca explotó un combinado de diferentes mariscos cubierto de una salsa que nunca había probado. El chef había acertado completamente con el sabor.

Serpenteé entre la multitud reconociendo a un par de periodistas famosos y algún que otro artista que disfrutaban de un «sarao». No tuve que andar mucho hasta llegar a la sala que me había indicado Logan. La gente sobresalía por la puerta del espacio reservado para el *photocall*. Estaba lleno. Me iba a morir de calor allí dentro. Pasaría para hacer acto de presencia y huiría antes de que me salieran manchas de sudor bajo las axilas o algo así.

Sobre la alfombra roja desfilaban todo tipo de personalidades hasta llegar a un mural donde se paraban a posar para los fotógrafos congregados allí. Lo ideal habría sido hacerlo en los jardines, pero el tiempo había estado amenazando los últimos días con descargar una tormenta de verano y no habían querido arriesgarse.

Los cartones frente a los que posaban tenían escrito por todos los lados «*En el baúl de los recuerdos*». Aunque las imágenes sólo sirvieran para ocupar algún espacio de una revista de moda en la que se hablara de cómo vestía tal o cuál artista, por lo menos garantizábamos que el nombre comenzara a sonar.

El estresante trabajo de los chicos de publicidad y marketing había dado su fruto, ya que habían acudido numerosos cámaras de agencias y

otros que trabajaban por su cuenta para luego vender sus imágenes al mejor postor. Al ser un número tan elevado, desde mi posición daba la sensación de que estaban en una especie de lata de sardinas de la que era muy difícil salir. Trabajaban codo con codo con la competencia, literalmente, por eso no era extraño oír cómo se insultaban o se increpaban por haberlos movido y haberles fastidiado la foto.

Me agobió la idea de acercarme, así que decidí subir un par de escalones y apoyarme en la barandilla de una escalera de caracol que llevaba a la zona vip. Desde mi altura podía ser testigo de todo y, a la vez, no agobiarme con la marea humana que había abajo.

En esos momentos habían terminado de desfilan los famosos ajenos a la producción y les tocaba el turno a nuestros protagonistas. Éstos salían en último lugar de manera premeditada para causar expectación: lo más importante, para el final.

La primera en salir fue Clarisse, que lucía el mismo traje de chaqueta pantalón marrón que llevaba al plató en numerosas ocasiones. El pelo tampoco lo había cambiado, y su melena azabache marcaba un rostro que parecía incómodo por los flashes. Después de tanto tiempo observándola en sus diferentes labores, ya me atrevía a afirmar que a ella lo único que le gustaba era programar, grabar y montar la película. Todo lo que fuera el trabajo puro del cineasta. Las acciones de publicidad y de cara a la galería eran algo que detestaba sin necesidad de decirlo en voz alta.

Después de lo que debieron de ser unos minutos infernales para ella, Clarisse se apartó para ceder su puesto a Sam.

Iba guapísimo, con una camisa blanca con los primeros botones desabrochados y unos vaqueros oscuros. El pelo lo llevaba engominado hacia atrás, y de su cuello colgaba una especie de placa de metal, una joya que remarcaba su aspecto de chico duro.

—¿Y éste quién es? —oí que preguntaban los fotógrafos a gritos, sin ninguna consideración por el actor.

—El protagonista —aclaró la responsable de prensa, publicidad y marketing.

Entonces se produjo la locura. El que hasta ahora era un desconocido se había convertido en la presa más importante de la sesión. Aunque quede mal decirlo, él era el principal objetivo de esa noche. De hecho, una parte muy importante del éxito de una película consistía en lograr que las adolescentes, que eran las que más se gastaban en el cine, cayeran rendidas

ante el chico que más minutos tenía en el filme.

Como profesionales que eran, los fotógrafos lo sabían y, con sus ágiles dedos, comenzaron a tomar imágenes con rapidez. Todos querían lograr su mejor pose, sonrisa o cara misteriosa. Por ese motivo, le daban indicaciones a la vez, agitados.

—¡Mira aquí!

—¡A la derecha!

—¡Al frente, por favor!

—¡Izquierda!

—¡Los de arriba también existimos!

Ésas eran las órdenes que recibía Sam, sin ningún tipo de orden ni concierto. El chico trataba de satisfacerlos a todos pero, aun así, no daba abasto. Actuaba como un profesional pese al temblor de sus piernas, que transmitían que estaba bastante nervioso. Eso sí, o se había tirado toda la noche practicando frente al espejo o era un experto en poner morritos y caras seductoras para los futuros pósteres de las revistas.

—Y éste es el momento en el que te das cuenta de que tu hermano menor forrará las carpetas de miles de adolescentes españolas —oí la voz suave y masculina de Matteo, que se había situado a mi espalda sin que yo me percatase.

—¿Celoso quizá? —le pregunté sin girarme, centrando mi atención en Sam.

—Para nada: adoro mi segundo y poco llamativo segundo plano. Una de mis mayores pesadillas consiste en convertirme en el centro de atención —explicó colocándose a mi altura.

—¿Siempre eres tan sigiloso? No te he visto llegar, Matteo —dije mientras lo miraba. Iba vestido con un esmoquin negro y una camisa blanca. Impecable.

—Eso demuestra que el interés que despertamos en el otro es inversamente proporcional —replicó.

A diferencia de Sam, seguía llevando su pelo alborotado. Físicamente parecía un modelo. No debí de ser la única en percatarme, ya que noté cómo algunas mujeres que estaban debajo de nosotros se daban de codazos y lo miraban intuyendo que debía de tratarse de un actor estadounidense del que ahora no recordaban el nombre.

—No estoy dispuesto a marcharme esta noche sin conseguir que esas cifras cambien a mi favor, Bianca —añadió, saboreando mi nombre al

pronunciarlo lentamente. No me dejé engatusar, pero sí me percaté de que, de nuevo, el tono azul de sus ojos se había transformado al color salvaje que les suponía a las profundidades marinas—. Un poco de champán puede ser mi cómplice —agregó cogiendo un par de copas a los camareros que pasaban por nuestro lado.

Me tendió una.

—Gracias.

Di un trago y noté cómo las burbujas bajaban por mi garganta.

—¿Has venido solo? —le pregunté.

—Sí, no me gustan estos eventos tan ostentosos —aclaró—. Pero como representante y hermano de la estrella, era mi obligación estar aquí. No iba a hacer sufrir a mi acompañante... Además, suponía que encontraría buena compañía —dijo con un tono tentador.

—¿Representante de Sam? —repetí ignorando el resto—. Ahora te doy la razón. Hacer nóminas, cuadrar horarios y llamar por teléfono podría ser considerado como «algo tan aburrido de lo que es mejor ni hablar» —repuse, recordando lo que él me había dicho cuando le había preguntado por su profesión. Se dio cuenta—. La verdad es que creía que tu respuesta era ambigua y escondía un trabajo misterioso y apasionante. Ahora veo que decías la verdad.

—La decía. No acostumbro a mentir. Pero mi nueva faceta de «representante» es algo que apenas estoy saboreando. No me dedico a llevar artistas y gestionar su patrimonio, si es a eso a lo que te refieres. Desgraciadamente, no soy muy amigo de los números. —Hizo una pausa para beber un trago sin apartar sus ojos de los míos—. Sin embargo, se me da bien distinguir las obras maestras cuando las leo, ésa es claramente mi virtud.

—¿Por eso Sam te eligió?

—Sí, ése fue uno de los motivos. El otro es que sabe que siempre velaré por su bien y que, cuando encuentre a la persona adecuada para representarlo, puede dejarme sin ningún problema. Digamos que era la opción de reserva, ya que todo ocurrió de manera precipitada.

—¿Y bien? ¿Qué pensaste cuándo leíste mi guion? —pregunté curiosa. Quería ver qué respondía un hombre que se jactaba de distinguir «obras maestras».

—No pensé, simplemente me hice una promesa —dijo.

—¿Cuál?

—Que haría lo que estuviera en mi mano para brindar con champán con su creadora. —Levantó su copa y la chocó con la mía—. Y ya lo he logrado.

Ambos bebimos.

—Antes he estado observándote —comentó—. Mirabas algo muy concentrada, pero no sé el qué. No pareces la típica mujer que se fascina por un rostro televisivo. ¿Aclararías mi duda?

Ni siquiera me había dado cuenta de que lo había hecho, pero enseguida supe mi respuesta. Y no, no era Sam.

—Las cámaras. —Sonreí—. Sacar fotografías es mi hobby particular para descargar adrenalina. Estuve ahorrando varios meses hasta que pude hacerme con mi Nikon básica. Por eso, ver estas máquinas con sus flashes y objetivos me tenía ensimismada.

—¿Qué clase de fotografías? —preguntó interesado.

—¡Cualquier cosa! Depende de mi estado de ánimo —le expliqué sin percatarme de que me estaba abriendo, confesando un aspecto muy íntimo de mi vida—. Tal vez un día salgas tú en una de ellas —bromeé recordando que su hermano era el protagonista de la más importante.

—Lo dudo. Como mucho, te acompañaría a hacerlas.

—Tal vez te la saque sin avisar... No me gusta que la gente pose, prefiero cuando parecen naturales, como si les robaras un momento de su vida y pudieras compartirlo.

El murmullo generalizado hizo que nos volviéramos. Obviamente, el jaleo se debía a que la teatral Miriam estaba entrando en el *photocall* y había levantado tanto revuelo que, más que una actriz borde y altiva, parecía la investigadora que había descubierto la cura contra el cáncer. Lo reconozco, le tenía un poco de manía, pero ella se había ganado mi opinión a pulso.

Era una profesional y, desde que pisó la alfombra, comenzó a posar mirando a un lado y a otro. Llevaba un vestido color champán de alguna gran firma, y de su cuello pendía un enorme colgante de diamantes que le habría cedido algún importante sello de joyerías para esa noche y, con total seguridad, costaba más que todas mis posesiones juntas.

Me giré hacia mi acompañante, que la estaba escrutando a través de sus ojos azul oscuro.

—A ver si al final el que va a forrar carpetas con fotos vas a ser tú... —dije.

—Para eso tendrías que darme una tuya —contestó sin apartar la mirada de Miriam.

«¿Será falso?», pensé.

—¿Antes o después de recoger la baba por la actriz?

—¿Celosa quizá? —Me miró con una sonrisa traviesa. No me dejó contestar y se situó a mi espalda—. Porque, si es así, debería decirte que no tienes motivo ni competencia —repuso muy serio, y pasó los brazos por mi cintura, rozándome la parte de la espalda que quedaba al desnudo—. A veces, mirar desde diferentes perspectivas conduce a equívoco.

A continuación, levantó el brazo muy despacio y me señaló un punto fijo. El contacto de su piel cálida contra la mía hizo que se me pusiera la carne de gallina. Seguí la dirección de su dedo y comprobé cómo Sam le hacía gestos para que acudiera a su lado. Un muro me había impedido verlo antes.

Al reparar en él, sonrojada, me aparté instintivamente de Matteo. No estaba bien coquetear con el hermano de Sam, me reprendí a mí misma.

—Me están esperando en el jardín, Matteo —anuncié—. Y, por lo que veo, tú tienes que bajar con Sam.

—También podemos quedarnos aquí —sugirió.

—¿En una escalera? —Puse los ojos en blanco.

—Con un poco de imaginación, podríamos adueñarnos de este espacio sin significado y transformarlo en el lugar más interesante de la noche —contestó seductor y, por un momento, quise meterme en su cabeza para ver qué estaba pensando.

—No sería una buena amiga si los dejara abandonados en mitad de una fiesta a la que han venido a acompañarme.

—No malinterpretes mis palabras, pero estoy seguro de que, aunque tu presencia sea una delicia, encontrarán algo que hacer en una discoteca glamurosa con bebida y comida gratuita... —ironizó y, antes de que me diera cuenta, sus dedos corrían ya por mi columna. Lo miré amenazadora pero él no me prestó atención, puesto que estaba cogiendo dos nuevas copas de champán.

—Disfruta esa copa con tu hermano —dije apresurándome a bajar para que no le diera tiempo a detenerme.

—¡Gracias! —oí que me gritaba, y me entró la curiosidad.

—¿Por qué? —me giré.

—Me encanta la mitología griega, pero nunca había comprendido la

fascinación de todos por el personaje de Helena de Troya. Ahora comprendo que hay mujeres que bien valen una guerra.

CAPÍTULO 13

Encontré a Pascual sentado a una mesa solo. Parecía muy entretenido mientras movía la copa con cerveza de un lado a otro, mirando ensimismado cómo la espuma se quedaba pegada en los laterales del cristal.

—Al fin te encuentro.

Me senté, y mis pies, que comenzaban a palpar de dolor por los tacones, pudieron descansar conforme me quitaba los zapatos y los hundía en el césped.

—No era difícil verme. Empiezo a creer que huelo mal o algo — bromeó señalando el resto de las sillas, que permanecían vacías.

—¿Y Javier? —pregunté tratando de localizarlo entre el gentío.

—¿No te lo imaginas? Ha empezado su sesión de caza. —Movié la mano.

Seguí la dirección que señalaba con el dedo y lo localicé. Estaba hablando a unos cuantos metros con un joven alto, musculoso, de tez morena y ojos verdes.

—¿Ha activado el «gayómetro»?

Javier siempre se jactaba de poder distinguir a cualquier homosexual con tan sólo mirarlo a los ojos u observar su modo de caminar. Le gustaba llamar a «su poder» el «gayómetro». Era como si algo se lo activara y le pitara dentro.

—Eso dice. Y lo creo. Ese modelo o lo que sea no ha parado de coquetear con él desde que se le ha acercado —comentó Pascual sin mudar su gesto lastimero.

—¿Le ha dicho que es productor o qué mentira se ha inventado? —pregunté para quitar hierro al asunto mientras aprovechaba que pasaba un camarero por nuestro lado para coger una copa de vino blanco.

—Desde mi posición no puedo saberlo. Pero apostarí una buena suma de dinero a que ha seguido adelante con su doble personalidad.

—Y tú, ¿por qué no lo has acompañado? —Una cosa es que no le hicieran gracia las ideas alocadas de Javier, y otra que se marginara

sentado a una mesa a beber—. No estarás celoso, ¿verdad? —Por un momento temí que sus sentimientos hacia él se hubieran reavivado.

—¿Yo? ¡Para nada! —rio para regresar de inmediato a su estado de melancolía.

—Entonces... ¿qué te sucede? Y no lo digo sólo porque, en vez de en una fiesta, parece que estés en un funeral... Llevas unos días muy raro, ¿va todo bien en el trabajo? —Fui directa al grano. Aunque últimamente no estaba mucho tiempo en casa, había pasado el suficiente para notar que algo le ocurría.

—Si te refieres al proyecto, va estupendamente. Hemos adelantado tanto que nuestro jefe nos ha felicitado personalmente...

—¡Eso es genial! —exclamé, recordando que, en las pocas veces que lo había escuchado y entendido a la vez en una conversación laboral, nos había contado que su superior siempre hablaba con ellos a través del ordenador y pocas veces se dignaba agradecerles algo en persona.

—Ya...

—Dime qué te pasa —ordené. Notaba que estaba eludiendo una conversación que lo tenía preocupado y estaba deseando contar para compartir la carga.

—Hay una persona...

«¿Tiene novio? ¿Me ha hablado recientemente de algún ligue?», me pregunté haciendo memoria. No. Si lo hubiera hecho, lo sabría, ya que una de mis cualidades era recordar los problemas ajenos mejor que los míos propios y tenerlos siempre presentes para ayudar.

—Azucena —escupió el nombre como si le costara.

—¿Un amigo? —dije.

A algunas de sus ex parejas les gustaba cambiar su nombre masculino por uno de mujer. También podía tratarse del primer travesti con el que Pascual estaba, ya que nunca había cerrado esa puerta.

—Mi compañera de trabajo —matizó al ver por dónde iba.

—¿Habéis discutido? ¿No hace bien su parte? ¿Te ha hecho algo? ¿Es una trepa? —Lo atosigué a preguntas, puesto que parecía que le costaba hablar, como si soltara la información con cuentagotas.

—Ninguna de esas opciones. Es peor.

«¿Peor? ¿Qué habrá hecho esa mala bicha?» La sangre se me calentó sin oír el motivo. Sí, para mí ya era una perra sin conocer las causas, ya que enfadar o entristecer a Pascual era casi misión imposible, por lo que

me atrevía a afirmar que, fuera lo que fuese lo que esa chica estaba haciendo, era algo muy grave.

Tomó aire, y se disponía a contestarme cuando un camarero nos interrumpió.

—¿Quieren probar algo? —Nos tendió unos platos para que pudiéramos servirnos de la mezcla de canapés que llevaba.

—Sí, gracias. —Hice caso a mi estómago, que estaba rugiendo.

—No, gracias —se apresuró a contestar Pascual.

Como desconocía qué eran los alimentos elaborados de la bandeja, cogí uno de cada para probarlos todos. El camarero se fue.

—Seguro que no sabes ni lo que has cogido..., y lo peor es que no te vas a comer ni la mitad —trató de bromear Pascual para cambiar de tema, pero yo no estaba dispuesta.

—¿Y bien? ¿Qué pasa con Azucena? —No cedí en mi interrogatorio mientras me comía una mezcla de salmón con varios quesos. No lo hacía por cotillear, sino por ayudarlo.

—Hace unos días me besó.

—¿Te besó? —De la sorpresa, me atraganté y casi me bebí la copa entera de un trago—. ¿No sospechaba tu inclinación sexual?

—No. —Se encogió de hombros—. Ya sabes que Javier dice que no tengo pluma... —bromeó.

—¿Y se lo tomó a mal cuando se lo aclaraste? —pregunté, pensando que ése era el problema.

Las relaciones sentimentales en la oficina eran uno de los principales quebraderos de cabeza de muchas de las personas que conocía. Por eso, yo tenía el firme propósito de hablar con Sam una vez hubiera terminado el rodaje.

—La cuestión es que aún no lo he hecho —afirmó avergonzado.

—¿Cómo reaccionaste tú?

—Le seguí el beso.

—¿Por qué? ¿Te sentiste presionado y obligado?

Javier había permanecido la mitad de su vida ocultando su verdadera condición sexual. Pascual, en cambio, había sabido desde niño cuál era su inclinación y nunca se había escondido. Por ese motivo, no alcanzaba a comprender qué lo había llevado a continuar el acto.

—Es complicado de explicar.

—Inténtalo —lo insté a continuar—. Te escucho.

—He pasado los últimos meses codo con codo con ella compartiéndolo todo. Encajábamos bien y me sentía muy a gusto a su lado, como si la conociera de toda la vida. Sin darme cuenta, se convirtió en una buena amiga. —Tomó aire y yo aproveché para coger otra copa de vino—. No me percaté de que sus sentimientos estaban cambiando hasta que se lanzó. No me lo esperaba..., pero menos aún podía intuir mi reacción. La besé como nunca he hecho con ninguna mujer. —Me quitó la copa y bebió un trago para poder continuar—. El problema es que no me sentí incómodo. En ese momento me gustó, y me apetecía hacerlo.

Esa respuesta no me la esperaba. Me quedé bloqueada.

—Por la noche, medité en casa y me dije que no podía ser. Al día siguiente, fui decidido a contarle que era gay y parar toda esta locura. Pero no pude. Cuando la encontré en la oficina, la deseaba, Bianca —confesó.

—¿Te gusta? —me atreví a preguntarle conmocionada.

—Sí, y no debería, porque no sé si has olvidado que soy homosexual. Es la única verdad en mi vida que he tenido clara desde siempre. Es como si me gustaran los hombres y ella. ¿Ves ahora el problema?

—No te negaré que me extraña. De hecho, estoy un poco en estado de shock —confesé—. Ahora en serio, ¿llevas días amargado porque una mujer ha despertado sentimientos en ti?

—Aunque parezca absurdo, es algo raro para alguien que tiene claro que le gustan los hombres —contestó un poco indignado por mi pregunta.

—Si Lucía estuviera aquí te diría que el problema lo tienes tú por ponerte etiquetas. Sí, te atraen los chicos y eso no cambia. Hay personas heterosexuales a las que les gustan las personas del sexo opuesto y una del mismo porque es especial. Siempre has comprendido esa situación. ¿Por qué no puedes entenderla a la inversa?

La mente de Pascual siempre había estado abierta para los demás. ¿Por qué no hacía lo mismo consigo mismo?

—Yo... —empezó a decir.

—¡Tú ayudaste a Raquel mejor que nadie!

Raquel era una amiga de Javier. Llevaba con su novio desde que se conocieron en el pueblo a los catorce años. Parecía una pareja inquebrantable, hasta que se fueron a vivir juntos y duraron menos que un telediarario.

En plena etapa despechada, desinhibida y con ganas de comerse el

mundo a bocados por todos los años que no lo había hecho, Raquel comenzó a salir con Javier y Pascual y a moverse por el ambiente. Un día conoció a Rosa, y lo que empezó como una amistad alocada y algo desfasada acabó siendo una bonita historia de amor. Al principio, Raquel era reacia a dejarse llevar por sus sentimientos, puesto que no comprendía cómo siendo heterosexual estaba enamorada de una mujer. Pascual y Javier la ayudaron y actualmente las dos chicas seguían juntas.

—«No es nada malo; sólo significa que te has enamorado de una persona y no de un sexo» —citó las palabras que le dijeron a Raquel.

—Pero...

—Si el problema es que Azucena no te gusta y no sabes cómo decírselo, te juro que te ayudaré —lo corté—. En cambio, si el drama viene porque sientes algo por ella pero crees que, si lo llevas a cabo, estarás siendo infiel a tus ideales, me parece que estás tomando una decisión estúpida.

—No estoy seguro de nada.

—¡Y tomando una copa con cara de amargado no te vas a aclarar! Habla con ella y comprende qué te ocurre. ¡Sincérate! ¡No seas hermético y abre una ventana! ¡Arriésgate y, si te gusta, sigue adelante y, si no, páralo! Pero no seas cobarde y escondas el rabo entre las piernas..., sabes perfectamente que no te pega.

Pascual meditó mis palabras como si contuvieran la respuesta que estaba esperando.

—Tengo que irme. Voy a hablar con ella.

—¿Ahora? —Miré el reloj y comprobé que eran las diez de la noche pasadas—. Puedes esperar hasta mañana... ¿No te parece que no es un buen momento?

—Si lo dejo pasar, nunca será el momento adecuado. Siempre encontraré alguna excusa que me haga retrasarlo. —Se levantó convencido, y supe que llevaba razón.

—Espera un momento, que voy a decírselo a Javier.

—¡No! Ya sabes cómo se pondrá. —En efecto, Javier no pararía de bromear con el tema, sin darse cuenta del dolor que podía causar.

—No voy a contarle nada de Azucena —lo tranquilicé—. Pero se te olvida que hemos venido en tu coche. A mí me apetece quedarme y, aunque sea, cogeré un taxi. Voy a ver qué quiere hacer él.

—Te espero aquí —dijo—. Voy a llamarla para no aparecer por

sorpresa en su casa.

Le guiñé un ojo y me dirigí hacia la pista, donde Javier tomaba una copa mientras charlaba con el morenazo. Para no interrumpir la conversación, me puse detrás del modelo y le hice un gesto a mi amigo para que se excusara y viniera a hablar conmigo. Me entendió al segundo.

—Esta pajarita me trae buena suerte. Como ligue con ese chico, te prometo que la enmarco en un cuadro y la cuelgo en mi habitación —dijo situándose a mi lado.

Por su modo de andar y la forma en que hablaba supe que había bebido alguna copa más que yo. Y eso era mucho decir, porque empezaba a notar cómo la cabeza me daba vueltas.

—Veo que te lo estás pasando bien —sonreí.

—Bien, no..., ¡increíble! Tienes que prometerme que me llevarás contigo a todas las fiestas como está que se celebren. Con mi nueva faceta de productor, voy a comerme la noche.

—¿Nunca has oído que se pilla antes a un mentiroso que a un cojo?

—¡Lo dice la que se ha inventado una personalidad paralela para atrapar al actor!

—*Touché.*

—Ahora que lo pienso, podrías venir y decir que eres la guionista y que trabajas conmigo en un nuevo proyecto... —Se emocionó tramando la actuación.

—Para el carro..., con una mentira en mi vida tengo más que suficiente.

—¿Vienes a contarme novedades con Sam?

—No, vengo a decirte que Pascual se va.

—¡No me extraña, preferiré estar sentado en nuestro cómodo sofá que en una silla! Hoy está en modo asocial... —bufó.

—¿Tú qué vas a hacer? —lo corté, pues criticar a Pascual era uno de sus hobbies favoritos y podía tirarse horas.

—¿De qué?

—Recuerda que hemos venido en su coche...

—¿Insinúas que me marche? ¡Ni hablar! ¡Ni en un millón de años! Ya encontraré quien me lleve... Es más, que Pascual se vaya es la excusa perfecta para que se lo pida a ese pedazo de hombre.

—Está bien. —Puse los ojos en blanco—. Voy a decírselo a Pascual.

Volví junto a nuestro compañero de piso, que estaba sonriendo de

oreja a oreja. Deduje que la respuesta de Azucena a su llamada debía de ser positiva.

—Ha accedido a verme —anunció a mi llegada.

—Javier ha dicho que se queda, así que ve ya, si quieres. ¡Y mucha suerte!

Deambulé por la fiesta saludando a unos y a otros. Me paraba con cada grupo de personas que conocía y procedía al noble arte social de tomarme una copa con ellos animadamente. Sin embargo, llegó un momento en el que perdí la cuenta, y ése fue mi error. La euforia que me proporcionaba el alcohol me hizo decidirme. Si Pascual había tenido las narices de ir a hablar con Azucena, yo podía hacer lo mismo con Sam.

El licor corría por mis venas y mi adrenalina subía. Estaba totalmente decidida. No meditaba las consecuencias de mi revelación. Simplemente quería hacerlo, y era el momento. La borrachera dirigía mis actos.

Mi pensamiento estaba claro. Lo encontraría. Lo apartaría del grupo con el que estuviera hablando y se lo confesaría todo antes de lanzarme a sus brazos. Ni más ni menos. A lo loco, que la noche era joven.

La suerte se puso de mi parte cuando lo localicé en una de las salas. Con su altura no fue complicado distinguirlo entre el gentío. Además, estaba solo. Me re Coloqué el vestido, me puse pintalabios, un poco de perfume en el cuello y, decidida, fui a su lado.

—Hola, Sam —lo saludé, situándome a su lado pretendiendo resultar sexi. Aunque seguramente mi percepción no se correspondía con la realidad y, más que atractiva, me contoneaba bebida.

—¡Bianca! —exclamó emocionado y un poco borracho también—. ¿Dónde te habías metido? No te he visto en toda la noche. Antes he llamado a Lucía y me ha dicho que ibas con un vestido griego, pero ni aun así... Es una pena que ella esté en Barcelona.

«¿Ha hablado con Lucía?», pensé. Sin embargo, no le di importancia.

—Se me ha pasado el tiempo volando saludando a unos y a otros. Antes te he visto en el *photocall*. ¡Ha sido un éxito! Lo has hecho genial —respondí.

Aunque mi organismo no podía más, cogí otra copa y me la bebí casi de un trago, como si eso pudiera ayudarme a ser más valiente.

—No sé cómo se habrá visto desde fuera, pero estaba cagado —

contestó—. He sudado tanto que he tenido que cambiarme de camisa. Menos mal que traía una de sobra —bromeó—. Y ¿qué haces sola? Creía que Lucía me había dicho que venías con un par de amigos.

—Uno se ha marchado y estaba buscando al otro —mentí—, aunque creo que ha ligado. ¿Y tú? ¿Ya se ha ido Matteo?

—¡Qué va! De hecho, estoy esperando a que suba a cantar. —Seguí la dirección de su mirada y comprobé que su hermano mayor nos observaba fijamente desde el escenario del karaoke. Sin quitarme la vista de encima, miró al DJ y le pidió algo—. ¡Va a ser inaudito! Con lo poco que le gusta destacar... Pero le he ganado la apuesta y tiene que cumplirla. Es un hombre de palabra. Quédate conmigo... —me apresuré a asentir antes de escuchar la segunda parte de la frase—, estás a punto de asistir a unos minutos que van a servirme para mofarme de él durante meses —rio alegre.

Al ver cómo miraba a su hermano pude intuir que mantenían una magnífica relación.

«Intenta llevarte bien con Matteo aunque te saque de quicio», me aconsejó a mí misma.

Las notas de una guitarra comenzaron a sonar y todo el mundo dirigió su atención a Matteo. A diferencia de lo que decía su hermano, éste no parecía nervioso. De hecho, la que comenzó a sentirse incómoda fui yo, puesto que parecía que me miraba fijamente, como si estuviéramos solos.

Comenzó a cantar *Tu jardín con enanitos*,^[2] de Melendi, y de lo mal que lo hacía daba hasta pena.

—¡Vamos, que tú puedes! —gritó a mi lado Sam, que se lo estaba pasando en grande.

En vez de mirar a su hermano mientras cantaba, observé a Sam embelesada y entonces me ocurrió algo extraño. Matteo acababa de pronunciar una de las frases de la canción, y tuve que asegurarme de que seguía en el escenario, puesto que la carne se me había puesto de gallina, como si me la hubiera susurrado al oído: «Que conviertan en besos todos mis intentos de morderte la boca». El corazón me latía apresuradamente y tenía la respiración agitada, como si pudiera sentir sus caricias a través de su voz en los altavoces. Demasiado cerca para la distancia que nos separaba.

La música pasó a instalarse dentro de mí y palidecí. Cada palabra se

me adhería y me hacía retorcerme de un modo incomprensible. Las manos me sudaban sin motivo, y un deseo desconocido me estremecía hasta tal punto que resultaba doloroso.

Desconcertada y aturdida, lo miré, consciente de que me lo decía directamente. Me estaba cantando a mí. Sus ojos azules me hechizaron y, por una fracción de segundo, no fui dueña de mí persona, como si él fuera mi amo.

Cerré los ojos y los apreté con fuerza para centrarme en Sam, pero la oscuridad a la que estaba acostumbrada cuando dejaba de ver se tornó azul, del mismo tono peligroso y a la vez atrayente que sus ojos.

—Sam, tengo que contarte una cosa —me apresuré a decir, expulsando a la fuerza todo pensamiento sobre Matteo.

—¿Te pasa algo? —preguntó preocupado.

Sospeché la imagen que debía de ofrecer, blanca como la cal y con los ojos cerrados. Traté de mudar el semblante.

—No, debo de haberme pasado un poco con la bebida —respondí para quitarle hierro al asunto.

—¿Quieres que nos sentemos? —se ofreció.

—Estoy bien así, de verdad —puntalicé al ver cómo enarcaba las cejas—. Además, si me siento todo empezará a darme vueltas... Voy a por una botella de agua y todo irá mejor.

Necesitaba tranquilizarme y eso me proporcionaría tiempo. Seguía decidida a hablar con él y, en esos momentos, no estaba en mis mejores condiciones.

Sonreí y me volví para ir a la barra. Estaba tan despistada que no vi al camarero que se dirigía hacia nosotros con la bandeja y tuve que apartarme en el último momento. Perdí el equilibrio, y habría caído al suelo de no ser porque Sam actuó rápido y me sujetó por la cintura antes de que tocara el pavimento sucio por las copas que se habían derramado.

Me moría de vergüenza. Había hecho totalmente el ridículo.

—Creo que mejor me voy a casa... —dije incorporándome como si no hubiera pasado nada.

—¿Quieres que te lleve? —me preguntó él.

«Sí, sí, sí, sí», grité interiormente felicitándome por mi actuación. Si me iba con él, tendría la oportunidad de estar a solas y sincerarme.

—No quiero molestarte... —dije en cambio.

—No digas tonterías, no es molestia. Voy un minuto al ropero a por

la chaqueta y nos vamos.

—¿Adónde? —preguntó Matteo, que había terminado de cantar y llegaba a nuestro lado. ¿Por qué seguía tan perfecto? ¿Es que la noche no pasaba por él? ¿No le cambiaba la cara como al resto de los borrachos?

—Bianca se encuentra un poco mal y voy a llevarla a su casa —le explicó el bueno de Sam.

—Ni hablar.

«¿Perdón?!», quise decirle a la vez que fantaseaba con estrangularlo.

—Es tu fiesta —replicó—. Lo haré yo. Nadie notará mi ausencia y, después de mi actuación, ya he tenido suficiente por esta noche.

—¿No te importa? —me preguntó Sam.

«¡Claro que me importa! ¡Quiero que vengas tú! ¿Es que no te das cuenta?»

—La verdad es que no hace falta que me llevéis ninguno de los dos —dije. Sabía que sería Matteo, por lo que ya no me interesaba el viaje—. Buscaré a mi amigo y nos iremos...

—Lo mismo tardas en encontrarlo. ¿No había ligado? Hay muchos rincones donde podría estar... —me recordó Sam. Maldita la hora en que se lo había dicho.

—Cogeré un taxi y...

—Insisto —dijo Matteo—. Además, yo ya iba a marcharme. Prefiero hacerlo en buena compañía.

—¿Lo ves? Que te lleve Matteo. Así me quedará más tranquilo.

—Está bien. Me voy con él —cedí a regañadientes.

CAPÍTULO 14

No era falsa. No podía ni me salía actuar con la gente. Por eso, ocultar la rabia y el odio que sentía por el hombre que iba a llevarme a casa me estaba costando emplear todo mi autocontrol, más cuando empezaba a sospechar que iba tan borracha que la resaca me acompañaría durante un par de días. ¿Dónde habían quedado los tiempos en que podía beberme hasta el agua de los floreros y despertarme al día siguiente como si nada?

¿Acaso Matteo era idiota y no se daba cuenta de que no lo soportaba?, me dije. ¿Utilizaba su presencia para castigarme?

Nos detuvimos en la puerta del local.

—¿Tienes frío? —me preguntó mientras le tendía la llave de su coche a uno de los empleados para que se lo acercaran. Corría un poco de viento y me estaba dando friegas para entrar en calor en los brazos.

—No —contesté secamente. Con toda mi fuerza de voluntad, tal vez no lo mandara a la mierda si estábamos en silencio pero, si hablábamos, no respondía de mí misma.

Un Audi A8 blanco aparcó frente a nosotros y me aparté esperando el nuestro.

—Sube —indicó Matteo abriéndome la puerta.

—¿Es tuyo? Menos mal que no te gustaba el lujo ni la ostentación... —le solté al tiempo que me sentaba en el asiento del acompañante.

—Es un regalo —se excusó.

—Nadie regala un Audi.

—Si no te lo quieres creer, es tu problema —añadió cerrando la puerta de golpe. Estaba acabando con su paciencia, pero me daba igual.

Montó tras el volante, le di mi dirección y guardé silencio. Notaba de vez en cuando cómo me miraba de reojo, a veces confuso y otras con rabia. Eso sí, conducía con seguridad, de un modo muy masculino que, en otras circunstancias, me habría resultado bastante sexi.

—¿Te encuentras bien?

—Sí.

—¿Quieres que abra la ventanilla?

—No.

Lo hizo igualmente.

—¿Estás mareada?

—No.

—¿Estás enfadada?

«¡Bingo!»

—No.

—Pues entonces no comprendo por qué estás actuando como una niña de cinco años, cuando hace tiempo que multiplicaste esa cifra por cuatro. Tienes un berrinche injustificado. En el mundo de los adultos, cuando una se pasa con la bebida y casi se cae al suelo se muestra agradecida con la persona que la lleva a casa.

—¿Qué tipo de agradecimiento quieres? —le solté.

—Valdría con que no me miraras como si quisieras arrancarme los ojos y pisotearlos después.

—¡No lo estoy haciendo!

—Sí, y desde que te conozco te estás ganando a pulso que te considere una inmadura. Si actúas como una niña pequeña, la gente te tratará como tal.

Sus palabras me golpearon, y reconocí que llevaba razón. No me quedaba otra.

—Lo siento... —me disculpé.

—Bien.

—Lo que pasa es que...

—Sinceramente, ahora no me apetece hablar contigo —me cortó mirando al frente—. Te has pasado todo el camino callada, ignorándome, ¿no? Pues aguanta unos metros más, que estamos cerca de tu piso. A veces es mejor el silencio que soportar a alguien desagradable —sentenció.

Había tensado demasiado la cuerda con mi actitud y Matteo parecía bastante molesto.

Continuamos el camino sin dirigirnos la palabra hasta llegar al destino. Habitualmente aparcar en mi calle era misión imposible, pero Matteo consiguió un hueco frente a mi portal. Se notaba que aún estábamos en verano y todos los madrileños habían emigrado a diferentes lugares de la costa. En septiembre, otro gallo cantaría para los vehículos.

—¿Puedes abrir la puerta? —preguntó con voz neutra y sin mirarme directamente.

«¿Tan borracha cree que voy?», me indigné, aunque lo cierto es que hacía un buen rato que lo veía todo borroso y tenía arcadas, que trataba de contener para que él no se diera cuenta.

—Sí, muchas gracias por traerme. —Dulcifiqué el tono, sintiéndome culpable por mi comportamiento.

—De nada —contestó seco sin apagar el motor para marcharse una vez yo hubiera bajado.

Comprobé que no venía ningún coche y abrí la puerta con cuidado. Apoyé el pie sin mirar al suelo y entonces lo oí. «Crac.» El tacón de mi zapato se había desprendido y colgaba roto.

—¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! —balbuceé.

—¿Qué pasa?

—No puede ser, mi zapato... —Mi estado de embriaguez hizo que por poco me pusiera a llorar.

—No es para tanto. Sólo una prenda. Te garantizo que hay problemas mucho más importantes —me espetó como si yo fuera una superficial.

—Ya sé que hay problemas mayores —contesté—. Pero mis amigos se han gastado mucho dinero en este regalo. No me preocupa el objeto, sino el detalle que significaba.

Era cierto. Sabía el precio del calzado, y suponía que les había costado esfuerzo adquirirlo. Por ese motivo, me entraron ganas de berrear montando una escena al ver que tan sólo había necesitado unas horas para destrozarlo.

—Así no puedo andar —dije apoyando de nuevo el pie—. Será mejor ir descalza.

—Espera —ordenó.

Matteo apagó el motor y cogió las llaves. A continuación, salió del coche y vino directo a mi puerta.

—He visto que hay cristales en el portal. Déjame que te lleve, no vaya a ser que te cortes.

Sin darme tiempo a reaccionar, pasó mi brazo por detrás de su cuello, colocó el suyo en mi cintura y me levantó en volandas. Con cuidado, me quitó los zapatos que colgaban de mis pies y me los dio para que los sujetara. Cerré los ojos y de nuevo me invadió su aroma. Olía demasiado bien.

Estaba fuerte. O eso o yo pesaba poco, ya que me transportó como si fuera ligera como una pluma. Desde mi posición, pude ver que los vidrios

eran de litronas de cerveza. Alguien debía de haber hecho botellón allí, como de costumbre. Por lo menos ya se habían ido y podría dormir sin oír los gritos de la gente que estaba de vacaciones y bebía en mi portal.

—Dame las llaves —me pidió Matteo.

—Toma. —Se las tendí después de rebuscar en el bolso.

Una vez dentro, me depositó de nuevo en el suelo y noté cómo el parqué se tambaleaba bajo mis piernas. El efecto alcohólico de la bebida aumentaba cada vez más, y apenas me tenía en pie.

—¿Podrás abrir la puerta de arriba?

—Sí —balbuceé notando cómo todo se volvía tan borroso que ya no distinguía los rasgos de su cara, sino sólo su silueta, y la cabeza me daba vueltas.

—Será mejor que te acompañe —añadió tras meditar mi respuesta y ver mi estado. Parecía como si le fastidiara pasar más tiempo a mi lado.

¿Tanto se había enfadado? ¿Tan borde había sido yo?

Llegamos al descansillo e intenté meter la llave. Orgullosa, quería demostrarle que podía hacerlo por mí misma. Sin embargo, o la cerradura se movía o mis capacidades psicomotoras habían disminuido, puesto que no fui capaz de introducirla.

—Abriré yo. —Me quitó la llave de la mano y la metió a la primera.

Me disponía a decir algo, no sé si a quejarme o a darle las gracias, cuando me vino una arcada y tuve que salir corriendo al baño. Después, mi cabeza decidió olvidar todo lo que había sucedido de manera selectiva.

La música de la minicadena, que sonaba demasiado alta, me despertó. Antes de salir del cuarto dando gritos como una loca, consulté la hora en el reloj de mi mesilla. Eran las doce del mediodía. No podía decirles nada a mis compañeros. Ésa era la norma establecida: aunque saliéramos de fiesta, a partir de las doce estaba permitido hacer el ruido que nos diera la gana sin sufrir ningún tipo de consecuencias.

La cabeza me iba a estallar, tenía la boca pastosa y me dolía todo. Me encontraba fatal, como si hubiera pasado por una trituradora que hubiera hecho picadillo mi cuerpo, y eso sólo podía significar que me estaba haciendo mayor. Poco a poco, me daba cuenta de que, con la edad, las consecuencias de sobrepasarse con el alcohol aumentaban, como si la resaca quisiera recordarnos que nuestro organismo ya no era tan inmune a

sus efectos. Con dieciocho años, podía pasarme una noche entera de juerga y al día siguiente levantarme como si nada, lista de nuevo para tomar unas cañas. Ya no. Ahora, tras cada pedo monumental, elevaba el puño como Escarlata O'Hara y, poniendo a Dios por testigo, juraba «que jamás volvería a probar un cubata». Una promesa con la que ocurría algo parecido a los propósitos de Año Nuevo, como ir al gimnasio o apuntarme a clases de inglés: no la cumplía.

Algunos recuerdos confusos de la noche anterior acudieron a mi mente y enterré la cabeza debajo de la almohada, como si eso pudiera espantarlos. «¡Qué vergüenza! ¡Fuera, no quiero veros!»

Cómo había llegado a la cama y me había puesto el pijama sin acabar con un diente de menos era todo un misterio: con mi falta de equilibrio, como mínimo debería haber tenido un buen chichón, los pantalones puestos en la parte de arriba de mi cuerpo y la camiseta en las piernas.

Recapitulé los acontecimientos de la noche anterior, pero los recuerdos terminaban conmigo corriendo hasta el baño a punto de expulsar hasta el entrecot que me comí el día de mi primera comunión.

Tenía la boca pastosa y me sabía a culo sudado (no lo había probado, pero seguro que era similar), así que decidí acudir a la cocina a beber a morro todo el agua que saliera por el grifo del fregadero hasta que me hinchara como un globo a punto de explotar. Cuando me puse de pie, comprobé que mi habitación parecía una leonera, tal y como la había dejado, pero que, sin embargo, la ropa del día anterior estaba perfectamente doblada sobre la silla.

Abrí las ventanas para que se aireara un poco el cuarto y dejara de oler a una mezcla de licores indescifrable capaz de emborrachar a alguien sólo con respirar y acudí directa a la cocina a saciar mi sed asesina. Allí estaban Pascual y Javier, que charlaban animadamente mientras preparaban lo que parecían tortitas con sirope de chocolate y nata. Era sábado y ninguno trabajaba. Bien, en lugar de encerrarme en mi habitación hasta que se hiciera de noche, tendría que hablar con la gente.

—Buenos días —logré articular sirviéndome un vaso de agua, que me bebí de un trago. Poner la boca debajo del grifo delante de ellos me daba un poco de vergüenza.

—¿Estás segura de que son buenos? —preguntó Pascual conteniendo una carcajada.

—¿A alguien le duele la cabeza? —bromeó Javier, que parecía muy

feliz. Había pillado fijo.

—Joder, no recordaba que el vino machacara tanto el cuerpo. Anoche debí de perder miles de neuronas.

—Si perdiendo neuronas uno gana a ese hombre, yo también quiero —contestó Javier poniendo un plato en la barra de desayuno—. Para ti. Debes de estar agotada.

—No tengo mucho apetito —repliqué. Estaba segura de que lo expulsaría conforme lo engullera y Javier me montaría una escena por haber herido sus sentimientos sin percatarse de mi malestar general. De repente, asimilé lo que acababa de decirme—. ¿Un hombre?

Inmediatamente recordé a Matteo y miré mi pijama de reojo. ¿Habría ocurrido algo?

—No, no tuviste tanta suerte —contestó Pascual leyéndome el pensamiento—. Yo te vestí. Cuando llegué me encontré con el señor Matteo custodiándote para asegurarse de que estabas bien. Estabas tumbada en la cama, blanca como un cadáver, todavía con el vestido puesto...

—¡Qué ridículo más grande! —De nuevo escondí la cabeza entre las manos. A saber en qué condiciones me había visto el hombre—. Tengo que llamarlo para darle las gracias y...

—Hazlo cuando salga del baño —me cortó Javier.

—¿Sigue aquí?

—Sí —confirmó Pascual—. Era muy tarde y le dije que se quedara a dormir en el sofá, ya que parecía bastante cansado. Creo que el pobre debió de pasar bastantes horas con la única diversión de vigilarte mientras roncabas y babeabas dormida por si te daba un coma, te atragantabas con tu propio vómito o algo así. Al principio se negó, pero logré convencerlo.

—¡Gracias a Dios! —intervino Javier, alejándose de la cocina—. ¡Menudo hombre! Una fantasía hecha realidad. Y yo que creía que mi modelo era espectacular...

—Es verdad —dije, y aproveché para cambiar de tema—. ¿Qué tal acabó tu noche?

—Mejor imposible —sonrió satisfecho—. Hubo algunos besos y nos intercambiamos los móviles. Hoy he quedado con él. Y hasta aquí puedo leer, que no quiero que me lo gaféis.

Javier tenía la teoría de que le fastidiábamos los ligues. Decía que los hechos le daban la razón. Para él éramos algo así como el anticristo del amor, lo opuesto a Cupido. Todo porque daba la casualidad de que, cada

vez que nos presentaba a un chico, éste lo dejaba a los pocos días. Lo que no se paraba a pensar era que nos hablaba de ellos como si fueran a casarse desde el minuto uno y nos los presentaba a la semana. No eran relaciones, sino rolletes.

—¿Vas a decirle la verdad? —preguntó el racional de Pascual.

—¡Por supuesto que no! ¡Y te prohíbo que me regañes! —se adelantó—. Deja que disfrute unos días. Por el momento sólo quiero pensar en ver a Matteo cuando salga del baño.

—¿Y eso? —pregunté.

—He sido un chico muy malo. —Me guiñó un ojo.

—«Salido» te define mejor —puntualizó Pascual—. Ha insistido tanto en que se diera una ducha que Matteo no ha podido negarse —me explicó.

—¡Lo necesitaba, después de que Bianca lo pringara anoche! —se excusó.

—¿Le vomité encima?

«Tierra, trágame y no me expulses nunca.»

—Sólo le salpicaste —trató de quitarle hierro al asunto Pascual, aunque no lo consiguió.

Si no me hubiera dolido en el alma, habría hecho en ese preciso instante la maleta y habría gastado los pocos ahorros que me quedaban en emigrar a algún país lejano. Otro continente estaba bien.

—La cuestión es que Javier ha aprovechado cuando ha ido al baño a dejarle las toallas para quitarle la camisa —prosiguió Pascual.

—¿Dónde está? —pregunté enfadada.

—En el sofá... No te mosquees, creerá que la ha olvidado.

—Y, ¿cuál es el objetivo de tanta tontería?

—¡Ver esos pectorales, que deben de ser pecado!

Negué con la cabeza poniendo los ojos en blanco. Iba a regañarlo cuando oí la puerta del baño, que se abría.

La cocina comunicaba con el salón, por lo que teníamos una perfecta panorámica del hombre saliendo del lavabo para recoger la camisa que, supuestamente, había olvidado. Caminaba descalzo, con los mismos pantalones negros de la noche anterior, sólo que, al no llevar cinturón, éstos se le caían mostrando la cintura de sus calzoncillos. Evidentemente, porque no tenía nada que ponerse por encima, iba con el torso desnudo. Su vientre era plano, con unos abdominales totalmente definidos. Se giró para coger la prenda y pudimos contemplar su espalda ancha y musculosa,

por la que caían las gotas de su pelo mojado. Era una imagen demasiado erótica como para que Javier no sufriera un infarto. Es más, cuando se agachó y, a través de la tela, se marcó su culo redondo y firme, mi amigo empezó a darse aire exageradamente.

—Buenos días —saludó Matteo para que supiéramos que nos había visto.

Les hice un gesto a Javier y a Pascual para que cerraran la boca, ya que sólo les faltaba un cuenco para la baba, y ellos me imitaron. Por lo visto, a mí también se me había desencajado un poco la mandíbula, pero es que no estaba acostumbrada a ver ese tipo de monumentos en mi casa a primera hora de la mañana.

—Buenos días —saludamos los tres al unísono, y mis compañeros rieron como adolescentes mientras se les subían los colores a la cara.

—Siento salir así —se disculpó él—. Estaba seguro de haber cogido la camisa... Estoy un poco despistado.

—¡No pasa nada, hombre! —exclamó Javier, que estaba más que encantado con las vistas.

Apenas conocía a Matteo pero, en los pocos encuentros que habíamos tenido, él siempre había sido muy atento conmigo. Por eso me extrañó que esa mañana me ignorara, como si yo no estuviera en la sala o fuera un fantasma al que él no podía ver.

—¿Quieres quedarte a desayunar? —le ofrecí con timidez. Era fácil hacerme la dura cuando él actuaba con amabilidad pero, al verlo así, como si le molestara mi presencia, se me bajaron un poco los humos.

—No, gracias —contestó sin mirarme, abrochándose el botón de la muñeca. Si tenía alguna duda acerca de si seguía enfadado conmigo, se despejaron en ese preciso instante.

—Javier prepara las mejores tortitas del mundo... —insistí.

—¡Eso es verdad! —exclamó orgulloso el cocinero.

—Tengo prisa. Gracias por el ofrecimiento —denegó mi invitación educadamente. Cogió la cartera y fue hacia la puerta—. Pascual, Javier, Bianca... —se despidió, y un escalofrío me recorrió de arriba abajo al comprobar que usaba el mismo tono al pronunciar mi nombre que el de los demás. Al parecer, yo ya no era especial.

Cerró la puerta tras de sí sin dar ningún portazo ni montar ninguna clase de escenita. Javier aprovechó ese momento para ir a su habitación a mirar el móvil, por si el modelo le había escrito.

—¿Y tú qué tal anoche, Pascual? —pregunté antes de que el tema de conversación comenzara a girar en torno a Matteo.

Por alguna extraña razón, tenía el pecho encogido desde que lo había visto, como si no pudiera soportar su indiferencia. Además, ahora que ya sabía cómo le había ido a Javier, quería comprobar si Pascual había tenido la misma suerte.

—Muy bien —sonrió con su dentadura perfecta—. Hablamos durante horas y me sinceré del todo.

—¿Cómo se lo tomó?

Pinché un trozo de tortita mientras prestaba atención. Tenía que arriesgarme a comer, aunque me doliera hasta masticar.

—Mejor de lo que esperaba. Al principio le parecía todo muy surrealista. No que fuera gay, sino el interés que ella despertaba en mí —aclaró—. Respondí a sus preguntas y creo que al final lo comprendió todo. Más o menos.

—¿Sucedió algo? —pregunté más animada. Los millones de calorías que estaba ingiriendo me estaban dando fuerzas.

—No, queremos ir despacio. No quiere presionarme.

—Eso dice mucho de ella...

—Prefiere ir paso a paso. Sin prisas. Para subir los escalones de manera segura sin correr el riesgo de caernos de golpe y hacernos daño.

—¿Y qué piensas?

—Por una vez en la vida no quiero pensar, sino sólo vivir. Como ingeniero que soy, siempre he medido mucho los pros y los contras de cada uno de los movimientos que he ido haciendo en el juego mi vida. Voy a dejarme llevar sin calcular las consecuencias.

—Muy bonito —dijo Javier, que acababa de entrar—. Por cierto, Matteo se ha dejado el móvil —informó tendiéndome un teléfono antiguo. No parecía ser de la misma persona que tenía un Audi A8 en la puerta—. ¿Y bien?, ¿con quién no vas a medir las consecuencias? —añadió dirigiéndose a Pascual.

—Es una historia muy larga... —Pascual trató de evitar la conversación, aunque yo ya sabía que eso era imposible. Javier se pondría insoportable hasta que le sonsacara toda la información. Cuando quería, podía ser el ser humano más persuasivo e insistente, mejor dicho, pesado, del universo.

—Tengo tiempo. Además, si ella lo sabe, yo también puedo. ¡Que me

has desvirgado! Eso, por lo menos, hace que tenga prioridad a la hora de conocer tus secretos —afirmó Javier sentándose a su lado.

—Está bien —cedió él, ignorando el último comentario—. Pero no me interrumpas gritando, ni llesves las manos al cielo, ni te rías...

—Te lo juro. —Levantó la mano derecha como en los juicios americanos, como si tuviera una Biblia debajo de la otra.

Yo sabía por adelantado que ese gesto no significaba nada: estaba segura de que acabaría por hacer las tres cosas, y en ese orden.

—Mientras se lo cuentas voy a llamar a Sam, a ver cómo lo hacemos con el móvil de Matteo.

Escapé corriendo de allí. No había llegado a mi habitación cuando oí a Javier gritar «No me lo puedo creer» y reírse a carcajada limpia: ya había incumplido su juramento.

Una vez en mi cuarto, rebusqué en el bolso hasta dar con mi teléfono. Estaba encima del tocador, por lo que aproveché para mirar en el espejo qué pintas llevaba. Daba lástima, con el rímel corrido, las ojeras negras, la cara de demacrada y los pelos de loca electrocutados.

«¿Cómo te extrañas de que Matteo ya no pronuncie tu nombre de manera seductora ni te mire cómo si fueras especial si ayer te vio vomitar y hoy te ha encontrado con estas pintas?», me reprendí a mí misma.

No quería pensar más en el tema, así que corriendo busqué a Sam entre mis contactos y le di al botón de llamar.

—¿Qué tal señora guionista? —De vez en cuando, le gustaba llamarme así.

—Bien, con dolor de cabeza. —Fui sincera, puesto que era una tontería negar lo evidente: cuando me había marchado de la fiesta, ya iba más borracha que una cuba.

—Eso te pasa por ser popular. Conoces a todo el mundo, tienes que quedar bien, y una copa tras otra... —bromeó.

—Si tu razonamiento es correcto, cuando tengas a miles de fans detrás de ti insistiendo para invitarte a un cubata vas a ser peor que Pocholo. —Oí cómo se reía al otro lado.

—Imagino que hoy tocará día de sofá, pijama rosa y pelis de chicas para combatir la resaca, ¿no?

—¡Has acertado! ¿Y tú que vas a hacer? —pregunté olvidando el motivo principal de mi llamada.

—He salido con unos amigos a montar en bicicleta por Madrid Río, y

después creo que iremos a bañarnos a la piscina. Por cierto, como son unos agonías, me están haciendo gestos para que reemprendamos la marcha, ¿querías algo?

—Sí, Matteo se ha dejado el móvil en mi piso.

—¿Matteo, en tu casa? —preguntó extrañado.

Aunque no parecía molesto, tuve el impulso de explicarme.

—Se quedó hasta que vinieron mis compañeros para asegurarse de que estaba bien. —Tragué saliva—. Porque, básicamente, iba que daba pena...

—Le pega. Matteo, el héroe que cuida de todos. Tranquila, está más que acostumbrado. Conmigo lo ha hecho más veces de las que me gusta reconocer —bromeó—. Pero conmigo no compartía cama. Debe de ser que le importaba menos que tú...

—¡No hemos dormido juntos ni nada! —me apresuré a aclarar—. Se quedó a pasar la noche porque mis compis llegaron tarde...

—¡Ah! —rio—. Si quieres que me acerque a por el móvil, ahora mismo no puedo, y creo que Matteo tampoco. De hecho, seguramente no se habrá dado cuenta de que no lo lleva encima. Como él siempre dice, «odia ese aparato».

—Si me das su dirección, se lo llevo yo —me ofrecí. Tal vez así dispondría de unos minutos para pedirle disculpas.

—Está bien. ¿Tienes algo a mano para apuntar?

—Sí —asentí cogiendo un folio y el lápiz negro para hacerme la línea de los ojos. Sam me la dictó y la apunté—. Muchas gracias.

—¡A ti! ¡Y disfruta de tu día libre! —exclamó antes de colgar.

—Lo intentaré... —dije a la nada un poco nerviosa por el encuentro que me esperaba.

CAPÍTULO 15

Comprobé un par de veces que estaba en la dirección correcta. La calle se correspondía con la que había apuntado. No podía ser. Era imposible.

Nunca me había parado a imaginar cómo sería la casa de Matteo. Había dado por sentado que debía de ser un piso común en el centro histórico de la capital o un ático con una terraza inmensa en la periferia. En mi opinión, se podía saber mucho sobre una persona observando el barrio en el que vivía. Así, uno de mis hobbies cuando conocía a alguien nuevo era ubicarlo en alguna de las calles. Había distritos adinerados, obreros, alternativos... La elección personal era una marca que definía tus gustos. Tal vez era una tontería, pero servía para estimular mi imaginación de cara a nuevas escrituras.

Nunca había estado en una urbanización tan exclusiva y elegante. Estaba a las afueras, rodeada de los mejores paisajes de la sierra. Las montañas y el cielo eran las vistas de sus afortunados habitantes cada mañana, como si custodiaran el barrio. Además, todas las casas estaban rodeadas por un jardín que impedía ver el interior. De hecho, no sabía el tamaño que éstas podrían tener. Si Matteo podía vivir allí, significaba que tenía un buen trabajo y ganaba un sueldo elevado. Seguramente, el recibo mensual de la comunidad costaba lo mismo que el alquiler de mi piso durante un año. O más.

¿A qué se dedicaría?, me pregunté curiosa. Era un misterio. La verdad es que lo desconocía todo con respecto a su vida. El único dato seguro que tenía es que se trataba del agente de Sam y, por el momento, eso no debía de haberle reportado mucho dinero. Los artistas colmaban su ego con el aplauso del público, pero sus sueldos no eran tan desorbitados como la gente imaginaba. Al menos, no en España, a no ser que fueras Mario Casas y llenaras diez salas de cine cada vez que te quitabas la camiseta durante dos segundos.

También contaba con la pista de que debía de ser un trabajo flexible o bien él era el jefe, ya que podía marcharse cuándo quería y no tenía estipulados horarios, ya que había pasado el día en el rodaje sin rendir

cuentas a nadie. O eso, o se lo había pedido libre y todas mis suposiciones eran incorrectas.

Llamé al telefonillo.

Nadie contestó al otro lado, pero inmediatamente la verja se abrió. Antes de entrar pude distinguir una cámara de seguridad en el lateral derecho que me enfocaba directamente. Tal vez me había visto por ahí. Saludé con timidez, pero la cámara no varió su posición.

Una vez dentro, me maravillé del grandioso jardín delantero. Estaba perfectamente cuidado, con un césped recortado repleto de pequeñas margaritas que te daba ganas de descalzarte y tumbarte allí a mirar las formas de las nubes como en los anuncios de compresas. A ambos lados descansaban algunas figuras de mármol rodeadas de flores comunes y exóticas, todas ellas de diferentes y llamativos colores, que hacían que pareciera un arco iris terrenal. Un camino de arena llevaba hasta la construcción principal, una vivienda enorme. El chalet, de dos plantas más una especie de buhardilla, estaba construido sobre una base acristalada que permitía ver el interior, como si se fusionara lo clásico del patio con lo moderno de la arquitectura.

Me acerqué a la entrada y observé que algunas ventanas tenían los estores bajados y otras eran de un tono mate que impedía ver el interior de las salas. Traté de ver a alguien y, al no conseguirlo, llamé al timbre. Cuatro perros gigantes aparecieron corriendo y se lanzaron ladrando contra la puerta. Menos mal que estaba cerrada o, de lo contrario, me habría cagado encima literalmente al ver cómo me enseñaban esos dientes que podrían abrirme en canal sin esfuerzo. No eran animales de raza, sino, como se llamaban vulgarmente, chuchos. Sus insistentes berridos y amenazas me devolvieron a la realidad y de nuevo me puse nerviosa.

Llevarle el móvil a Matteo me serviría de excusa para disculparme por mi actitud. No había sido justo ser tan desagradable con una persona que lo único que había hecho desde el inicio era ayudarme con mis sobrinos, llevarme a casa, cuidarme en lugar de huir cuando parecía la niña de *El exorcista*... Por eso, en el momento en el que me había dado cuenta de que no llevaba razón, había decidido ir a verlo de inmediato. No me gustaba posponer las cosas que sabía que debía hacer. Era valiente, y me enfrentaba a las situaciones de cara. Tenía algunos amigos que, frente a un problema, preferían dejar que pasara el tiempo y se suavizara o se olvidara. Yo no compartía su punto de vista. Si tenía que arreglar algo,

prefería hacerlo desde el primer momento, antes de que una tontería se transformara en algo más grave. Sin embargo, eso no lo hacía más fácil, y estaba intranquila al no saber cómo reaccionaría Matteo.

Eso era lo malo. Con mis amigos y mis conocidos siempre podía prever cómo transcurriría una conversación. Tenía la teoría de que, si conocía a una persona de verdad, podía incluso adelantarme a sus frases. Sabía que debía hablar de un modo diferente si se trataba de una amiga o de otra, y cómo hacerlo para llevarlas a mi terreno. Con Matteo todo se complicaba. Era mi misterio particular. Un puzzle que no había tenido tiempo de encajar. Por ese motivo, la seguridad en mí misma que solía tener para ese tipo de conversaciones había desaparecido.

¿Y si le pedía perdón y él se negaba a perdonarme? ¿Qué argumentos utilizaría para que cambiara de opinión?

Pensarlo no me iba a ayudar, así que sacudí la cabeza. Adelantarme y elucubrar sobre posibles opciones sólo me iba a hacer pasar un mal momento. Ensimismada, no me había dado cuenta de que había alguien al otro lado de la puerta que me miraba con los ojos entornados y cara de pocos amigos.

—Tú no eres la chica de la imprenta —me espetó analizándome de arriba abajo.

Era una mujer. Debía de tener unos veinticinco años y llevaba puesto un vestido palabra de honor azul cielo hasta por debajo de las rodillas. Tenía el pelo rubio largo recogido a un lado en una trenza de espiga y potenciaba sus hermosos ojos azules con una sombra oscura y ahumada. Era el tipo de mujer afortunada por poseer una belleza natural capaz de atraer a cualquier hombre. Muy alejada de mi extrema normalidad crónica. Obviamente, debía de ser la novia de Matteo. Ambos eran tal para cual, una pareja de esas a las que uno no puede ignorar si pasan por tu lado y hacen que te preguntes por qué el universo es tan injusto por dar tanto a unos pocos.

Noté un pinchazo en el estómago. En cierta manera, supe que se trataba de celos. Aunque desde un inicio había rechazado las atenciones de Matteo, nunca había pensado que tal vez fueran por educación, y no porque estuviera interesado en mí. A todo el mundo le gusta tener a alguien pendiente. Obviamente, con esa mujer a su lado, pensar que se había fijado en mí era una soberana tontería.

«Mejor, así no hay confusiones y ya puedes emplear tu tiempo en el

hermano que te interesa: Sam», me recordé a mí misma.

—¿Y bien? —me preguntó la chica.

Como era normal, no me reconocía. Yo era una extraña que había llamado a su puerta y se había quedado con cara de mongola bloqueada en lugar de presentarse.

—¿Está Matteo? —logré preguntar.

—Sí, ¿de parte de quién? —contestó todavía confusa por mi presencia.

—Soy Bianca. —Hice una pausa. No podía decirle la verdad.

No sabía si Matteo le había contado que había pasado la noche en mi casa, y tal vez podía meterlo en un lío. Aunque no habíamos hecho nada malo y él se había comportado como un caballero, decirle a una mujer que su pareja había pasado la noche en el piso de otra podía llevar a equivoco. Guardé el móvil e inventé una excusa.

—Bianca Langreo, la guionista de *En el baúl de los recuerdos* —dije.

Ella puso cara de conocer el proyecto, pero siguió sin abrirme la puerta.

—Y... ¿qué quieres?

No entendía el motivo, pero la situación era tensa. ¿Tal vez ya supiera de mi existencia? ¿Le habría contado Matteo que había pasado la noche en mi casa? ¿Puede que supiera lo desagradable que había sido con su hombre?

—Tengo que hablar de unas cosas del rodaje de Sam y como él es su representante... —Fue lo primero que pensé mientras escondía la prueba del delito: su móvil. Otra mentira más. Se me empezaban a acumular.

—¿En fin de semana? —preguntó extrañada.

—Sí, es lo malo de las producciones. Durante la grabación vivimos a disposición del director las veinticuatro horas del día —sonreí intentando sonar convincente.

—Está bien —decidió abriendo la puerta. Los perros se me empezaron a subir por las piernas inmediatamente y les acaricié el cogote feliz de que no hubieran intentado comerme o matarme—. Sígueme —me indicó ella, y le hice caso.

Cruzamos un salón decorado en tonos rojos, negros y blancos bastante minimalista. Los pocos muebles que había eran de última generación, y dudaba que supiera utilizar alguno de los aparatos tecnológicos que había allí dentro. Era como estar en el futuro, y para las

tecnologías yo seguía siendo bastante primitiva. Vamos, de ese tipo de personas que, si se le estropeaba internet, se ponía a gritar pidiendo ayuda a sus compañeros como si llegara el fin del mundo en lugar de apagar el router y volver a encenderlo.

Caminamos por un pasillo hasta llegar a una puerta que permanecía cerrada. La mujer, que aún no se había presentado ni me había dicho su nombre y, por la cara de amargada que se gastaba, podía ser familia de nuestra querida Miriam, la abrió y se apartó cediéndome el paso.

—Espera aquí. Voy a buscar a Matteo. Enseguida viene.

La nueva estancia era lo opuesto al salón inicial. Debía de ser una especie de despacho, con su mesa de roble, su ordenador y su silla de cuero reclinable. Las paredes estaban abarrotadas de estanterías que contenían numerosos libros y objetos extraños. Era como si cada balda de madera representara a un continente distinto con su propia decoración.

La estancia estaba rodeada de ventanas. A través de los cristales se podía ver la parte trasera del jardín. Desde mi posición, y sin acercarme demasiado para que no me pillaran cotilleando sin disimulo alguno, pude distinguir una fuente en el centro, una piscina, una barbacoa, una pista de pádel y una zona techada con un billar.

Con curiosidad, me puse a husmear un poquitín mientras esperaba, amparándome en que era lo normal y en que, si Matteo aparecía de repente, podría darme la vuelta y fingir que no estaba haciendo nada. Empecé con las fotografías, ya que era lo más llamativo de la estancia. La mayoría eran muy extrañas, incluso para mí, que tomaba imágenes de cualquier cosa. Por ejemplo, estaba una que era una huella en el barro, otra que era una hoja de un árbol y, la más extraña, una totalmente en negro.

Las demás eran de Sam en diferentes lugares del mundo. Él era el protagonista de esa sala. Nada de Matteo por ningún lado. Era como si éste no existiera. Un fantasma en el reportaje fotográfico de su casa.

La «biblioteca» me llamaba mucho la atención. Desde pequeña yo era una ávida lectora reconocida. Me jactaba de conocer la mayoría de los títulos. Ana me decía que daba la sensación de que prefería vivir a través de esos personajes en mi imaginación que en la realidad. Puede que llevara razón, pero es que gracias a los escritores yo podía fantasear con cualquier cosa, vivir experiencias imposibles en mi día a día, no había límites.

Respiré profundamente para aspirar el aroma de los cientos de relatos que me rodeaban. Como Matteo aún no había entrado, di una vuelta acariciando los lomos y analizando las preferencias del hombre de los ojos azules cambiantes. Había libros de todos los estilos y autores. No se centraba en ningún género, como si quisiera empaparse de todo lo que ofrecía una buena librería. Así, seguía sin tener pistas sobre cómo era ese hombre misterioso.

Cansada, me senté en una silla al lado de la mesa principal del despacho. Junto al portátil había un marco y, tras mirar furtivamente hacia la puerta y ver que no se movía el pomo, lo giré. La primera fotografía en la que salía Matteo. No parecía muy antigua, puesto que Sam y él estaban tal y como los había conocido. Salían de pie en la puerta de una especie de clínica. Mientras Matteo miraba al objetivo incómodo, Sam lo observaba a él con adoración.

Oí un ruido y volví a dejar el marco con la foto en su sitio, pero nadie apareció.

Alcancé los libros que tenía al lado del ordenador. Podría ser su lectura actual o alguno que destacaba entre los demás. Sus favoritos. Como buena lectora, sabía que no devuelves un libro a la estantería si te ha tocado el alma o lo estás devorando en esos momentos.

Era *Bombas a la luz de las velas*, de Christopher W. F., mi favorito. Encima, no se trataba de uno cualquiera, sino de una primera edición especial de cuando se publicó en la pequeña editorial Celeste. Tal y como sabía, debido a su éxito de ventas, un gran grupo editorial compró los derechos y decidió eliminar las cinco últimas páginas del prólogo. Así, mi ejemplar no contenía esas últimas líneas que lo hacían mejor, si es que eso era posible. Había logrado leerlo a través de internet, pero nunca lo había tenido frente a mí de una manera tangible, pudiendo rozar la tinta de las letras con la yema de los dedos. Lo cogí como una niña pequeña y fui directa a disfrutarlo entre mis manos por primera vez, olvidándome de todo lo demás.

—¿Bianca? —preguntó extrañado Matteo detrás de mí. Nerviosa, me puse de pie sin soltar el libro—. ¿Qué haces aquí?

No parecía satisfecho con mi presencia. Debía de acabar de venir de hacer ejercicio. Llevaba un pantalón de chándal y una camiseta blanca que se le adhería al cuerpo por el sudor. Tenía los músculos hinchados por el ejercicio y las puntas de su pelo revuelto goteaban. Bebió agua de una

botella antes de continuar hablando. El pecho todavía le subía y le bajaba. Era una imagen un tanto erótica, para qué vamos a engañarnos.

—Me ha dicho Catherine que traías noticias sobre el rodaje de Sam pero, sinceramente, no creo que una productora seria haya elegido a la guionista como portadora del mensaje obligándola a ir a casa del representante en fin de semana. Así que dispara, ¿qué haces aquí?

—He venido a traerte esto —le tendí el móvil.

—Dichoso teléfono. No soy capaz de desprenderme de ti —dijo mientras lo cogía—. Por lo que veo, acostumbras a mentir incluso en las situaciones más cotidianas —añadió la coletilla.

—¡No soy ninguna mentirosa! —Me encaré con él, y lo hice con seguridad y sin valorar que últimamente me estaba aficionando un poco a mentir.

—Disculpa si te he ofendido, pero cuando alguien no dice la verdad suele recibir ese nombre —contraatacó con frialdad.

—Lo he hecho porque no quería meterte en problemas con tu novia. Desconocía si le habías dicho que habías pasado la noche en mi casa y no quería meter la pata —me justifiqué.

—En primer lugar, Catherine no es mi pareja, sino mi compañera de trabajo. Una especie de perro guardián que vigila que haga siempre mis tareas en el plazo establecido.

Extrañamente, me sentí aliviada al saber que entre la mujer perfecta y el hombre irresistible que tenía delante —y que no se daba cuenta de que morderse el labio de esa manera mientras discutíamos debería ser delito— no había nada. Aunque, si ese parentesco era cierto, la reacción de ella sólo podía explicarse si, más que llevarle los papeles, le apetecía bajarle los pantalones y se había creído amenazada al ver a otra mujer. Me sentí halagada de que una diosa como ella se viera amenazada por mí.

—Y, segundo —continuó—, si lo hubiera sido, ella sería concedora de todos los detalles de mi noche. Tengo la extraña costumbre de intentar ser sincero con la gente que me importa. —Hizo una pausa y se dirigió a la puerta para invitarme a marcharme educadamente—. ¿Querías algo más?

—La verdad es que sí —contesté, y Matteo se detuvo.

—Te escucho.

—Lamento mucho cómo te he tratado desde que nos conocimos. Aunque te resulte imposible de creer, suelo ser una chica bastante

agradable con las personas que me rodean, e injustamente contigo ha sido todo lo contrario. Te pondría la excusa del alcohol...

—Y sería un poco vaga, porque imagino que ya sabes el dicho de que «si no sabes beber, no lo hagas» —me interrumpió en mitad de mi discurso.

—Sí, y por eso iba a decirte que te pondría la excusa del alcohol pero no voy a hacerlo. Simplemente no hay ningún motivo que justifique mi actitud, por eso sólo me queda pedirte perdón y esperar que lo aceptes para comenzar de cero o de uno y medio, pero bien —solté del tirón.

Matteo me miró pensativo, meditando si aceptaba o no mi oferta de tregua por una guerra unilateral que había comenzado yo. Pese a parecer un tipo duro, su gesto se suavizó. No tanto como yo habría deseado, pero por lo menos era un comienzo. Tampoco podía pedir más. Si me hubiera mandado a la mierda, lo habría hecho con todo el derecho del mundo.

—Sam siempre habla bien de ti. Asegura que eres una de las mejores personas que lo acompañan en esta nueva etapa de su vida. Tiene buen criterio con la gente...

¿Sam pensaba eso de mí? Como siempre, aun sin saberlo iba a ayudarme.

—También dice que soy un cabezón orgulloso y que eso nunca va a cambiar. —Hizo una pausa—. Pues bien, ya es hora de que le demuestre que a veces se equivoca. —Sus ojos volvieron a fijar su atención en mí, y noté cómo ascendía una ola de calor por mi cuerpo—. Espero que conocerte una segunda vez sea más interesante que la primera, porque te aseguro que, si no es así, no tendremos la posibilidad de investigar cómo funcionaría una tercera. Las personas pueden modificar un poco su esencia, pero no cambiarla por completo.

—Muchas gracias —sonreí feliz de que todo se hubiera solucionado de una forma tan madura y rápida.

Sus ojos se tornaron del azul del cielo de una tarde de primavera.

—Imagino que debemos comenzar con una de las típicas conversaciones que sirven para romper el hielo, ¿no? ¿Qué te parece la casa de Sam?

—Extraña, moderna y clásica a la vez. Como si vivieran aquí dos personas con gustos diferentes —afirmé—. De hecho, creía que era tuya y no de Sam.

—Tal vez mi nombre aparezca en las escrituras, pero es su hogar. Yo

sólo estoy de paso —explicó.

—¿Y dónde vives? —pregunté curiosa.

—No tengo una residencia establecida —fue su escueta respuesta. No dio más datos.

—¿A cuál de los dos le gusta la fotografía? —traté de cambiar de tema—. Mientras esperaba he estado ojeando las imágenes del despacho...

—Tanto como a ti, a ninguno —me sorprendió que recordara nuestra conversación—, pero, como me dijiste, ambos «capturamos» momentos de nuestras vidas. A Sam le gusta dejar constancia de todos los instantes que han ido componiendo su vida: viajes, graduaciones y días con los amigos. Por el contrario, yo recojo sensaciones que no comparto con nadie más.

—¿Y cómo se hace eso?

—Son fotos que no tienen sentido para aquellos que no han vivido esa situación. Por ejemplo, ¿has visto la que sale completamente en negro? —Asentí—. Seguramente habrás pensado, como el resto del mundo, que se me veló el carrete o que fue un error. Yo, por el contrario, veo el día más feliz de mi vida hasta el momento. Cuando estaba experimentando ese sentimiento de felicidad absoluta, cerré los ojos para que la imagen quedara guardada en mi retina y nunca pudiera olvidarla. Apreté tanto los párpados que todo se tornó negro, y entonces lo supe. Tenía que retratar ese tono oscuro que me devolvería al segundo exacto en el que supe que hay veces en la vida que, si te lo propones, puedes llegar a rozar el cielo. —Sonrió.

—Es bonito y poético. Creo que voy a robarte la idea —bromeé.

—Y, por lo que veo, no va a ser lo único que me robes —dijo.

Me observó fijamente, con ese azul acariciando mi piel, y me puse nerviosa, como si su mirada fuera capaz de rozar mi cuerpo de una manera deliciosa. Comenzaba a pensar que estaba coqueteando conmigo a través de frases con doble sentido cuando señaló mi mano. Todavía tenía la novela *Bombas a la luz de las velas*.

—Tranquilo, la cleptomanía aún no figura en mi lista de vicios reconocidos —bromeé.

Lo deposité encima de la mesa.

—¿Te gustan los libros de Christopher?

—¿Que si me gustan? ¡Me encantan! Es mi autor favorito. No puedo contar con los dedos de las manos y los de los pies la cantidad de veces

que he leído *Bombas a la luz de las velas*. Es algo superior a mí. ¡Ojalá el autor se dejara de tanto misterio y saliera a la luz para que pudiera agradecerle todo lo que me ha hecho sentir!

Nadie conocía a Christopher W. F., era imposible encontrar información acerca de su vida. Ni tan siquiera algo tan insignificante como su edad. Cuando descubrí su obra, me pasé meses obsesionada tratando de localizar al dueño de una pluma tan excelente para conocerlo, pero no fui capaz. Sus textos me habían hecho sentir tanto que a veces tenía la sensación de que lo conocía y lo quería, de que era el hombre perfecto, esa alma gemela que me estaba esperando. Una absoluta gilipollez. Lo sé.

—¿Qué te ha hecho sentir?

—Demasiadas cosas. Gracias a sus relatos he vivido aventuras, me he enamorado, he reído, he llorado... Además, en cierta manera, su sensibilidad me inspiró a la hora de decidirme a escribir mis propias historias.

—Un desconocido al que aprecias sin conocerlo después de leer sus páginas. Interesante...

—Crearás que estoy loca...

—En absoluto. —Hizo una pausa mientras meditaba algo. Debía de ser importante, puesto que fruncía el ceño y apretaba los puños debatiéndose—. Imagino que sería un buen comienzo de esta segunda etapa ayudarte a cumplir uno de tus sueños, ¿no?

—¿A qué te refieres? —pregunté curiosa.

—Se podría decir que Christopher y yo somos amigos desde siempre. Si le explico lo que sus libros han supuesto para ti, no me costaría ningún esfuerzo convencerlo para que te conociera en persona.

—¡¡¿¿Cómo??!! —exclamé a punto de ponerme a saltar y correr para abrazarlo como si fuera un oso amoroso. Ni siquiera me planteé que podía ser mentira. Confiaba en la palabra de Matteo—. ¿Es de aquí? ¿Está en España? ¿Cuántos años tiene? —comencé a disparar preguntas.

—Son demasiadas cuestiones. Creo que será mejor que se las dirijas a él en persona el día apropiado. Seguro que estará encantado de saciar tu curiosidad.

—De verdad, no sé cómo voy a poder agradecerte esto —dije, porque tenía la absoluta certeza de que Matteo iba a conseguirlo, aunque no sabía cómo, cuándo ni dónde.

—No hace falta que lo hagas. Me gusta pensar que en esta ocasión seremos como un tándem. Tú empleas tu tiempo en buscar sueños y yo me encargo de intentar que se hagan realidad, Bianca. —Su voz, sus ojos y su mensaje me traspasaron y calaron en mi interior irremediablemente.

CAPÍTULO 16

Ese jueves de la «generación de los Mosqueperros», la decisión sobre el establecimiento donde celebraríamos nuestro particular y habitual encuentro semanal había sido mía. En realidad, había tardado hasta que había encontrado el sitio perfecto indagando por la red. Después de tanto tiempo yendo a los bares más originales de Madrid semana tras semana, ya quedaban pocos que pudieran sorprendernos de un modo que no fuera porque dejaran nuestras cuentas de ahorro temblando.

Me decanté por una opción un tanto diferente. Mientras buscaba en páginas web y aplicaciones del móvil sólo tenía una condición: me apetecía que fuera un lugar al aire libre. Ya estaba suficientemente encerrada en el rodaje interior de *En el baúl de los recuerdos*. Aunque las horas pasaban rápidas, tal y como ocurre cuando estás haciendo algo que te gusta y disfrutas, necesitaba que me diera el aire en la cara y el sol veraniego me tostara la piel para no seguir estando más pálida que un fantasma.

Al final encontré el sitio elegido en el *timeline* de mi Facebook. Un antiguo compañero de universidad había compartido un enlace con unos ciclos de cine al aire libre que se celebraban en los Jardines Sabatini de Madrid. Sin leer las películas que proyectaban, ya me parecía el plan perfecto. Le di a «Me gusta» y le robé la idea.

Lo único malo es que el pobre Javier fue el que finalmente tuvo que pringar haciendo la tortilla, el pisto con pollo y los sándwiches de jamón y vegetales después de que, como casi todos los días, el horario del rodaje no se cumplió y yo tuve que quedarme el par de horas que había reservado para ejercer de cocinera.

—Estas cosas se avisan —fue el recibimiento de mi compañero sosteniendo la cesta donde lo había guardado todo.

—Me lo han dicho a última hora y no podía marcharme —expliqué un poco cansada por la larga jornada laboral.

Ese día había salido de mi casa a las cinco de la madrugada y no había descansado hasta bien entrada la tarde. Creo que la primera vez que

me había sentado había sido a las tres, y me temblaban un poco las piernas. Pues bien, el ritmo de trabajo no había descendido, y a esas horas parecía una zombi a la que le pesaban hasta los párpados.

—¡Si no lo digo por cocinar! Sabes que a mí me encanta, y así me entretengo durante mis largas vacaciones de profesor... —replicó Javier sacándome la lengua tratando de darme envidia—. Lo que pasa es que no he podido ser creativo, ni comprar ingredientes...

—Cualquier cosa que hayas hecho nos vale —sonreí agradecida.

—Pero un chef como yo no puede sentirse satisfecho con un trabajo tan pobre. Tendré que cocinar un buen cordero al curri este fin de semana para que olvidéis el desastre de esta tarde —sentenció, y yo asentí alegre. Nadie preparaba un cordero tan rico como mi compañero.

Javier llevaba su afición por la cocina al extremo. Salir con él a hacer la compra era una tortura que sorteábamos entre el resto de los habitantes de nuestro pequeño piso. Ya no sólo porque nos hiciera buscar alimentos e ingredientes que ni siquiera sabíamos que existían, sino por la vergüenza ajena que provocaba ir a su lado en cualquier supermercado.

¿Por qué? Porque, aunque resulte difícil de creer, hablaba con las frutas, las verduras y las hortalizas. Normalmente la gente las palpa para saber si están frescas, maduras o ya se han pasado. Pues bien, Javier se las colocaba junto a la oreja y empezaba a susurrarles cosas. Aseguraba que el sonido de su voz rebotando contra los alimentos le decía si eran las adecuadas o no. Al principio pensé que me estaba tomando el pelo, hasta que comprobé que, día tras día, cuando bajábamos al mercado repetía su ritual.

Por supuesto, la gente lo miraba con cara de «este chico necesita un loquero inmediatamente», pero él no se daba cuenta. Se evadía de la realidad en un universo en el que Javier sólo veía una combinación de diferentes sabores que, mezclados, darían lugar a la receta perfecta.

Y lo conseguía. Tenía una mano para la cocina que hacía que saboreases hasta el bocado más pequeño. Además, cuando guisaba para nosotros, los platos casi siempre eran diferentes y únicos. Gracias a mi convivencia con él podía afirmar con la boca grande que comer era uno de los mayores placeres del mundo.

Por supuesto, imaginaba que, para él, preparar una simple tortilla de patatas, pisto y unos sándwiches no tenía mucho misterio, como si se tratara de una cena bastante simple. Pero eso era exactamente lo que a mí

me apetecía: un pícnic en mitad de un jardín bebiendo sangría y picando de los diferentes y tradicionales platos.

Para poder beber todos y solidarizarnos con la fobia de Lucía a los coches, fuimos los cuatro en transporte público. Sabíamos que algún día tendríamos que ayudar de alguna manera a nuestra amiga a enfrentarse a su miedo a ellos, pero lo estábamos posponiendo todo lo posible.

—¿Qué películas me has dicho que echaban? —me preguntó Lucía, que estaba casi más emocionada que yo por la elección.

Los planes sencillos eran sus favoritos. Disfrutaba de las pequeñas cosas, y creo que ése era el detalle por el que siempre parecía tan feliz. La mayoría de las personas que me rodeaban siempre querían más y más, y eso acababa amargándolos. Lucía se conformaba con lo que tenía, con un estilo de vida en el que cada día era un regalo simplemente por vivirlo. Tal vez ése fuera el motivo por el que la gente recargaba energías cuando estaba a su lado.

—No me acuerdo... Creo que era una de amor, una de risa y una de misterio.

—¡Menuda organizadora de planes! —se quejó bromeando—. Tiene al pobre Javier de esclavo para que haga la cena, no sabe qué vamos a ver...

—Cada día son diferentes, y me he leído el programa entero... —justifiqué riendo—. Además, ¿acaso crees que vamos a ver realmente alguna?

—¡Claro que no! Mi intención es sentarnos en la última fila como los malotes del instituto y estar hablando todo el rato como si la película fuera una bonita banda sonora hasta que el resto del público se quejé y nos echen del parque —contestó cruzándose de brazos.

No sabía si lo había dicho en serio o no.

—Quizá podríamos ser cívicos por una vez —repuse—. Cenar y tomar la sangría y el tinto de verano antes de que empiecen las películas —miré el reloj—, que, por lo que veo, aún queda casi una hora, y luego disfrutar del cine con algunos susurros bajitos para que el resto del mundo no nos odie.

—Creo que la opción que elijamos dependerá directamente de esto... —intervino Pascual, levantando la bolsa que contenía las botellas y que él cargaba porque era claramente el más fuerte.

Creía que, llegando tan pronto, estaríamos solos para elegir el sitio que más se adecuara a nuestras necesidades, pero estaba muy equivocada. Parecía que las pocas familias que no se habían ido de vacaciones a los pueblos o a la playa habían decidido ir a los Jardines Sabatini. Por este motivo, nos estaba costando encontrar un hueco en el césped que no estuviera desgastado por las múltiples pisadas lo suficientemente grande para poder sentarnos los cuatro.

Como los árboles del espacio no eran muy altos ni sus copas excesivamente frondosas, habían decidido colocar la pantalla en una especie de escenario portátil que habían montado y que se superponía al grandioso Palacio Real, que sobresalía por detrás. Conforme anocheciera, encenderían las luces de la enorme construcción y eso nos dejaría unas vistas hermosas de la capital que tanto me gustaba.

—Llevamos media hora buscando. Creo que este lugar es como cualquier otro. Perfecto para nuestra cita —exclamó Javier, a quien le agobiaban un poco las aglomeraciones de gente y estaba seguro de que el jardín iba a convertirse exactamente en eso.

No nos había dado tiempo a contestar cuando sacó el mantel y lo extendió en el suelo para sentarse cómodamente encima, zanjando así cualquier posible discusión.

—No recordaba que tuviéramos un mantel de cuadros rojos... —medité mientras lo imitaba. Estaba tan agotada que lo único que quería era dejarme caer sin importarme el sitio.

—Y no lo teníamos.

—¿No me digas que lo has comprado sólo para hoy? —Pascual preguntó en voz alta lo que los otros tres estábamos pensando.

—Sí —dijo Javier. Pascual, Lucía y yo pusimos los ojos en blanco a la vez—. ¡No hagáis eso! Y menos tú, Bianca. ¿Cómo demonios íbamos a hacer un picnic sin el mantel de cuadros y la cesta de mimbre?

—Déjame adivinar..., la cesta también es una nueva adquisición, ¿no?

—¡Por supuesto! —exclamó como si no comprendiera cómo podía dudarle siquiera.

«Comprador compulsivo», oí que susurraba Lucía al cuello de su camisa. Con ideologías tan diferentes, sus choques habían sido constantes, hasta que decidieron aceptarse tal y como eran sin juzgar al otro. Habían llegado a la conclusión de que existían temas de los que nunca podrían

hablar ni estar de acuerdo y, para evitar discusiones, se callaban cuando preveían que eso podía suceder. No obstante, eso no evitaba alguna pullita de vez en cuando, como el calificativo de esa tarde.

Javier y Pascual empezaron a sacar todo lo que había en el interior de la cesta para colocarlo sobre el mantel, dando una estampa propia de «La tribu de los Brady». El profesor se encargaba de la comida, que disponía con mimo y cuidado, y Pascual de los vasos de plástico, el hielo y la bebida.

—¿Qué os apetece? —ofreció.

—¡Tinto! —exclamamos a la vez Lucía y yo, que éramos aficionadas al tinto de verano con limón durante toda la temporada de altas temperaturas en Madrid.

Nos sirvió.

—¿No estaría mucho mejor acompañándolo con un trozo de tortilla medio cuajada?

—Llevas razón.

Fui a coger del plato más cercano, pero Javier se movió rápido y me puso delante otro trozo con un tono que no era amarillento.

Había estado investigando. Lo sabía. A saber cuál era el ingrediente con el que había innovado.

Cogí un taco. Javier me vigilaba expectante para saber si su nueva receta triunfaba o fracasaba. Antes de introducirlo en la boca, el olfato me había dado una pista acerca de qué se trataba: llevaba una mezcla de quesos. Así pues, no me extrañaba que me lo hubiera dado para que fuera yo quien lo probara. Cabrales, emmental y cheddar eran tres de las cosas que podía comerme en cualquier plato.

—Está riquísima —le dije pinchando otro taco de tortilla y comiéndomelo del tirón.

—He hecho varias capas y cada una tiene una loncha diferente, y por encima he rallado un poco de cabrales porque sé que te encanta —sonrió satisfecho.

—No podías conformarte con hacer una con cebolla y otra sin, ¿verdad? —preguntó Pascual, que había ido directo a comer de la tortilla normal.

—Parece mentira que no me conozcas. Yo no cambio como otros...

Ahí estaba la primera referencia a las dudas de Pascual con Azucena.

—¡Ronda de novedades y confesiones! —anuncié para que no se

pusieran a debatir sobre su sexualidad como todos los días desde que Pascual le había confesado sus sentimientos. Parecía que Javier disfrutaba sacándolo de quicio con ese tema—. Lucía, tú primera. —Me creí con el derecho a decidir, ya que el plan era mi idea.

—La verdad es que no tengo ninguna novedad importante en el ámbito laboral, pero sí en el personal. —Se sirvió su segundo vaso de tinto dejándonos unos minutos con la intriga.

—¿Has conocido a alguien? —rompí el silencio.

—No —negó, pero las mejillas se le tiñeron de un tono rojizo—. Es algo más interesante, trascendental y significativo que un hombre. ¿Preparados? —Hizo un redoble con las manos—. Creo que quiero establecerme en ese despacho que llevo usando como habitación desde hace muchos meses y fijar mi residencia en Madrid.

Nos quedamos mudos. Su esencia siempre había sido nómada, como una pluma que se deja guiar por el viento y va hacia donde éste decida. Desde que tenía memoria, Lucía odiaba las ataduras, por lo que esa decisión era muy importante.

—¿De verdad no has conocido a nadie? —repetí. De otra manera, no entendía el motivo.

—¡Ya te he dicho que no! Además, sólo voy a probar a estar quieta en algún lado durante una temporada... Si luego veo que no lo soporto, siempre puedo coger mi mochila y marcharme con *Patitas* —dijo agobiada al ver nuestra reacción.

—¿*Patitas*? —pregunté. Los dos chicos seguían en estado de shock. Nuestra aventurera iba a formalizarse.

—Sí, es el primer indicio de querer formar un hogar. —Sonrió satisfecha recogiendo la melena pelirroja en una coleta. Siempre que se ponía nerviosa tendía a toquetearse el pelo.

—¿Y quién o qué es? —insistí.

—Un perro. El otro día me encontré a una antigua amiga. La pobre se casó a los veinte años e iba con su primer hijo...

—No te compadezcas de ella porque le guste otro tipo de vida. Lo importante es que sea feliz. —A veces Lucía tendía a juzgar a las personas con una existencia más clásica.

—¡Opino exactamente igual que tú! Si no tuvieras la mala costumbre de cortar a la gente y me hubieras dejado terminar, te habrías enterado de que lo decía porque su marido la estaba engañando con una amiga y

acababa de divorciarse. Nos tomamos algo y me ofrecí a llevarle el caso.

—Cómo no... —apostilló Javier, y Lucía lo fulminó con la mirada.

—La cuestión es que el desgraciado había puesto el piso a nombre de la amante antes de separarse y la ha dejado en la calle.

—Pobrecilla, si quieres que venga a casa, seguro que nos las podremos apañar de alguna manera —me ofrecí de corazón. A veces había historias ante las que no podías quedarte de brazos cruzados y mirar hacia otro lado como si el asunto no fuera contigo.

—Tranquila, vuelve con su madre. Pero ahí está el problema: la mujer es alérgica a los perros. —Hizo una pausa y sacó la cartera—. *Patitas* es el cachorro de *Luna*, la Yorkshire que tenía el matrimonio. Nació con un defecto en una pata y sin un ojo —nos explicó antes de tendernos una foto para que lo viéramos—, por eso él no lo quiso. Y mi amiga no quería dejarlo en la perrera porque le daba pena abandonarlo tan pequeño e indefenso con su problema..., así que me lo quedo yo.

—¿Qué dices? —preguntó Javier sonriente. Él siempre había querido un perro en casa, aunque con lo maniático de la limpieza que era, no sabía cómo llevaría que se llenara todo de pelos.

—¡Sí! Va a ser el primer ser vivo del que me haga cargo. Ya veréis lo salado que es cuando anda dando saltitos. —Lucía recogió la foto—. Y, por mi parte, ya he terminado.

—Creo que este tema lo retomaremos más adelante —aclaré.

Aunque me encantaban los animales, creía que teníamos que establecer ciertas normas antes de lanzarnos a la piscina, como, por ejemplo, quién iba a sacarlo, dónde lo íbamos a tener y muchísimos detalles más. Un perro no era un juguete y, ya que nos íbamos a hacer cargo de él, teníamos que hacerlo bien.

—¡Javier, es tu turno! —dije a continuación.

—¿Yo? Poco puedo contarte. Estoy disfrutando de mi separación de los adolescentes hormonados con un modelo que va a hacer una campaña de perfumes, ¿se le puede pedir algo más a la vida? ¡Hoy me salto hasta la dieta!

Sacó el pisto del bol y se sirvió en el plato de plástico para mojar con el pan.

—¿Nada más? —pregunté.

—Si quieres me invento una historia interesante, pero la verdad es que no...

—¿Tú? ¿Inventarte historias? ¡Imposible, señor Productor! —
contraatacó Pascual.

—Ya fue a hablar el heterosexual renacido.

—¡Turno de Pascual! —anuncié—. ¿Qué tal con Azucena?

—Lento pero bien. Ahora está de vacaciones en su pueblo. Vuelve dentro de quince días y hemos decidido salir a cenar por ahí el día de su regreso. Tengo en mente besarla. El tiempo pasa y quiero comprobar si siento algo o no...

—Haces bien. Pero no vayas con prejuicios o predispuesto a nada. Deja que todo fluya y decide con el corazón, las sensaciones y los sentimientos —le aconsejó Lucía.

—Lo haré —sonrió él—. Además, tengo otra buena noticia que creo que se va a llevar el brindis de esta semana.

Nos sirvió más tinto.

—Me han aceptado como profesor adjunto en la Universidad Politécnica de Madrid.

—¿Y eso? ¿En qué asignatura? Ni siquiera sabía que optabas al puesto —le dije.

—No lo había dicho por si luego no salía. Cuento mis sueños cuando ya se han hecho realidad. Siempre me ha gustado la enseñanza, y la universidad me permite compaginar mi trabajo en la Agencia Espacial Europea con esto. La asignatura no es de las más importantes..., estadística.

—¡Enhorabuena! —gritamos los tres a la vez, y el resto de la gente nos miró.

—¡Y bienvenido al infierno de los profesores! Ahora podremos quejarnos juntos —añadió Pascual guiñándole un ojo.

Brindamos.

—Creo que es su turno, señorita Bianca —me dijo Lucía.

—Mi vida es muy poco interesante. Todas las semanas os cuento lo mismo: trabajo, trabajo y más trabajo. Madrugar, ir al rodaje, andar todo el día estresada de un lado para otro y volver a casa, ¿no os suena a lo que os dije el jueves pasado exactamente?

—Sí, y casi haces que nos durmamos —bromeó Javier—. ¿Por qué no nos cuentas lo que estamos deseando saber?

—¿Y eso qué es?

—Si hay tensión sexual con Sam, cuándo te vas a declarar... —Javier siempre preguntaba lo mismo.

—... ¡Si has vuelto a ver al hombretón de Matteo! —añadió Pascual.

Desde que ese hombre misterioso con los ojos azules más profundos que había visto en mi vida había pasado la noche de mi borrachera monumental en el sofá de nuestro piso, Pascual siempre me preguntaba lo mismo.

—Con respecto a Sam, ya os he dicho que se lo diré todo cuando no seamos compañeros de trabajo y eso no pueda afectar a nuestra vida laboral —contesté cansada la misma respuesta de siempre—. Y no, no he visto a Matteo; si lo hubiera hecho, ya tendrías tu foto.

Hacia unos días Pascual había limpiado los cristales de toda la casa aun correspondiéndome a mí, cuando era la tarea que más odiaba, con la condición de que le consiguiera una fotografía de Matteo. Acepté sin mencionarle el pequeño detalle de que era misión imposible: a él no le gustaba aparecer en las fotos.

Mi móvil comenzó a sonar en el bolso. Vacié todo el contenido sobre el mantel y lo encontré. Era del trabajo. Aunque prácticamente era de noche, no me extrañó, puesto que daba la sensación de que en el contrato que había firmado había una cláusula que no había leído y por la que debía estar disponible las veinticuatro horas del día.

Lucía me miró fijamente.

—No lo cojas. No tienen derecho a molestarte en tu tiempo libre —sentenció.

—¡Es de la oficina! —exclamé sintiéndome mal por no contestar.

—Y tú estás disfrutando con tus amigos. ¡No actúes como una esclava! —me regañó, y le hice caso.

Al instante sonó un mensaje. Era de la secretaria de mi jefe.

—Leerlo sí que puedo, ¿no? —le pedí permiso mientras lo abría.

Debí de quedarme blanca cuando leí su contenido, puesto que mis amigos me miraron preocupados.

—¿Te pasa algo? ¿Hay algún problema? —me preguntó Lucía acercándose alarmada.

—No lo sé —logré decir—. Sólo pone que Logan quiere verme mañana en su despacho a primera hora y que es muy urgente.

—¿Por qué crees que es? —Mi amiga me abrazó para que entrara en calor; de repente, me había quedado helada.

¿Serían malas noticias? ¿Habrían suspendido la producción?

—No lo sé. —Me estrujé la cabeza intentando encontrar el motivo.

—Entonces ¿por qué tienes miedo?

—Porque la última vez que recibí un mensaje similar me despidieron.

Siempre he tenido la mala costumbre de ponerme nerviosa cuando alguien me citaba para mantener una conversación y desconocía el motivo. Algo así como si mi seguridad se desmoronara si no estaba al tanto de todos los datos y podía preparar previamente los argumentos de la reunión.

Durante la noche anterior, que se me había hecho eterna porque no había podido pegar ojo rodando como una croqueta de un lado a otro de la cama, había tenido tiempo de sobra para tratar de adivinar a qué venía ese mensaje tan poco aclarativo. Medité las posibilidades. Si fuera por algún tema del rodaje, Logan me lo habría dicho durante mi jornada laboral y, si por el contrario, se trataba de algún fallo de última hora en el guion, me habría ordenado acudir en ese mismo instante sin esperar ni un minuto más.

Por algún extraño motivo, mis últimas experiencias laborales me habían convertido en una persona que desconfiaba de cualquiera de sus jefes y nunca se sentía segura en su puesto. Es decir, Logan había apostado por mí y me había tratado perfectamente desde el día que me conoció y comenzamos el proyecto juntos. Es más, me transmitía la sensación de que confiaba en mí plenamente, dejándome intervenir en funciones que no me correspondían al carecer de experiencia previa.

Si yo no había hecho nada y él siempre me había demostrado ser un excelente superior, lo más normal habría sido no preocuparse, ya que no iba a ponerme de patitas en la calle sin motivo.

Sin embargo, me había acostumbrado a desconfiar de todo cuanto concerniera al mundo laboral. Como becaria en diferentes medios y productoras, habían abusado de mi buena fe y me habían ofrecido contratos que luego nunca llegaban. Después, en mi etapa de prácticas, no habían dudado en despedirme a través de un email. Y como esos detalles existían muchos más. Por eso sentía un nudo en el estómago por la preocupación.

Por lo menos me había servido para poner orden en mi habitación, salir a correr expulsando toda la adrenalina y tomar un buen desayuno que me impidiera desmayarme en el caso de que finalmente a partir de ese día

estuviera fuera de Chance Productions.

Tal vez todo tenía sentido. Yo había hecho un guion. Ellos ya me habían pagado por ello. Y desde entonces me dedicaba a ayudar en tareas para las que no estaba especializada. En ese caso, puede que lo único que mi jefe quisiera decirme es que me pusiera manos a la obra con un nuevo guion, ya que ése era mi cometido y no el de colocar extras, hacer castings o ayudar con el decorado.

Suspiré. Ojalá se tratara de eso porque, sinceramente, era la primera vez que me gustaba de verdad mi trabajo y me sentía realizada.

Como todos los estudiantes, cuando salí de la universidad tenía mi profesión idealizada e imaginaba un mundo que no se correspondía con la realidad. Todo era mucho más emocionante e interesante en mi cabeza que lo que hacía en las diferentes oficinas.

Al igual que les ocurrió a muchos de mis amigos, me di cuenta de que lo que había estado soñando no existía, y me desmoroné sabiendo que esas fantasías que había visto tan nítidas durante mis sueños nunca iban a hacerse realidad.

Pero ahora sabía que estaba equivocada. El trabajo ideal y perfecto sí que existía, si no se tiraba la toalla antes de encontrarlo. Al igual que decían que todos teníamos un alma gemela que encajaba a la perfección con nosotros, yo pensaba que existía ese puesto al que acudes cada mañana sin que te suponga una obligación con la misma ilusión que cuando llega la hora de salir el día que comienzas tus vacaciones. Un trabajo que te complementa.

El tiempo siempre ha sido algo que he valorado mucho. Por este motivo, quería emplearlo en algo que me hiciera feliz y no me amargara, como les ocurría a antiguas compañeras cuyas únicas conversaciones giraban en torno a todas las facetas negativas de su profesión y, una vez llegaban a casa, transmitían ese sentimiento de insatisfechas pagándolo con quien menos culpa tenía. En ese tipo de casos, la confianza era un asco.

Me adelanté a la hora de llegada habitual de Logan y me senté inquieta al otro lado de la mesa de su despacho. Parecía que las manecillas de mi reloj de pulsera se desplazaban más lentas que de costumbre, con una espera que se me estaba antojando eterna.

Cuando me ponía nerviosa solía tener más frío. Algo así como si mi temperatura corporal descendiera con el estrés. Para que no me viera

temblando, me puse una chaquetilla de lana rosa palo por encima del vestido de tirantes que llevaba.

La puerta se abrió a mis espaldas.

—Has llegado muy pronto —me saludó Logan. Traté de descifrar el tono que había empleado en sus cuatro palabras, pero había sido tan neutro que no lo logré.

—Sí, como dijiste que era urgente..., pensé que era mejor venir lo antes posible.

—Bien, bien..., sólo espero que hayas desayunado algo. —Tomó asiento—. Si no, puedo pedir que te traigan un café y una pulguita de la cafetería —ofreció.

—Estoy bien, gracias. —Tenía la tripa encogida, pero no era exactamente por hambre.

—Perfecto. Así podemos comenzar con el motivo que nos ha traído aquí —sentenció, y se puso serio—. Siempre me ha gustado que mis empleados tengan iniciativa e investiguen nuevos proyectos. Creo que la inquietud profesional es una característica que debe ser innata en cualquier creativo o persona con ánimo de prosperar. —Me sonrió y yo lo imité más confusa que cuando había llegado, ya que no tenía ni la más remota idea de a qué se refería—. Sin embargo, ¿cómo te has arriesgado a llevar a cabo esas negociaciones tú sola? —Se bajó las gafas para mirarme fijamente mientras se acariciaba la barba—. Y sin decirme nada, sin nadie que te asesore...

«¿Perdón?» ¿Negociaciones arriesgadas que requerían la intervención de un asesor? La cabeza me daba vueltas intentando comprender si era una broma o de verdad estaba hablando de una especie de proyecto que yo debía de haber comenzado sin enterarme. De ser así, tendría que ir al psicólogo y que me recetara algo para mi doble personalidad. Una personalidad de la que no tenía constancia y que acababa de putearme con el jefe sin que yo lo supiera. ¿Cómo iba a pedir perdón sin saber el motivo?

Me disponía a ser sincera y exponerle que no sabía de qué estaba hablando cuando me mandó callar con un gesto.

—Sin embargo, gracias a tu mala cabeza...

—Perdón, pero yo... —dije para dejarle claro que no había hecho nada, que se habrían equivocado de persona.

—... posiblemente acabemos de conseguir el mejor contrato de

Chance Productions. —Me interrumpió, y Logan sacó un pañuelo para limpiarse unas lágrimas que le asomaban por debajo de las lentes—. Ni en mis mejores sueños podría haber pensado que algo así sucedería. Nunca tendré palabras para agradecerte el empujón que acabas de darnos. Sé que no es ético, pero deja que te dé un abrazo de agradecimiento.

Asentí paralizada por la situación y Logan se desplazó para darme un abrazo mientras me daba las gracias una y otra vez.

«¿El mejor contrato? ¿Logan llorando y abrazándome para agradecer unas negociaciones que claramente yo no he llevado a cabo?», me preguntaba. Ahora que sabía que la reunión no era para despedirme ni para nada negativo, estaba más alterada todavía. Pensaba que después de hablar con Logan comprendería el motivo de nuestra cita, pero estaba equivocada.

Yo no había hablado con nadie sobre ningún proyecto. Ésa era la única verdad y debía decírselo a mi jefe antes de que la farsa llegara más lejos.

—Logan... —comencé, y nos separamos.

—¿Cómo lo lograste? —me preguntó emocionado.

—La cuestión es que yo no he conseguido nada —sentenció.

—¿Nada? —me preguntó sorprendido—. ¡Qué modesta eres! Ya me dijo el señor Matteo que no reconocerías tu valiosa aportación.

«¿Matteo? ¿Qué pinta él en esta conversación?»

—¿Has hablado con Matteo Williams? —Mencioné su apellido por si se trataba de otra persona, aunque dudaba de la casualidad, y más con un nombre que no era tan común.

—¡Obviamente!

«Como me hayas metido en algún lío con mi jefe, te voy a matar torturándote lentamente, Matteo», lo amenacé mentalmente mientras la rabia ascendía por mi cuerpo. Si se disponía a hablar con Logan de mí debería haber tenido la consideración de contarme el motivo y saber si yo aceptaba o no. Por lo menos era algo bueno, o eso parecía por la reacción emotiva del productor. Me quedé en silencio a la espera de que me diera algún dato más que pudiera servirme para salir al paso.

—El otro día me llamó para darme la noticia. Por supuesto, al principio no lo creí y pensé que se trataba de una broma de mal gusto. Pero por la tarde me telefonearon de la editorial para confirmármelo y caí de culo al sofá. —Se tiró de nuevo a su silla imitando el gesto—. ¿Cómo

no iba a hacerlo? El sueño de todo productor es adaptar una de las novelas de Christopher W. F., y nosotros lo hemos logrado.

¿Íbamos a adaptar una novela de Christopher W. F.? ¿Mi escritor favorito? ¿Ese hombre cuya pluma me había enamorado? ¿El misterioso Christopher, que nadie había visto nunca y se había negado a vender sus derechos de autor a las grandes productoras como Warner, Fox y Disney?

En esos momentos era yo la que no me tenía en pie por la revelación y empecé marearme. Todo se desdibujaba a mi alrededor, y sentí la necesidad de sujetarme en el respaldo de la silla. Me daba un infarto, o eso o explotaba y me ponía a gritar como una desequilibrada.

—¿Te encuentras bien, Bianca? —preguntó Logan visiblemente preocupado acudiendo a mi lado.

—No —dije en un hilo de voz—. Creo que es mejor que me siente.

Logan me ayudó, y yo noté cómo el despacho seguía dando vueltas. No podía describir el sentimiento. Era imposible transmitir con palabras cómo me sentía mientras me daba cuenta de todo lo que significaba la noticia que acababan de darme.

—Aún no te has hecho a la idea, ¿verdad? —preguntó cariñosamente mi jefe mientras me traía una botella de agua fresca de la nevera que tenía en el despacho.

—No... —balbuceé sin mencionar el pequeño gran detalle de que yo acababa de enterarme en ese mismo momento.

—Matteo ya me advirtió que tal vez podías tomártelo así.

¿Así que Matteo sabía que iba a enterarme en esa reunión? ¿Y por qué no me lo había dicho él directamente? Tal vez le parecía divertido u original, pero no estaba siendo ninguna de las dos cosas. Al revés, me encontraba al borde del colapso de información.

—Dijo que aún no te habías hecho a la idea y que menospreciabas la importancia que habías tenido en esta decisión. «Sin sus palabras sobre *Bombas a la luz de las velas*, el autor nunca habría aceptado», me aseguró.

¿Mis palabras? Recordé que le había hablado de mi libro favorito cuando lo encontré en su escritorio. Pero estaba convencida de que mis halagos no habían sido nada diferente de lo que el autor debía de estar acostumbrado a encontrar, escuchar o leer en internet. La crítica era unánime con él. Nadie tenía una mala palabra contra su obra.

Además, estaba segura de que, durante mi conversación con Matteo, en ningún momento habíamos barajado la posibilidad de adaptar una de

las novelas de Christopher W. F. No por falta de ganas, sino más que nada porque lo veía como algo imposible. Yo era muy pequeñita e insignificante para hacerle una propuesta a alguien como él.

—Por eso la urgencia de esta reunión —prosiguió Logan—. Matteo me explicó que el autor sólo quiere reunirse contigo para llegar a un acuerdo y ultimar algunos términos.

—¿Cuándo? —pregunté, asimilando que iba a conocerlo. Tenía la garganta seca. Cogí la botella y me bebí lo que me quedaba de un trago.

—Mañana por la noche. Nos ha mandado la dirección. —Me tendió una tarjeta y la guardé sin leerla, emocionada y asustada a la vez—. Insistí en acompañarte, pero el escritor no aceptó. Dice que el primer encuentro quiere tenerlo sólo contigo, ya que una de sus condiciones imprescindibles es que tú seas la guionista.

¿Yo? ¿La guionista? Esa película iba a tener repercusión mundial. Los mejores adaptadores de bestsellers llamarían a la puerta de Chance Productions dispuestos a hacer su mejor trabajo cobrando una miseria, gratis incluso si se lo proponían, sólo por aumentar su caché. La prensa al completo analizaría al dedillo cada detalle de la producción y los fans con grandes expectativas criticarían el más mínimo fallo.

—Yo no puedo. No estoy preparada. Es mucha responsabilidad sobre mis espaldas —balbuceé.

—Pues tendrás que hacerlo —ordenó Clarisse, que acababa de entrar sin hacer ruido—. Es la oportunidad de tu vida y de nuestra productora. La opción de negarse no existe.

—Además, ambos confiamos en ti como hicimos con *En el baúl de los recuerdos*. Imaginaba que ya lo sabías, puesto que has llevado a cabo toda la negociación, de lo contrario, te lo habría dicho con más tacto para prepararte para la gran noticia —matizó Logan, regañando a su mujer con la mirada por la crudeza de sus palabras—. En otras circunstancias, con esa cara de shock, te mandarían a tu casa a descansar un día para que pudieras asimilarlo, pero la reunión es mañana y tenemos que prepararla a conciencia... Lo siento.

—Necesito salir un momento a tomar el aire y me pongo a ello —resolví poniéndome de pie—. ¿No tendríais el teléfono de Matteo? Es para llamarlo y darle las gracias —pregunté.

Logan sonrió y me dictó los números, que memoricé en mi móvil con mano temblorosa. Me marché de la sala prometiendo que antes de diez

minutos estaría de regreso. Y pensaba cumplirlo. Sólo necesitaba un poco de aire fresco.

En la puerta, miré a ambos lados para asegurarme de que estaba sola antes de ponerme a gritar y a llorar saltando de alegría.

¡Me había ocurrido a mí! Yo era una de esas personas que componen el 0,00000000001 por ciento de la población y que tienen la oportunidad de cumplir no sólo un sueño, sino ¡dos! Era como si no me pudiera creer que fuera cierto tener tanta suerte en esta vida.

Marqué el número de Matteo. Descolgó a los tres tonos.

—¿Dígame?

—Soy Bianca —me presenté.

—Imagino entonces que ya sabes la noticia... —dijo. Parecía divertido.

Aunque no lo veía, sabía que estaba emocionado en ese momento. Como cuando compras los regalos en Navidades y estás deseando observar la ilusión de tus familiares al verlos más que abrir los tuyos propios.

—¡Gracias! ¡Gracias! ¡Gracias! —exclamé—. No sé por qué lo has hecho, pero de nuevo ¡gracias! ¡Gracias! ¡Gracias!... —No podía parar.

—No es que no disfrute escuchando tus agradecimientos e imaginándote saltando como una niña pequeña, pero no los merezco. Lo que le dije a tu jefe es cierto: tú y tu talento sois la única causa de que Christopher haya aceptado.

—No te quites méritos. Tú has sido el intermediario que has hablado con él. La persona que me ha hecho el favor más importante de mi vida sin que yo le haya pedido nada.

—Un favor no se pide, se hace. Si conoces los deseos de alguien y tienes el poder de convertirlos en realidad, lo haces con la única satisfacción de haberte anticipado a sus mismísimos sueños. —No sabía qué contestar puesto que mi corazón bombeaba con tanta fuerza que me impedía pensar—. No quiero parecer maleducado, pero me has pillado en mitad de una conversación muy densa para mí e importante para el resto, así que, si no tienes nada más que decirme...

—No, sólo quería darte las gracias y decirte que te debo una.

—Retira esa frase: no quiero que me debas nada. Nada de lo que te dé será para obtener algo a cambio.

—Está bien, lo retiro.

—Así me gusta. Nos vemos pronto, Bianca.

—Eso espero, Matteo —contesté con sinceridad.

CAPÍTULO 17

Había tratado de distraerme durante el día en el rodaje de interiores. Dentro de pocas semanas, el equipo al completo se iría a grabar las imágenes fuera y, en esta ocasión, no sabía si podría acompañarlos. Todo dependía de mi actuación esa tarde noche para cerrar el trato con Christopher. Aunque me daba pena no asistir a las últimas pinceladas de *En el baúl de los recuerdos*, me emocionaba la idea de ayudar a llevar a la gran pantalla mi libro favorito, *Bombas a la luz de las velas*, fueran cuales fuesen mis funciones. Al fin y al cabo, desde un principio había sabido que, después de grabar, tendría que ponerme en busca de una nueva idea, ya que en las labores de edición y montaje no podía participar.

Me consolaba con pensar que por lo menos había asistido a los primeros pasos de esa historia, que había creado gracias a la mirada de un desconocido en una fotografía, mientras se convertía en una película en la que más de cincuenta personas estaban poniendo todo su empeño y su dedicación.

Pensaba que con la actividad que se respiraba dentro del set no tendría tiempo para recordar la responsabilidad de esa misma noche, pero me equivocaba. Acababa de llegar al catering y me estaba comiendo una tostada repleta de mantequilla con un poco de mermelada de fresa para que le diera color cuando oí los primeros comentarios.

—¿Has visto hoy Twitter? —le preguntaba una chica de iluminación a otra.

—No, ¿por? —contestó ésta, que parecía aún medio dormida, bostezando.

—Porque aseguran que Christopher W. F. va a vender sus derechos a una productora española.

—¡Bah! No me lo creo. Ya sabes cómo les gusta crear falsos rumores.

En ese mismo instante había dejado de escuchar para encender mi móvil y abrir la aplicación desde mi perfil en la red social. En efecto, *Bombas a la luz de las velas* era *trending topic* mundial. Desconocía cómo

se había filtrado la información, pero muchos de los datos que se proporcionaban eran correctos.

Un periódico alemán señalaba que la productora elegida era española. Otro británico puntualizaba que la guionista sería una mujer joven de unos veintitantos con poca experiencia en el sector. Finalmente, uno estadounidense sentenciaba que hoy era el día en el que se cerrarían las negociaciones si llegaban a buen puerto.

Demasiados aciertos para ser una casualidad. Alguien lo habría filtrado para generar expectación y, sin saberlo, ponerme a mí más nerviosa ante la reunión que me esperaba.

Con esos datos, los usuarios comenzaron a hablar de rumores y a hacer sus apuestas sobre la veracidad o no de los datos, así como acerca de la persona y la productora que lo llevaría a cabo. Sonaban muchos nombres pero, tras repasar una buena lista de comentarios, comprobé que el mío no se encontraba entre ellos. Era alguien desconocido para todo el mundo audiovisual.

¿Estaba preparada para que eso cambiara? ¿Para levantarme al día siguiente y que mi nombre estuviera en todos los medios que se habían hecho eco? ¿Leer como la gente exponía libremente su opinión negativa o positiva sobre mí? ¿Podría soportar el juicio público?

Decidí no dar más vueltas al asunto. No podía obviar que las redes sociales, y en particular Twitter, eran un hervidero de información y opinión que podían hacer circular cualquier dato a lo largo y ancho del mundo. Estaba claro, después de ver la reacción esa mañana, que el tema interesaba a los usuarios, y tenía que asumir que si se firmaba lo haría aún más. No debía sorprenderme, ya que, siendo una de las obras más vendidas a nivel mundial, era normal que desatara un interés desorbitado. Sin embargo, si me comía la cabeza sólo lograría estar intranquila, y eso era lo que menos necesitaba cuando me enfrentaba a la oportunidad de mi carrera.

Por lo demás, el día transcurrió dentro de la normalidad, rodando una sucesión de escenas que me acercaban un poco más a ver mi sueño hecho realidad. A mitad de la tarde, me marché a mi casa y aproveché que estaba sola para arreglarme sin tener que dar explicaciones a mis compañeros. Había decidido no contarles nada hasta que fuera seguro porque tenía la extraña superstición de que, si lo hacía, lo gafaría.

Me decanté por un sencillo vestido negro de tirantes con la espalda al

descubierto, cuya falda me llegaba por encima de las rodillas. No era explosivo ni tenía mucho escote: perfecto para no llamar la atención y transmitir seriedad y elegancia. El pelo me lo recogí en un moño alto para no tener la tentación de jugar con los mechones sueltos si me ponía nerviosa, y apenas usé maquillaje. Antes de salir, me calcé unos zapatos del mismo tono con poco tacón para no perder el equilibrio y cogí un bolso de mano, una de esas miniaturas que comprábamos las mujeres para bodas, bautizos y comuniones (poco útiles, porque apenas te alcanzaba para meter en el interior la cartera y el móvil).

También había tenido mi momento «friki» y, tras darle muchas vueltas, había cogido mi ejemplar de *Bombas a la luz de las velas*. Reposaba en la guantera de mi coche a la espera de conocer al autor. Según cómo fuera nuestra conversación, lo sacaría o no para que me lo firmara como la fan histórica que en realidad era.

Porque... ¿cómo sería el verdadero Christopher W. F.?, me pregunté. No tenía ningún dato que me ayudara a imaginarlo. Bien podía ser un hombre de setenta años o un madurito de unos cuarenta o cincuenta. Era imposible suponer un físico o edad por unas palabras escritas en unos cuantos folios.

Aunque, sinceramente, lo que más me preocupaba era cuál sería su personalidad. Podía tratarse de un hombre simpático y amable con el que tratar el tema con normalidad o un señor con la fama subida, excéntrico y con manías de estrella como las que había observado en Miriam, nuestra protagonista.

La única pista que tenía era el lugar donde me había citado. Tras introducir la dirección en el GPS, comprobé que se trataba de un pequeño restaurante al lado del parque de la Casa de Campo. Lo normal habría sido encontrarnos en una oficina, en la editorial o en cualquier espacio que pudiera contener un despacho o una sala de reuniones, pero la estrella había preferido un establecimiento menos formal al aire libre.

Bajé del coche y de nuevo miré mi reloj de pulsera, comprobando satisfecha que había llegado diez minutos antes de la hora acordada. Sorteé a los diferentes grupos de familias que aprovechaban los últimos días de verano para pasarlos con sus hijos merendando al aire libre.

El restaurante no era ostentoso. De hecho, desde fuera parecía bastante pequeño e íntimo. La construcción de la fachada era rústica, con las paredes revestidas de piedra grisácea y un porche de madera. Además,

se podía intuir una terraza trasera repleta de vegetación con vistas al lago, según suponía por su ubicación.

Estaba mirando alrededor, empapándome de la imagen, cuando divisé a Matteo, que estaba sentado en uno de los bancos, mirando fijamente a los jóvenes que disfrutaban de un viaje en barca y a los abuelos que llevaban a sus nietos de la mano para echar pan a los patos y a las carpas que saltaban desde las profundidades para atrapar las migajas al vuelo.

No sabía que él iba a estar presente también, pero tampoco me extrañó ni me molestó, puesto que él había sido el verdadero artífice de todo el trabajo. Es más, me sentía agradecida por su presencia, ya que tener a alguien conocido a mi lado me ayudaría a aumentar la confianza en mí misma, como una especie de apoyo.

Avancé hacia su posición y, por primera vez, fui yo la que lo sorprendió al llegar sin hacer ruido, sigilosa a pesar del sonido de mis tacones al impactar contra el suelo.

—Unas vistas impresionantes, ¿no? —le pregunté al ver que tenía la mirada perdida en el horizonte, donde se fusionaba el bosque de la Casa de campo con los picos de los edificios más altos de Madrid.

—Aunque superables, por lo que veo —respondió poniéndose de pie. Me observó de arriba abajo y compuso una irresistible sonrisa ladeada.

No iba con traje como en las anteriores ocasiones. Al contrario, vestía unos vaqueros desgastados, una camisa blanca y una cazadora de cuero negra colgada al hombro. Con ese aspecto más juvenil y desenfadado, podía ser catalogado como arma de destrucción masiva femenina, ya que las mujeres que se cruzaran con él sentirían la necesidad de girarse para mirarlo sin preocuparse por romperse el cuello durante el intento.

Me dio dos besos, deteniéndose en cada contacto el tiempo suficiente para que me recorriera un escalofrío por el roce de sus labios, que daba la sensación de que transmitían pequeñas descargas cuando se posaban sobre mi piel.

—¿Llevas mucho tiempo esperando? —pregunté al tiempo que me apartaba.

—No, acababa de llegar. No te he esperado en el restaurante porque no pensaba que serías tan excesivamente puntual. Éste es uno de mis sitios favoritos para evadirme —confesó.

—No me extraña, creo que te lo voy a robar.

—Mi método para hacer fotografías, mi lugar... Espero que, después de quitarme tantas cosas, me des algo a cambio —replicó mirándome fijamente, y no supe si lo decía de verdad o bromeaba hasta que sonrió. Me gustó el sonido de su risa, era diferente, natural, bonito y contagioso —. ¿Vamos dentro?

Asentí enérgicamente sin comprender por qué me molestaba tanto en esos momentos no llevar mi cámara para hacer una fotografía robada de su sonrisa.

Matteo pasó su mano por detrás de mi cintura y caminamos juntos hasta la entrada. En la puerta había un camarero con la lista de las reservas para cenar.

—Buenas noches, ¿a nombre de quién tenían la mesa? —preguntó.

—Matteo Williams —aclaró.

El camarero buscó en la lista hasta que nos localizó y tachó nuestros nombres.

—Sígueme, por favor —indicó, y ambos le hicimos caso.

Nos internamos en el restaurante y de pronto me inundó el olor a comida recién hecha, lo que provocó que mis tripas rugieran como si estuvieran aplaudiendo por el festín que iban a pegarse. Parecía que se trataba de carne a la piedra, uno de mis platos preferidos.

Algunas mesas estaban ocupadas y otras esperaban perfectamente decoradas con su mantel y sus velas a que llegaran los comensales. Yo me detenía cada vez que veía a un hombre solitario con la esperanza de que fuera el autor y Matteo lo saludara. Pero eso no ocurrió.

Cruzamos el local hasta que llegamos al jardín trasero. Como buen caballero, Matteo me sujetó la puerta para que yo entrara primero. El sitio me impresionó tanto que me llevé las manos a la boca para ahogar una exclamación. Debía de tratarse de la zona vip, o eso me pareció por la majestuosidad del espacio. Sólo había una mesa preparada, a la que se accedía por un camino de piedras. Estaba al fondo, dentro de una especie de carpa de madera rodeada de árboles, con unas velas como única iluminación y una cascada artificial a un lado.

—Espero que la mesa sea de su agrado. Enseguida vuelvo con la carta —se despidió el camarero.

La mesa no era excesivamente grande. De hecho, apenas cabían dos platos y las respectivas copas. Estaba revestida con un mantel blanco y servilletas con forma de cisne. El olor a vainilla de las velas me aturdió un

momento, y cerré los ojos para aspirar profundamente. Todo habría sido mágico excepto por un pequeño detalle. Únicamente había dos sillas.

—Creo que hay un error —dije todavía anonadada—. Sólo hay cubiertos para dos comensales, dos sillas, y somos tres.

—Está perfecta —señaló Matteo, que me apartó la silla para que me sentara como había oído que los hombres hacían hace muchos años.

—No lo comprendo. —Me senté y coloqué el mantel por encima de mis piernas desnudas—. ¿Christopher no va a venir?

—Por supuesto que sí: tenía una cita contigo y te garantizo que no se la perdería por nada del mundo —contestó Matteo rodeando la mesa para llegar a su sitio—. De hecho, ha llegado antes que tú, Bianca. —Empecé a temerme lo peor—. No quiero decir lo evidente porque supongo que a estas alturas ya tienes demasiadas pistas para saber que yo soy Christopher —confirmó tranquilamente, como si lo que estaba diciendo no pudiera descolocarme por completo.

—¿Tú? —pregunté, aunque por su tono ya sabía que era del todo sincero.

—El mismo —afirmó.

Busqué una cámara oculta, algo que me indicara que se trataba de una broma, y me topé una y otra vez con esos ojos azules que destilaban sinceridad.

—Pero entonces deberías haber publicado el primer libro con... —Empecé a hacer cálculos mentales.

—Con diecinueve recién cumplidos, si no me falla la memoria.

—¿Por qué no me lo habías dicho antes? —pregunté sintiéndome traicionada en cierta manera, ya que recordaba perfectamente mis comentarios sobre Christopher aquella tarde en su despacho y cómo él no me había dicho nada.

—Después de casi una década guardando un secreto, necesitaba unos días para pensar si la decisión era la correcta o se correspondía con el embrujo que cierta mujer ejerce sobre mí —aclaró.

El camarero apareció en ese momento y guardamos silencio. Al fin y al cabo, su identidad era un secreto, ¿no? Un secreto guardado con celo durante mucho tiempo y que ahora acababa de desvelarme... ¿Por qué?

—Aquí tienen las cartas. —El camarero nos las tendió—. ¿Ya han decidido lo que van a beber?

—¿Te gusta el vino blanco? —me preguntó Matteo, o Christopher, o

quien fuera ese chico.

—Sí —acerté a decir sin asimilar la información que acababa de recibir.

—Entonces sírvanos una botella de vino blanco dulce.

—¿Tiene preferencia por alguna cosecha?

—La dejamos a su elección.

—Perfecto. —Apuntó algo en su libreta—. Enseguida regreso y les tomo nota.

El camarero se marchó de nuevo y Matteo y yo nos quedamos sumidos en un incómodo cara a cara. Había algo que me corroía las entrañas, y tenía que decirlo para no reventar, aunque eso supusiera el fin de la reunión o lo que fuera nuestro encuentro. Ése era mi mayor defecto: no poder callarme nunca nada cuando la sangre me hervía.

—¿Qué se supone que es esto? ¿Una especie de cita poco ética con algún fin...?

—¿Deshonesto? —completó la frase por mí y, aunque eligió otro término, vino a decir lo mismo que necesitaba saber.

—No es que sea una creída —puntalicé—, pero hay que reconocer que no es muy profesional llevar a cabo un encuentro laboral cenando en un restaurante con vino a la luz de las velas.

Yo no era ingenua, y ahora que sabía que Matteo era el famoso y millonario escritor Christopher W. F., no quería que me tratara como a una fresca capaz de acostarse con él por los derechos de su libro. A saber a qué estaba acostumbrado en su círculo social.

—En efecto, podríamos habernos citado en mi aburrido, capacitado y competente despacho, pero pensaba que sería mucho más interesante y amable por mi parte invitarte a cenar para poder explicártelo todo.

El camarero regresó entonces con la botella de vino. Sirvió un poco en la copa de Matteo.

El moreno la degustó y asintió dando el visto bueno.

—Es exactamente lo que me apetecía esta noche. Un vino amargo que, cuando lo saboreas, se torna dulce. Muchas gracias.

El camarero rellenó mi copa y, como vio que aún no habíamos abierto las cartas, volvió a dejarnos solos, deduciendo que todavía no sabíamos lo que íbamos a tomar. Si hubiera sido fina, habría agitado el líquido para mirarlo al trasluz de las velas fingiendo que entendía de vinos y después saborearlo delicadamente. Pero como estaba un poco nerviosa y

no me apetecía hacer un teatrillo, vacié el contenido en mi garganta y cogí la botella de la cubitera para llenar de nuevo la copa.

—Si tu duda es si esto se trata de una cita en la que voy a intentar seducirte a cambio del contrato, estás muy equivocada. Tengo otros métodos más divertidos, efectivos y prácticos —contestó Matteo como un engreído, aunque no dudaba de que eso fuera cierto. Seguramente, ante esa misma situación, muchas mujeres ya se habrían quitado la ropa interior por debajo de la mesa y se la habrían tendido en una bandeja como una ofrenda sagrada—. Y permíteme decirte que tu falta de autoestima es problemática. No sé cuántas veces necesitas que te diga que tienes talento.

—Hay muchos guionistas buenos... —contraataqué sin crearme del todo sus palabras.

—Y muchas mujeres con unas piernas deliciosas como las tuyas. Es estúpido pensar que lo he hecho para que las abras en mi cama.

—Entonces ¿por qué?

—¿Y por qué no? Eres tú misma la que te pones unas barreras tan altas que te impides saltar. —Tomó otro sorbo. Yo no hablé, necesitaba una respuesta más concreta—. Eres artista, ¿verdad? —Asentí—. Entonces comprenderás que llega un momento en el que aprecias tu obra como si fuera alguien de tu familia.

—Yo me refería a mi guion como a «mi hijo», ya que lo había «parido» de principio a fin —repuse, demostrándole que lo entendía hasta ese punto.

—Exactamente. Conociendo ese detalle, ¿de verdad puedes pensar que le cedería algo tan valioso a una mujer para acostarme con ella? —fue directo al grano.

—Espero que no —respondí un poco avergonzada, ya que esa idea había cruzado por mi cabeza—. Pero sigo sin saber por qué te has negado a Warner, Disney, Fox..., las productoras más grandes e importantes del sector, que te habrían pagado un dineral, y has aceptado que lo haga yo. No tiene sentido.

—Si lo miras sólo como una inversión económica, por supuesto que no lo tiene —me aclaró—. Pero un producto no es sólo eso. Debe tener sentimiento. Desprender algo que toque la fibra sensible a la persona que lo ve. —Matteo se recolocó tranquilamente en su silla, y el tono del cielo, en el que el rosa se fusionaba con el azul en un atardecer perfecto, remarcó su silueta, con sus puntas oscuras contrastando con los colores

claros—. No puede compararse siquiera lo que habría ganado si les hubiera dicho que sí a las grandes compañías, pero... ¿a nadie le importa el resultado? *Bombas a la luz de las velas* se habría convertido en una película comercial, salida de una cadena de engranaje que sólo busca que el espectador invierta dinero en sus entradas. Nada más. Y eso era lo que ellos me ofrecían, por lo que tuve que negarme.

—Chance Productions también buscará beneficio. —Estaba olvidando todos los argumentos que había pactado con Logan y Clarisse para la reunión y hablaba según me apetecía. De hecho, daba la impresión de que trataba de convencerlo de que no nos escogiera—. ¿Qué tiene para que te hayas decidido? Necesito saberlo.

—Te tiene a ti —afirmó mirándome fijamente, y por un momento temí que el corazón se me saliera del pecho—. A Bianca, la guionista. Cuando leí el guion con mi hermano tuve un flechazo. De repente estaba ante el texto de la persona que buscaba desde hacía años para trasladar mi libro al cine. Tu escritura era exquisita, una delicia que me hacía devorar las páginas ansioso por leer más y más, como si nunca me fuera a cansar de tus palabras. —Bebió otro trago y me ofreció. Ruborizada, asentí. Nunca nadie me había dedicado un halago tan grande—. El otro día, cuando te vi en mi despacho con *Bombas a la luz de las velas* entre tus manos, tuve una visión y, después de escucharte hablar sobre mi obra, supe que quería que fueras tú o nadie más.

—¿Y la editorial?

—Por supuesto que no les gustó. Pero no les he dado opción.

—¿Y las cláusulas? —dije tratando de bajar de las nubes a las que me había subido directamente Matteo.

—Tú serás la guionista y Sam el protagonista. El resto me da igual. Imagino que te habrán mandado con muchísimos requisitos y datos económicos y legales para llegar a un acuerdo, pero no hace falta. Eso pueden solucionarlo los abogados. No necesitas convencerme. No hay otra opción. Tú eres la única. Sé que, si tus manos y tu imaginación son las encargadas de darles vida a mis personajes, todo saldrá perfecto. —Me sonrió con la mirada—. ¿Brindamos para celebrarlo?

—Por supuesto —alcancé a decir.

Ambos alzamos la copa y, sin apartar la mirada el uno del otro, las juntamos sellando nuestro trato y quién sabe si algo más. Aunque nos encontrábamos separados por una mesa, podía olerlo como si estuviera a

mi lado, puede que la suave brisa me trajera su perfume, lo único que tenía claro es que la esencia de su aroma me volvía loca.

—¿Ya sabes lo que vas a pedir? —me preguntó cambiando de tema.

—No me ha dado tiempo a ojear la carta.

—¿Sabes por qué he elegido este lugar? Porque es el único de todo Madrid en el que sirven cocina exótica de todos los continentes. Alimentos sólo aptos para valientes.

—¿Como por ejemplo? —pregunté, tentada a probarlo.

—Los saltamontes están deliciosos —afirmó.

—Creo que por hoy prefiero ser cauta y comer algo que conozca. Además, así tengo la excusa perfecta para cenar contigo otro día.

Vale, fue de esas ocasiones en las que tu boca dice algo que tu cerebro aún no ha procesado. Había coqueteado sin tener intención de hacerlo. Acabé la copa de un trago ruborizada. No podía evitar sentirme atraída por el hombre que tenía enfrente. Era como si me embriagara y me impidiera pensar en nada más que no fuera estar cada vez más cerca de él. Por si eso no fuera poco, cada vez que hablaba provocaba que necesitara su contacto inmediatamente. Era un sentimiento animal, que me llevaba a desearlo. Por ese motivo, no quería dejarme llevar. Al menos, hasta confesárselo todo a Sam y saber cómo avanzaba esa historia.

«¿Por qué serán hermanos? ¿Por qué?», se quejó mi interior.

—¿Ya saben lo que van a tomar? —preguntó el camarero, que se había percatado de que por fin estábamos utilizando las cartas.

—Una selección de entrantes —respondió Matteo—, y de segundo, lo mismo que ella. —Me señaló y me pilló desprevenida; ¿no solía ser al revés?

—Solomillo a la pimienta al punto, con patatas asadas y un poco de ensalada —escogí—. ¿Te gusta? —le pregunté a Matteo, ya que él comería lo mismo.

—Una elección poco original, pero perfecta —se mofó de mí.

Le devolvimos las cartas al camarero y se marchó.

—La verdad es que tenía tantas dudas sobre Christopher... ¡Y ahora resulta que eres tú! —dije mientras el sol se escondía.

—¿Decepcionada?

—Ésa no sería la palabra. No tenía ningún dato sobre él, así que no me lo había imaginado de ninguna manera.

—¿Conmocionada o extrañada? —insistió.

—Sorprendida, sólo eso. Ahora ya no podré resolver todas mis dudas.

—¿Y eso por qué? Pregunta lo que quieras y prometo responderte a todo —dijo alargando la mano para encender un par de velas que se habían apagado a causa del viento. En ese instante observé una profunda cicatriz alargada que le cruzaba la palma derecha, desde el dedo gordo hasta casi la muñeca.

—¿Cómo te hiciste esa cicatriz? —dije pensando que sería una batallita fácil de contar.

Su expresión cambió en el acto, de repente apretó la mandíbula y pareció tenso.

—Tienes el puntero de tus preguntas poco afinado, porque has ido a dar con lo único para lo que no puedo darte una respuesta, al menos por el momento —replicó. Seguía con la mirada turbia.

Sabía que, si le insistía, podía irritarle, por lo que cambié de tema. Eso sí, sin querer, el misterio de la cicatriz se instauró en mi cabeza.

—¿Por qué cambiarte el nombre y usar un pseudónimo?

—No fue mi decisión —explicó—. Fue algo meramente comercial. Mi agente me dijo que un libro con la misma calidad se vendía quince veces más si el autor tenía un nombre americano, así que decidimos cambiarlo. —Se encogió de hombros—. En realidad, el nombre no es algo importante para mí, sólo un sustantivo que no define quién soy. Los egos nunca son buenos.

—¿Cómo decidiste cómo te llamarías?

—Ése es un secreto muy importante que nadie debe saber nunca. — Me hizo un gesto para que me echara hacia adelante y le hice caso inmediatamente. Suponía que quería decirlo bajito para que nadie lo oyera. Debía de ser una gran revelación, pues aparentemente estábamos solos, lejos de curiosos—. Le pregunté a mi padre cómo me habría puesto si mi madre no hubiera tenido el privilegio de elegir primero y llamarme con un nombre italiano, y dijo que Christopher. —Se apartó.

—¿Me estás diciendo que eso es un misterio?...

—¡Es fundamental que siga siéndolo! —exclamó—. Si mi madre se enterara, mataría a mi padre —bromeó—. Una de sus reglas era que ni él podía decirme a mí qué nombre americano iba a ponerme ni ella a Sam el suyo italiano para que no tuviéramos la tentación de cambiarlo.

—¿No decías que nunca mentías? —le tomé el pelo.

—*Touché*. Ésta es la mentira más grande que he dicho en mi vida, porque lo de ser el autor no cuenta como tal. Es omitir datos.

El camarero llegó en ese momento y puso la selección de entrantes encima de la mesa. Yo desconocía qué eran la mayoría de los alimentos.

—¿Qué es esto? —le pregunté a Matteo, señalando una especie de masa empanada de color beige.

—No lo sé. Eso es lo bueno de la selección. Ponen un plato de cada continente y no te dicen de qué se trata ni cuáles son sus ingredientes hasta el final. Para que lo pruebes sin los dichosos y nocivos prejuicios.

Pinchó uno de los extremos de la extraña masa y se lo introdujo en la boca.

—¿Y bien? —pregunté.

—Sigo sin saber qué es, pero está delicioso. —Sin previo aviso, acercó su silla a la mía pasándose la mano por el pelo—. Cierra los ojos.

—¿Para?

—Hazme caso. Confía en mí. —Puse los ojos en blanco y lo hice—. Ahora abre la boca. —Despegué los labios y noté el tacto frío de un cubierto que llevaba alguno de los manjares que tenía enfrente—. Cómetelo sin pensar qué será o qué llevará. Disfruta de los sabores y deja que éstos te transporten a su continente.

Aunque escéptica, le hice caso. Al principio no notaba nada, simplemente que estaba comestible, pero de repente empecé a sentir calor y fue como si de pronto me encontrara en una aldea de África. Tuve la certeza de que lo que acababa de comer provenía de allí. Asustada, despegué los párpados de repente.

—¿Dónde estabas? —me preguntó Matteo cuando abrí los ojos y lo encontré con la cara muy cerca de la mía. Demasiado.

—¿Dónde voy a estar? —pregunté confusa—. ¡En ningún lado!

—Ya... —Se incorporó y volvió a su sitio—. Hay alimentos por los que eres capaz de conocer la cultura que los cocina.

—¿Qué era?

—¿Estaba bueno?

—Sí —afirmé.

—Entonces mejor que no lo sepas.

Iba a quejarme cuando me di cuenta de que tal vez llevaba razón. Era mejor enfrentarme a ese plato sin que intervinieran los prejuicios alimentarios que tenía.

—¿Cómo empezaste a escribir? —le pregunté cogiendo la masa que creía podía ser asiática.

—Es una larga historia —comentó.

—Si quieres contarla, tenemos tiempo —ofrecí, puesto que no sabía si su duración era sólo una excusa y en realidad no deseaba hablar del tema.

—Tengo que retroceder hasta mi infancia, ¿te puede interesar?

—Llevo toda la vida esperando para saberlo todo sobre ti. —De nuevo, mis palabras me habían traicionado, y tuve que beber un sorbo de vino muerta de vergüenza.

Obviamente me refería a que quería saciar mi curiosidad sobre la vida del autor que me había acompañado todos esos años, pero no había sonado así exactamente.

—Los mejores momentos se viven durante la niñez, y quien diga que no miente. En el fondo, todos soñamos nostálgicos con volver a esa etapa en la que no existían preocupaciones y cada día era una aventura cargada de ilusión. —Hizo una pausa—. En mi caso era superior, si es que eso es posible. Mis padres eran dos activistas locos que se conocieron en África y se enamoraron al instante mientras discutían con los miembros de una guerrilla. —Sonrió, probablemente recordando algún detalle que decidió omitir—. Como todas las parejas, quisieron evolucionar y entonces llegué yo, un bebé muy llorón que sólo se dormía si lo dejaban ver las estrellas una vez que el cielo oscurecía.

Instintivamente miró hacia arriba y trató de ver los pocos astros que se distinguían entre la contaminación madrileña. Por mi parte, lo contemplé a él, con su rostro relajado, y pensé qué sería más hermoso, si el cielo lleno de luces tintineantes bajo el abrigo de la luna o el hombre que tenía yo enfrente.

—Fui inmensamente feliz esos años, hasta que llegaron los consejeros del bien de la sociedad.

—¿Consejeros del bien de la sociedad? ¿Es una guerrilla, una secta o algo así?

—¿Secta? —Comenzó a reírse a carcajadas—. En cierto sentido, es una secta a nivel global que establece los cánones de cómo debe uno vivir o no para convertirse en un buen «ser humano», según la definición universal de los países desarrollados.

—Eso me recuerda a cierto libro... —comenté, puesto que frases

similares poblaban *Bombas a la luz de las velas*, y Matteo me miró cómplice.

—Les dijeron que no era bueno criar a un niño como yo allí, que necesitaba más cosas..., y toda una sarta de tonterías, hasta que los convencieron para que nos marcháramos a lo que ellos denominaban un «sitio mejor».

—No te gustó mucho España, ¿verdad?

—No fue el país en concreto, sino las normas sociales, que no comprendía. En el campamento vivía en una tienda de cincuenta euros y me sentía libre. En la gran ciudad, el piso costaba cincuenta millones y yo estaba encerrado dentro de mi cárcel de cuatro paredes. Empecé el colegio y algunas de mis diferencias aumentaron. La amistad no se medía en las horas que pasabas junto a otro niño disfrutando de su compañía, sino en los juguetes que éste tenía. En África había una pelota que compartíamos todos. Aquí, cada niño tenía la suya propia y decidía quién podía tocarla o si jugaba en solitario.

—Pero esto también tendría sus cosas buenas, ¿no? —corté su discurso melancólico.

—Por supuesto. Pasados los años, sé que mis padres tomaron la mejor decisión para que viviéramos con todas las comodidades. Pero no puedes pedirle esa comprensión a un niño. Fui un poco diferente. No olvidé los valores ni lo aprendido en aquel lugar, y ése fue el germen de *Bombas a la luz de las velas*, aunque las circunstancias me empujaron a hacerlo antes de lo que yo quería.

Estábamos tan concentrados el uno en el otro que no nos percatamos de que el camarero había vuelto con los platos principales, y el pobre hombre tuvo que carraspear en un par de ocasiones hasta que quitamos los codos de la mesa para que pudiera dejarlos. No sabía cómo, cuándo o por qué los habíamos apoyado inclinándonos para estar más cerca el uno del otro. Y quise creer que pretendía oírlo mejor.

—El solomillo a la pimienta —anunció el camarero, colocando un plato frente a cada uno de nosotros—. Espero que lo disfruten.

—Muchas gracias. —Esperé pacientemente a que desapareciera y volví a la carga de nuevo—. ¿Por qué dices que te empujaron a hacerlo?

—Una vez aquí, mis padres quisieron acoplarse al ritmo de vida de la mayoría. Deseaban darnos a Sam y a mí más de lo que necesitábamos y, cuando se lo decíamos, negaban con la cabeza y replicaban: «Lo mejor

para nuestros niños». Sin embargo, a los pocos años se arruinaron. Perdieron sus ahorros de toda la vida, que, en realidad, no eran muchos. No eran personas de finanzas y no supieron manejar el dinero.

—Si no quieres continuar... —dije sabiendo que sería un tema delicado.

—No pasa nada. Es un relato con final feliz —matizó—. Yo ya tenía diecisiete años y quería ayudar. Busqué algunos trabajos temporales, pero no daban lo suficiente. Entonces, mientras me compadecía y pensaba que en África nunca nos habríamos visto así, tuve una idea y comencé a escribir. Era un poco presuntuoso esperar que publicaran algo mío siendo un escritor novel, pero creo firmemente que la esperanza debe ser lo último que se pierda.

—¡Y lo conseguiste! —exclamé tras probar el delicioso filete.

—Sí, fueron muchas horas de soledad, recuerdos amargos y vista cansada, pero lo logré, y recuerdo ese día como uno de los mejores de mi vida.

—¿Fue entonces cuando tomaste la fotografía negra? —Recordé la imagen que había visto en su despacho.

—No, ése fue más especial aún. —Esperé a que Matteo añadiera algo más, pero no lo hizo.

Pidió otra botella de vino para la carne y me sirvió. El alcohol me animó a seguir preguntando.

—Hay algo que siempre he querido saber: ¿has vivido todo lo que narras? ¿Tus novelas tienen algún tinte autobiográfico?

Siempre se había rumoreado que Christopher W. F. era un gran aventurero, al más puro estilo Indiana Jones, que se dedicaba a dejar patentes sus proezas a través de sus diferentes libros.

—Si me preguntas si soy esa especie de superhéroe de alguna de mis novelas que se enfrenta y lucha contra toda injusticia, la respuesta es que no. Sin embargo, sí que he vivido situaciones en las que héroes anónimos, que nunca saldrán en ningún informativo, lo han hecho. Yo sólo los he homenajeado recopilándolos a todos en un libro.

—¿Y las mujeres y las historias de amor son reales?

En todas sus obras siempre había una pareja principal con mucha química que mantenía al género femenino en vilo y hacía que mujeres y hombres de medio mundo se replantearan su vida sexual después de leer sus encuentros.

—Me temo que no. Estás ante un escritor a quien le es tan desconocido el amor como el tacto de las nubes.

—No me creo que tú no hayas estado con nadie —lo interrumpí.

—Pues claro que he estado. De hecho, iba a decirte que muchas de las escenas de pasión sí que son mías. Me gustan mucho las mujeres, pero soy muy exigente con el amor. Creo que hay que serlo y no conformarse con cualquiera por el hecho de no vagar solo por el mundo. Muchas personas lo necesitan y acaban viviendo con alguien que no soportan el resto de su vida. Si alguna vez me enamoro, quiero que sea de una mujer que vuelva locos mis sentidos, desate mi corazón y nuble mi cabeza. —Me miró con tal intensidad que me atraganté.

La velada transcurrió entre risas, confesiones y conversaciones acerca de nuestra vida. Cuando quise darme cuenta, le había hablado de todo mi pasado, de mi presente y de lo que esperaba del futuro junto con la gente que me acompañaba. Era sencillo confiar en Matteo. Era de esos hombres que escuchan y hacen que parezca interesante hasta la mayor nimiedad de tus relatos.

Las horas habían pasado tan veloces que parecían pequeñas pinceladas de lo que duraban otros días. Como siempre, reafirmé mi pensamiento de que el tiempo es relativo, y depende de cómo o con quién lo pases.

Una vez pagada la cuenta a nombre de Chance Productions —ése había sido uno de los puntos en los que me había mantenido firme sin ceder a los intentos de Matteo de hacerse cargo—, salimos al exterior.

Hacía una noche tranquila. El calor agobiante que azotaba Madrid durante sus horas diurnas se había esfumado, y en su lugar reinaba una temperatura suave, interrumpida por pequeñas ráfagas de viento que se agradecían.

No podía irme directamente a casa. Había tomado bastantes copas de vino durante la cena y me sentía algo mareada. No iba borracha, pero aun así no quería arriesgar mi vida, y mucho menos la de los demás, en la carretera. Suponía que, con lo poco que había bebido y lo mucho que había comido en proporción, sólo necesitaba que me diera el aire un rato para poder marcharme segura. Matteo se había ofrecido a llevarme, pero yo había rechazado su invitación. No me atraía la idea de dejar mi coche

toda la noche en el solitario aparcamiento del lago de la Casa de Campo para regresar al día siguiente a recogerlo.

Las familias se habían marchado conforme el manto de oscuridad que acompaña a la noche había caído sobre el lugar. Los gritos y las risas que se oían por la tarde se habían transformado en el silencio más absoluto, acompañado del sonido del agua y algunos animales nocturnos que hacían su aparición.

Matteo había decidido esperarme para no dejarme sola en un sitio que no consideraba del todo seguro. Por mi parte, le había explicado que yo no tenía ningún problema en quedarme por allí vagando sin compañía, pero él se había negado categóricamente. Me gustó esa faceta protectora suya.

Caminamos juntos acompañados del sonido de la noche hasta el banco en el que me había encontrado con él esa misma tarde. Nos sentamos sin decir nada y oteamos el horizonte. La luna llena se cernía sobre el lago, reflejándose como si se tratara de un espejo. Las pocas estrellas que escapaban de la contaminación lumínica vestían el cielo de Madrid.

Nos recostamos cómodamente y disfrutamos de la visión que teníamos delante. De reojo, miré su perfil con el pelo alborotado y un escalofrío me atravesó. Matteo confundió el respingo que di y me colocó su chaqueta de cuero por encima de los hombros.

—Es liberador —dijo rompiendo el silencio.

—¿El paisaje? ¿Te recuerda a tu infancia africana?

—No, allí podían verse tantos astros que hasta le robaban protagonismo a la luna. Aquí es diferente —explicó—. Pero no me refería a eso. Es liberador abrirse en canal con alguien. Confesarlo todo sin secretos.

—Compartir, sea lo que sea, ayuda.

—En realidad siempre ha sido decisión mía esconder una parte de mi vida —comenzó de nuevo mirando al frente—. Hoy me he dado cuenta de que tal vez estaba confundido. Hablar de todo con tanta familiaridad lo ha convertido en algo normal.

—¿Estás nervioso por cuando todo esto se sepa a nivel mediático?

—No, imagino que la mayoría de la gente se llevará una desilusión. Cuando idealizas algo o a alguien, siempre tiende a decepcionar. Para algunos seré sólo un crío, otros se sentirán estafados al comprobar que no

soy ningún aventurero, y los habrá que incluso piensen que estoy mintiendo y que el verdadero Christopher sigue en un segundo plano. ¿Y tú?

—¿Yo? ¿Por qué?

—Yo ya he hecho mi trabajo. Para bien o para mal, los libros ya están escritos. El foco de atención pasarás a ser tú, el director, los actores...

—La verdad es que no estaba nerviosa, pero con tu afirmación empiezo a sentir taquicardia —bromeé.

Contrariado por si había metido la pata con su sinceridad, Matteo se volvió hacia mí para ver si lo que acababa de decir era cierto. Lo imité y, tras fingir una mueca de enfado, sonreí. Luego nos quedamos en esa posición.

—Mi mejor amigo de África odiaba a todas las niñas —comenzó a contar—. No comprendía por qué su hermano mayor prefería estar con su novia antes que jugar al fútbol. Tanto se quejaba que un día éste dijo que iba a explicárselo. Lo acompañé porque yo también tenía curiosidad por saber qué pasaba. Nos llevó a los dos al patio y nos tendió la pelota. Nos dijo que la tocáramos y nos preguntó qué sentíamos. Ambos contestamos que nada. Entonces nos cogió la mano y nos dijo que, cuando él rozaba a su novia, notaba electricidad. Ninguno lo creímos, pero él siguió afirmando que algunas veces era tal la intensidad que podrían alumbrar a una ciudad entera. Por supuesto, nos fuimos tachándolo de loco.

—¿Por qué me cuentas esto? —pregunté.

—No lo sé. Te he mirado a los ojos y la escena ha aparecido en mi memoria. Hacía muchos años que la creía olvidada. No era uno de esos recuerdos a los que he dotado de valor.

—¿Ahora crees que lo que te dijo era cierto?

—No sé, supongo que para aceptar algo como real lo único que tengo es mi experiencia, y ésta no me ha demostrado nada de alternativas eléctricas que se producen gracias a dos personas que encajan a la perfección. —Hizo una pausa—. También, con el paso de los años, cosas que creía increíbles han resultado ser ciertas, y otras que siempre había dado por sentadas han resultado ser un mero espejismo. No sé dónde está la verdad y dónde no. Lo único de lo que estoy seguro es de que sería hermoso si eso existiera.

—¡Y podría sacarse un buen dinerillo! —dije quitándole hierro al asunto. La conversación se estaba poniendo demasiado intensa y no estaba

segura de hasta qué punto podría aguantar sin lanzarme a su cuello. Al hecho de que fuera el hermano de Sam, ahora se sumaba que íbamos a trabajar codo con codo en un mismo proyecto. Definitivamente no era buena idea—. Imagínate parejas a domicilio para el alumbrado de tu hogar. Un eslogan al que nadie podría resistirse.

—Puedes estar segura de que, si alguna vez encuentro a la persona con la que pueda lograr esa reacción química y física, se me ocurren otros usos más interesantes...

Ya está. No podía más. Si me quedaba un segundo más allí, caería rendida directamente sobre esos labios pecaminosos, sin importarme un pimiento lo que ocurriera al día siguiente.

—Creo que ya podemos marcharnos —dije—. Me encuentro mucho mejor.

—¿Segura? —En su tono había implícita una doble pregunta.

—Sí —contesté a mi pesar.

Me acompañó al coche.

—Es hora de separarnos —anunció—. Ten cuidado en la carretera, Bianca.

—Lo tendré. Y, de nuevo, gracias por confiar en mí para adaptar el guion.

Hizo un gesto con la mano restándole importancia y emprendió el camino hacia su Audi A8. Verlo alejarse me produjo un vacío que me asfixiaba y no pude evitar correr a su encuentro.

—¿Pasa algo?

La mente luchaba contra el corazón. Era una pelea ajustada. Mi corazón latía desbocado y mi cabeza pedía calma. Al final, hice caso a la segunda.

—¿Cuándo nos veremos? Quiero decir... —titubeé—, si necesito ayuda, si tengo alguna duda o algo, ¿puedo contactar contigo?

—Tú siempre puedes llamarme, Bianca —replicó mientras cogía mi mano, la elevaba hasta sus labios y me depositaba un beso sobre los nudillos antes de marcharse.

Pude notar cómo la electricidad fluía entre los dos y, por cómo se giro en mitad del camino con gesto contrariado, supe que no era la única que se había dado cuenta.

CAPÍTULO 18

Otra nueva etapa de la producción de la película había comenzado: el rodaje en los exteriores. Para ello, un grupo de expertos había estado semanas viajando por la geografía española hasta localizar el lugar perfecto en el que transcurriría la acción. En principio se habían decantado por la belleza natural nacional. Según me explicó Logan un día, que más que mi jefe a veces parecía una especie de profesor que estuviera dándome un máster gratuito, en nuestro país teníamos parajes por los que cualquier gran productor americano pagaría millones de dólares por reproducir, pero tendíamos a menospreciarlos.

Dentro de la historia, en el guion, existían escenas de playa y de montaña, por lo que pensé que tendríamos que desplazarnos de norte a sur para grabar las diferentes tomas. Sin embargo, nuestros entendidos encontraron la solución perfecta en una comunidad que estaba descubriendo día a día y era mágica, Galicia.

En las Rías Baixas se encontraba una playa virgen que tenía una longitud kilométrica, A Lanzada, con una costa en forma de corazón que me fascinaba desde que me habían hablado de ella y la busqué en Google. Cerca de la famosa zona de O Grove, nos permitía disfrutar de un mar de aguas cristalinas y arena blanca y de unas montañas frondosas donde te sentías una intrusa de la naturaleza, como si esa tierra no perteneciera al ser humano.

Íbamos a estar un par de semanas allí, por lo que buscaron un hotel lo suficientemente grande para que pudiera alojarse todo el equipo. Por el precio que me habían dicho que costaba la noche, imaginaba un hostel de mala muerte con paredes de papel a través de las cuales se colara el sonido de los ronquidos de los huéspedes de la habitación contigua, pero fue todo lo contrario. Era la primera señal de que calidad y precio no son dos amigas que van siempre de la mano. Desde fuera parecía una especie de mansión con paredes blancas, grandes ventanales y un tejado rojizo, invadida por las decenas de balcones perfectamente amueblados que salían de cada una de las estancias.

En el patio había un parking totalmente gratuito que nos facilitó aparcar los camiones que transportaban el diferente material necesario. Además, se complementaba con una piscina y un jacuzzi con vistas a la playa y a la montaña.

Como siempre suelo tender a pensar que nadie regala nada, deduje que el truco estaría en unas habitaciones sucias o pequeñas o con alguna tara, como un colchón tan duro que te causara dolor de espalda. Pero no. Eran perfectas, con sus muebles de roble, el enorme baño y una cama de matrimonio para mí sola, así como mi propio balcón, que daba a un patio trasero repleto de figuras de enanitos y densa vegetación.

Sólo iba a estar allí un par de semanas, y desde la primera noche me sentí como en casa. Ya no sólo por el espacio, sino porque los empleados del hotel eran muy amables y trataban de ayudarnos en todo lo que necesitábamos, ya fuera para trabajar o hacer turismo durante las pocas horas libres que teníamos. Por fin conocía la bondad gallega de la que tanto me había hablado Lucía durante su etapa en Santiago de Compostela.

Todo estaba saliendo a pedir de boca. Habíamos cerrado el contrato pero, para causar un efecto superior, no querían comunicarlo hasta que la gente regresara de vacaciones, sobre el 15 de septiembre. El impacto mediático debía ser brutal, para ahorrarse así grandes cantidades en publicidad.

Eso me había permitido acudir a las últimas pinceladas del rodaje de *En el baúl de los recuerdos* antes de embarcarme en el guion de *Bombas a la luz de las velas*. Intentaba no pensar en la presión exterior que iba a recibir en este segundo proyecto y centrarme sólo en la historia que había imaginado por la mirada de Sam, que tanto amor desprendía.

Lo que no suponía era el trabajo que me iba a tocar hacer y las ganas de matar a Miriam que me iban a entrar. Nunca había sido una persona agresiva y, si por algo destacaba, era por tener una paciencia infinita. Pues bien, esa mujer tenía la capacidad de transformarme en una especie de asesina en serie. Lo sabía porque en un par de ocasiones me había descubierto a mí misma, mientras veía «Mentes criminales», «Castle» o «Crímenes imperfectos», imaginando cómo sería liquidarla con mis propias manos, como los asesinos que salían en la televisión.

Los primeros días nos dedicamos a rodar las pocas imágenes que transcurrían en el mar. Eran dos escenas, una de noche y otra de día. La nocturna era muy simple, aunque se trataba de una de las más

fundamentales de la historia. Era el punto en el que Mario, interpretado por Sam, se daba cuenta de que nunca tendría una vida plena si no conseguía que Tamara, es decir, Miriam, volviera a su lado. Lo hacía mientras miraba la luna recordando todos los momentos pasados con ella en ese mismo lugar y no reprimía su impulso de llamarla.

Como en la escena sólo salía Sam, no habíamos tenido ningún problema, y en una noche habíamos conseguido la toma definitiva.

La diurna, en cambio, fue un poco más complicada. Nos trasladábamos al pasado y teníamos que rodar ese día que tanto había marcado a Mario (Sam) en esa playa para que su recuerdo lo impulsara años después a regresar con su amada. En esta escena, Miriam y él compartieron protagonismo, y fue una verdadera tortura para todos los que estábamos allí y teníamos que soportar las constantes quejas de la chica. Sin embargo, nada comparado con lo que ocurrió durante las escenas de montaña. Si pensaba que nada podía superar los interminables días en la playa con el sonido petulante de la voz de Miriam instalándose en mi cabeza, estaba muy equivocada.

Las quejas comenzaron mientras los técnicos preparaban los campamentos —una especie de tiendas de campaña a base de toldos con una abertura lateral— de los diferentes equipos para hacer su trabajo más cómodo.

—¿Y mi camerino? —preguntó Miriam a uno de los trabajadores. Sí, ella era la única que había exigido que le montáramos uno individual y de uso exclusivo para poder relajarse entre toma y toma.

—Es el siguiente. Estamos terminando el de dirección y visualización —le explicó el chico, que parecía maravillado por hablar con la famosa actriz.

—¡Lo que hay que aguantar! Dejar a la protagonista, la persona que lleva la carga de todo el filme, para el final...

—Yo sólo cumplo órdenes —se disculpó él.

—Pues menos hablar y más trabajar. Espero estar sentada en mi tienda dentro de cinco minutos.

El chico se marchó con la cabeza baja mientras murmuraba algún insulto, estaba segura de ello. Era lo que todos hacíamos siempre que nos separábamos de Miriam: refunfuñar y apretar los puños para no darnos la vuelta y saltarle encima como si fuera un saco de boxeo.

Después vino el momento en el que los camiones que transportaban

el material necesario le pidieron que ocupara sólo una plaza para poder aparcarlos. Tratándose de la mitad del campo, el hueco que teníamos en la explanada libre de árboles era muy limitado, pero la señora había decidido usar el espacio de tres vehículos para colocar el suyo y que así no se llenara de polvo. Por supuesto, se negó a mover su Mercedes y los pobres conductores tuvieron que buscar alguna solución. A veces me planteaba llamar a la RAE para solicitar que pusieran su fotografía en el diccionario, al lado de la definición de la palabra *egoísmo*, como una especie de ejemplo visual.

Ya en su camerino, que ella llamaba «roulotte de la actriz principal», no tuvo pudor en mostrar su disconformidad porque todos pudiéramos usar los mismos baños portátiles. Debía de creer que su culo era sagrado o algo así y no podía apoyarse en el mismo lugar que los nuestros o que su mierda olía a flores. Quién sabe. Pero esa vez no logró su objetivo, ya que Logan no cedió. Intuí que Clarisse tuvo algo que ver, puesto que la miraba con una cara de desprecio absoluto. De hecho, creo que si la muchacha no hubiera tenido la capacidad de transformarse delante de la cámara y hechizar a cualquiera que la viera a través de ese filtro, la habrían despedido hacía mucho tiempo y todo el equipo habríamos celebrado una animada fiesta para celebrarlo.

Hasta ese momento a mí no me había afectado porque la ignoraba y huía como una auténtica cobarde cada vez que oía que se acercaba. Había pasado las horas ayudando a los «eléctricos», que, como su propio nombre indicaba, proporcionaban electricidad al equipo, y a transportar los «burros de cine», grandes percheros para colocar el vestuario. Entonces vino la siguiente protesta del día.

—Estoy sudando —se quejó Miriam asomándose a la abertura de su roulotte.

Miré hacia los lados para ver si podía pasarle el muerto de hablar con ella a otro, pero yo era la única persona que estaba allí. «Mierda.» Me mordí la lengua para no decirle: «¿De verdad? ¿Ves mis chorretones y mis cercos en el sobaco al más puro estilo Camacho porque no paro de llevar cajas de un lado para otro mientras tú te rascas el ombligo? ¡¿De qué te quejas?!». Sin embargo, en lugar de eso, traté de ser amable.

—¿Aún no te han puesto el ventilador? —pregunté.

Adelantándonos a sus peticiones, habíamos comprado un ventilador para que la señorita no pasara calor. Galicia normalmente era fresco, pero

en verano en la zona de las Rías Baixas hacía un bochorno de mil demonios. Al menos cuando teníamos que pasarnos horas y horas en el mismo sitio bajo los rayos del sol.

—Sí, pero no es suficiente. El cable no es muy largo, y me han dicho que no puedo mover el generador.

—No insinuarás que les pida a los técnicos que cambien toda la instalación de la película porque tienes calor, ¿verdad? —No podía ser. Debía de estar entendiéndola mal.

—Pues algo tendrás que hacer, porque yo en situaciones infrahumanas no trabajo —respondió cruzándose de brazos a la altura del pecho. Con otra persona habría intentado razonar. Con ella no. No tenía ninguna duda de que se negaría a seguir rodando si no le dábamos lo que quería.

Eso suponía un problema. Entre los conocimientos que estaba adquiriendo en esa aventura se encontraba el lumínico. En interiores, daba igual que se retrasara un poco el rodaje, puesto que la luz era artificial y podíamos recrear el día, la noche, el atardecer o el amanecer a la hora que quisiéramos colocando los filtros, la luz principal, la de relleno y el contraluz adecuadamente.

En exteriores era diferente. Jugábamos con la luz del sol y teníamos que rodarlo todo del tirón para que la cinta no perdiera continuidad o, de lo contrario, el público se daría cuenta de que una misma escena sucedía en dos tiempos diferentes. Así que si, por el problema del ventilador, Miriam se negaba a actuar, podía retrasar el trabajo de todos algunos días.

Todo era muy irónico. Cuando llegamos temíamos que el tiempo inestable de Galicia nos jugara alguna mala pasada y, al final, el único huracán que nos amenazaba era la señorita Miriam...

Encontramos una solución que preferí pensar que era cómica antes que vejatoria. Mi labor ese día consistía en dar aire a la gran actriz mientras ella... ¿lo agradecía? ¡No! Al revés, llevaba más de una hora y cuarto de pie de un lado para otro, moviendo el abanico en el punto que me señalaba, para tener que oír comentarios del estilo: «Más aire. —Pausa—. Así no, que me vas a despeinar. —Pausa—. Tengo la nuca empapada de sudor. —Pausa—. ¿Qué pasa?, ¿no te das cuenta de que se están formando gotitas en mi labio superior y se me va a correr el maquillaje?».

Como tenía mucha paciencia con la gente que no debía y sabía que, si explotaba, la iba a agarrar de los pelos, decidí ceder a todo con una amplia

sonrisa. «Claro», «ahora mismo» y «no me había dado cuenta» se convirtieron en las coletillas más usadas por mí durante toda la mañana; ya casi las decía por inercia, sin escuchar la orden previa que me había dado.

La tensión aumentó cuando se emperró en que le trajese gambas a la plancha con limón. Le repetí tres veces que allí arriba no había, y entonces me ordenó que las consiguiera.

—¿Dónde? Estamos en mitad del monte —contesté sin poder disimular mi irritación. Una es humana y, cuando le tocan durante horas los ovarios, ya no puede seguir fingiendo.

—Ése no es mi problema —fue su escueta respuesta.

No podía frenarme más. Como un toro bravo, estaba cogiendo carrerilla para lanzarme a su cuello cuando apareció Sam como un soplo de aire fresco.

—Bianca, te necesito —me llamó colocándose en la entrada del camerino portátil.

—Está conmigo —puntualizó con brusquedad Miriam para dejar bien claro que era su esclava en exclusiva. Nada de compartir.

Sam no supo cómo reaccionar. En el fondo creo que era un poco ingenuo e inocente y pensaba que no lo decía en serio. Esperó tres segundos a que ella dijera algo así como «¡Es una broma, no soy tan déspota!», pero eso no ocurrió. Es más, lo miró de un modo altivo, como si le molestara su mera presencia. Miriam lo veía como a alguien inferior, como si ella fuera una estrella y él un actor de tres al cuarto que debía besar por donde ella pasaba y dar las gracias a Dios al menos tres veces al día por compartir un plano con ella. Toda la magia y la compenetración que mostraban en pantalla acababa cuando el director decía «Corten».

—Es por algo del guion que no entiendo bien —explicó.

En ese momento, Miriam debió de darse cuenta de que, además de su sirvienta particular, también era la guionista.

—Está bien —rumió molesta—. Pero que me manden a otra chica —añadió la coletilla.

Respirando hondo para no volver sobre mis pasos y estrangularla, seguí a Sam. Fuimos directamente a la zona de catering. Me conocía bien: sabía que la comida amainaría mi instinto asesino.

—¿Algo de beber? —me preguntó regalándome una enorme sonrisa. Era tan pura, tan de verdad, que inmediatamente me calmé. Una especie de

efecto balsámico.

—¿Aquí hay whisky?

—Déjame pensar. —Se llevó el dedo al mentón, pensativo. Me resultó cómico—. Creo que no.

Sonreí.

—Da igual. Me inyectaré un café en vena.

—¡No! —Me apartó la cafetera de la mano riendo—. Si introduces cafeína en tu organismo, no podré detenerte y cometerás el asesinato — bromeó señalando a Miriam.

—¿Tan evidentes eran mis intenciones? —le seguí el rollo.

—¿Alguna vez has visto en las series de dibujos animados cuando algunos personajes se ponen rojos del odio? Tú los superabas.

Me decanté por un vaso de agua y un burrito de chocolate. El oro negro era algo a lo que nunca me podía resistir. Sam era más de salado y se sirvió unas galletitas rellenas de queso, un montadito de tortilla de patata y una Coca-Cola.

—¿Habéis terminado ya? —le pregunté. Esa tarde no los acompañaría, ya que tenía planes.

—Ojalá, pero no. Estamos en un descanso y quiero comer los alimentos que Miriam no me tiene prohibidos —comentó mientras tecleaba en su móvil.

—¿Te dice lo que tienes que comer? —Estaba anonadada.

—Sí, el primer día nos dio a todos los actores una lista de las comidas que no podíamos probar si teníamos una escena con ella.

—No le hagáis caso. Seguro que no se da ni cuenta... —dije, incitándolo a desobedecer a esa mala bruja.

—¡Sí que se da cuenta! Pedro una vez tomó lomo antes de venir, una loncha nada más, y lo notó conforme entraba en el set.

—Es una auténtica loca...

—... con una nariz prodigiosa para los olores o cámaras en todos los rincones para espiarnos —completó Sam por mí, y ambos estallamos en una carcajada.

Me sentía muy a gusto siempre que estaba con el hermano menor de los Williams. Últimamente, el flujo de emails entre los dos había disminuido porque prefería hablar por teléfono. En Madrid solía darle indicaciones a Lucía, pero ahora la pobre estaba completamente sola haciéndome el favor. Al verlo jugar con el móvil, tuve una idea.

—¿Hablas con Lucía? —le pregunté para sacarle información sobre la opinión que le causaba la mujer que había creado para él.

—No. —Las mejillas se le tiñeron de rojo, ruborizándose, y me alegré del efecto que teníamos en él. Tenía interés en mi doble—. Es Matteo.

Habían pasado algunos días desde mi último encuentro con Matteo, y la verdad es que había pensado mucho en él. ¡Y no conscientemente! Desde que me había transmitido la «electricidad», rara era la noche que no me despertaba y comprobaba que había vuelto a soñar con él, con sus ojos azules y su cabello negro despeinado.

De hecho, le había escrito un email a Sam haciéndome pasar por Lucía y, con el pretexto de querer ponerle cara al hermano del que siempre me hablaba, le había hecho mandarme la fotografía de ambos en el despacho. Ahora tenía en mi PC a los dos hermanos que poco a poco me volvían loca.

—¿Qué tal está? —pregunté, intentando disimular mi verdadero interés en él.

—Pregúntaselo tú misma.

Seguí la dirección que me señalaba esperando ver el Audi A8 al que me tenía acostumbrada, pero en lugar de eso apareció en una moto, vestido de oscuro de pies a cabeza. Vale, con traje estaba increíble y de sport irresistible, pero con la cazadora de cuero y ese aspecto salvaje de empotrador en potencia era una delicia; una especie de ángel caído para torturar a las mortales, la tentación en carne y hueso. «Mierda.»

Sam levantó los brazos y los agitó a un lado y a otro hasta que Matteo nos vio y acudió a nuestro encuentro. No supe cómo interpretarlo pero, mientras la moto se acercaba, comencé a ponerme nerviosa, con esas cosquillas y esa ilusión que piensas que no volverás a sentir cuando sobrepasas la adolescencia. Lo achaqué a que a Sam lo veía todos los días y Matteo era una variable menos constante en mi rutina.

Aparcó a nuestro lado y, por un momento, quedé en un discreto segundo plano. Mejor. Así podía observarlo sin que se percatara de ello. Bajó de un salto, se quitó el casco y se revolvió el pelo negro hasta dejarlo totalmente despeinado. Algo normal. Sin más. Pues bien, me pareció una imagen erótica. Algo así como la típica fantasía de un hombre con los vaqueros caídos, sin camiseta, que está arreglando un coche con el torso manchado de aceite y empieza a echarse agua por la cabeza. Un poco

enferma, eufemismo de salida, estaba por aquel entonces. Una era de carne y hueso y llevaba más tiempo del que deseaba sin estar con un hombre.

—Tener una moto así para correr como las abuelas... —le dijo Sam mientras lo abrazaba—. Te esperaba hace unas horas.

—Si supieras escribir y no me dieras mal las indicaciones, habría llegado a tiempo —bromeó él dándole un pequeño codazo.

—¡Estamos en mitad del monte y eso es lo que te he puesto! —Se separaron y Sam elevó los brazos al cielo fingiendo ser inocente.

—Muy preciso, sí, pequeño.

—¿Pequeño? ¡Dejaste de tener derecho a decirme eso hace unos cuantos años, que te sacó una cabeza!

Era tal su buena relación que ambos se olvidaron de que yo estaba allí, hasta que carraspeé disimuladamente.

—Bianca, no te había visto. —Matteo se giró y, como me ocurría a menudo en su presencia, en cuanto sus ojos se posaron en mí, comenzaron a sudarme las manos.

—Tendré que ir más veces vestida de griega entonces. —Hice referencia a nuestro encuentro en la fiesta de inicio del rodaje y a cómo él me había dicho que nuestra atención en el otro era inversamente proporcional.

Fiel a su estilo, Matteo seguía sin poner orden en ese pelo que parecía tener vida propia, con una punta para cada lado. Sin embargo, parecía diferente. Y no era porque sus ojos hubieran cambiado de color o me hipnotizara con la mirada hasta el límite de que me creía capaz de contar sus pestañas. Ésos eran rasgos suyos a los que me había acostumbrado. El detalle novedoso es que se había dejado una barba de dos o tres días que le daba un aire más maduro e interesante.

—¿Nos vamos para el hotel? —le preguntó a su hermano señalando el equipaje que llevaba en la moto.

—Verás, de eso quería hablarte —replicó Sam—. Nos hemos retrasado y tengo que quedarme un rato más esta tarde.

—Si no he entendido mal, vengo para dos días, y tú trabajas hoy y mañana vas a pasarte el día durmiendo. Lo que quieres es que sea tu chófer el domingo, ¿me equivoco? —bromeó él, y su hermano se encogió de hombros fingiendo ser un chico inocente.

—Es lo que tiene la dura vida del artista... —Sam se mofó de su propio comentario.

—Es lo que tiene tener mucho morro, señor —sonrió Matteo—. Algún día me arrepentiré de consentirte tanto. Veré qué puedo hacer para no aburrirme mientras esté aquí...

—¡Si quieres, puedes venir conmigo! —exclamé interrumpiéndolos, y ambos me prestaron atención. No sabía el porqué de mi impulso, pero Matteo parecía más que satisfecho—. Pedí esta tarde libre para ir a montar a caballo.

—¿Eres jinete? —preguntó interesado Sam.

—No —repuse avergonzada—, será la primera vez. Desde pequeña siempre he querido hacerlo y, de camino, vi un cartel en un pequeño pueblo y me prometí a mí misma que no me iría sin probarlo. He reservado cita para esta tarde, pero no creo que tengan problema en añadir a uno más al grupo. Si quieres, claro...

—No concibo un plan más entretenido, ¿a qué hora puedo volver para raptarte? —dijo Matteo con aire despreocupado.

—¿Ahora mismo no te viene bien?

—Perfecto.

Me tendió el casco y se subió a la moto para ayudarme.

—Esto no es justo. Vienes aquí con tu siniestra moto y te llevas a la chica —se burló Sam—. ¡Pasadlo bien! Y, Bianca, si vuelven a entrarte ganas de matar a alguien y es el insoportable de mi hermano, no lo dudes, ¡hazlo! —gritó mientras se despedía con la mano y yo me ponía el casco.

—¿Preparada?

—Sí.

—Agárrate fuerte.

Matteo dio gas y yo rodeé su cintura con las manos, enlazándolas en su vientre. Podía sentir su torso firme y fuerte al tacto. Apoyé la cabeza en el hueco de su hombro para ver la carretera y el paisaje de manera frontal y no marearme. Era cómodo. Encajábamos. Y olía tan bien...

Juro que mi intención era disfrutar del paisaje, pero se complicó con la imagen que tenía al lado: su perfil, con los labios apretados y el viento echándole el pelo hacia atrás. A la naturaleza salvaje de los montes gallegos les acababa de salir un digno competidor en cuanto a belleza se refería.

Tardamos pocos minutos en llegar al hotel, donde nos recibió la recepcionista más joven, que se quedó pasmada cuando vio entrar a Matteo vestido completamente de motorista con la maleta al hombro.

La pobre balbuceó mientras se dirigía a él. Era el efecto que Matteo tenía sobre las mujeres. Si lo mirabas a los ojos durante unos segundos, te olvidabas hasta de cómo se hablaba.

—¿Compartiré habitación con la señorita? —preguntó la chica, señalándome.

—No, me temo que la señorita Bianca no me lo permitiría, ¿estoy equivocado? —bromeó mirándome para ponerme en un apuro.

—Como siempre, tus deducciones son las correctas —afirmé.

—Entonces tendré que recurrir a la reserva que había hecho a nombre de Matteo Williams, por favor.

La chica rebuscó hasta que le tendió las llaves con mano temblorosa. Me percaté de que, mientras éste subía con la maleta a la habitación, la muchacha sacaba el móvil y le hacía una fotografía disimuladamente para luego ponerse a teclear como si le fuera la vida en ello. No dije nada. Me hizo gracia pensar que seguramente la estaría enviando al típico grupo de WhatsApp que todas tenemos con las amigas. Imaginé las burradas al más puro estilo obrero que pondrían éstas en cuanto abrieran la imagen.

Esperé a Matteo en la puerta mientras observaba a la gente disfrutar de la piscina. Había diferentes grupos de actividades que decidí clasificar por edad. Por un lado, estaban las personas de la tercera edad que disfrutaban del «vuelta y vuelta en la tumbona» hasta acabar con la piel negra como el carbón o hacían ejercicios en el agua con la monitora. Por otro, los niños que se negaban a seguir las normas de la socorrista y se tiraban en bomba mientras jugaban con los otros pequeños. Y, por último, mis favoritos, esos padres estresados que iban detrás de su recién formada familia de un lado para otro.

—Cómete la merienda.

—¡Ponle la crema!

—¡Vigila que no se tire al agua mientras yo cambio a la niña!

—¡¡¡Trata bien a tu hermano!!!

Ésos eran algunos de los comentarios que oía desde mi segundo plano de mera observadora. Me pregunté cómo sería como madre.

«¡Pésima! —exclamó mi subconsciente—. Si aún no estás criada tú, ¿cómo pretendes hacerlo con otros?», siguió argumentando.

No tenía instinto maternal. Nada. Cero patatero. A veces pensaba que había jugado tanto a las mamás y a los papás con mis Nenucos que me había hartado de ese rol. Y no es que no me gustaran los niños. Los

pequeños de mis amigas y mis sobrinos me encantaban. De hecho, solía ejercer una especie de atracción en los menores, puesto que, siempre que yo andaba cerca, tendían a querer jugar conmigo. Yo lo hacía encantada hasta llegar al borde del agotamiento y comprobar que ellos seguían como si nada, con las pilas y la energía aún recargada.

Lo que no me imaginaba era a mí misma como madre. ¿Se me despertaría algún día el instinto?

Si así era, ¿los consentiría o sería un sargento? ¿Soportaría su edad del pavo? ¿No dormiría hasta que llegaran por las noches? ¿Fingiría no saber que van borrachos cuando llegaran a mi casa con signos evidentes? ¿Insistiría para que se lo comieran todo hasta cebarlos?

Y, lo más importante, ¿quién sería el hombre con el que daría un paso tan importante?

—¿En qué piensas? Pareces muy concentrada —me interrumpió Matteo, que se había cambiado para ponerse un chándal más cómodo y apropiado para ir a montar.

—Nada importante —mentí.

—No te creo. Siempre que arrugas la nariz es que por tu cabeza ronda algo significativo. No sabes lo que me gustaría poder colarme dentro. —Sonreí—. Por cierto, me encanta tu nuevo complemento.

—¿Cuál?

—Las pecas. —Cuando me daba el sol solían salirme unas pocas por las mejillas y la nariz. Matteo las acarició, paseando la yema del dedo con tranquilidad, disfrutando del contacto—. Te hacen todavía más adorable... ¿Nos vamos?

Asentí, tratando de recordar cómo se respiraba.

Le tendí la tarjeta con la dirección de la hípica y nos marchamos dejando atrás el hotel y mis cavilaciones sobre el futuro.

CAPÍTULO 19

El camino tenía sus partes buenas y malas, como todo en la vida. Por un lado, las vistas eran maravillosas. Había zonas en las que la gravilla se mezclaba con la naturaleza y, si alzaba la mano, era capaz de tocar las ramas, los arbustos y las flores que salían a nuestro paso. Los animales, conscientes de que ese lugar era más suyo que nuestro, no se escondían a nuestro paso, sino que se asomaban curiosos por los nuevos visitantes. En más de una ocasión deseé haber llevado conmigo mi Nikon para tomar alguna instantánea.

La parte negativa era la calidad de la calzada. Cuando, viniendo de camino, vi una pequeña señal pintada a mano que indicaba que había una hípica a diez kilómetros por la carretera secundaria, supuse que ésta nos llevaría directos, no que una vez allí tendríamos que coger un camino de tierra, baches y algún que otro hueco. Pese a que Matteo redujo considerablemente la velocidad, no pude evitar agarrarme a él más fuerte y cerrar los ojos en algunos tramos, como si el hecho de que no viera el peligro hiciese que no existiera.

—¿Tienes miedo? —me preguntó a través del casco una de las veces. Me di cuenta de que le apretaba tanto que posiblemente le hacía daño clavándole mis uñas en el abdomen.

—¿Tú no? Este viaje parece de locos. Y más en moto. Si fuéramos en un coche... —Sin lugar a dudas, la carrocería del vehículo me haría sentirme más segura.

—No, mi moto es mi medio de transporte favorito. Me permite sentirlo todo de un modo más intenso y real.

Asentí. Obviamente, el hombre que me había contado que echaba de menos África por su naturaleza debía de estar encantado en un sitio tan puro y mágico como Galicia.

Tardamos un rato largo, dando vueltas de un lado para otro, pero al final dimos con la dichosa hípica. Pertenecía a una casa rural en mitad de la nada, literalmente, que contaba con numerosas actividades al aire libre para los viajeros que preferían pasar sus vacaciones en un sitio íntimo,

solitario y apacible. La estética era antigua, con toda la fachada construida a base de piedras grisáceas, un hórreo en la puerta y numerosos detalles rupestres en el jardín.

Matteo aparcó la moto en la pequeña explanada que estaba frente a la hípica y daba paso al camino que llevaba a la casa rural. Agradecí bajarme y noté que las piernas aún me temblaban a causa de la vibración del motor y la tensión que había soportado durante todo el viaje.

«Perfecto para montar a caballo», me dije irónicamente.

—¡Vamos dentro! —exclamé emocionada mientras le tendía mi casco a Matteo y él lo guardaba.

Desde bien pequeña tenía idealizados a los caballos. Siempre había querido aprender a montar, pero lo había ido dejando. Cada año, entre mis deseos de año Nuevo se encontraba pagarme unas clases de equitación, pero cuando no trabajaba suponía mucho dinero para mis padres y, cuando tenía empleo, carecía de tiempo. Así, por unas cosas y otras, nunca había tenido la oportunidad, y esa vez no pensaba desaprovecharla.

Entramos en la recepción y llamamos al timbre que había sobre la mesa. Matteo andaba con paso firme y tranquilo, y yo parecía que de un momento a otro iba a ponerme a dar saltitos a causa de la emoción.

Un señor mayor con barba blanca y unas grandes gafas redondas salió a recibirnos.

—Buenas tardes —lo saludé—. Llamé el otro día. Tengo una reserva para las ocho de la tarde a nombre de Bianca Langreo. —Miró en el listado y asintió tachando mi nombre—. ¿Me gustaría saber si es posible apuntar a un acompañante? —señalé a Matteo.

—Por supuesto, así el pobre Álvaro no se sentirá tan solo entre tantas mujeres. —Por su tono deduje que no era español. Su acento me sonaba a rumano. Imaginé a ese anciano llegando años atrás a España para cumplir su sueño de montar una cuadra en Galicia—. Seguidme.

Comenzó a andar y noté que cojeaba un poco. Supuse que el chico que había mencionado, Álvaro, debía de ser el guía, ya que el señor mayor no podría montar. Sujetó una puerta lateral para que entráramos en la cuadra.

Pronto comprendí a qué se refería cuando decía que la compañía de Matteo haría que Álvaro no se sintiera tan solo entre tantas mujeres. La cuadra estaba llena de un grupo de chicas que debían de estar en una despedida de soltera. No era complicado adivinarlo, pues todas llevaban

las típicas —y un poco ridículas— orejas de conejitas. Entre ellas destacaba una con una banda colgada que decía: «¿Aún no la has probado? ¡Date prisa, que se casa!».

—¿Todavía quieres montar? —le preguntó el hombre a Matteo guiñándole un ojo—. Voy a sacar a vuestros caballos.

El pobre guía estaba intentando ayudar a subir a una de las mujeres, que, debido a su poca estatura, no podía pasar la pierna sobre el lomo de su animal. La empujaba con todas sus fuerzas, pero no había manera. Mientras, el resto, en vez de ayudar, permanecían impasibles esperando su turno con temor. La verdad es que, una vez allí, yo también tenía un poco de miedo. Nunca había estado tan cerca de un caballo, y se me antojaron demasiado grandes, salvajes e incontrolables.

—Perdone —detuve al señor—. No habrá ninguno más pequeño, ¿verdad?

—Como no quieras un poni o a *Pepe*... —señaló un burro enano que corría a sus anchas por la cuadra olisqueándolo todo—. Pero te advierto que el poni tiene muy mala uva y *Pepe*... simplemente se come todo lo que encuentra a su paso. Podrías tardar en hacer la ruta dos días y seguiría devorando margaritas.

El burro, como si supiera que estábamos hablando de él, acudió a nuestro encuentro con las orejas levantadas. Involuntariamente, me eché hacia atrás y me topé con Matteo, que estaba disfrutando de mi temor. Se adelantó y comenzó a acariciarle el morro y el lomo al animal.

—Un caballo está bien. Pero de los buenos, y que no vaya muy deprisa —puntalicé notando cómo se me disparaba la adrenalina. ¿Por qué habría querido ir a montar, con lo bonito que era imaginarlo cuando veía los caballos en la televisión?

El señor se marchó hasta donde estaban el resto de los animales encerrados y empezó a hablarles mientras los tocaba y les daba palmaditas. Parecía que los comprendía, puesto que, tras escuchar sus reacciones a su tacto, decía frases como «Está bien, por hoy no hay más viajes» o «Mira que te gusta quejarte».

Tras hacer la ronda, seleccionó a un par: uno blanco con motitas marrones y negras y otro completamente marrón. Los llevó hacia nuestra posición logrando que *Pepe* se apartara a su paso.

—Éste —le tendió a Matteo las riendas del que tenía manchas— para el caballero. Es joven y manso, pero un poco impulsivo. Si invaden su

espacio personal cuando no está en marcha, tiende a repartir coces, así que guíalo para que se aparte.

«¿Coces? ¿Guiar al animal?...» Yo pensaba que estaban entrenados para actuar como autómatas o robots y que no requerían de nuestro manejo. Si antes estaba pensando en la posibilidad de abandonar esa aventura, cada vez me parecía mejor idea.

—Y éste es el tuyo. —El hombre se dirigió a mí mostrándome el marrón. Era un caballo muy alto con unas patas enormes. Tal vez el más grande de todos los que estaban allí—. No te dejes engañar por su tamaño: es el percherón más tranquilo que tenemos aquí —trató de tranquilizarme—. Ni aunque viera a una yegua saldría corriendo. Su hobby favorito es descansar y comer.

Lo miré a los ojos y el animal me devolvió la mirada. Había leído que los caballos eran seres muy inteligentes, por lo que no supe si me estaba analizando. Como si pudiera sentir mi temor.

—¿Sabéis montar? —nos consultó el hombre.

—No —me apresuré a aclarar para que me diera todo tipo de facilidades.

—Sí —afirmó Matteo con seguridad.

En ese momento recordé las numerosas escenas de su libro que transcurrían a caballo. ¿Serían sus propias experiencias?

Desde la otra punta, Álvaro llamó al señor mayor para que lo ayudara con una nueva chica, que parecía que iba a caerse.

—Vaya tranquilo, yo ayudo a subir a Bianca —lo liberó Matteo, y el hombre asintió y se alejó.

Esperé a que el dueño de la hípica estuviera lo suficientemente lejos para hacerle una proposición.

—¿Y si nos marchamos?

Matteo me miró concentrado con las cejas enarcadas mientras trataba de averiguar si lo decía de verdad o no. Era totalmente cierto que quería huir de esos cuerpos que pesaban toneladas y podían tirarme al suelo de un momento a otro.

—Me temo que no —repuso colocándose a mi altura—. El miedo te hará perderte un mundo lleno de oportunidades. No seré yo quien me alíe con tu peor enemigo.

—¿Estás dispuesto a cargar en tu conciencia el peso de la culpa si me caigo? ¿A tener la obligación de cuidarme si me rompo una pierna con el

golpe? —lo reté viendo que no había solución. Yo había decidido llegar hasta allí guiándome por un sueño y ahora tenía que cumplirlo.

—Creo que es una carga que puedo soportar. —Acarició a mi caballo por detrás de las orejas. Me pareció un gesto íntimo, personal, de complicidad.

—Debo avisarte de que soy muy mala paciente. —Jugué mi última carta divertida.

—Y yo que, como doctor, utilizo métodos a los que no estás acostumbrada —Matteo susurró esta frase con su voz aterciopelada y seductora, haciendo que me planteara, como de costumbre, si siempre hablaba con doble sentido.

Tuve tentaciones de girarme y besarlo allí mismo. Su sensualidad lograba provocarme más que ningún hombre en mi vida. Lo deseaba. No había vuelta atrás.

Expulsando los malos pensamientos de mi cabeza, me recogí el cabello en una trenza y le dije que ya estaba preparada.

—Muy bien, al caballo se sube por el lado izquierdo, así que vamos allí. —Una vez en el extremo correcto, Matteo prosiguió con su tutorial—: Coloca el pie izquierdo sobre el estribo...

—¿El qué?

—Esa especie de argolla metálica —puntualizó mostrándomela.

Le hice caso.

—Ahora agárrate a las riendas y a las crines, el pelo largo del caballo del cuello, y con un impulso te subes.

Intenté hacer todo lo que me indicaba, pero por casi me caigo de culo sin lograr pasar la pierna por el lomo del animal. De verdad no me creía que, si había niños que iban a hacer rutas a caballo, yo fuera a ser la única patosa que no lo lograra.

—Tal vez necesitas a alguien que te empuje. —Se colocó para hacerlo.

—No, gracias, puedo yo sola.

No me gustaba que me trataran como a una damisela en apuros. Si la gente normal lograba subirse con éxito, yo también lo haría sin importar el número de intentos que necesitara.

Me concentré en ascender a la montura sin pensar en nada más y finalmente lo logré.

—¡Viva! —exclamé alegre sin agarrarme a ningún lado, eufórica por

mi pequeña victoria.

—Estás hecha toda una amazona —comentó Matteo desde su posición.

Iba a replicarle cuando me percaté de la altura a la que me encontraba y me entró un poco de vértigo. Por si eso fuera poco, el animal comenzó a moverse. No fue un meneo brusco, simplemente se agachó para coger un poco de heno, pero aun así regresó la inseguridad.

—La silla se mueve, Matteo —le indiqué al darme cuenta de que no estaba completamente fija.

—No debes temer que se caiga: está lo suficientemente apretada como para que no se mueva al trotar o al galopar. Y no creo que lleguemos a esa segunda opción —matizó examinando al grupo.

—¿Qué postura tengo que llevar y cómo lo manejo? —pregunté desde las alturas, puesto que mis únicas referencias eran las películas donde había visto a los jinetes montar.

—En primer lugar, no lo manejas; lo montas y ambos os fusionáis en uno. Intenta ir lo más derecha posible, con los hombros erguidos y el pecho hacia afuera. —Se acercó y me ajusto los estribos—. Apoya sólo la parte delantera del pie, el talón debe ir hacia abajo —continuó. Yo cumplía todo lo que me decía como una buena alumna—. Extiende las manos y coge la brida. —Me tendió las riendas del animal, que parecían estar integradas en su bocado.

Dicho esto, me dejó sola y fue con paso decidido hasta su caballo, al que montó de un salto. ¿Por qué me daba tanto morbo su vertiente ruda? Era atractivo elegante, de sport, de jinete y luciendo el look del motero duro, fuerte y malote.

—Para que el animal comience a andar tienes que golpearlo suavemente. Sin miedo y sin sacar los pies de los estribos —continuó con sus lecciones aproximándose con su caballo.

—¡No te acerques! —grité, y Matteo me miró confuso—. Tu caballo es el salvaje al que le gusta dar coces a los demás si invaden su espacio personal —recordé—. No quiero que el pobre mío me tire un segundo después de subir por culpa de tu camorrista.

Matteo asintió riéndose.

—Voy a dar una vuelta para que el «camorrista» y yo nos conozcamos antes de emprender la ruta.

—¿Y me dejas sola? —exclamé, pero él ya no me escuchaba.

Cabalgaba alrededor de la cuadra—. Ya verás como al final me estampo, con lo bien que estaría tumbada al sol el último día de playa —murmuré enfadada conmigo misma por meterme en esos enredos.

—No te preocupes —me animó una desconocida que se encontraba acariciando al burro *Pepe*. Era menuda y llevaba dos trenzas de raíz que la dotaban de un aspecto más juvenil. Me sonaba de algo, pero no supe dónde ubicarla—. También es la primera vez que mis amigas vienen a una hípica, así que todas partís con el mismo nivel.

Me señaló al grupo de chicas a las que, poco a poco y con mucha paciencia, Álvaro lograba sentar en los diferentes animales. Acababan de percatarse de la presencia de Matteo y lo miraban como si los ojos se les fueran a salir de las cuencas. Claro que el hombre tenía un poco la culpa. Si ya de por sí llamaba la atención por su físico, verlo subido al caballo como el vaquero de tus sueños, cabalgando como si llevara haciéndolo toda la vida, hacía que nadie pudiera evitar reparar en su presencia.

—¿Tú no montas? —le pregunté a la chica para no tener que reflexionar sobre esa punzada de celos que sentía al ver cómo se lo estaban comiendo con los ojos. Y ya no eran sólo las miradas, sino que algunas iban acompañadas de comentarios que prefería no oír.

—Me temo que no puedo. —Se giró para que viera su enorme barriga de embarazada—. Aunque este pequeño parece ilusionado con la idea y desde que hemos venido aquí no deja de dar patadas de un lado para otro —bromeó acariciando su vientre.

—¿De cuántos meses estás?

—Ocho y diez días.

«¿Y qué haces de despedida de soltera cuando deberías estar descansando para el parto?», quise preguntar, pero me contuve.

—La chica que se casa es como mi hermana —explicó ella—. No podía perderme la despedida. Pero sólo participo en las actividades de comer y descansar tumbada. En el resto, me limito a observar.

El guía silbó para que todas le prestáramos atención y nos hizo un gesto desde su llamativo caballo blanco para que nos acercásemos a su posición.

—Tengo que irme —me despedí.

—Aquí os espero, y ánimo, seguro que lo vas a pasar genial con tu pareja.

Sonrió mirando a Matteo, que se dirigía a buscarme ante la cara de

fastidio de las demás, que acababan de percatarse de mi inoportuna existencia. Seguro que más de una ya estaba frotándose las manos maquinando un plan para acabar llevándose esa noche a su cama al moreno.

—Gracias —le dije sin sacarla de su error sobre mi posible relación con el jinete de ojos azules.

—¡Sígueme! —me ordenó Matteo, que parecía divertido encima de su nuevo amigo. Esa sonrisa, que hasta ahora me era desconocida, hacía que pareciera un niño disfrutando de un juguete nuevo. Me gustó verlo en esa faceta.

Tal y como me había explicado, comencé a golpear los flancos del caballo con los talones, pero no ocurrió nada. Mi señor percherón seguía sin moverse ni un centímetro. Insistí, pero no cambió de actitud.

—Prueba con la tira de la rienda. Utilízala para marcar una dirección. Así, el hocico del caballo le indica hacia adónde debe ir y, al mismo tiempo, espoléalo con el talón en dirección al lado del que debe girarse.

Lo hice y el animal comenzó a andar.

—No vayas nerviosa. —Se situó a mi lado—. Háblale.

—¿Quieres que sea la mujer que susurraba a los caballos? —bromeé.

—Quiero que te ganes su confianza y ambos disfrutéis de una hermosa tarde de verano. Los caballos son seres muy inteligentes, acabarás por gustarle.

Acostumbrados, los animales se colocaron en una especie de fila india en la que el caballo blanco, que llevaba al guía, era el primero. Álvaro pasó y nos saludó uno a uno explicándonos que la ruta duraba más o menos una hora y que nos adentraríamos en el interior de una montaña.

Nos avisó de que los caballos tenían tres formas de moverse: paso, trote y galope. El primer ritmo, al que iríamos hasta que cogiéramos confianza, era el normal del animal al andar. Luego, si todas accedíamos, iríamos un poco al trote, lo que, según entendí, era correr suavemente. El galope nos estaba totalmente prohibido, ya que era correr alcanzando grandes velocidades. Algunas chicas se quejaron al oír ese último dato y yo suspiré aliviada, pensando que ni siquiera sabía si querría llegar a probar el trote.

—Si necesitas parar en algún momento —dijo Matteo, que se había puesto en paralelo conmigo, dejando el suficiente espacio para que su animal no atacara—, tira de ambas riendas simultáneamente, con firmeza

pero no violentamente, hacia atrás. Recuerda que bajo ningún concepto debes hacerle daño.

—¿Cómo sabes tanto de caballos?

—Fue una de las actividades más emocionantes que tuve que aprender para...

—Tu libro, ¿verdad?

—No, para ganar algún dinero extra cuando mis padres atravesaron los malos momentos económicos. Ya te conté que tuve que trabajar de casi todo.

—Eso dice mucho de ti. —Oírlo hablar de su familia hacía que me sintiera orgullosa de él.

—O de los que no lo hacen. Ayudar a tus seres queridos no debería honrar a una persona, sino ser algo común y habitual.

—¡Tenéis que ir en línea recta! Por favor —nos regañó el guía, que bastante tenía con vigilar al numeroso grupo de mujeres.

Matteo le hizo caso inmediatamente y se colocó con su caballo detrás de mí, sospecho que para vigilar todos mis movimientos, ayudarme en el caso de que hiciera falta y transmitirme seguridad.

Poco a poco, logré compaginarme con mi compañero de viaje. Al animal le gustaba pararse a comer cada vez que alguno de sus colegas se detenía a defecar en mitad del camino. Yo agradecía su actitud, puesto que otros, en la misma circunstancia, optaban por zamparse la mierda.

A éste lo único que le encantaba engullir eran las margaritas. Durante el trayecto, se paró cada vez que veía ese tipo de flores y tuve que ejercer toda mi fuerza de voluntad para convencerlo de que continuáramos. Pese a que Álvaro se había acercado en una de las ocasiones a aconsejarme que fuera más autoritaria, yo creía que era mejor dejarlo. Así lo tendría contento y no saldría corriendo o algo peor.

El tiempo nos estaba acompañando, aunque empezaban a asomar unas nubes que amenazaban tormenta. Parecían muy lejanas, así que no me preocupé y seguí disfrutando de la experiencia novedosa y gratificante.

En realidad no estaba hablando mucho durante el camino, ya que prefería evadirme. De vez en cuando me venía bien encerrarme en mí misma y disfrutar de mi propia compañía, y ése era uno de esos momentos. No siempre era conveniente llenar el silencio con absurdas conversaciones.

Intuía que Matteo pensaba algo similar, puesto que en un par de

ocasiones me había girado para ver cómo iba y lo había encontrado ensimismado mirando con atención cada uno de los detalles que tenía delante, como si estuviera robando imágenes de ese lugar para luego recobrarlas en alguno de sus relatos.

—Vamos a parar un minuto para que los caballos beban un poco de agua —explicó Álvaro, y todos los animales obedecieron al corcel blanco, que debía de traducir las órdenes de su amo o algo así—. Si tenéis cámara de fotos os puedo tomar una a los dos grupos, la abarrotada despedida y nuestra extraña pareja, de recuerdo.

Miré a Matteo y él negó con la cabeza. Yo tampoco llevaba nada excepto el móvil, y las fotografías no tenían mucha calidad. Recordé el trasto que usaba el señor Williams como teléfono y supe que tampoco me servía. Además, dudaba mucho que Matteo posara conmigo, con lo que odiaba salir en las fotografías. De hecho, sólo lo había visto en una y era en la que salía con Sam. Esa que, gracias a mi doble Lucía, ahora descansaba en mi PC.

De alguna manera le sacaría a Sam cómo había conseguido que su hermano accediera, pensé.

Estaba riéndome de mi futura hazaña cuando algo sucedió. Sin previo aviso y ninguna señal que pudiera advertirme de ello, mi caballo cayó de lado a tierra.

—¡Ahhh! —grité una vez en el suelo con los ojos cerrados mientras notaba cómo el polvo se extendía a mi alrededor.

—¿Estás bien? —oí que decía Matteo, que se bajó de un salto de su animal y corrió a mi encuentro preocupado, con la cara desencajada.

Sin pensarlo dos veces, me escabullí del percherón arrastrándome por el suelo y tosiendo por todo el polvo que había tragado.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Matteo examinándome la cara en busca de alguna herida—. ¿Te duele algo?

—No —lo tranquilicé, extrañada de que hubiera perdido tanto el autocontrol—. Estoy bien. Creo que el pobre no ha querido tirarme, sino que se ha dejado caer lentamente para que no me hiciera daño —dije evaluando la situación—. No se estará muriendo, ¿verdad?

Mi pobre percherón castaño me miraba desde el suelo con la cabeza inclinada. Parecía triste o enfermo. En esos momentos no me importaba que se hubiera tirado al suelo, sino su salud.

—No —me contestó Álvaro, que bajó para ayudarme a ponerme de

pie—, pero sabe que ha hecho mal y te mira con esa cara de corderito degollado para que lo perdones y no le caiga una buena bronca —me explicó.

Matteo se le adelantó y me tendió la mano. La apreté y él tiró de mí hasta que estuve de pie.

—¿Y por qué se ha precipitado de repente? —pregunté.

—Porque es un cabroncete vago —sonrió el joven mientras le daba una palmada en el muslo—. La silla de montar le da mucho calor y aprovecha cualquier parada para revolcarse en la arena y refrescarse. El problema es que le da igual hacerlo solo o acompañado. Luego emplea sus dotes de actor dando pena a los que lo montáis y asunto resuelto.

—Si es así, ¿por qué no se levanta?

El resto del grupo atendía a las explicaciones como si fuera una clase magistral. Posiblemente mi caída sería algo que contarían nada más llegar y de lo que se reirían en futuras cenas con los amigos.

Matteo no se había movido de mi lado y seguía sujetándome por si perdía el equilibrio de un momento a otro. Pese a que le había dicho que estaba bien, su rostro todavía reflejaba una pizca de preocupación. El susto aún no le había abandonado el cuerpo.

—Se levantará cuando tú se lo digas. Te está esperando —señaló Álvaro.

Me acerqué al caballo sin confiar mucho en sus palabras.

—¡Levanta, grandullón! —le dije y, como si me entendiera, el animal lo hizo al instante.

Iba a subirme cuando reulé.

—¿Queda mucho para regresar?

—Veinte minutos —calculó el guía a ojo—. O tal vez un poco menos porque va a caer una tormenta de verano, así que iremos al trote el resto de la travesía.

Llevaba razón. Al cabo de pocos minutos, un manto oscuro se había adueñado del cielo. El azul claro con el que nos habíamos levantado había sucumbido ante esas nubes cerradas que transformaban su tono en una mezcla de grises. Observamos un relámpago y sonó un trueno que parecía un rugido proveniente de algún tipo de dios. Iba a comenzar a descargar de un momento a otro.

—Estoy pensando que tal vez sea mejor que termine el trayecto andando. Me da un poco de miedo volver a caerme... —dije.

Supuse que Álvaro me animaría, pero Matteo se le adelantó.

—No, vas a volver a subir, y ¿sabes por qué? Porque cada vez que te caigas haciendo cualquier cosa tienes que levantarte y volver a intentarlo. Si no le cogeras miedo o manía y será más difícil de superar en un futuro.

Iba a argumentarle que no estaba de acuerdo, pero no me dio tiempo. Ágil y veloz, me empujó por el culo obligándome a coger las riendas para subir de nuevo.

—Los temores se combaten antes de que se conviertan en fobias y limiten tu vida —aclaró saltando de nuevo a su caballo.

En cierta manera llevaba razón. Posiblemente, si no hubiera montado ese día, ya no habría vuelto a hacerlo nunca más en la vida. Al principio me costó un poco, y apretaba las riendas atenta a cualquier movimiento del animal. Poco a poco la situación volvió a normalizarse, e incluso disfruté de los pocos minutos que fuimos al trote con el eco de los truenos sonando cada vez con más potencia.

Llegamos a la hípica justo cuando las primeras gotas caían sobre nosotros. Matteo me cogió en volandas para bajarme del caballo y juntos corrimos hasta la pequeña casa rural a esperar a que amainara el temporal.

CAPÍTULO 20

Hora y media después, todo había empeorado. El cielo descargaba con fuerza y violencia. Daba la sensación de que estábamos siendo testigos del fin del mundo. Todo un espectáculo visual compuesto por rayos, relámpagos y un manto de lluvia allá donde mirase.

Lola, la abuela de la familia que regentaba la casa rural, dijo que se trataba de «una tormenta de verano».

—Es algo muy común aquí. Hoy se pasará la noche lloviendo y mañana saldrá el sol como si nada —nos explicó al ver nuestras caras de preocupación.

La anciana me había dejado una rebeca mientras esperábamos para que no tuviera frío y me había acompañado mientras Matteo iba a llamar a las cuadras, que era el único lugar donde había cobertura. Durante ese tiempo me había explicado leyendas y mitos gallegos en los que intervenían romanos, celtas, algún que otro fantasma y muchas brujas.

Era una mujer divertida, una especie de narradora nata con don de gentes, que se había dedicado toda su vida a la cocina de esa casa. Me contó que, ya en la época de la guerra civil, su abuela trabajó allí ayudando a las jóvenes que quedaban viudas de un bando y de otro. Luego se hizo cargo su padre y ella aprendió la labor. Por aquel entonces, la mayoría de los clientes eran pastores y ganaderos nómadas que pagaban su estancia con algún animal con el que luego se podían alimentar.

—Las épocas cambian y los clientes también. El legado que les dejo a mis hijos es una bonita casa para turistas y parejas que desean perderse en la intensidad de la noche gallega —afirmó señalándome a Matteo, que acababa de volver y se estaba sacudiendo el cabello mojado—. No pagan por protección, lujo o necesidad, sino por encontrarse a sí mismos en el silencio de la montaña. Eso sí, todos comparten un gusto...

—¿Cuál? —pregunté curiosa.

—¡El churrasco casero con la receta de mi abuela! Nadie puede resistirse. —Estalló en carcajadas.

—Imagino que no podrá decirme la receta, ¿verdad? —bromeé

poniéndome de pie.

—Me temo que no. Pero si quieres puedes probarlo. Ya te he dicho que, si lo necesitáis, aquí aún sobran un par de habitaciones.

—Voy a ver qué le han dicho a mi acompañante y le confirmo nuestros planes.

Me levanté y acudí junto a Matteo, que me hacía señas desde la entrada.

—¿Por qué no pasas? —le pregunté.

—No quiero mojarlo todo. Esperaré a secarme un poco —repuso educado. Me abstuve de decirle que para que eso sucediera faltaban aún horas, con la humedad que había.

—¿Y bien?

—Sam me ha dicho que por allí también está lloviendo. Los ha pillado una vez habían terminado el rodaje y habían recogido, así que no ha habido ningún problema. Bueno, uno que no he entendido bien. Me ha dicho que te diga que «la bruja ha recibido su merecido y se ha escurrido cayéndose en el barro» —recitó confuso.

Imaginé a la siempre divina Miriam revolcada como un cochino y no pude evitar reírme a carcajadas. Se lo tenía merecido por prepotente, engreída y mala persona.

—¿Y el tráfico? ¿La carretera?

—Ha estado mirando en el portátil. Me ha dicho que la general está bien. El problema es este camino. Por lo visto, está bastante embarrado y no me fío mucho de hacerlo en la moto, con la que está cayendo. —Me observó tratando de descifrar mi opinión.

—Entonces nos quedamos a pasar la noche aquí, ¿no? ¡No pongas esa cara, que tampoco es una tragedia! Anda que no hay problemas más graves... —lo imité como el día que se me rompió un zapato, guiñándole el ojo—. Voy a avisar a Lola de que necesitamos *dos* habitaciones.

Regresé junto a la mujer, que estaba ayudando a Álvaro a encender la chimenea. Pese a rondar los ochenta años, tenía más agilidad y fuerza que yo.

—Al final, nos quedamos.

—¿Os apunto un churrasco para cenar? —preguntó.

Miré el reloj y comprobé que ya eran las diez de la noche pasadas. En las Rías Baixas anocheceía más tarde, y eso hacía que me confundiera cuando trataba de adivinar la hora.

—Sí —respondí.

—¿Por qué no entra? —me preguntó Domenec, el anciano de las cuadras, que acababa de pasar por mi lado. Según me había contado Lola, se habían conocido en Santiago de Compostela cuando él iba allí de vacaciones con su familia, y desde entonces no se habían separado.

—No quiere mojar los suelos.

—¿Que no diga tonterías! ¿Cómo se llama? —me preguntó Lola.

—Matteo.

—¡¡¡Matteo!!! —gritó con un cantarín acento gallego—. Ven ahora mismo aquí y ponte cerca de la lumbre, no me vayas a coger frío. — Luego cambió su foco de atención a Álvaro—. Seguro que más o menos usáis la misma talla, ¡déjale algo para que se lo ponga!

El jinete asintió como si se tratara de la orden de un general y se marchó hacia su habitación. Volvió al rato con unos pantalones vaqueros y una camiseta blanca básica que le prestó a Matteo. Al principio éste se negó un poco incómodo por si el joven se había visto obligado a prestárselos por la insistencia de su abuela pero, tras comprobar que su ofrecimiento era sincero, se marchó al baño para cambiarse.

Mientras tanto intenté ayudar a Lola en la cocina, sintiéndome un poco en deuda por la amabilidad que me estaba demostrando esa familia. Pero la señora no me dejó y, colocando los brazos en jarras, me mandó de vuelta al comedor.

—La cocina es territorio de una sola persona y ésta es mía —bromeó mientras cerraba la puerta y me decía que me relajara al lado de la pequeña hoguera en la mesa que nos habían preparado.

El mantel era verde, con unas servilletas del mismo color pero con un tono más intenso. Encima de la mesa nos habían colocado una pequeña vela y unas flores, que seguramente la mujer había recogido ese mismo día.

Matteo regresó pasados unos minutos con su nuevo atuendo, que le venía como anillo al dedo. Las chicas de la despedida aún no habían hecho acto de presencia en el comedor, pero no me extrañaba. Con tanta mujer que ducharse, alisarse el pelo y elegir la ropa, lo mismo aparecían cuando estuviéramos con los postres.

—¿Te ocurre algo? —me preguntó Matteo mientras se sentaba al ver que me movía hacia uno y otro lado.

—Me duele el culo —confesé—. ¿A ti no?

Negó con la cabeza con una sonrisa pícaro.

—¿Voy a por la carta?

—No es necesario. Soy una chica de recursos y he pedido por los dos.

—Bien. Ahora sólo falta que hayas acertado con lo que me gusta.

—¿Contigo? ¿Acaso lo dudas? Vas de chico misterioso y seductor, pero yo ya te tengo calado. Lo siento, señor Williams, pero debo decirte que desde hace unos días ya no encierras ningún secreto para mí.

—Puede que aún esconda alguno que otro as bajo la manga...

—Es verdad —recordé—. ¿Cómo te hiciste la cicatriz? —Cogí su mano con total familiaridad y la observé embelesada—. Creo que, después de tanto tiempo, ya me merezco conocer este enigma.

Apartó la mano de un tirón y me extrañó. Normalmente era yo la que huía de sus caricias y él el que buscaba el contacto.

—Para saber eso aún necesitas ganarte más parcela de mi confianza.

Lola llegó en ese momento con el plato más enorme que había visto en mi vida de costillas asadas con una especie de salsa por encima, patatas asadas y pimiento rojo. Olía tan bien que empecé a salivar como un animalillo hambriento.

—Ribeiro —explicó mientras nos dejaba una botella sin etiqueta encima de la mesa—. Éste corre por cuenta de la casa.

Se marchó y me disponía a retomar la conversación cuando noté que Matteo parecía un poco reacio a hablar de ello. De hecho, esperaba un tanto incómodo. Reprimí mi curiosidad.

—¿He acertado? —Noté como suspiraba tranquilo porque no insistiera.

Con el cuchillo, separó una de las costillas del resto y, cogiéndola con la mano, le dio un bocado que masticó lentamente, provocándome. Se ayudó de un trago de vino de la casa para disfrutarlo.

—Sí, Bianca, casi diría que lo has hecho mejor que si lo hubiera pedido yo mismo.

Lola pasó en ese momento por nuestro lado con un par de platos de pescado que dejaron su aroma en toda la sala. Estuve tentada de pedir uno de éstos también, aunque sólo fuera para probarlo.

—Empiezo a creer que tu hazaña no tiene tanto mérito —dijo entonces Matteo—. Sospecho que adoraría cualquier comida que preparara esa señora.

Iba a espetarle algo bromeando cuando oí que alguien me llamaba a mi espalda. Reconocí la voz y no pude sino quedarme rígida, sin saber cómo reaccionar, mientras notaba que empezaba a encontrarme mal. Se me hizo un nudo en el estómago.

Hacía mucho tiempo que no lo veía y no quería ni mucho menos hacerlo allí ni en ese momento.

—Bianca, ¿eres tú? ¡No lo puedo creer! —fueron las únicas palabras de Israel que logré oír antes de que se lanzara a darme un abrazo.

¿Qué hacía mi ex allí? ¿Y por qué me abrazaba como si fuera un osito mimoso? «A los ex se les da dos besos por respeto, no se los estruja como si fueran familia», me dije en esos agónicos segundos.

El chico permanecía exactamente como lo recordaba. Los años no habían pasado por él. Los mismos ojos gigantes color caramelo y el pelo canela rapado. Llevaba sus eternas Converse y una camiseta de ositos que ya se ponía cuando estábamos juntos. Noté que estaba un poco más fuerte que entonces, pero tampoco excesivamente.

—Israel, no te hacía aquí. ¡Qué alegría verte! —exclamé con tal falsedad que pude notar cómo Matteo me miraba con los ojos en blanco, calándome.

Por supuesto, el inocente de Israel no sospechó nada y siguió con su charla.

—Y yo a ti te hacía por Madrid, señora guionista de éxito —me dio un codazo que pretendía ser de guasa.

—¿Cómo te has enterado? —Llevaba meses sin hablar con él y no había publicado nada en las redes sociales.

—Hace poco quedé con unos amigos de la universidad y me comentaron que algo habían oído, no recuerdo quién...

¿Ya lo sabían hasta mis ex compañeros de facultad? Pues sí que volaban las noticias. Sí, señor.

—Estuve a punto de llamarte, pero últimamente he tenido mucho jaleo en casa y... —se excusó.

—No pasa nada —interrumpí su discurso.

No necesitaba que se inventara ningún pretexto. Era normal que no me llamara, ya que no teníamos relación. Cuando rompimos fue un punto final, y no uno y aparte en el que dejara una puerta abierta para una futura e hipotética amistad.

—¿Y qué haces por aquí? —me preguntó.

Iba a explicárselo cuando recordé que todavía no le había presentado a Matteo.

—¡No sé dónde tengo la cabeza! Te presento a mi acompañante.

Matteo se puso de pie y acudió a mi lado. Al ver la cara pasmada que se le quedaba a Israel, me sentí satisfecha de estar con un hombre tan atractivo como mi amigo.

—Matteo, éste es Israel, un compañero de la universidad. —Decidí darle la categoría de compañero mejor que la de ex pareja—. Israel, él es Matteo.

Los dos hombres se estrecharon la mano para saludarse.

—¡Caray, me alegro de que te vaya todo tan bien! —exclamó Israel.

Obviamente, daba por sentado que Matteo era mi novio y, como había pasado en la hípica, no era culpa mía. Yo no había mentido en ningún momento. Simplemente había omitido información conscientemente y no había aclarado ciertos puntos.

—Yo también quería presentarte a alguien —añadió Israel y, antes de que pudiera reaccionar, se giró—: ¡Carmen, ven un momento!

Enseguida reconocí a la mujer que se aproximaba y el mundo se me cayó encima. Era la chica embarazada que me había dado ánimos en la hípica. Por eso me sonaba. Al principio de su relación con Israel había visto sus fotos como una posesa día tras día, odiando a la mujer que le había robado el corazón de un modo que yo no había podido con toda mi alma. No había identificado de quién se trataba en un primer momento porque el embarazo había cambiado sus rasgos. Pero ahora, tras esas mejillas rosadas, reconocía a la chica que durante una etapa de mi vida protagonizó todas las noches mis pesadillas.

Israel le depositó un suave y tierno —demasiado tierno— beso en la frente y le rozó la barriga antes de presentármela. Me enfrentaba a ese tipo de situaciones en las que deseas que la tierra te trague o poder marcharte sin tener que dar explicaciones.

—Carmen, ella es Bianca.

Vale. No esperaba que la mujer se negara a saludarme o me mirara con cara despectiva porque se suponía que éramos adultos, pero sí notar un indicio de celos. Algo que demostrara que le molestaba mi presencia o que se sentía incómoda al ver que su marido acababa de encontrarse con su ex. Al fin y al cabo, Israel y yo habíamos compartido muchos años de nuestras vidas juntos. De hecho, podría decirse que ambos habíamos sido

la primera pareja madura del otro.

—¿Bianca? ¡Qué ilusión conocerte! No sabes lo mucho que me ha hablado Israel de ti —fue su reacción, y se lanzó a darme un cariñoso abrazo mientras yo no sabía cómo reaccionar y me quedaba un tanto bloqueada.

Antes de conocerla había sido el blanco de mis críticas envidiosas. Miraba sus fotos y sus comentarios y no entendía qué tenía ella o qué le había dado para hacerle más feliz que yo. A veces soltaba tanta mierda hablando de ella que pensaba que, en vez de boca, tenía el ano en la cara, una actitud estúpida e inmadura en la que volcaba toda mi rabia en una persona que no tenía culpa alguna. Además, no era para nada efectivo. Decir que el culo de ella era más grande que el mío no iba a devolverme a mi hombre. Servía para desquitarme, pero me convertía en una mala bicha de esas que odiaba con toda mi alma.

—Encantada —logré balbucear.

—Bueno y ¿qué hacéis por aquí? —preguntó Israel, que parecía feliz por el reencuentro. Dudé hasta si pediría que juntáramos las mesas y cenáramos los cuatro juntos. «Mátame, camión.» Prefería la tortura china con agujas por debajo de las uñas a sentarme con ellos.

—En realidad nos alojamos en A lanzada —intervino Matteo al ver que yo no respondía. Desde mi perspectiva, podía notar cómo me miraba tratando de averiguar qué estaba pasando allí—. Bianca quería montar a caballo y la he acompañado...

—¡Es verdad! Recuerdo tu obsesión por ser jinete —interrumpió Israel haciendo alusión a conversaciones pasadas cargadas de recuerdos de cuando ambos formábamos la unidad de un nosotros.

—Hemos venido en mi moto y, como la noche se ha puesto así de mala, hemos decidido quedarnos aquí. ¿Y vosotros? —Matteo trató de sonar amable.

—La loca esta tiene la culpa de todo —afirmó Israel con cariño.

—¡Ya hemos hablado mil veces del tema! —terció ella—. ¡Era mi mejor amiga y tenía que venir!

—Su mejor amiga del pueblo celebra su despedida de soltera y Carmen no podía perdersela, así que decidió venir con nuestro bebé a bordo de su barriguita —de nuevo la acarició— y yo las seguí. No estoy interfiriendo para nada en la celebración, pero así me aseguro de que, si se pone de parto, estaré con ella. Uno no quiere perderse el nacimiento de

su primer hijo.

Hasta que Israel no lo dijo en voz alta fue como si mi cerebro no hubiera procesado lo obvio. O sí, pero no había medido la magnitud de sus palabras. Tenía que largarme de allí. Ya.

—Enhorabuena —expresé sin ninguna emoción, pero ellos no debieron de darse cuenta.

—¡¡¡Gracias!!! —contestaron al unísono.

Miré el reloj para disimular mi coartada para escaparme.

—¡Mierda! No me había fijado en qué hora era y tenía que llamar a Ana.

—Es verdad, ¿qué tal sigue? —De nuevo, Israel volvía a un pasado que ambos habíamos compartido.

—Todo bien, gracias. Lo siento, pero voy a telefonar antes de que piense que me ha pasado algo al no tener cobertura.

—Sí, a ver si la pobre se va a asustar —intervino amablemente Carmen.

—Pasadlo bien en la despedida de soltera —me despedí yendo hacia la puerta directa a las cuadras.

—A ver si quedamos un día los cuatro y...

Fue lo último que alcancé a oír antes de cruzar el umbral y toparme con la lluvia. No llevaba paraguas, pero no me importaba. El agua y el aire me golpeaban con violencia hasta que llegué a las cuadras.

Me resguardé debajo de una caseta de madera que había a la entrada. Era una especie de construcción antigua techada donde debían de guardar la paja y algunos materiales. Agradecí que no hubiera nadie más, pese a ser el único sitio con cobertura. Dada la hora que era, los habitantes de nuestro pequeño paraje en mitad de las montañas estarían cambiándose, cenando o disfrutando de una romántica velada en el interior de las habitaciones.

Encontré un banco algo húmedo en uno de los laterales y decidí sentarme sin secarlo previamente. En esos momentos todo me daba igual. Estaba afectada, dolida y, aunque suene ilógico, también enfadada.

Las gotas de lluvia caían formando pequeñas cascadas por entre las tejas. Parecía un manto que cubría el lugar. Alcé el pie, di una patada y me calé los pantalones. Luego me mordí el labio hasta que logré hacerme sangre.

Hacía tiempo que creía superada mi ruptura y, de hecho, puede que

así fuera. Sin embargo, no soportaba ver cómo Israel había rehecho su vida olvidándome por completo, como si todos nuestros años de amor se hubieran desvanecido o nunca hubieran significado nada para él.

Cuando me dejó pasé por todas las fases. Primero me negaba a creer que fuera cierto. Me engañaba pensando que sólo necesitaría unos días alejado de mí para darse cuenta de lo mucho que me quería y regresar con el rabo entre las piernas. Tenía ensayado el discurso que le dedicaría orgullosa, sabiéndome la persona que manejaba la situación.

Pero los días pasaron y no se produjo ningún cambio, así que opté por vivir llevando dos extremos a la práctica. Por un lado, disfrutaba como si volviera a ser una adolescente, emborrachándome hasta resultar un tanto patética, y me dedicaba a decirles a todos mis amigos que me había dado cuenta de que no lo quería y estaba mejor sin él. Por otro, lloraba en mi casa analizando una y otra vez cuáles habían sido los errores que nos habían conducido a ese final. Tendía a recordar todos mis fallos y atormentarme diciendo frases como «Si ese día no te hubieras enfadado por esa tontería» o «Deberíais haber hecho más cosas juntos y no caer en la rutina».

Al final, como pasa siempre, lo superé. Pasé página e intenté que Israel no ocupara más pensamientos que los estrictamente necesarios. El problema era que en el fondo creo que nunca deseché la idea de rehacer mi vida antes que él y que fuera Israel quien lo pasara mal entonces. En cierta medida, me lo merecía. Sufrimiento por sufrimiento. Una especie de venganza por todas las lágrimas derramadas. Pero no, el destino era un niño caprichoso que había decidido que, además de romper la relación, el chico fuera el primero que encontrara a la mujer de su vida y formara una familia restregándome su felicidad por la cara. A nadie le gusta la indiferencia, y menos si proviene de una persona a la que has querido. Y eso era lo que había recibido yo: indiferencia por parte de Carmen, que no se había sentido ni mínimamente incomodada por mi presencia, ni celosa por el tiempo que había pasado al lado del futuro padre de su hija, y una especie de amor fraternal por parte del hombre que un día quise que fuera el padre de los míos.

Irrracionalmente, quería marcharme haciendo caso al dicho de «ojos que no ven, corazón que no siente». Volver a poner tierra de por medio y regresar a mi desconocimiento sobre su vida jodidamente perfecta. Pero hasta para eso tenía mala suerte y el temporal me lo impedía. Así, la única

opción que me quedaba era permanecer escondida en una caseta de madera mientras ellos disfrutaban del calor del fuego en el interior de la casa rural.

—Imagino que esa llamada era muy importante para largarte de esa manera, dejando sin probar una deliciosa cena —murmuró Matteo, que me había localizado.

—Sí —contesté secamente sin levantarme. Estaba de mal humor e irritada y no quería pagarlo con él como en otras ocasiones—. Es privada. Regreso en cuanto cuelgue.

—Me lo creería si ése fuera el verdadero motivo por el que te has marchado —sentenció colocándose a mi lado sin sentarse.

—¿Por qué siempre me estás cuestionando? Si te digo que quiero intimidad para hablar con mi hermana es porque necesito que te vayas y me dejes llamar —repuse comprobando cómo mi genio volvía a hacerse hueco intentando salir.

—Cuestiono las mentiras. Es imposible que vayas a hacer una llamada...

—¡Pues sí la voy a hacer! Estoy harta de que me taches de mentirosa... —lo interrumpí poniéndome de pie. Quería estar sola y no me apetecía darle ningún tipo de explicaciones.

Antes de que terminara mi discurso, me obligó a callarme poniendo su mano sobre mi boca.

—Es imposible que vayas a hacer una llamada... —repitió tranquilamente— porque te has dejado el móvil encima de la mesa. —Con la mano libre, rebuscó en su bolsillo y me lo tendió—. Déjame adivinar cuál es el problema. —Apartó la mano de mi boca—. El chico de la pareja que tan amablemente nos ha saludado es tu ex, ¿me equivoco?

—No.

—¿Y te dejó? Una historia pasada, ¿es así? —Asentí—. Y sigues perdidamente enamorada de él, ¿verdad?

—No.

—Entonces no lo comprendo.

—No es así de simple. —Había muchos matices que no me apetecía aclararle.

—La vida es más sencilla de lo que parece si tú se lo permites —sentenció.

—¿Y tú qué sabrás? No me conoces absolutamente de nada. No tienes

derecho a juzgar cómo actúo.

—Puede. Pero hay ciertas cosas que sí que sé. Sé que vivir anclada en un pasado por el que ni siquiera sientes nada no es la solución a ningún problema. Que enfadarte con el mundo y decidir no respirar la única consecuencia que tendrá es matarte lentamente. Y que, si te centras en la nostalgia de lo que podría haber sido, estarás ciega ante las posibilidades que te ofrece el futuro.

—No hay nada que ver.

—¿No? ¿Estás segura?

—Ilumíname.

—Tú lo has querido.

La mirada se le nubló y sus ojos se oscurecieron. Me estaba comiendo con ellos. Era un depredador y yo era su víctima. Y quería serlo. Contuve el aliento y, antes de que reaccionara, Matteo se acercó decidido, me rodeó por la cintura y me atrajo hacia sí con fuerza. Mi pecho subía y bajaba. Temblando, me disponía a decir algo, pero él me silenció presionando apasionadamente sus labios contra los míos. El suelo desapareció bajo mis pies y tuve que sujetarme a su cintura para no perder el equilibrio.

—¿Te parece suficiente o necesitas una explicación más detallada? — Se apartó analizando mi reacción y retándome con su turbia mirada, que me recordaba de nuevo al océano salvaje.

Me palpitaban los labios y sentía que me quemaban allí donde segundos antes habían estado posados los suyos. Matteo permanecía a la espera de que contestara algo, pero yo no podía hablar. Necesitaba sentirlo de manera inmediata, con un deseo irrefrenable como nunca antes había tenido.

—Cállate.

Sin pensarlo dos veces, lo agarré por el cuello y lo atraje hacia mí. Fundí mis labios con los suyos en una guerra en la que nuestras lenguas se entrelazaban, mezclando nuestras salivas, impidiéndonos respirar. Yo no necesito aire, sólo perderme en ese contacto para siempre. Descargué toda mi ira en esa unión con tal fuerza que lo empujé contra la pared.

Con habilidad, Matteo me giró y me encontré aprisionada contra la madera mientras sus manos empezaban a bajar por mi lateral desde el pecho hasta mi ombligo. Estábamos tan pegados que no corría el aire entre nosotros. Me estremecí por el contacto y noté una especie de

descarga en la parte baja del vientre. Mi cuerpo quería más, ansiaba más, lo necesitaba a él.

Cogí impulso y Matteo leyó mis intenciones y me ayudó con mi salto. Me colocó las manos en el trasero y rodeé su cintura con las piernas, sintiendo cómo su sexo, erecto y duro, luchaba por traspasar el pantalón y fusionarse con el mío, que lo reclamaba ansioso. Todavía no me había tocado íntimamente y ya me sentía preparada para tenerlo dentro de mí. Era una locura. Normalmente requería de muchos preliminares para ponerme a tono, y ya estaba revolucionada a la máxima potencia. No me reconocía en esa ansiedad, en esa urgencia que me nublaba el pensamiento y el raciocinio. Sólo quedaban las sensaciones, y eran tantas que me abrumaban.

Entonces él dejó de besarme y noté que me escocían los labios. Despacio, y sin dejar de mirarme fijamente para no perderse ningún detalle, me sujetó solamente con una de sus manos mientras ascendía con la otra hasta mis pechos. Cubrió el primero por encima de mi camiseta mojada y los pezones se me pusieron erectos. Un escalofrío me recorrió de arriba abajo y tuve que contenerme para no suplicarle que me arrancara los pantalones de una vez y me hiciera suya con fuerza.

Levanté los brazos y, sin sutileza alguna, me quitó la camiseta y la tiró al suelo. Me desabrochó el sujetador y, mientras éste seguía el mismo camino que la prenda anterior, colocó sus labios sobre mis pechos y succionó, lamiendo y mordisqueándome los pezones sin tregua. Eché la cabeza hacia atrás mientras gemía de placer al notar su lengua sobre mi piel desnuda.

Me dejó en el suelo y, antes de que se moviera, le quité la camiseta y dejé su torso al descubierto. Me maravillé ante la perfección de los músculos definidos y firmes que tenía delante y paseé los dedos por su pecho mientras volvía a la carga bebiendo de sus labios como si estuviera en medio del desierto muerta de sed y él fuera un vaso de agua que me devolviera la vida.

Me agarró por las nalgas y me atrajo de nuevo a su lado, friccionando su miembro con mi sexo. Cerré los ojos para poder sentirlo más a fondo. El movimiento de sus caderas contra las mías era narcótico, una droga que me hacía desear más y más, adictiva.

Estaba sumergida en un mundo de sensaciones tan intensas que no quería despertar. Matteo me colocó debajo del manto de lluvia que se

formaba en el lateral de la caseta para que mi cuerpo fuera el recipiente de toda esa agua, que después lamió lentamente. Estaba bebiendo de mí. Igual que segundos antes lo había hecho yo. Pero necesitaba más, mucho más. Y así se lo hice saber, serpenteando con mi mano por su pecho hasta llegar a su entrepierna y liberar su miembro, que me recibió totalmente erecto.

Lo envolví con la mano y comencé a masajearlo arriba y abajo, guiándome solamente por sus gruñidos. Matteo me mordió el lóbulo de la oreja.

—Hazme tuya, por favor —le supliqué con una voz queda, cargada de deseo, que no reconocí como mía.

—Mía —fue su única respuesta.

Con destreza, se agachó y me quitó los pantalones y las braguitas y los tiró de nuevo al suelo. Toda nuestra ropa estaba empapada. Descendió dibujando un reguero de besos por mi vientre hasta llegar a mi sexo. Colocó su lengua y lamió mi clítoris haciendo que viera las estrellas, mientras jugueteaba con sus dedos. Abrí los ojos en el preciso instante en que chupaba el primero y lo introducía dentro de mí, lo que provocó que contuviera un grito. Lo agarré del mentón y lo obligué a levantar la cabeza. Quería ver su mirada animal.

Movía sus dedos arriba y abajo con un ritmo criminal. Llegué a pensar que me correría antes siquiera de que me penetrara, y debió de darse cuenta porque sonrió al ver cómo me estremecía sin control. Estaba totalmente mojada. El agua de la lluvia se mezclaba con mi sexo lubricado.

Nunca en mi vida había estado tan excitada ni había necesitado tanto que alguien me penetrara.

Matteo leyó mis pensamientos y se puso de pie. Era un empotrador. Uno de esos amantes expertos que te lleva al nirvana, que sabe exactamente qué tecla pulsar en cada instante. Levanté una pierna y rodeé de nuevo su cintura mientras él me invadía con su enorme pene, llenándome completamente, encajando a la perfección su pieza del puzzle que formábamos.

Cogió mis manos y las sujetó por las muñecas contra la pared mientras con la otra me agarraba del trasero, clavando sus dedos en la carne, para apretarme contra él. Se movía arriba y abajo con fuerza y potencia. Nunca había tenido entre mis piernas un miembro tan grande, y tuve la sensación de que con cada embestida me hacía rozar el cielo con

los dedos. Como los amantes que sólo habían existido hasta ese momento en mi imaginación. Un placer que me volvía loca y me impedía pensar en nada que no fuera el hombre que tenía delante y que me estaba haciendo el amor. O follándome. O lo que fuera.

Su boca roja por los besos ya no era suficiente, por lo que me desplacé a su cuello y lo mordí a cada acometida. Sonriente, comenzó a lamerme el pecho mientras me embestía y deslizaba la mano de mi trasero hasta el clítoris para estimularme a la vez.

Las descargas de mi cuerpo, esos escalofríos placenteros, me avisaron de que ya no aguantaría mucho más a ese ritmo y explotaría en un orgasmo de un momento a otro. Y yo no quería que acabara nunca. Quería prolongarlo hasta el fin de mis días. Vivir eternamente con Matteo dentro de mí.

El agua goteaba por su pelo, liberé una de mis manos de su sujeción y lo agarré moviendo con fuerza su cabeza hacia atrás para poder observarlo fijamente mientras su ritmo se aceleraba y culminaba en el mayor orgasmo que había tenido hasta ese momento.

Sudorosos, con la respiración agitada y presos de la pasión, nos miramos antes de irnos a la vez. Grité con un sonido más animal que humano mientras mi cuerpo temblaba a causa del placer. Satisfecha, agotada y extasiada, me dejé caer apoyando la cabeza en el hueco de su cuello, consciente de que hasta ese día no había sabido lo que era practicar sexo de verdad.

CAPÍTULO 21

Bostecé debajo de las sábanas blancas. Mi desnudez era la prueba que necesitaba para saber que esa noche sí que había ocurrido y no se trataba todo del sueño erótico, más real, intenso y fantástico que había tenido en mi vida. La noche no se había acabado con nuestra escena de pasión bajo la lluvia. Cargada de energía por ese momento, había regresado al comedor y había disfrutado de la cena y del vino. Después, la habitación había servido de escenario para una noche de pasión en la que las fantasías no estaban vetadas, la innovación era una obligación, todas las posturas estaban permitidas y la imaginación era obligatoria.

Mi cuerpo aún se estremecía al recordar a Matteo maniobrar dentro de él. Instintivamente, moví la mano para buscarlo en la cama. Cansados, habíamos dormido juntos. En mitad de la noche, me había despertado por el sonido de un trueno y me había encontrado con los brazos de Matteo, que me rodeaban protegiéndome y ya no había temido más a la tormenta.

No estaba en la cama conmigo. Miré el reloj para ver la hora y comprobé que eran las siete de la mañana. Los horarios del rodaje me tenían un poco desvelada, pero él no tenía excusa.

—¿Matteo? —lo llamé, pero nadie contestó.

Por la noche me había avisado de que solía madrugar bastante y yo le había advertido de mi mal despertar, por lo que posiblemente hubiera bajado a la cafetería. O a la calle, pensé tras comprobar que las nubes habían desaparecido y el sol empezaba a asomar a través de las montañas que custodiaban la casa rural.

Me duché deprisa, deshaciéndome de los restos de la pasión, y me vestí con lo mismo que el día anterior, puesto que no tenía nada más. Me entró la risa floja: los pantalones y la camiseta seguían manchados de barro, y recordé la excusa absurda que habíamos tenido que soltarle a Lola cuando regresamos. Algo así como que yo era muy torpe y me había escurrido y Matteo un poco patoso y se había caído al intentar levantarme. La mujer nos había mirado enarcando las cejas y había asentido, estaba segura de que sin creerse ni una sola de nuestras palabras. Era evidente lo

que había pasado. Esa cara de felicidad sólo podía tenerla alguien que había experimentado el polvo de su vida. Uno por el que incluso habría pagado.

Bajé al comedor pero aún no estaba abierto, así que salí directamente afuera. Algunas de las chicas de la despedida daban vueltas un poco aturcidas por la cantidad de alcohol que llevaban ingerido o —por la cara desencajada de alguna— inyectado directo en vena. Seguramente, aún no se habían acostado desde el día anterior. Ellas me permitieron averiguar dónde estaba mi amante, pues todas miraban hacia el mismo lado intentando captar la atención de alguien.

Me situé a su altura y lo vi. La chiquitita que tantos problemas había tenido para montar en el caballo me distinguió y avisó al resto de que cesaran en su intento de seducción de Matteo. No era de extrañar. Para ellas, yo seguía siendo su novia. Si no se lo había aclarado el día anterior, mucho menos lo haría en ese momento, en el que, para qué vamos a engañarnos, sentía una especie de instinto posesivo hacia él.

Me quedé parada para observarlo. El pobre ni siquiera se había dado cuenta del revuelo y los gritos que se habían levantado a su alrededor desde que lo habían localizado. Estaba sentado, con la espalda apoyada en un tronco y una libreta en la mano mientras miraba concentrado al infinito.

Alegre, comencé a andar yendo a su encuentro cuando mi móvil sonó al pasar cerca de la cuadra. Dos mensajes. Dos sms que me devolvieron a la vida real.

El primero era de Sam, que me relataba la caída del día anterior de Miriam. Se despedía con un «Cuida de mi hermano, que es como un niño». El segundo era de mi jefe. Me comentaba que el rodaje había ido estupendamente y que ya me habían conseguido los asesores de guion para que me pusiera manos a la obra con *Bombas a la luz de las velas* en cuanto regresásemos a Madrid.

No sabía lo que tenía con los hermanos Williams. No me gustaba pensar en ese tema, pero los pocos días que lo había hecho había llegado a la conclusión de que mis sentimientos hacia Sam eran puros, el auténtico amor. Él fue el primer protagonista de mi historia. Con él comenzó todo. Era amable, bueno, y nos compenetrábamos bien. Me encantaba hablar con él en los ensayos y disfrutaba de los emails que habíamos intercambiado.

Por otro lado, Matteo era un simple secundario en los

acontecimientos de mi vida. El destino lo había situado allí por Sam. Sin el hermano menor nunca habría escrito la historia, ni habría existido el rodaje ni habría conocido al enigmático Christopher W. F.

Para mentirme a mí misma todo ese tiempo, había estigmatizado a Matteo como un hombre atractivo por el que sentía una especie de atracción pasional que me hacía perder el control. El morbo de un empotrador atractivo, sexi y bueno en la cama. El amante perfecto. Un chico al que deseaba la parte irracional de mi cuerpo, pero por el que mi corazón no albergaba ninguna clase de sentimiento. La lujuria personificada en un metro ochenta de altura, pelo negro y unos ojos azules que unas veces eran las olas salvajes del mar y otras un lago cristalino, la pasión que te ciega ante el verdadero amor.

Sin embargo, ahora sabía que no era así.

Matteo estimulaba mi cuerpo pero también mi alma. Lograba que en un mundo lleno de ruidos sólo lo escuchara a él. Era capaz de hablarme sin abrir la boca y de transmitirme sin rozarme.

Ambos éramos dos trenes cargados de orgullo que chocaríamos millones de veces. Mi amor junto a Matteo sería pasional, vivo, original y único.

Después de todo lo que había liado desde el inicio, me sentía un tanto extraña cuando deseaba con todo mi ser que, si Sam había sido el primer protagonista de esa historia, Matteo fuese el último, el definitivo, el nombre que saliera junto al mío en el «y vivieron felices y comieron perdices».

Estaba confundida. No quería tomar una decisión que tal vez se basara en la última experiencia vivida con el mayor de los Williams, ya que no podía equivocarme. No cuando me estaba metiendo entre dos hermanos. Lo más justo y fácil sería darme un tiempo para meditar y, si realmente el indicado era Matteo, como lo sentía en ese momento, arriesgarme e intentar continuar con una relación que estaba empezando.

Además, estaba la parte laboral. La adaptación de su libro sería un bombazo a nivel mundial. Me abriría muchas puertas y me conocerían muchas personas. Todo se vería claramente afectado si yo mantenía una relación con el escritor. La gente ya no sólo me juzgaría como guionista, sino como «la lista que se ligó al autor para hacer una película». Mi trabajo se vería afectado y nadie lo valoraría de manera independiente. Pasaría a ser la chica del famoso, el jefe, el escritor afamado, perdiendo

así mi propio nombre e identidad. ¿Hasta qué punto me importaba la imagen que proyectara en los demás?

Con todos esos pensamientos revoloteando en mi cabeza, llegué hasta su posición. Matteo levantó la vista y me sonrió como nunca lo había hecho desde que lo conocía. Con familiaridad y cariño, desprendiendo una ternura que me derritió.

—¿Qué haces? —le pregunté sentándome a su lado.

—Pintar.

—¿También dibujas?

—No, al menos si te refieres a si lo hago bien.

Me pasó la libreta y pude observar algunos bocetos que bien podrían ser de mi sobrino Hyobin.

—Entonces ¿por qué lo haces? —Se lo devolví riendo.

—Me he encontrado con Lola cuando me he despertado. Sospecho que esa mujer no duerme —bromeó—. Nos hemos tomado un café juntos y me ha preguntado a qué me dedicaba. He pensado que decirle que era un artista era la mejor manera de definir mi profesión. Al rato ha regresado con este cuaderno y los lápices. Me ha dicho que viniera aquí, que tenía el mejor amanecer de las Rías Baixas, y que lo dibujara. Imagino que ha pensado que era pintor.

—¿Y por qué no la has sacado de su error en vez de dibujar esto?

—Porque nunca había indagado en mi faceta de pintor y hoy he querido hacerlo. Si no pruebas las cosas, nunca sabes si eres bueno o no. Siempre hay que intentarlo antes de decir que no vales para algo. Ahora, después de la experiencia, ya puedo afirmar que lo mío no es ser el Velázquez de este siglo.

—Totalmente de acuerdo en todo.

Depositó la libreta en el césped y se giró para prestarme toda su atención. El sol estaba saliendo detrás de él y un halo lo rodeaba tiñendo de luz sus puntas desordenadas. Sus ojos se habían calmado y en ellos ya no había rastro de las aguas oceánicas; en esos momentos, eran cristalinos y estaban embriagados de amor.

—Hay algo de lo que tenemos que hablar —dije interrumpiendo el mágico momento.

—Te escucho.

—Es sobre lo que pasó anoche. —Tuve que hacer una pausa para coger aire y fuerzas para lo que me disponía a decir—. Me encanta estar

contigo y el rumbo que van cogiendo nuestras vidas en común, pero no sé si eso puede encajar bien en nuestra relación laboral. Nunca me ha gustado mezclar el trabajo con el placer. —Mientras pronunciaba esa frase tan típica, me sentía una idiota. Decidí no decir nada del tema de Sam, puesto que eso era algo que debía averiguar yo sola—. Me da miedo que no compaginen y al final se destrocen ambas. ¿Qué te parece?

Matteo meditó un instante pero no perdió la sonrisa.

—Me reitero en que odio los malditos convencionalismos sociales que nos marcan lo que es ético o no —comenzó—. No obstante, comprendo tus dudas y no me opongo a ellas. Ya tendrás tiempo de comprobar si tus decisiones son las correctas o no. —Era la primera vez que hablaba de un tema sentimental con alguien que lo analizaba con tanta tranquilidad y puede que incluso con un poco de frialdad—. El ser humano es el único animal que pasa más tiempo pensando en el futuro que viviendo el presente —sentenció.

—No es que no piense en el presente y mucho menos que no quiera vivir un futuro contigo. Es simplemente que necesito tiempo para aclararme y ver si «esto» es algo por lo que merece la pena romper todas las normas sociales que me he ido imponiendo a lo largo de mi vida —repuse parafraseándolo.

—Un mundo de imposiciones no es uno feliz. Algún día te enseñaré que, si haces lo que sientes en vez de lo que debes, al final del día te encuentras más satisfecho —me indicó guiñándome un ojo—. Pero no le demos más vueltas al tema. ¿Cuándo empieza oficialmente nuestro contrato laboral?

—El lunes.

—Entonces queda hoy y el domingo. Mañana no lo cuento porque será el viaje de vuelta. Así que aún tenemos un día. —No sabía a lo que se refería, y lo miré curiosa—. Te propongo un plan.

—Soy toda oídos.

—Durante las próximas veinticuatro horas olvidaremos que yo soy Christopher y tú la guionista que va a adaptar mi novela. En ese tiempo no pensaremos, sino que actuaremos, viviendo lo que nos apetezca, dejando que sea el azar el que guíe cada uno de nuestros pasos. Como si mañana no existiera y sólo nos importara hoy. Un día entero en el que seamos tú y yo en un universo en el que no nos interesa nada ni nadie más. —Como no contestaba, me preguntó inseguro—: ¿Qué te parece?

Medité un momento. En realidad sólo sería disfrutar de un día antes de aclarar mi cabeza y mis sentimientos.

—Perfecto —dije—. Sólo tengo una duda, ¿cuándo empezamos?

—Conforme termine esta frase.

—Vale.

Antes de que añadiera nada más, me acerqué y lo besé con ternura en un juego en el que los labios fueron los protagonistas.

Sabía que me estaba dejando llevar, pero tampoco le hacía daño a nadie. Me lo tomé como una oportunidad para estar a su lado antes de que eso implicara consecuencias personales o laborales. Una ocasión única para descubrir más del hombre que mejor besaba del mundo.

Sin perder tiempo, fuimos a la casa rural para pagar lo que se debía y allí tuve la primera idea para nuestra jornada de amantes pasajeros.

—¿Tiene un mapa de la zona, Lola? —le pregunté a la anciana.

—Sí —contestó ella, y lo sacó de la recepción de inmediato.

—Bien —me dirigí a Matteo—, para esta cita tan bohemia necesitaremos un destino y, como elegir es contrario al azar, quiero que cierres los ojos y con el dedo índice toques algún punto del plano que hay encima del mostrador.

—Veo que has entendido perfectamente el concepto —sonrió. Siguió mis indicaciones y colocó el dedo.

—A ver dónde es... —murmuré, y él abrió los ojos—. ¡O Grove, allá vamos! —exclamé emocionada—. Previo paso por el hotel para cambiarnos —puntualicé alegre.

Pagamos a medias el alojamiento, le dimos las gracias a Lola y a su familia por todo y nos despedimos. Por su parte, Matteo quiso dejarles una propina que debió de ser bastante cuantiosa pues, mientras subía a la moto y me ponía el casco, pude ver a través de la cristalera que Lola había tenido que sentarse y el resto de sus familiares le estaban dando aire.

No perdimos el tiempo en el hotel. Por mi parte, me puse el biquini blanco que había cogido y que resaltaba el moreno y unos pantalones del mismo color con una camiseta rosa palo, cogí mi mochila y mi cámara de fotos y bajé a la recepción a esperar a Matteo.

Él tardó un poco más. Cuando vino a llamarme para que cogiéramos la moto, vestía un bañador oscuro con una camiseta de tirantes blanca que

dejaba al descubierto sus musculosos bíceps. En el brazo llevaba una especie de bolsa de deporte que se colgó luego al hombro.

—No estarás planeando secuestrarme... —bromeé al ver su equipaje.

—No me des ideas... —Me tendió el casco—. Por el momento, sólo he cogido algunas cosas para asegurarme de que no olvides este día.

«Tranquilo, no lo haré», pensé, pero no lo pronuncié en voz alta.

—¿Cuántos vehículos tienes? —le pregunté subiendo a la moto al recordar el Audi.

—Que sienta mío, sólo éste. El resto son regalos que no suelo utilizar. Pero mi moto ha sido mi fiel compañera durante todas mis expediciones.

—¿Has viajado mucho?

—Lo que la vida me ha permitido. Soy un amante de la carretera. A veces simplemente me levanto una mañana y cojo la moto sin un destino específico. Normalmente son los viajes más divertidos y enriquecedores. A veces pienso que una vida es insuficiente para todo lo que quiero conocer.

—¿Siempre vas solo?

A mí también me gustaba viajar. Durante mis vacaciones había visitado numerosas ciudades de la geografía española, y el verano anterior había cruzado el charco hasta Estados Unidos. Pero siempre lo había hecho con alguna amiga.

—Se podría decir que sí. —Meditó su respuesta—. No tengo un compañero de viaje y no quiero que eso me limite. Al menos, por ahora...

Montó en la parte delantera de la moto y cogió la carretera rumbo a O Grove. Ir detrás de él se me hacía familiar, y coloqué la cabeza en el hueco de su hombro, dejándome conducir sin preocupaciones y sin temor, disfrutando del momento.

Estaba cerca de nuestra zona, por lo que no tardamos en llegar. Al inicio vimos una señal de la Casa de las Conchas y fuimos directos allí.

Al lado había un parking prácticamente vacío. Debido a la hora que era, sólo encontramos en su interior un par de coches. Matteo aparcó y me ayudó a bajar.

—Veamos una de las maravillas arquitectónicas del mundo; su fachada está hecha de conchas blanquecinas —lo animé, puesto que antes de ir había visto algunas fotografías a través de mi fiel Google.

Era una especie de pequeña capilla compuesta por conchas de

diferentes tonalidades claras que le daban un aspecto diferente y original. Enfrente había una especie de parque con césped verde y caminos de arena blanca en el que los lugareños estaban instalando sus puestos de colgantes y demás, todo ello fabricado con productos provenientes de la fusión del río y el mar.

Matteo caminaba resuelto a mi lado y, como siempre, yo tenía la sensación de que estaba memorizándolo todo como si tomara instantáneas en su memoria. De vez en cuando, me miraba de reojo y notaba cómo se le formaba una pequeña sonrisa. Habría dado todo lo que tenía por saber cuáles eran sus pensamientos en ese momento.

Pasamos al interior de la capilla y comprobamos que estéticamente no tenía nada que envidiarle a la fachada. El primer grupo de turistas llegó con una guía que portaba una bandera de Japón. Así, los visitantes del país nipón invadieron la tranquilidad del espacio inundándolo con sus aparatos de última generación y fotografiando hasta el más mínimo resquicio del lugar.

Decidimos salir afuera en ese momento y seguí a Matteo, que fue directo al pequeño muro que daba lugar a la ría de Arousa. Se apoyó tranquilamente para ver el espectáculo que formaban la mezcla de colores: el azul cristalino del agua, el blanco pulcro de la arena y el verde salvaje de las montañas.

—Acércate —me pidió, y yo obedecí colocándome a su lado—. No te he dicho que vengas, sino que te acerques a mí —matizó situándose detrás de mí, haciendo así que nuestros cuerpos quedasen fusionados—. He contemplado los que dicen que son los mejores amaneceres, atardeceres y anocheceres del mundo. Entonces ¿por qué desde que te tengo pegada a mí, embriagándome de tu olor, me da la sensación de que todos esos paisajes estaban vacíos sin que tú los llenaras con tu presencia?

—No digas tonterías cursis. Ya me has seducido, no hace falta que recurras a esos trucos —repuse juntando las manos con las suyas en el muro y acariciando sus dedos.

—Ni miento ni se trata de ninguna estrategia para llevarte a la cama. Es simplemente que nunca me había sentido así. Siempre he sido una persona reservada, y ahora tengo que aprender a expresar con palabras todo mi mundo interior, que quiero compartir contigo. No lo había experimentado y estoy confuso. Trato de exprimirlo al máximo porque es demasiado placentero.

Me volví para encontrarme con él cara a cara. Parecía tan ilusionado que quise recordarle nuestro acuerdo. Lo que me decía lograba que se me pusiera la carne de gallina y mi corazón se activara como nunca lo había hecho, pero no podía permitir que se hiciera ilusiones sin tenerlo todo claro.

—Ya sabes que hemos acordado que esto sólo durará un día —repuse—. Al menos, por el momento.

—Claro, lo que no sé es si tú eres consciente de que hay días en los que se puede vivir toda una vida.

Dicho esto, se acercó y me depositó un beso en cada una de las mejillas. Luego comprobó mi reacción antes de detenerse en mi boca y saborearnos mutuamente.

—Cómprale un bonito colgante a tu novia —nos interrumpió una señora que llevaba su puesto ambulante a cuestas. Debajo de su chaqueta de lino, nos descubrió una tela de la que colgaban numerosas joyas—. ¿Ves esos tenderetes de allí? Todo es artificial y proviene de una fábrica que los hace en serie. Los míos son especiales. Cada uno es único. Por las tardes voy a la arena y recojo las pequeñas joyas que el mar ha dejado esparcidas. Las reúno y veo cuáles tienen que estar juntas y cuáles no y, como en las relaciones duraderas, las ensablo paso a paso, con lentitud, esfuerzo, dedicación y trabajo.

Matteo me miró.

—Elige uno.

—No hace falta.

—Insisto. Será un bonito recuerdo. Además, esta amable mujer va a tomar una decisión muy importante por nosotros y no puedo pedírsela sin comprarle algo a cambio.

Tanto la señora como yo lo miramos enarcando las cejas sin saber a qué se refería. Ojeé el pequeño catálogo que tenía. Los colgantes no seguían ningún patrón. Había algunos en los que se combinaban diferentes tamaños, en otros eran los colores los protagonistas, y tardé en darme cuenta de que los últimos se diferenciaban en el color de los hilos que los unían.

Después de un rato, me decanté por el que más me recordaba a Matteo. No era el más grande, pero sí el que contenía todos los tonos azules que conocía. Así, cuando lo llevara, me acordaría del hombre con los únicos ojos cambiantes del universo.

—Éste —me decidí.

La mujer lo desenroscó y me lo tendió mientras Matteo pagaba.

—Ahora necesito que nos haga un favor —le dijo él, y la mujer asintió curiosa—. Hemos llegado hasta aquí pero ahora no sabemos hacia adónde ir. Decida nuestro destino por nosotros.

Empecé a reírme. Así que a eso se refería. Estaba llevando a rajatabla lo de no programar absolutamente nada de nuestras veinticuatro horas.

—Las islas Cíes —dijo ella inmediatamente. Parecía feliz de ayudarnos en nuestra cita.

Se lo agradecemos y se marchó en busca de nuevos clientes. Matteo me apartó el pelo y me colocó el colgante, que se reflejaba en sus ojos.

De nuevo cogimos la moto y nos dirigimos al destino que la señora nos había marcado. Cuando miramos el mapa vimos que estaba algo alejado, pero no teníamos elección. Era el lugar que habían seleccionado especialmente para nosotros. El trayecto debería haber sido largo pero a mí se me hizo demasiado corto, y eso que no hablamos. Era como si nuestra mera presencia juntos nos llenara.

Cogimos una especie de barquita que nos trasladó hasta las islas. Antes de llegar, se nos advirtió que era un paraje protegido y que no podíamos dejar basura ni romper nada. Entrábamos en una zona natural que permanecía virgen, sin que el hombre lo hubiera destrozado con sus construcciones suntuosas.

Descendimos y dimos un paseo por el frondoso bosque, repleto de árboles enormes que parecía que intentaban rozar el cielo con sus ramas, hasta encontrar una zona prácticamente vacía en la que sólo había una familia; los dos niños jugaban en la orilla mientras que los padres se tostaban al sol. Era la parte más íntima que habíamos localizado durante nuestro paseo, por lo que nos pareció perfecta.

Matteo sacó de su bolsa un par de toallas que colocó sobre la arena blanca y crema solar. La primera en desprenderse de la ropa fui yo, que estaba deseando sumergirme en el agua más clara que había visto jamás. Antes de dejarme marchar, Matteo me untó de crema masajeándome con sus manos por todo el cuerpo, hundiendo sus dedos en la carne. Se detuvo en las mismas zonas que durante la noche anterior habían activado mi pasión y tuve que refrenarme para no pedirle que nos marcháramos de allí

y pasáramos el resto de la jornada en la habitación de nuestro hotel en A Lanzada.

—¿Vienes? —le pregunté, preparada para salir corriendo hasta la orilla para no quemarme la planta de los pies.

—Cinco minutos. Espérame en el agua —contestó mientras se quitaba la camiseta y yo me maravillaba de ese cuerpo que había sido mío a la luz del sol.

—¡Tú te lo pierdes!

Salí corriendo hasta que el agua de las pequeñas olas que rompían en la orilla me mojaron los pies. Era increíblemente cristalina y me permitía ver mi cuerpo sumergido como si estuviera debajo de un espejo. Además, la temperatura no era tan fría como había presupuestado y pude meterme hasta introducir la cabeza del tirón sin ir dando pequeños y ridículos saltitos como estaba acostumbrada.

Me giré para hacerle un gesto a Matteo y entonces vi que estaba guardando mi cámara de fotos en mi mochila. Era la primera vez que alguien tocaba mi Nikon. Suponía que me enfadaría porque, para mí, ese aparato representaba algo muy personal pero, en lugar de ello, me pregunté qué imagen habría captado.

Llevaba algo en las manos cuando llegó a mi lado.

—¿Qué has fotografiado?

—Una imagen para mi galería de recuerdos —aclaró antes de bucear y mojarse entero.

—¿Vas a poner una foto mía en bikini en tu despacho? Es un poco cutre...

Sacudió la cabeza y algunas gotas de su pelo me alcanzaron.

—No, ya sabes que no me centro en las personas. Pero he encontrado algo que sí puede definir la sensación que tengo en este momento y no quiero olvidar.

—¿Me lo vas a decir o vas a obligarme a salir de aquí corriendo para comprobarlo con mis propios ojos? —lo reté.

—Te lo describo, no tengo ningún problema. He captado el momento en el que te sumergías y el agua salía despedida hacia todos los lados. Como una explosión de sentimientos que no puedes manejar ni detener, ya que se han desbordado como si hubiera caído una bomba, irrumpiendo en tu tranquilidad, transformándolo todo.

—Así que te gusta ver cómo el mar pierde la calma...

Antes de que pudiera contestarme, me lancé encima de él y ambos caímos hacia atrás; nos mojamos enteros y tragamos un poco de agua.

—Si quieres ahogarme por no haber retratado tu precioso cuerpo, aún puedo hacerlo... —bromeó él tosiendo mientras salía.

—¿Qué llevas ahí? —le pregunté al ver que escondía algo debajo del agua.

—Una de mis actividades favoritas. Durante la cena en la Casa de Campo contemplamos las estrellas. Hoy le toca el turno al fondo marino.

Me lanzó unas gafas para bucear con un tubo para poder respirar. Nunca había sido algo que me llamara la atención. Además, en las playas del Mediterráneo que había estado normalmente eran los niños pequeños los que usaban este tipo de aparatos y yo me limitaba a jugar a las palas, a la pelota y, con algo de suerte, a algún juego de mesa que nos hubiéramos llevado.

Matteo me ayudó a ajustar las lentes para que no me hicieran daño y nos sumergimos. Yo lo seguía impulsándome con los pies y miraba en todas las direcciones que él me señalaba.

Al principio me sentía agobiada y no sabía muy bien cómo respirar sólo por la boca, pero poco a poco fui acompasando la respiración y entonces empecé a disfrutar. Creía que sería algo aburrido, pero estaba muy equivocada. El fondo marino estaba repleto de tonos que no existían en la superficie. Además, el movimiento del mar lograba que las siluetas de las algas se mecieran a su ritmo, como en una especie de baile submarino.

No nos metimos a mucha profundidad, y comprobé que no hacía falta llegar hasta la mitad del océano para ver las maravillas que éste escondía. Los seres humanos no éramos conscientes de la cantidad de pequeños bancos de peces que disfrutaban del baño con nosotros. Los había pequeños que iban juntos de un lado a otro y se fundían con las sombras de las rocas. Otros eran más grandes y te miraban de la misma manera que tú los estabas observando a ellos. Pero los que más llamaron mi atención fueron los independientes, esos de diferentes colores que marchaban solos y tranquilos como si nada ni nadie pudiera molestarlos.

Matteo me hizo un gesto con la mano y acudí a su lado. Me estaba señalando a unos cangrejos que, acostumbrados a nuestra presencia, salían de los resquicios de las rocas donde se habían escondido tras nuestra irrupción. Era como si ya formáramos parte del mar.

Salimos al rato. Más por el temor de quemarnos la espalda por el reflejo de los rayos en el agua que por ganas.

—¿Te ha gustado? —me preguntó subiéndose las gafas y dejando que éstas reposaran en su pelo.

—Me ha encantado pasear contigo por debajo del mar —contesté agarrándome a su cintura con las piernas.

Matteo me apartó el pelo de la cara y se quedó contemplándome sin hablar. Con suavidad, me estrechó y me besó en el hombro antes de salir.

Íbamos por la orilla cuando tuve una idea. Los dos niños seguían jugando aburridos mientras sus padres los ignoraban, víctimas del sol. Nos miraban asombrados señalando las gafas. Seguramente habrían sido testigos de nuestra experiencia acuática.

—Dame tus gafas —le dije a Matteo.

—¿Para qué? —me preguntó mientras me las tendía.

—He encontrado a las personas que marcarán nuestro próximo destino.

Sonriente, llegué hasta los niños que, tímidos, se pusieron a jugar con la arena.

—Hola —los saludé.

—Hola —contestaron ambos al unísono. Por la edad que aparentaban, unos seis o siete años, debían de ser mellizos o llevarse un año como mucho.

—Nosotros nos vamos a ir y no sabemos qué hacer con estas pesadas gafas... Dicen que quieren quedarse porque se aburren si no las usamos... y en Madrid no tenemos playa...

—¡Nosotros podríamos quedarnos con ellas y usarlas! —se ofreció uno de los niños.

—Os advierto que son muy charlatanas cuando cogen confianza. —Me encantaba estimular la imaginación de los niños como hacía con mi sobrino Hyobin.

—¡Da igual! —Estaban encantados con el regalo y ya alzaban los brazos para cogerlo.

Se las di.

—Sólo una última cosa: ellas nos ayudaban a decidir la siguiente ciudad a la que iríamos y ahora no tenemos ni idea. ¿Conocéis algún sitio que podamos visitar?

—¡Combarro! —gritó el otro niño—. Mis papás dicen que es donde

mejor se come.

Ambos asintieron satisfechos con su respuesta.

Mientras nos alejábamos, pude oír cómo uno de ellos le decía al otro: «Ya verás cuando se enteren en el cole de que tenemos unas gafas mágicas». Era algo que adoraba de los pequeños, la ilusión por todo y su facilidad para creer en lo increíble. Según mi modesta opinión, en el fondo de cada uno de los adultos seguía existiendo un niño que clamaba por salir y devolvernos la alegría que daban las pequeñas cosas. La infancia era una etapa que nos permitía ser felices sin tener nada más que un amigo con la única, sencilla y fundamental meta de vivir la vida como si fuera un regalo.

—Iremos a Combarro —le anuncié a Matteo.

—A sus órdenes, Bianca.

No sabía cómo actuar. Habíamos descendido de la moto y habíamos paseado por el casco histórico de Combarro. Era una ciudad muy bonita, cuyos edificios colindaban con el mar. Entre su entramado de callejuelas, se podía ver la marca de la marea, que chocaba contra las construcciones. Debía de ser hermoso estar en la habitación y asomarte con la única vista del mar, siendo parte del inmenso océano.

Nos habíamos perdido por todos los rincones disfrutando de la hospitalidad del pueblo gallego y sus monumentos desconocidos.

Sin embargo, eso no era lo que me reconcomía en esos instantes. No sabía cuándo había ocurrido, tal vez bajando al puente, puede que cuando el chico nos había vendido los tiques para el ferri que estábamos esperando, o tal vez había sido así desde que habíamos llegado, pero Matteo me llevaba agarrada de la mano como si fuéramos una pareja. No es que me disgustara esa sensación; es más, me sentía cómoda entrelazando mis dedos con los suyos, como si siempre hubiera sido así. Pero tenía el presentimiento de que estábamos llevando las cosas demasiado lejos. Se lo veía tan feliz e ilusionado con nuestra aventura que no me atrevía a pensar cómo se lo tomaría cuando todo terminara.

Y yo no podía prometer nada sin deshacer el lío que tenía formado en mi cabeza. Me sentía culpable por no contarle mi doble juego con su hermano. Era como si le estuviera traicionando antes de comenzar, y yo no estaba acostumbrada a ser la mala en las relaciones. Él se estaba

entregando en cuerpo y alma con sinceridad, y yo estaba jugando con sus sentimientos.

—Todos arriba, por favor —nos dijo el joven pescador que nos había vendido las entradas del ferri.

Aproveché la situación para soltar su mano.

Entramos en el barco y ascendimos hasta la parte que quedaba al aire libre. Nos sentamos en uno de los laterales rodeados de familias que también querían disfrutar del viaje mientras el sol se ocultaba en el horizonte, tras las aguas de las rías.

Una vez que todos ocupamos nuestros asientos, el barco se puso en marcha hasta la batea. Tirité a causa del frío viento que chocaba contra mi cuerpo y Matteo me pasó el brazo por encima, atrayéndome para darme calor.

—Como ven —comenzó el guía—, esto es una batea gallega. —Señaló una especie de construcción de madera que había sobre el mar—. Aquí es donde se crían los mejillones, las ostras y las vieiras —apuntó descendiendo para colocarse encima—. Las semillas se adhieren a las cuerdas. —Levantó una que contenía lo que parecían granitos negros—. Ésta es de mejillones: cogemos las semillas de las rocas o del mar y se pegan a una cuerda, después de un año se recogen y pueden llegar a pesar más de trescientos kilos. —La soltó y cogió otra—. Ésta es de ostras, se unen tres por las espaldas gracias a un cemento de secado ultrarrápido. —La lanzó, se notaba que estaba cansado de repetir el mismo discurso todo el día—. Y ésta es de vieiras, las típicas de Galicia. Aunque no lo crean, se están agotando las semillas y últimamente tenemos que importarlas...

Dejé de prestar atención y miré a mi acompañante, que observaba atento una Isla.

—Esa isla virgen fue polvorín militar y, como hay restos, todavía no dejan entrar —me explicó Matteo, demostrando que se había dado cuenta de que estaba más interesada en él que en las bateas—. Siempre me ha interesado mucho porque cuenta la leyenda que uno de los mayores piratas ingleses que han existido venía año tras año a saquearla.

—¿Hay algo que no sepas? —le pregunté.

—Demasiadas cosas, Bianca. Pero las leyendas antiguas siempre han estado en el centro de mi interés. Mi madre me decía todas las mañanas que, conociendo el pasado, puedes llegar a prever el futuro.

—Una mujer muy lista, ¿dónde está? —Siempre me hablaba de sus

padres con cariño y respeto, pero en todo ese tiempo no los había visto ni había oído referencia alguna a que sus hijos lo hicieran.

—Después de que mi editorial me convirtiera en un producto muy rentable, mi padre y ella pudieron cumplir uno de sus sueños.

—¿Les compraste un chalet en las Canarias y están todo el día tomando el sol, comiendo tapas y bebiendo vinito? —bromeé recordando el turismo extranjero que tanto adoraba pasar su vejez bajo el calor de las islas españolas.

—¡Eso los habría matado! —exclamó como si hubiera dicho una soberana tontería—. Cuando estuvieron seguros de que sus hijos habían volado del nido y podían mantenerse por sí mismos, no tardaron ni una semana en coger lo necesario y marcharse a África. Continúan con lo que empezaron hace muchos años.

—¿Y tú por qué no volviste con ellos si tanto lo extrañas?

—Por Sam —dijo sin pensarlo—. Él no se crio allí y la tierra no lo llamaba. No quería dejarlo solo. Alguien tenía que cuidar del pequeño de la familia.

—¿Y no has vuelto a verlos?

—Claro que sí.

—¿En Navidades o fiestas señaladas?

—No, no necesito que un calendario me marque cuándo ir a verlos. Siempre que lo he necesitado, los he llamado y hemos encontrado la manera de reencontrarnos.

Tal vez por la educación que yo había recibido, no comprendía del todo ese tipo de relación tan despegada con sus padres.

—Pero, ¿no necesitas tenerlos cerca, compartir los acontecimientos de tu vida, abrazarlos...?

—Los padres nunca deben ser esclavos de los hijos. Ellos nos han cuidado, amado, educado y dado lo mejor de sí mismos. Retenerlos en una vida que no les gustaba por el mero hecho de mantenerlos cerca me habría parecido injusto y egoísta. El motivo por el que me alegro de que no estén aquí es porque los quiero y necesito que sean felices. Puede que no me den un abrazo todos los días pero, cuando lo hacen, despiden la energía que sólo tienen aquellas personas que llevan una vida plena.

—¡Oye, que mis padres también llevan una vida plena! —lo corté. Me sentía como si me estuviera dando un absurdo discurso de moral.

—No me malinterpretes. No intento juzgar a tu familia. Cada vida es

un mundo y requiere cosas diferentes. Sólo te explicaba cómo son las circunstancias de la mía, puesto que me lo has preguntado.

Iba a contestar cuando noté que el guía gallego estaba a nuestro lado, ya que sólo quedábamos nosotros en esa parte del barco.

—Los demás están cenando en el comedor —nos indicó.

—Ahora mismo bajamos.

¿Hasta tal punto me evadía del mundo con Matteo que no me había dado cuenta de cómo la gente se levantaba y se marchaba?

Un poco avergonzados, llegamos al comedor y cogimos la única mesa que quedaba libre, al fondo. El menú era el mismo para todo el mundo: una mariscada con un buen vino albariño.

Nos sirvieron inmediatamente y me quedé paralizada al ver las tenazas de diferentes tamaños, así como numerosas piezas de marisco que ni siquiera sabía qué eran.

—Tú abre la boca y disfruta de los sabores, ¿qué más da cuál sea el nombre si lo importante es que te guste? —dijo Matteo mientras me tendía un vaso de albariño y me centraba en beberlo antes de probar la mariscada.

—Dicen que esto es afrodisíaco... —bromeé atreviéndome con la primera pata de algún crustáceo que desconocía.

—¿Insinúas que lo necesito? —añadió con una voz seductora que me transportó hasta las horas de pasión de la noche anterior.

—Definitivamente, no —confirmé bebiendo un trago del vino para disipar el calor que empezaba a apoderarse de mi cuerpo.

No quería que la noche terminara. Ése era el motivo por el que había inventado la absurda excusa de que «estaba mareada» para que bajáramos un rato a la cala de la playa de A Lanzada a tomar el aire.

Matteo permanecía sentado mirando el cielo estrellado coronado por una enorme luna llena mientras yo daba vueltas en la arena, bailando las canciones cuyo eco nos llegaba desde un chiringuito que estaba en la otra punta y tenía la música bastante alta.

Le había pedido que se levantara a bailar conmigo, pero él se había negado pese a que estábamos solos. Entonces oí una melodía que me resultaba familiar. Era la canción a través de la cual Matteo se había colado como un intruso por debajo de mi piel, obligándome a sentir las

caricias de su voz.

—Matteo, es *Tu jardín con enanitos*^[3] de Melendi. ¡La que cantaste en el karaoke! Con ésta no puedes negarte... —exclamé alegre pensando que su respuesta sería la misma.

Pero no: se levantó y acudió a mi lado. Con sutileza, colocó su mano sobre mi cintura y me obligó a aproximarme.

Entonó el estribillo, ese que hablaba de principios y finales, con tal intensidad que de nuevo me atravesó la piel. La electricidad se colaba a través de cada palabra y del mensaje de la frase que había elegido, y yo sólo podía respirar desbordada por todo lo que estaba sintiendo en ese momento.

Me fijé en sus labios mientras seguía susurrando esa canción, deteniéndose en la parte de la letra en que hace referencias a esos sueños que un día me dijo que imaginase para que él los hiciese realidad. Lo cantó mientras nos movíamos al compás de la música de un lado para otro, al ritmo de nuestros corazones y no de una melodía que servía de banda sonora a un momento mágico que sabía que nunca olvidaría.

No cantó el broche final del tema. En lugar de eso, me dijo esa frase romántica que indicaba que estaba metida dentro de sus entrañas directamente, como una declaración de intenciones, apoyando su frente contra la mía, rompiendo todas las barreras que pudiera tener, logrando que por un momento lo único que deseara fuera coger la moto y marcharme a su lado al fin del mundo, a cualquier lugar donde nadie pudiera encontrarnos.

Permanecimos así cuando la música terminó para dar paso a otro intérprete.

—Nadie diría que eres un hombre solitario viéndote cantarme bajo la luna —le dije sin separarme.

—Los corazones más solitarios también necesitan cariño. Anhelan el amor que nunca han sentido.

No me pude resistir y lo besé pero, a diferencia del día anterior, en las cuerdas, no lo hice con rabia, sino lentamente, con cariño y con la misma dosis de amor y pasión. Lo obligué a tumbarse en la arena y, sin darle tiempo a reaccionar, me quité la camiseta y dejé mi cuerpo al descubierto.

Después repetí la acción y quité la suya para juntar nuestros torsos desnudos mientras lo besaba de arriba abajo sin dejar ninguna parte de su

cuerpo libre de mis labios.

Matteo levantó la mano para acariciarme la mejilla mientras me miraba fijamente. La atrapé al vuelto entre las mías y deposité un suave beso en cada uno de sus dedos, deteniéndome en esa cicatriz que tan misteriosa me resultaba.

—Eres preciosa, Bianca.

Le quite los pantalones e hice lo mismo con los míos, quedando absolutamente desnuda frente a él. Expuesta. Suya.

Sin pensarlo dos veces, me senté encima y lo obligué a incorporarse haciéndole el amor lentamente mientras nos mirábamos a la cara. Transmitiéndolo todo sin hablar. A veces el silencio dice más que las palabras, y ése era uno de esos momentos.

Me movía lentamente, aprovechando al máximo su placentero sexo. Cambie el ritmo cuando yo misma fui consciente de que llegaba el final del acto. Lo abracé y lo besé en el cuello mientras nos íbamos juntos. Y en ese instante, algo más se fusionó aparte de nuestros cuerpos, pero era tan fuerte que tuve miedo de reconocérmelo.

CAPÍTULO 22

Seguía tratando de ubicarme en Madrid pese a que habían pasado ya unos días desde mi regreso de Galicia. Pascual lo había llamado «síndrome postvacacional», ya que, en realidad, el rodaje de exteriores había sido para mí como una especie de minivacaciones en las que había disfrutado del ocio que me ofrecía el norte de España mientras simulaba trabajar. Aún estaba un poco desorientada y extrañaba todo lo que allí había sucedido.

Era raro, puesto que mi vida había experimentado numerosos cambios recientemente. El más importante era que por fin se había dado a conocer que Chance Productions sería la encargada de llevar a la gran pantalla *Bombas a la luz de las velas* y que yo sería su guionista. En las redes sociales había comentarios de todo tipo. Por un lado, estaban los que pensaban que era una buena idea que una productora fresca y nueva adaptara el bestseller y, por otro, los que se quejaban de que la editorial y el autor no hubieran recurrido a una empresa audiovisual más experimentada, con mayor trayectoria a sus espaldas y, lo más importante, muchísimo más capital para producir los efectos especiales. Sin embargo, lo que éstos no sabían es que, desde el anuncio, los inversores que querían formar parte de la compañía habían aumentado día a día.

Por mi parte, también tenía mis defensores y mis detractores. Muchos decían que irían a ver *En el baúl de los recuerdos* antes de juzgar mi trabajo. «Publicidad gratuita de tu primer guion», lo llamaba Logan. Pero lo que más me había llamado la atención era la cantidad de amigos y conocidos de la universidad que, después de ignorarme desde que habíamos terminado la carrera, ahora se ponían en contacto conmigo con absurdas excusas para recuperar una amistad que durante años no habíamos tenido. Cada día aumentaban mis seguidores en Twitter, las peticiones de amistad en Facebook, las llamadas y los mensajes al móvil. Era como si, de repente, todo el mundo se hubiera dado cuenta de que yo existía, y no sabía cómo tomármelo.

Una de las cosas que más le divertían a Javier era buscar mi nombre

una y otra vez en Google y mandarme todas las páginas, foros y demás donde me mencionaban. Por el contrario, Pascual me había aconsejado que no leyera nada, ya que, igual que los comentarios positivos me iban a subir el ego, los negativos podían hundirme. Además, si cogía la mala afición de buscarme en internet, una vez saliera *En el baúl de los recuerdos* podía encontrarme con algo que no me gustara. Nunca llovía a gusto de todos, y que la opinión sobre mi primera obra fuera positiva de manera unánime era una idea demasiado perfecta para ser real. Habría a quien no le gustara la película e hiciera comentarios constructivos que me ayudasen a mejorar de cara a mi siguiente trabajo, pero también los habría destructivos, y tal vez no estaba preparada para enfrentarme a éstos.

El que seguía en su burbuja de anonimato y misterio era el autor, Christopher W. F., o Matteo Williams, como prefiriera llamarlo. Los medios no habían logrado rascar nada y, por el momento, era imposible encontrar una imagen o cualquier dato que relacionara ambos nombres. Y eso que lo había intentado de todas las maneras. Se suponía que haría su aparición estelar el día de la presentación para causar mayor expectación y atraer a todos los medios a nivel mundial. Eso si lograban convencerlo de que saliera a la luz y, por lo poco que lo conocía, sabía que tenían una larga tarea de persuasión en la editorial y la productora, puesto que Matteo era muy celoso de su intimidad.

Lo echaba de menos consciente e inconscientemente. Recordaba sus caricias, sus palabras y su compañía en los momentos más inesperados. Hasta su olor, que parecía que se había instalado para vivir libremente como un okupa en mis fosas nasales. Cualquier conversación o comentario sobre otro tema me servían para revivir alguno de nuestros momentos secretos. Habíamos decidido no contárselo a nadie y yo estaba cumpliendo mi parte, aunque me costaba un gran esfuerzo. Sobre todo cuando Javier, Pascual o Lucía me preguntaban por qué estaba tan risueña o me reía sin motivo.

Sin embargo, lo peor era la parte que me transportaba inconscientemente hasta Matteo mientras dormía. Eran sueños tan realistas que me levantaba y lo buscaba en mi cama pese a saber que no estaba allí. En algunos momentos dudaba, e incluso tenía que dar la luz para asegurarme de que era así.

No lo había visto ni había tenido ningún tipo de contacto con él desde que había regresado de Galicia. Me repetía a mí misma que era mejor de

ese modo. Si quería aclarar mi cabeza y mi corazón, lo más fácil era permanecer alejada de aquellas personas que volvían mi mundo del revés.

Por eso agradecí que Javier organizara un plan que me impidiera estar dándole vueltas a la misma cosa durante horas. A veces me asombraba de la cantidad de pensamientos que podían rondarme en un minuto. Temía colapsarme de tanto meditar conmigo misma y estallar.

Mi compañero, pese al «gafe» que decía que tenía mostrarnos a alguna de sus parejas, había decidido que conociéramos al modelo que había conocido en la fiesta de presentación de la producción organizando una sencilla cena en casa. Javier la llamó «sencilla» pero, después de ver todos los preparativos, yo dudaba que ése fuera el término más apropiado para definirla.

Llevaba dos días yendo y viniendo de los diferentes supermercados del barrio. Como su chico era amante del pescado, se había decantado por hacer una lubina al horno con una salsa y una guarnición que estaba innovando y a la que había llamado el «complemento del amor».

—¿No dicen que se conquista a los hombres por el estómago?, pues cuando pruebe el «complemento del amor» ya no habrá marcha atrás — nos había comentado mientras Pascual reía por el nombre seleccionado.

—¿Eso será antes o después de que le digas que no eres productor? —había contraatacado el ingeniero—. Tal vez la barriga llena lo ayude a olvidar que ha basado su relación en un fraude...

—¡Cállate!

De esta manera había zanjado Javier la discusión. Todavía no le había confesado la verdad al chico, y yo sospechaba que tenía miedo de hacerlo. Le gustaba de verdad y, como me ocurría a mí, no sabía cómo salir del bucle de mentiras que había ido soltando por su boca.

Para cambiar de tema y relajar la tensión del ambiente, Lucía le había pedido que nos contara más de su pareja. Así, en esos momentos sabía que el chico se llamaba Lucas. Se había formado como modelo de pasarela primero en Barcelona y luego en Milán. Sus primeras campañas las había realizado en la ciudad italiana y luego había regresado a España para ascender y comenzar a ser imagen de alguna importante firma de ropa interior mientras se apuntaba a clases de arte dramático para tratar de forjarse una carrera como actor.

Todos teníamos curiosidad por ver cómo era el chico que le había robado el corazón a nuestro amigo y —aunque no lo confesásemos en voz

alta— que lo soportaba con todas las manías que Javier tenía.

—¿Qué pajarita me pongo? —nos preguntó por decimoctava vez mientras miraba constantemente las manecillas del reloj para ver si daban las ocho y media, que era la hora a la que vendría Lucas.

—Cualquiera, todas son igual de bonitas... —contestó sarcástica Lucía, a la cual Javier había obligado a quitarse la ropa cómoda que llevaba y a vestirse con algo «más apropiado» que no diera la «sensación de ser un pijama», según había dicho literalmente nuestro amigo.

—¡No me ayudáis en nada! —se quejó Javier, que tenía el comedor repleto de sus pequeños lazos.

—¿La roja? —intervine.

—¡Ésa me la puse el día que lo conocí!

—¿La azul? —volví a intentarlo.

—¡Demasiado típica!

No entendía por qué el azul era típico, así que decidí probar con otro color y, si no, darme por vencida como sabiamente habían hecho los demás.

—¿La verde esperanza?

En vez de contestarme inmediatamente, Javier lo meditó unos instantes, lo que era buena señal.

—¿Esperanza para que continúe conmigo después de conoceros?

—Yo no he dicho eso...

—Lo sé, pero me parece un razonamiento perfecto. ¡Verde se ha dicho!

Estaba rematando su pajarita cuando sonó el timbre de la puerta. Tal y como nos había dicho mientras planeaba cada detalle del encuentro al dedillo, los cuatro nos pusimos de pie para dar una acogedora bienvenida a su invitado. Lucía le había señalado que el pobre chico pensaría que pertenecíamos a una especie de secta esperando para reclutarlo, pero Javier había hecho oídos sordos.

Se giró y los tres pusimos nuestra mejor sonrisa para que diera el visto bueno. Asintió convencido y abrió la puerta. Lucas entró como un soplo de aire fresco, ataviado con unos sencillos pantalones vaqueros y un polo —mira qué casualidad— verde esperanza que hacía juego con la pajarita de nuestro amigo. Ambos se saludaron con un sencillo y cariñoso roce de labios antes de pasar a presentarnos.

—Éste es Pascual, el ingeniero que ahora va de hetero.

—Encantado —dijeron a la vez Pascual y Lucas, dándose dos besos un tanto incómodos por la información que había proporcionado Javier durante la presentación. Lo único que se podía sacar en claro de su comentario era que nuestro amigo le hablaba bastante de nosotros al chico o, al menos, del pobre Pascual en particular.

Pascual seguía conociendo a Azucena, pero intuía que ya tenía su decisión tomada y sólo estaba alargando lo inevitable. Aun así, no podía decirle nada. A veces es de buenos amigos dejar que sea la propia persona la que se tope con la realidad después de darse de bruces contra la pared.

—Ella es Lucía, la eminente abogada que mañana traerá a nuestro próximo compañero de piso, *Patitas*.

—Encantado.

—Igualmente.

—Y dejo para el final lo mejor. —Me tocaba el turno y, antes de que hablara, por su introducción, ya sabía por dónde irían los tiros—. Ella es Bianca, la creadora de *En el baúl de los recuerdos* y futura guionista de *Bombas a la luz de las velas*. Vamos, la que esperamos que te enchufe algún día —añadió guiñándome un ojo.

—Encantada —dije un tanto molesta por su comprometida presentación.

El chico debió de pensar lo mismo, puesto que agachó un poco la cabeza.

Ajeno a la tempestad que acababa de gestar, Javier le enseñó todo el piso, que previamente habíamos limpiado a conciencia, y le mostró en el horno la lubina, que poco a poco empezaba a dorarse.

Los demás permanecemos sentados en el sofá como buenos niños hasta que Javier regresó con Lucas del brazo. La verdad es que hacían una pareja cuando menos extraña. Javier, amante de la elegancia, con su pelo perfectamente peinado hacia un lado y con unos kilos de más que denotaban su afición por la comida. Y Lucas, amante de convertir unos vaqueros desgastados en una prenda casual, con su cabeza rapada y su cuerpo perfecto, fruto de un duro trabajo en el gimnasio.

—Necesito ayuda con los entrantes —anunció Javier.

—Yo puedo hacerlo —se ofreció su amigo.

—No, no y no. Tú eres el invitado y nosotros somos unos buenos anfitriones, ¿verdad?

—Sí —respondimos los tres leyéndole el pensamiento y

levantándonos inmediatamente.

En realidad no lo hacíamos porque Javier nos lo ordenara, sino porque sabíamos lo nervioso y esperanzado que estaba en ese encuentro y queríamos que todo marchara estupendamente por él.

—Entonces ¿no te importará si te robo a uno de tus amigos y bajo a comprar algo para beber?

—No te preocupes, tenemos de todo —contestó Javier, que había pensado hasta el más mínimo detalle.

—Insisto, si vosotros vais a actuar como los anfitriones perfectos, yo quiero hacer el mismo papel como el invitado ideal, y para ello, como poco, tengo que traer una botella de vino —bromeó—. No conozco la zona. Bianca, ¿me acompañas?

No sé por qué su ofrecimiento no me sonó natural. Era como si lo tuviera ensayado o algo parecido.

—Sí —acepté con reservas, pero no tenía otro remedio.

Corrí a mi cuarto a coger el bolso. Por alguna extraña razón, no podía marcharme de casa sin él, aunque fuera al pequeño comercio de la esquina. Era como si, sin ese objeto inanimado, me sintiera desamparada y desnuda. Una soberana tontería, lo sé.

Por el camino hablamos de temas insustanciales como el tiempo, la comida y cómo Madrid había vuelto a llenarse después de las vacaciones. Mi sexto sentido me decía que había algo que Lucas quería contarme o pedirme, y no estaba segura de querer escucharlo. No me gustaba que ahora todo el mundo pensara que podía conseguir algo con nuestra amistad y, como era aspirante a actor, veía sus intenciones blancas y en botella.

Nos paramos en el estante de los vinos blancos del súper del barrio y le señalé el favorito de Javier, de la marca Diamante. No era de las mejores bodegas, pero su sabor suave y afrutado nos gustaba a los cuatro y solía formar parte indispensable de nuestra vinoteca particular.

Al final cogimos tres botellas y emprendimos el camino de vuelta a casa. Pese a no conocerlo en absoluto, notaba cómo Lucas se estaba debatiendo acerca de cómo y dónde comenzar la conversación que verdaderamente le interesaba y, conforme me detuvo agarrándome del brazo, supe que había llegado el momento.

—Hay algo de lo que me gustaría hablar contigo —comenzó, confirmando así que mis sospechas eran ciertas.

—¿Por qué no lo hacemos arriba? Nos están esperando.

—Prefiero hacerlo a solas.

«Mierda.»

—Está bien. Dime.

—Hace unos días descubrí algo acerca de Javier...

¿Perdón? ¿Acaso sabía que le estaba mintiendo y me había escogido a mí para que lo delatara? Javier me dejaría de hablar de por vida. Me haría una cruz enorme. No podía creer mi mala suerte. Yo no sabía mentir y, si me preguntaba, notaría en mi cara la verdad.

—Si te has enterado de algo, es mejor que hables con él —lo interrumpí con la intención de cortar por lo sano la conversación en ese mismo instante.

—Creo que te estás confundiendo —me aclaró pausadamente—. No quiero hablar contigo del hecho de que Javier me esté engañando y no sea productor —afirmó, y yo me quedé con la boca abierta.

¿Lo sabía? ¿Desde cuándo?

—Lo sé desde el primer día —dijo, contestando así a mis preguntas no formuladas. Debía de lucir un cartel en la cara en el que se transcribieran mis pensamientos, pues todo el mundo los leía—. A diferencia de mí, él es muy mal actor. Soltaba una cantidad de tonterías..., y ahora eso no ha hecho más que ir en aumento. Lo difícil habría sido no descubrirlo.

—¿Y por qué no le dices que lo sabes? —le pregunté.

—¿Yo? Simplemente estoy esperando a que él se arme de valor y me cuente la verdad —aclaró.

—¿Para dejarlo? —tanteé, pues era una información muy valiosa.

—Si quisiera romper, ya lo habría hecho. Imagino que me resultó graciosa su actuación y quise ver hasta adónde era capaz de llegar y, mira tú por dónde, por el camino me he enamorado. ¡Eso sí, tengo una buena venganza en mente para el día que lo diga!

—«Venganza»... no suena muy bien.

Aunque Lucas llevaba razón en estar molesto, no podía olvidar que mi amigo era Javier, y yo no dudaría en decirle todo lo que me estaba contando si eso podía ayudarlo a que no le hicieran daño.

—Tranquila, te prometo que es un escarmiento gracioso del que los dos nos reiremos. —Parecía sincero. No sé por qué, pero lo creí.

—No me lo puedes contar, ¿verdad?

—¿Y destrozar el factor sorpresa? ¡No! Sospecho que le dirás todo lo que te estoy contando. —No lo negué porque seguramente sería así—. Por lo menos, deja que se quede con la duda del «castigo» que le tengo preparado —sonrió alegre.

—¿Y cuál era el tema del que querías hablarme? —me rendí. Eso sí, ahora yo también tenía la curiosidad de ver qué le tenía preparado Lucas a Javier.

El semblante le cambió y se puso serio.

—Javier llevaba unos días más raro de lo habitual. Normalmente es un chico alegre y dicharachero, y actuaba así siempre hasta que el móvil le sonaba. Al principio se pasaba todo el rato tecleando mensajes y luego empezaron las llamadas. Se alejaba para hablar y, cuando volvía, lo hacía de mal humor. Debido a su trayectoria como mentiroso, llegué a pensar que tenía un amante o un novio y yo era «el otro». —No comprendía nada. Sabía perfectamente que Javier no había conocido a otro hombre. Entonces ¿qué pasaba?—. Por este motivo, una tarde que estábamos en mi casa decidí poner la oreja detrás de la puerta para espiarlo y averiguar qué estaba ocurriendo. —Hizo una pausa—. No entendí lo que dijo, sólo oí gritos y cómo se despedía de alguien. Asustado, abrí la puerta y me lo encontré llorando. —De nuevo paró—. Le pregunté qué pasaba y, balbuceando, me contó que era su madre.

—¿Su madre? —pregunté extrañada. Javier tenía una magnífica relación con ella. En cambio, no podía decir lo mismo de su otro progenitor.

—Le costó abrirse pero acabó contándome todo el tema de su padre y tal...

No hizo falta que me lo explicara. Yo había vivido esa historia en primera persona. Pese a que para él era evidente, sus padres siempre habían creído que Javier era heterosexual. De hecho, siempre le insistían en que tuviera pronto descendencia debido a su avanzada edad.

Creo que lo tuvieron cuando la madre rondaba los cuarenta años. Un niño milagro. La señora había tenido unos cuantos abortos y habían llegado a decirle que no podría tener hijos. Por eso, cuando en un último y desesperado intento se quedó embarazada de Javier, pasó los nueve meses postrada en una cama con la esperanza de no perder su única posibilidad de formar una familia. Javier nació y enseguida se convirtió en el niño mimado de la casa.

Su padre, que no había ocultado sus preferencias por tener un varón, trató de hacer que tuviera los mismos hobbies que él. En el pueblo, lo llevaba a pescar, a cazar y a las carreras de coches que tanto le gustaban. Pero Javier era diferente, especial, y no disfrutaba con las actividades y la vida que su progenitor había marcado para él.

Pese a que tardó en reconocer su verdadera identidad, no dudó en contársela en cuanto lo tuvo claro. Su madre reaccionó bien, pero no podía decirse lo mismo de su padre. Lo echó de casa gritando una serie de improperios que aún acompañaban a mi amigo. De hecho, antes de que cruzara el umbral de la puerta con una pequeña maleta como único equipaje, oyó que decía: «Ojalá hubieras sido un aborto más».

Nunca volvió a saber de él. Por el contrario, con su madre tenía una buena relación y a veces se veían, siempre a escondidas, puesto que la mujer nunca había abandonado a su marido, a pesar de que éste la había separado de su hijo. Tal vez había llegado el momento en el que Javier había estallado contra la señora reprochándole su injusta actitud.

—¿Qué ha ocurrido ahora con ése? —dije sin poder evitar referirme a él con todo el rencor que sentía por el hombre que había humillado y destrozado anímicamente a mi amigo.

—Le han diagnosticado un cáncer de páncreas terminal. Se muere —sentenció Lucas.

No sabía qué decir, ya que no era la respuesta que imaginaba. Me esperaba que hubiera urdido un plan en contra de mi amigo o algo peor, pero no que estuviera gravemente enfermo. Aunque despreciaba a ese señor por su ideología retrógrada, no me alegré de que la muerte estuviera llamando a su puerta, acechando para llevárselo en cuanto tuviera oportunidad.

—Su madre dice que, ahora que sabe que es el final, quiere ver a su hijo.

—¿Ahora? ¿No ha tenido suficiente tiempo en la vida para replantearse el daño que le estaba haciendo? —repuse un tanto indignada por la carga que estaría soportando mi amigo.

—Javier opina lo mismo. Pero su madre le insiste diciendo que su padre está completamente arrepentido y que no podrá morir en paz si no es capaz de disculparse cara a cara con él. Que lo necesita más que la morfina que le calma el dolor.

—Lo siento mucho por él —lo corté—. Si Javier ha tomado esa

decisión es porque tiene razones de sobra. Yo lo apoyaré haga lo que haga.

—Y yo también lo haría si no supiera que es un error. No por lo que yo o tú podamos opinar, sino por lo que observo en él. Dice que no quiere verlo, pero en realidad es mentira. —Hizo una pausa—. En sueños lo llama, y lo he descubierto un par de veces sentado mirando la única fotografía que tiene de él y que esconde en su cartera para que nadie más lo sepa. Se siente culpable porque lo quiere a pesar de que se comportó con él como un monstruo.

—¿Y por qué no se lo dices?

—He intentado hablar con él al respecto, pero se bloquea y cambia de tema. Puede ser que aún no me haya ganado su confianza hasta el punto de que me corresponda aconsejarle sobre algo tan importante. Lo quiero, y es porque lo quiero que necesito que tome la mejor decisión; una de la que luego no pueda arrepentirse. Por eso quería pedirte que hables con él. Si crees que no verlo es lo que realmente desea, entonces apoyaré su decisión, pero si, como yo, piensas que en el fondo es lo que necesita, convéncelo de que haga lo mejor, no para su padre, sino para él. Tengo claras intenciones de pasar mi futuro junto a ese hombre y, en lo que pueda, lo ayudaré a construirlo de la mejor manera posible.

Se notaba que Javier le importaba de verdad. Con esa última frase, se había ganado mi admiración y mi amistad.

—¿Por qué yo?

—Porque cuando habla de ti lo hace como si fueras su hermana.

—Lo intentaré, pero no lo forzaré sea lo que sea lo que haga. Sólo quiero lo mejor para Javier.

—Entonces ya somos dos.

CAPÍTULO 23

Al regresar percibimos el delicioso olor de la lubina, que ya estaba casi en su punto. Durante nuestra corta ausencia, Lucía y Pascual habían puesto la mesa y ahora descansaban en las sillas donde Javier les había indicado que debían sentarse.

—¿Queréis una cerveza? —nos preguntó Pascual, que ya se estaba bebiendo una con Lucía.

—Sí —se me adelantó Lucas, y yo asentí—. Y si puedes meter el vino en la nevera...

—Eso está hecho.

Pascual recogió la bolsa de plástico y fue al territorio de Javier. Éste le quito la bolsa de las manos para ojear qué habíamos comprado finalmente.

—¡Un acompañamiento perfecto! —exclamó lanzándonos un beso.

Intenté notar alguna señal que pudiera advertirme que Javier tenía problemas, pero no vi nada. Parecía tan alegre y excéntrico como siempre.

«Puedes creer que conoces a la perfección a una persona y no ser así. A veces, el ser humano sabe disimular muy bien sus problemas», me dije.

Tal y como le había asegurado a Lucas, hablaría con él. Simplemente para escucharlo y saber su opinión, no para tratar de dirigir sus actos a uno u otro lado. Me gustaba respetar las decisiones de la gente que me rodeaba sin juzgarlas bajo mi prisma.

Al rato, vino Javier con los diferentes platos perfectamente alineados en una bandeja. Nos obligó a hacerle hueco y los situó en el centro estratégico para que todos llegáramos desde los distintos ángulos de la mesa.

—¡Esperad, quiero sacarle una foto a mi obra! —nos dijo corriendo a la habitación en busca de su móvil.

Javier era un adicto a las redes sociales, así que no descartaba que fuera narrando cada paso de la cena en Twitter o Instagram.

Dicen que un plato entra un 50 por ciento por la vista y, en esa ocasión, había logrado el efecto deseado. No tenía hambre hasta que mi

amigo había colocado la comida y, además de olerla, la había visto. Mis tripas habían reaccionado moviéndose y emitiendo unos ruidos que se asemejaban a los gruñidos de un animal. Por lo que podía observar, yo no era la única, puesto que los cuatro esperábamos ansiosos a Javier.

El móvil de Lucía comenzó a sonar y me extrañó; primero, que lo llevara encima, y segundo, que se levantara a atenderlo sabiendo la bronca que le caería después por estropear la cita perfecta de Javier.

—Voy un momento a hablar, enseguida regreso —se disculpó.

—No tardes o, de que vuelvas, vas a encontrarte sólo con las espinas —bromeé viendo que Javier regresaba.

—¿Tú adónde vas? —le preguntó en su aparición estelar.

—A contestar al teléfono —le explicó ella.

—¿Quién te llama a estas horas? —siguió él con su interrogatorio.

—Sam.

—Entonces no entiendo que te marches. —Javier me miró buscando apoyo—. Mientras no estaba Bianca comprendo que no nos dejaras escuchar las conversaciones, pero ahora que ella ha vuelto... Al fin y al cabo, Sam es su futuro chico, ¿no? Tú sólo estás actuando para ayudarla.

Lucía tardó un rato en asentir. Parecía incómoda por la intromisión y las palabras de Javier. Por mi parte, me di cuenta de que no me molestaba excesivamente que hablara con él a solas. Era extraño, pero tampoco quería forzarla a hacerlo delante de todos, y eso parecía exactamente lo que Javier me estaba pidiendo a gritos con la mirada.

Pascual, por su parte, analizaba la situación como si estuviera viendo algo que el resto no éramos capaces de observar.

Iba a dejar pasar el tema cuando me acordé de una cosa y mi curiosidad se acrecentó.

—Cógelo y pon el manos libres —ordené—. Y quiero que le hagas una pregunta. Dile que, en la fotografía que te mandó con su hermano, te llamó la atención la cicatriz que Matteo tenía en la mano. Pregúntale cómo se la hizo.

—No creo que... —trató de excusarse Lucía, pero no la dejé acabar.

—¡Vamos, descuelga! —grité emocionada sin fijarme en la cara que ponía la pobre.

Tenía mucho interés en conocer el último secreto que me escondía Matteo. Si él no me lo había dicho, su hermano seguro que sí lo haría.

—Hola —contestó mirando hacia abajo sin querer vernos a los

demás, que la mirábamos presionándola.

—¡Hola! —exclamó Sam con más alegría que de costumbre, y eso, en un chico que parecía tener pintada permanentemente una sonrisa en la cara, era extraño—. ¿Qué tal el día?

—Bien... —murmuró ella tímida, como si no tuviera ganas de hablar, enroscando el pelo en sus dedos sin parar.

—¿Seguro? Pareces un poco apagada —se preocupó él.

Apagada, agobiada, observada e insegura lo definían mejor.

—¡Qué va! Es que me has pillado un poco adormilada en el sofá —salió ella al paso.

—Yo también necesitaría descansar después del ajetreo de Galicia, pero la verdad es que he venido renovado. Más activo que antes, si eso es posible. —Ambos rieron—. Por cierto, ¿te llegaron bien las fotografías? No tenía muy buena cobertura y mi ordenador de viaje está loco, tiene vida propia y hace lo que quiere.

Lucía me miró confusa, y yo asentí. Ella era la que hablaba con él y yo la que le escribía, y últimamente no estábamos muy bien compenetradas en nuestras labores con el joven actor.

—Cicatriz —susurré señalándome la mano.

Me dio la sensación de que mi amiga me suplicaba con la mirada de cordero degollado que no la obligara a hacerlo, pero no cesé en mi empeño y le repetí la misma palabra. Era un misterio que quería solucionar como muy tarde ese mismo día. Lucía trató de buscar un cómplice entre los demás comensales, pero no lo encontró. Lucas miraba hacia otro lado sin querer opinar, Javier estaba encantado con la situación, y Pascual parecía no querer mojarse entre las dos, aunque debo decir que, de vez en cuando, me lanzaba fugaces miradas de reojo y yo comprendía perfectamente que lo hacía para que parara esa tontería.

—Sí —contestó derrotada—, y hablando de eso, hay una cosa que quería preguntarte. —Tomó aire avergonzada por su actitud y sus palabras—. Me fijé en que tu hermano tiene una cicatriz en una mano, ¿qué le pasó? —Conforme terminó la pregunta, se tapó la cara con las manos.

—Eso... es una larga y dolorosa historia...

—No tienes que contármela si no quieres. —¿Era ella la que no quería oírlo o el problema estaba en que la oyésemos nosotros?

—Además, es algo privada e íntima.

—Entonces no me la cuentes, ya está —se apresuró a decir Lucía,

seguramente arrepentida de haberlo preguntado siquiera.

—Pero tengo que hablar. Me dijeron que no debía ocultar esa parte de la historia como si nunca hubiera existido, pues el pasado está ahí y hay que usarlo de referencia para no cometer antiguos errores de nuevo. Siempre he sabido que llegaría el día en que me acabaría abriendo ante alguien, y creo que la persona en la que debo confiar eres tú...

—Yo... —balbuceó mi amiga, visiblemente afectada por la situación. Sin embargo, no la paré, porque en el fondo necesitaba saber qué era eso tan grave que había hecho o afectado a Matteo que incluso su hermano no se atrevía a mencionar.

—Sólo te pido dos cosas: escucha hasta el final y no me juzgues. Quiero expulsarlo como si fuera una pesada losa que llevo cargando dentro, y no me apetecería que después de oírme me colgaras como si estuviera loco —bromeó Sam para relajar la tensión.

—¿Loco, tú? Creía que la cicatriz era de tu hermano. —Lucía se había olvidado de que el resto estábamos a su alrededor.

—La herida es suya, el problema es mío. —Oímos cómo tomaba aire. Pascual y Lucas se levantaron en ese momento.

—Es algo privado... —murmuró Lucas suavemente para que el teléfono no captara sus palabras.

—Bien, bien, id un rato a la cocina —los despachó Javier, que estaba igual de concentrado que yo escuchando un secreto que tal vez no nos correspondía.

—Como todo el mundo, tuve mi novia de juventud —continuó Sam—. Se llamaba Alba y era una compañera de la escuela de teatro y la ONG que frecuentaba en ese momento. No te voy a hablar de mis años a su lado porque hubo momentos buenos, malos y regulares. La cuestión es que llegó un día en que dejé de quererla. La relación se había deteriorado poco a poco y, cada vez que la veía, en vez de sentir ilusión por estar con mi pareja, me cambiaba el humor y me ponía de mala leche. Aprovechaba todos los segundos con mis amigos para no volver a su lado y le hacía el amor mecánicamente, sin sentimiento alguno. Sabía de su carácter impulsivo y, en cierta manera, me daba auténtico pánico dejarla. —Se rio amargamente—. Pero una mañana me levanté y me dije: «Ya no puedo más». No ser feliz en ese aspecto de mi vida me estaba transformando irremediabilmente en todos los demás, y no podía soportarlo. —De nuevo tomó aire—. La llamé, quedé con ella e intenté hacerlo de la mejor manera

posible. Era consciente de que, aunque usara las palabras perfectas y actuara de la mejor manera como un caballero, le rompería el corazón y sería testigo de cómo caían los pedazos y se esparcían por el suelo. Matteo me dijo una vez que es imposible evitar el dolor cuando una persona pierde a otra, sea en el aspecto que sea.

—Muy sabio —dijo Lucía en voz baja.

¿Rupturas? ¿Amores de adolescencia? ¿Qué tenía eso que ver con la maldita herida?, me pregunté.

—Imaginaba que se lo tomaría a mal pero no tanto. Por mucho tiempo que pases junto a una persona, nunca la conoces del todo. El ser humano siempre se guarda una parte para sí, receloso de su intimidad. Además, tendemos a ponernos una especie de máscara tras la que ocultamos lo que creemos que es lo peor de nosotros mismos por miedo a que, si lo revelamos, el resto no va a aceptarnos. En el caso de Alba, su armario interior estaba tan repleto de problemas que escondía que se vio desbordado con nuestra ruptura e hizo que la puerta cayera y todos salieran de golpe. ¿Sigues ahí o ya te he asustado?...

—Estoy aquí, nada de lo que digas podrá hacer que me marche —le contestó inmediatamente Lucía con una dulzura que no era propia de ella.

—Estoy dándole vueltas, añadiendo detalles para no decir lo importante..., pero ha llegado el momento. Alba me amenazó con que iba a tirarse de un cuarto piso, yo no la creí y esa misma tarde lo hizo.

Instintivamente, todos nos llevamos la mano a la boca imaginando la tragedia.

—Tú no podías saberlo...

—El caso es que sí: ella me avisó y decidí no creerla. Cuando volví a casa esa misma tarde, me encontré con las ambulancias y fue muy duro, prefiero no ahondar más en el tema. —Aunque estuviera al otro lado del teléfono, podía percibir cómo le estaba costando pronunciar cada frase. Tragó saliva—. Entonces llegaron los reproches, las críticas, la culpa..., esa maldita compañera que se había adherido a mí y no me dejaba ni de noche ni de día. No sé si la tarde que todo ocurrió me volví loco o fue la que más cuerdo he estado. El caso es que decidí acabar con todo el sufrimiento y me encerré en el baño. ¿Sigues ahí?

—Siempre.

—Posiblemente no lo habría hecho. Sólo habría llorado sosteniendo el metal y gritando a la nada: «¿Por qué lo has hecho?». En realidad, nunca

lo sabré, porque entró Matteo y se lanzó a quitarme la navaja, forcejamos y le corté.

De entre todas las opciones que habían aparecido por mi cabeza como posibles causas de esa herida, nunca había imaginado una tan dolorosa.

—Aún lo recuerdo sangrando con los ojos completamente cerrados mientras yo le gritaba creyendo que le había hecho algo grave. Entonces él los abrió lentamente y dijo: «Oír tu voz, sana y salva, en medio de la oscuridad me ha proporcionado la mayor felicidad que he vivido hasta este momento». Días después tomó una foto que simulaba ese tono para no olvidar nunca ese sentimiento.

«¡La fotografía de su despacho!», me dije impresionada por lo que acababa de averiguar.

—Ese día, junto con la muñeca, le destrocé sus sueños. Ambos decidimos que sería nuestro secreto. Matteo partía al día siguiente a África con nuestros padres, pero se negó a marcharse y dejarme aquí. Me obligó a ir a una clínica mental y acudí con una condición: que accediera a hacerse su primera fotografía. Así, yo la tendría y la miraría cada mañana para coger fuerzas. Y ésa es la imagen que te he enviado. —Sam puso fin al relato y, en cierta manera, nos trajo de vuelta al mundo real—. ¿Sigues ahí después de que acabo de contarte que he pasado un largo período de mi vida en un manicomio? —bromeó, aunque se notaba que estaba tenso por conocer la respuesta de Lucía.

—En los manicomios no están todos los que son, ni son todos lo que están —respondió ella.

—No soy un suicida. Simplemente hubo una situación que me sobrepasó y no supe qué hacer ni cómo actuar para superarla.

—Te comprendo perfectamente. De hecho, hay algo que quiero contarte y de lo que no he hablado nunca con nadie —dijo mirando sólo al móvil, como si nosotros no existiéramos.

Anticipándonos a lo que podía pasar, Javier y yo nos dimos la mano angustiados. Llevábamos años intentando que Lucía hablara del tema, que se desahogara, ayudarla. Pero parecía que su boca se cerraba a cal y canto cuando nos referíamos al tema. Una simple mención y se iba. Que después de tanto tiempo derribara su muro y con un desconocido con el que sólo había hablado por teléfono fue algo que nos pilló desprevenidos.

—Te escucho.

—¿Hasta el final?

—Siempre —repitió lo que ella le había dicho hacía unos minutos.

Lucía sonrió como si esa palabra le hubiera dado las fuerzas que necesitaba para continuar.

—No quiero darle muchas vueltas al tema. Prefiero expulsarlo rápidamente, como si me estorbase dentro: mis padres se mataron en un accidente de coche cuando yo tenía dieciocho años. No, no es la típica historia, ni ellos venían a buscarme ni yo me había negado a última hora a acompañarlos. Tampoco apareció un conductor borracho o un animal ni mi padre iba hablando por el móvil. No. —Tomó aire—. Se trató de un accidente en toda regla. Ambos venían de mi pueblo y simplemente el coche se les fue hacia la cuneta, conduciendo a la velocidad estipulada en una curva que tenía el pavimento perfectamente. No podía culpar a ningún conductor que hubiera infringido las normas, ni al ayuntamiento, por no tener las carreteras arregladas, ni a mi padre, ni a mi madre, ni a nadie... —La voz se le quebró—. Me encontré ante una situación en la que no había responsables, sólo víctimas. Y me bloqueé. Necesitaba descargar mi ira pero no podía... Si llegas a saber todo lo que pensé y quise hacer durante las horas posteriores, no te sentirías mal... comprenderías que no fuiste débil al intentarlo, sino fuerte al superarlo. —Las lágrimas le caían por las mejillas.

Su confesión me transportó a un recuerdo pasado al que evitaba viajar si no era absolutamente necesario. Pese a que habían pasado muchos años, aún recordaba a Lucía desvalida, pálida y desamparada cuando llegué tras enterarme del accidente de sus padres.

Durante meses intentamos ayudarla en lo que podíamos, pero nada surtía efecto. Estaba bloqueada ante cualquier contacto humano. Sin embargo, un día despertó y volvió a actuar como siempre, si excluimos la fobia que cogió a los coches, ya que desde ese día no volvió a montar en uno.

Pero sabíamos que no estaba bien. Nunca hablaba del tema, no se desahogaba, actuaba como si nunca hubiera sucedido... Esperábamos que un día su coraza se rompiera para estar allí para ayudarla, y ese momento acababa de llegar y nos veíamos impotentes. Sin saber cómo podíamos apoyarla.

—Gracias por escucharme. La verdad es que me ha venido bien —confesó Lucía.

—Gracias a ti, nunca pensé que conocería a alguien en quien pudiera confiar de esta manera.

Mi amiga sonrió y entonces su rostro se transformó.

—¿Sabes lo que pienso? —preguntó nerviosa.

—Dime.

—Que ya es hora de que nos conozcamos.

—¿Cuándo?

—Mañana.

—¿Estás en Madrid?

—Sí, ven a primera hora al piso de Bianca.

—¡Lo haré encantado! —Se lo notaba emocionado—. No puedes imaginar las ganas que tengo de poder verte por fin...

Lucía se llevó la mano al pecho.

—Mañana lo harás.

—Nunca he deseado tanto en mi vida que el tiempo pase volando. —Mi amiga se mordió el labio para contener las lágrimas—. Hasta mañana, Lucía.

—Adiós, Sam —sollozó, y el chico lo interpretó como que estaba emocionada por el inminente encuentro y no como la despedida que era.

Colgó y, sin mirarnos, se marchó a su habitación sin detenerse siquiera con Pascual y Lucas, a los que encontró por el camino, y que, al ver que la llamada había terminado, regresaron al salón.

—¿Qué ha pasado? —preguntó angustiado Pascual, que acababa de ver a Lucía con los ojos rojos de llorar.

—Voy a hablar con ella —anuncié sin darle más explicaciones.

Llegué a la puerta que daba al despacho que mi amiga utilizaba como habitación y que ahora estaba amueblando para transformarlo en el pequeño hogar de *Patitas* y de ella dentro de nuestra casa.

Golpeé la puerta con la mano.

—¿Puedo pasar? —pregunté abriéndola sin esperar a que contestara y me asomé.

Lucía estaba tirada en el sofá, apretando un cojín contra el pecho.

—No preguntes si ya estás dentro —me espetó—. Si vienes a regañarme por lo que he hecho, no me importa.

—¿Y qué se supone que has hecho? —le pregunté con calma sentándome a su lado.

—Decirle a Sam que venga mañana.

En realidad no me había importado ese comentario, ya que lo único que me preocupaba era mi amiga.

—¡Se lo merece! ¡Tiene que saber la verdad, y tú debes contársela! ¿No ves lo que ha pasado? Nos ha confiado su secreto más íntimo. Él nos abre su corazón y nosotras sólo lo traicionamos... ¡Somos unas farsantes! —Lloraba desconsoladamente.

—Tranquila, mañana se lo explicaré —afirmé sabiendo que al día siguiente todo saldría a la luz—. Pero no he venido por eso. Estoy aquí para ayudarte si quieres que hablemos del tema...

—Te lo agradezco, pero ahora mismo quiero estar sola —replicó cerrándose en banda.

—Está bien. Pero ya sabes que para cualquier cosa que necesites estoy ahí.

Aguardé un rato por si cambiaba de opinión, pero no lo hizo. Mientras cerraba la puerta pude oír como Lucía decía «Siempre», rememorando su conversación con Sam, y volvía a suspirar llorando.

Regresé a la mesa y me encontré a Pascual y a Javier sentados.

—¿Y Lucas?

—Se ha marchado. Es el eterno destino: siempre que os presento a una cita, se gafa...

—¿Ha roto contigo? —pregunté preocupada, pues también sabía el problema de mi amigo.

—No —se apresuró a decir él—, pero nos ha dejado intimidad.

—¿Qué tal está? —dijo Pascual.

—Ahora mismo quiere estar sola... —Me dejé caer en la silla.

—Normal, lo que no entiendo es por qué le ha confesado al actor lo que nosotros no le hemos podido sacar en años —murmuró Javier.

—¿No? ¿De verdad no lo veis? ¡Si hasta ha establecido su residencia en Madrid! —exclamó Pascual como si la respuesta fuera tan evidente que ni siquiera era necesario pronunciarla en voz alta—. Un alma libre como la de Lucía no se plantea cambiar de vida a no ser que algo la retenga. Y ese algo es un chico cuyo nombre sabemos todos.

CAPÍTULO 24

Sam llamó al timbre a la hora exacta que le había indicado en el email el día anterior. Conociéndolo, no era difícil adivinar que, seguramente, había llegado un poco antes y había permanecido en la puerta a la espera de que el reloj le marcara el segundo exacto en el que había quedado con la supuesta Lucía. Lo imaginé en mi calle dando vueltas de un lado a otro, nervioso por su encuentro, y eso me destrozó. En realidad no estaba preocupada por mí. No me importaba que se enfadara conmigo o que me increpara por mis actos, puesto que llevaba toda la razón del mundo. Estaba alterada por él, por ver cómo lo afectaba conocer la verdad, cuáles serían las consecuencias de unas acciones de las que yo era la única culpable.

Por mi mente también rondaba Lucía. Seguía dándole vueltas a su reacción cuando Sam le había confesado todo. Pese a que no había querido verlo hasta ese momento, poniéndome una venda que me dejaba ciega ante la evidencia, hacía ya tiempo que sabía que mi amiga estaba desarrollando sentimientos por el actor pero, siguiendo mi estela de actuar como una persona a la que sólo le importa ella misma, una egoísta de manual, había preferido darle la espalda a esa obviedad y centrarme en mí misma como si yo fuera la única que existiera en el universo.

El timbre sonó de nuevo y me dirigí a la puerta. No podía esperar más. No tenía derecho a seguir posponiéndolo. A veces hay que enfrentarse a los problemas directamente sin dejar pasar ni un minuto más. Ser valiente y afrontar los actos en lugar de esconder la cabeza bajo la almohada.

Por lo menos podría hablar con él en mi territorio, resguardada en la seguridad de las cuatro paredes de mi piso compartido. Lucía se había marchado a primera hora de la mañana con Pascual y Javier me había dejado intimidada largándose antes de que fuera la hora.

Cogí aire para armarme de valor y abrí la puerta. Al otro lado estaba Sam. No iba vestido tan desgarrado como siempre. De hecho, llevaba unos vaqueros oscuros complementados con una bonita camisa de color

blanco. El pelo se lo había peinado hacia atrás y se había embadurnado de colonia, hasta el punto de que inmediatamente todo el pasillo olió a él.

—Buenos días, Bianca —me saludó sonriente mientras depositaba un suave beso en mi mejilla. Le temblaba un poco la voz y, aunque trataba de que no me diera cuenta, miraba detrás de mí buscando a Lucía.

—Buenos días —le respondí, y noté que mi propio tono de voz sonaba cansado pese a no haber empezado todavía a hablar de lo que había hecho los últimos meses.

—Lucía me dijo que viniera hoy... —comenzó a explicarme.

—Lo sé —lo corte—. Pasa.

Animado, me hizo caso y me siguió hasta el salón. Con un gesto le indiqué que se sentara. Al pasar por mi lado pude ver que llevaba escondido un pequeño ramo de margaritas blancas a la espalda. «Las flores favoritas de Lucía», pensé.

No me hizo caso. Estaba demasiado nervioso para permanecer quieto. Se apoyó en el respaldo del sofá mientras miraba ansioso de un lado para otro a la espera de encontrarse con la mujer con la que había estado hablando durante meses. Ver la ilusión que albergaba hizo que se me formara un nudo en la garganta y, durante unos segundos, temí que las palabras no llegaran a salir de mi boca.

—¿Quieres algo de beber o de comer? —le pregunté. Normalmente la gente asimila mejor las noticias si tiene algo en el estómago, o eso me decía mi hermana Ana.

—No, gracias. ¿Lucía llegará un poco más tarde? —consultó alegre. No parecía importarle si tenía que esperar.

«No va a venir nunca», resonó en mi cabeza.

—Hay algo que tengo que contarte —le solté sin pensar.

Había reflexionado acerca de cómo sacar el tema de conversación, y había llegado a la conclusión de que no existía una manera perfecta. Cuando vas a destrozarse los sueños de una persona por una red de mentiras que tú mismo has ido tejiendo, el inicio de un discurso no puede ayudarte.

—¿Pasa algo? ¿Lucía está bien? —preguntó preocupado.

—Sí —me apresuré a responder antes de que pensara algo equivocado—, pero no es de Lucía de quien vamos a hablar, sino de mí —agregué seria.

—Te escucho —contestó un poco desorientado. Seguramente tendría muchas dudas dada la situación, pero no dijo nada.

Asentí más para mí misma que para él. Respiré profundamente y, tras expulsar el aire, hablé. Sin sentarme y moviéndome de un lado para otro por la sala, comencé a contarle todos y cada uno de los secretos que había guardado con respecto a nuestra relación. Empecé por el día en el que me habían despedido y tomé una fotografía que me ayudó a inspirarme en la película que él protagonizaba, *En el baúl de los recuerdos*. Proseguí con el momento del metro, el casting, los emails, las llamadas... Todo. Sam no me interrumpió en ningún momento y se lo agradecí. De esta manera, pude dejar caer la bomba informativa de golpe.

Pese a que él permanecía en silencio y trataba de asimilar mis palabras sin cambiar o torcer el gesto, pude ser consciente de cómo poco a poco le rompía todas las ilusiones y, en cierta manera, le destrozaba el corazón. Me convertí en testigo presencial de cómo una persona se llevaba un desengaño brutal por mi culpa.

—... y ayer Lucía dijo que no podía más y me obligó a hablar contigo. De no ser así, no sé cuándo, cómo ni dónde lo habría hecho, pero te garantizo que mi intención, aunque no lo creas, era confesártelo todo. —Hice la primera pausa—. Comprendo que no quieras volver a saber nada de mí después de todo esto y lo respeto —sentencié poniendo fin a mi monólogo.

Entonces Sam se pasó la mano nervioso por la cabeza y murmuró:

—La verdad es que no me esperaba esto.

Le dejé tiempo mientras me mordía las uñas como nunca había hecho y apretaba el respaldo con tanta fuerza que se me pusieron los nudillos rojos.

—No sé cómo debería estar... —me dijo mirándome directamente a los ojos mientras yo soltaba el sofá.

—*Enfadado* es un buen término.

—Imagino que sí. Me habéis mentido, engañado y, en cierta manera, utilizado. Sin embargo, todo lo has hecho porque, según me has explicado, estabas enamorada de mí. —Asentí sin pensar—. También me has ayudado, aconsejado, y has sido una buena amiga durante este tiempo. —Dio un paso situándose frente a mí—. Hay una cosa que necesito hacer.

—Lo que sea —respondí sin pensar. En ese momento sólo quería que Sam me perdonara y todo el daño que le había hecho desapareciera.

No me dio tiempo a reaccionar ni pude averiguar sus intenciones antes de notar cómo sus labios se posaban sobre los míos. Me besó con

tranquilidad y familiaridad mientras me agarraba suavemente de la cintura. Respondí a su contacto de manera automática, como si se lo debiera.

Entonces, él se apartó aún con mi sabor y me miró de arriba abajo mientras sus mejillas se teñían de un tono rosado.

—Nada, ¿verdad? —afirmó mirándome, y yo asentí.

Durante meses había soñado con ese encuentro antes de ir a acostarme. Me ponía nerviosa sólo de pensarlo. Mis fantasías estaban repletas de pasión y de amor. Estaba convencida de que ese beso haría que mi corazón palpitará nervioso y de que perdería el equilibrio. Sin embargo, no había sentido nada. Era como si mis labios se hubieran posado en la mejilla de un buen amigo en lugar de besar al hombre que, yo suponía, era mi príncipe azul.

—Tenía que intentarlo —se justificó avergonzado—. Comprobar si todo este tiempo yo también había estado enamorado de ti sin ser consciente de ello.

—Lo entiendo. Creo que en el fondo yo también lo necesitaba. Enfrentarme al encuentro que había idealizado para ver si era real o sólo existía en mi imaginación —afirmé.

—Es raro pensar que acabo de besar a la mujer en la que llevo pensando durante meses y sentir este vacío —confesó.

En ese momento, fue como si se me encendiera una lucecita y lo viera todo claro.

—Tal vez es que lo has hecho con la chica incorrecta. Puede que no te hayas enamorado de la mujer que te escribía, sino de aquella con la que hablabas, Lucía.

—No —me interrumpió, impidiéndome continuar con la defensa de mi amiga.

Lo veía todo tan claro. No era conmigo con la que se había abierto y con la que había mantenido conversaciones de madrugada. Era ella la que lo había atrapado a través de sus palabras y la que, sin darse cuenta, había hecho que cayera rendido a sus pies simplemente escuchando su voz. Lucía y Sam eran la pareja que se había formado en esa historia. Yo sólo era un personaje secundario que había servido de nexo para que ellos se conocieran.

—Lucía existe y no tiene culpa de nada. Ella siempre ha sido sincera contigo y...

—No —repitió cortante esta vez—. Mi Lucía —me percaté de que se refería a ella como *mía*— no es real. Es un personaje ficticio que una guionista inventó para mí —señaló con un tono que no pretendía ser acusador—. A ti puede perdonarte. Al fin y al cabo, gracias a tu ayuda, he conseguido cosas con las que no me atrevía ni siquiera a soñar. Pero ella es una desconocida a la que no tengo la más mínima intención de conocer después de saber toda la verdad.

—Pero...

—No hay más que hablar. Creo que estoy siendo bastante amable después de todo lo que acabo de saber. Respeta mi decisión.

No me quedó más remedio que asentir, pese a que sabía que era un error.

¿Por qué le costaría tanto esfuerzo perdonarla a ella cuando conmigo no había mostrado ni una señal de enfado o de rechazo?, me pregunté, e inmediatamente obtuve la respuesta. No todas las personas son capaces de hacernos daño aunque quieran. Sólo aquellas que más te importan consiguen ese efecto en ti. Inconscientemente, la parte emocional de Sam sabía que Lucía, la voz al otro lado del teléfono, era la chica que realmente importaba en esos momentos y, como tal, era la única que había logrado herirlo. Yo no era relevante, pero ella sí. Pese a que la culpa era mía, era por la mujer a la que quería por la que se sentía traicionado.

Deseé en ese mismo instante que las cosas cambiaran. El tiempo y la distancia debían ser aliados en una historia que se había visto intoxicada por mis tonterías, por mi culpa. Era el típico momento en el que sabes que un amigo tuyo está cometiendo un error pero que debe abrir los ojos por sí mismo. El orgullo nunca es un buen aliado.

—¿Puedo verla? —interrumpió mis pensamientos.

—¿A Lucía? —pregunté confusa.

—Ya te he dicho que no. Me refiero a la fotografía, a la imagen de mí que te inspiró. La verdad es que tengo mucha curiosidad —me explicó riendo, aunque la sonrisa no le llegó a los ojos. «Los labios pueden engañar con sus formas, pero una mirada nunca», recordé que siempre me decía Ana de pequeña.

—Por supuesto —asentí.

Corrí a mi habitación y cogí el portátil que había dejado encendido encima del escritorio. Estuve tentada de cambiar el fondo de pantalla con la imagen de Sam para no parecer una loca obsesiva, pero decidí no

hacerlo.

«Si no quieres parecer una loca, no actúes como tal», me reprendí a mí misma. No quería volver a empezar con los secretos y las mentiras, aunque en esas circunstancias fuera una tontería.

Regresé al salón y lo encontré de pie mirando con atención unos broches que estaba haciendo Lucía para venderlos en un mercadillo ambulante y sacar dinero para un niño que necesitaba una silla de ruedas. Lo observé un rato mientras se pasaba la mano por los párpados atrapando unas lágrimas que amenazaban con escapar de sus ojos. Seguramente mi amiga y él habrían hablado de ese proyecto y ahora mismo Sam estaba experimentando lo más cercano a estar con ella desde que cada uno había irrumpido en la vida del otro.

En uno de los extremos de la estantería había una fotografía en la que salíamos los cuatro compañeros de piso. Sin pensarlo, la cogió y pasó la yema de su dedo por la cara de Lucía.

Entonces, se percató de mi presencia y se giró con aire despreocupado, aunque parecía algo tenso después de haberle puesto por fin cara a la chica de sus sueños.

—¿Quieres verla ya? —le pregunté fingiendo no haber sido testigo de nada.

—Lo estoy deseando —contestó con una voz un tanto ronca.

Se acercó hasta mí y me quitó el ordenador de las manos. Comprobé cómo miraba la fotografía ensimismado.

—Es bonita y artística —declaró—, pero no soy capaz de ver nada tan especial que pueda inspirar un guion —bromeó.

—No es lo que se ve, sino lo que transmite —puntalicé.

Sam se disponía a contestar algo cuando nuestro nuevo compañero de piso hizo su aparición estelar. El perro había llegado esa mañana, antes de que yo me despertara, y me lo había encontrado mientras desayunaba. Tenía su cama instalada en el despacho de Lucía y no se había movido de allí en todo el rato.

De vez en cuando, mientras esperaba a Sam, me había acercado a tocarlo y a jugar con él. Era un animal bastante cariñoso y juguetón, pero no había manera de lograr que saliera del cuarto de Lucía. Se encontraba extraño en su nuevo hogar, e iba investigando los rincones poco a poco. Dado su pequeño tamaño, había empleado las primeras horas en husmear en todos los escondrijos de la estancia de mi amiga, y parecía que por fin

ahora se atrevía con el salón.

Acudió directamente al lado de Sam y, tras olerlo cautelosamente, se tumbó sobre su pie, que era mayor que el tamaño del cachorro, y se puso a ladrar reclamándole atención.

—Buen chico, *Patitas* —dijo él mientras lo acariciaba. No me pasó inadvertido que conocía el nombre del nuevo miembro de nuestra familia, pese a que yo no se lo había dicho. Una señal más que me recordaba la complicidad y la confianza que Lucía y él habían tenido.

Sam pasó un rato jugando con el animal, hasta que éste decidió que ya había recibido bastantes mimos y cambió las caricias del actor por ir a investigar la parte baja del sofá.

—Hay una cosa que quería preguntarte —le dije. Llevaba bastante tiempo dándole vueltas a algo y sabía que no encontraría un mejor momento para planteárselo.

—Dime.

—¿Quién era la persona a la que esperabas en el césped del parque?

En mi historia, esa mirada de amor había ido dirigida hacia la mujer de su vida, pero quería saber cuál era la realidad. La escena que capturé en esa fotografía tenía dos protagonistas, pero yo sólo había podido identificar a uno.

—Déjame pensar. —Volvió a mirar la imagen del ordenador—. Suelo quedar allí con muchos amigos y amigas y pasó hace tanto tiempo...

—Imagino que no lo recuerdas... —sonreí sintiéndome un poco tonta.

Era como si me hubieran enseñado una foto mía en la que salía en un parque y pretendieran que me acordara de todos los detalles transcurridos hacía varios meses. Además, para mí ese momento había sido mágico y especial, pero tal vez para él sólo hubiera sido un día más de conversaciones con conocidos sentado en el césped.

—Supongo que tendré que quedarme con la incógnita —afirmé mientras le sonreía.

—¡Espera, creo que he visto algo! —exclamó en ese instante apoyando el ordenador en la mesa. Me senté a su lado.

Con cuidado, como si fuera una verdadera investigación, colocó el ratón y fue moviéndolo hasta llegar a la papelera de reciclaje de mi escritorio. Con un clic, la seleccionó y la apartó de la posición en la que siempre la había tenido.

—¡Ahí está! —señaló satisfecho.

Sólo necesité ver los bordes de una cicatriz para que todo en mi vida cobrara sentido. Matteo, él era la persona a la que Sam estaba esperando en la imagen. Recordé entonces cómo alguien había pasado por mi lado y me había golpeado mientras tomaba fotografías con mi Nikon. Una persona que me había rozado y a la que yo no me había molestado siquiera en mirar.

El hombre de los ojos azules cambiantes siempre había estado ahí, sólo que yo no había podido verlo. Me había centrado tanto en el protagonista de la imagen que había olvidado que tal vez lo más importante residía en los detalles.

El corazón me dio un vuelco. Había evitado pensar en el hermano mayor hasta que aclarara la situación con Sam y ahora lo tenía todo claro: Matteo era el único que conseguía que el suelo se hundiera bajo mis pies y perdiera el equilibrio, quien estrangulaba mis tripas, aquel con el que compartía un universo en el que sólo estábamos él y yo. Matteo siempre había sido y seguía siendo el protagonista de mi historia, aquel del que yo estaba enamorada, pero la venda que tenía en los ojos me había impedido verlo.

A veces nos obsesionamos con lo que tenemos delante, con lo vistoso, sin darnos cuenta de que tal vez lo que realmente queremos está ahí, a tu lado, en un discreto segundo plano, esperando paciente a que vuelvas la mirada y lo descubras. Eso era exactamente lo que me había pasado: había estado tan decidida con mi meta de conseguir a Sam que no me había dado cuenta de que, por el camino, y en las diferentes etapas, ya había entregado mi corazón a Matteo, mi verdadero compañero de viaje.

CAPÍTULO 25

Javier me había mandado un mensaje para que lo llamara en cuanto terminara de hablar con Sam. Se había ofrecido a ayudarme y a prestarme su hombro para llorar en el caso de que así lo necesitara. Por eso, en cuanto Sam se marchó de nuestro piso, lo llamé para acompañarlo al súper. Necesitaba salir de esas cuatro paredes.

Una vez en el comercio, fui directa a la zona de verduras y hortalizas con la seguridad de que estaba allí. Mi compañero se encontraba en ese momento charlando amistosamente con unas mujeres que le pedían que les dijera cuáles eran los pepinos más amargos para llevárselos a su casa y preparar una receta japonesa o algo así. Javier, alegre por servir de ayuda, sonreía mientras seleccionaba los mejores tras auscultarlos. Sí, seguía con su extraña afición de hablar con la comida.

En el momento en el que me vio se disculpó amablemente con las mujeres y acudió a abrazarme. No pude evitar fijarme en que iba un poco desaliñado, y lo que más me preocupó: ¿no llevaba pajarita!

—¿Qué tal te ha ido? ¿Estás bien? —me preguntó visiblemente preocupado.

—Mejor de lo que podía imaginar —afirmé, y Javier se relajó un poco. Sin embargo, me percaté de que seguía angustiado y creí saber por qué—. Javier, Lucas sabe que no eres productor —lo informé.

—¿Qué? —Se puso pálido.

Sabía a ciencia cierta que Javier era mi amigo y, como tal, se preocupaba por mí. No obstante, intuía que su excesiva preocupación se debía a que, en cierta manera, se veía reflejado en mi historia. Yo no era la única que convivía con mentiras y secretos. Mi amigo había engañado al hombre que amaba por un juego de seducción y ahora se sentía atrapado en sus propias falsedades. Obviamente, que yo tuviera que enfrentarme con la verdad le había recordado que él también debería hacerlo algún día, y no sería tan fácil como había supuesto en un primer momento.

Había engañado a Lucas cuando lo único que significaba el joven para él era un polvo con un modelo con bastante buen cuerpo, pero ahora

existían sentimientos de por medio, y yo sabía que Javier, pese a no demostrarlo, no lo estaba pasando bien. Por las noches, cuando se despedía de su novio y no se sentía observado, los remordimientos caían sobre él como una pesada losa que le impedía dormir, lo que hacía que últimamente las ojeras se hubieran convertido en un complemento constante de su mirada.

—¿Puedes repetir lo que acabas de decir? —me dijo apoyándose en el estante de la fruta para no caerse al suelo redondo.

—Lucas sabe que no eres productor —confirmé—. Pero no le importa. Es más, no te va a dejar el día que se lo digas. Sólo está esperando a que confíes en él y te decidas a contárselo de una vez —agregué para tranquilizarlo.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo dijo ayer, antes de la cena. Pensaba contártelo, pero con el lío se me olvidó.

—¿Qué te dijo exactamente? —preguntó un poco más calmado.

—Que lo sabía desde el primer día... y que tenía preparada una venganza muy graciosa para cuando se lo cuentes.

—Desde el primer día... —repitió—. Y una venganza...

—¡No sé cuál es! —me adelanté a su pregunta—. Así que ya puedes organizar una cena romántica para hablar con él. Te aseguro que te quitarás un gran peso de encima.

—Lo sé. Aunque parezca lo contrario por cómo me pongo cuando Pascual menciona algo de este tema, no te puedes ni imaginar lo arrepentido que estoy de haberle mentido a Lucas y los remordimientos que tengo por no haberle contado todavía la verdad.

—Si es que tienes un corazón...

—¡Más grande que una sandía! —completó la frase que siempre se decía a sí mismo cuando alardeaba de lo buena persona que era. De pequeño, su madre siempre le decía eso, y de vez en cuando a él le gustaba recordarlo.

Esa frase me hizo recordar el grueso importante de mi conversación con Lucas. Con cualquier otra persona no habría hablado de un tema tan delicado en mitad de la sección de frutería de un supermercado, pero para Javier ése era un sitio especial, en el que se sentía seguro, y supe que era el mejor lugar para afrontar lo que teníamos que hablar.

—También me contó lo de tu padre —volví a hablar directamente, sin

dar ningún tipo de rodeo.

—Ah. —Suspiró—. Veo que para Lucas eres como la Boca de la Verdad de Roma y no puede ocultarte nada, aunque sea un secreto que le he pedido, por favor, que no cuente a nadie y quede entre él y yo.

—No lo culpes. No sabe cómo ayudarte y me pidió consejo, nada más. Se preocupa por ti.

—Ése es su error. No hay nada por lo que deba preocuparse. Yo estoy bien —dijo en un tono falso y teatral.

—¿De verdad?

—Sí, ¿acaso no me ves? —se señaló de arriba abajo bromeando.

—Sí, con tus ojeras, tu mala cara y tu ausencia de pajarita.

Instintivamente, se llevó la mano al cuello y, cuando comprobó que no llevaba el complemento, se quedó paralizado, como si fuera desnudo.

Abatido, comenzó a jugar con las manos.

—¿Qué debo hacer? —me preguntó directamente a continuación.

Uno de los errores más comunes de Javier era el temor a tomar la decisión incorrecta. A veces podía pasar horas decidiendo el plato que quería cenar esa noche, y necesitaba que alguno de nosotros o incluso el azar de una moneda decidieran por él. Por supuesto, ese caso era mucho más importante, y se sentía vulnerable mientras en su cabeza se producía una batalla campal entre la razón y el corazón, lo que debía hacer y lo que quería hacer, entre los prejuicios y los malos recuerdos y aquellos que eran positivos.

—Ésa no es la pregunta, sino... ¿qué quieres hacer?

—No lo sé. —Tomó aire—. Cuando mi madre me llamó para contarme que mi padre se moría, le dije inmediatamente que me daba igual.

—¿Fuiste sincero?

—Entonces creía que sí. Estuve unos días bastante calmado, en los que no pensaba en el tema. Decidí que había elegido la opción correcta.

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

—No quiero arrepentirme cuando no haya vuelta atrás. Si me equivoco en otra cosa podré remediarlo, pero la muerte no da segundas oportunidades. Me aterra descolgar un día el teléfono y descubrir que se ha marchado y yo no pude decir adiós.

—¿Quieres despedirte? —le pregunté.

—¡Quiero discutir, quiero recriminarle todo el daño que me ha

hecho, quiero decirle a la cara que me da asco y que es un monstruo! — Tomó aire.

—Para eso, tal vez sea mejor que no vayas... —lo interrumpí. No apreciaba en absoluto al anciano, pero no me parecía justo ir al lecho de muerte de una persona para insultarlo por mucho mal que éste hubiera causado.

—Déjame terminar. También quiero que me pida disculpas y me diga que siempre me ha querido como a un hijo y está orgulloso de mí. Quiero perdonarlo y abrazarlo como si todos estos años no hubieran transcurrido. ¡Necesito que regrese el padre al que toda la vida he adorado!

Poco a poco había subido el tono y mucha gente nos miraba curiosa mientras Javier no podía evitarlo y se echaba a llorar.

—Si tienes tan claro lo que necesitas, ¿por qué no lo haces? De hecho, los dos buscáis lo mismo. Tu madre te ha dicho que el último deseo del hombre es verte para poder disculparse, ¿acaso crees que es mentira?

—No, sé que es verdad. A veces, mientras hablamos por teléfono, lo he oído delirar llamándome y gritando que lo siente.

—Sinceramente, no comprendo por qué no lo haces.

—Porque tengo miedo, Bianca. Siento pánico de recuperarlo para volver a perderlo y que esta vez sea de manera definitiva.

Sonreí y lo abracé.

—No tienes por qué tenerlo.

—¿Soy idiota por querer verlo?

—No, eres buena persona...

—Y carezco de orgullo —añadió.

—El orgullo es el mayor enemigo de algunos seres humanos. Me enorgullece que te dejes guiar por tus sentimientos y no por el rencor, aunque debes saber que te habría apoyado sin importar cuál hubiera sido tu decisión.

—¿Cuándo debería ir? —me preguntó como un niño pequeño.

—Ahora es un momento perfecto.

—¿Me acompañarías?

Medité un instante. Había otra conversación que tenía pendiente, y era la que más me preocupaba y me importaba.

—Sí —afirmé dejando de lado mi egoísmo natural y preocupándome sólo por un amigo.

Me quedé esperando abajo hasta que Javier me escribió un mensaje en el que me decía que podía marcharme, ya que él iba a quedarse un rato más. Intuí que todo estaba yendo bien si mi amigo deseaba pasar más tiempo en la vivienda familiar. Así, me dirigí al lugar que más dudas y temores me despertaba en ese momento.

Llegué a la zona residencial y aparqué enfrente de su casa. No había tenido tiempo de escoger las palabras que le diría y cómo le explicaría todo el lío que había formado. Sólo sabía el resultado que quería obtener: su perdón. El camino para lograrlo me era desconocido. Decidí dejar de pensar y hablar con el corazón, que es la mejor manera de expresar lo que se siente. Si tenía a mis sentimientos como aliados, nada podía fallar, o de eso trataba de convencerme.

Llamé al telefonillo y me percaté de que mis manos estaban temblando. No habría sido mala idea tomarme una tila o algo que me relajara antes.

—Residencia de los Ferrari —anunció la voz petulante de la secretaria y agente de Matteo, que parecía vivir allí.

—Soy Bianca —anuncié—. He venido a hablar con Matteo.

—Espera un momento —me dijo, y noté por su tono que no le gustaba en absoluto mi presencia.

Tardó unos minutos en regresar y la espera se me hizo eterna.

—Dice que esperes fuera, enseguida sale —informó de una manera que se me antojó triunfal.

Como si tuviera los pies anclados a la acera, permanecí totalmente quieta hasta que oí los pasos de Matteo y la puerta se abrió. No era buena señal que me hiciera aguardar en la calle y no me invitara ni siquiera a entrar.

Salió a la calle y me dirigió una mirada cargada de dolor y resentimiento que hizo que un escalofrío me azotara todo el cuerpo.

—Señorita Bianca —me saludó con frialdad permaneciendo a una distancia prudencial. No había ni rastro de la complicidad que habíamos tenido días atrás.

—Matteo... —balbuceé.

—Ya me han puesto al día de todo lo concerniente a sus dotes de actriz, y he de reconocer que he quedado francamente impresionado al

comprobar en mis propias carnes que miente usted mejor de lo que siempre había imaginado —soltó confirmando mis peores temores.

Sam se me había adelantado y se lo había contado todo. Me habló con respeto, calmado, sin levantar la voz, demostrando que a veces las palabras pueden hacer más daño si se dicen con educación que si se monta una escena de gritos y reproches.

—Matteo, déjame que te lo explique.

—No es necesario.

—Insisto, antes de juzgar la situación debes escuchar mi versión para tratar de comprenderme.

Pero ¿que iba a explicarle? ¿Qué excusa iba a darle cuando todo lo que le habían contado era cierto?

—Siento si le resulto maleducado, pero creo que, con los datos de que dispongo, ya me he hecho una idea aproximada de la situación...

—No me hables de usted —lo interrumpí. Oír cómo me hablaba con esa lejanía me estaba atormentando.

—Está bien —cedió—. Te contaré cómo veo yo que ha sucedido todo. Nos has engañado y manipulado a mi hermano y a mí. Te has dedicado todo este tiempo a jugar de manera egoísta con los sentimientos de dos personas que nunca, durante estos meses, te han tratado mal o te han ofendido de ninguna manera. Has aguantado sin confesar la verdad hasta que no has tenido más remedio. Y, una vez que has mostrado tu verdadera cara, deseas que te perdonen. Es una petición justa, de la misma manera que lo es que nosotros lo aceptemos o no. Sam no te guarda ningún rencor y te sigue apreciando como si hubiera metido todo el dolor dentro de un paréntesis que se empeña en borrar. Me parece muy noble por su parte, y no esperaba menos de una persona con tan buen corazón como mi hermano. —Hizo una pausa—. Pero yo soy diferente. Intento aprender de él con el paso de los años. Que se me pegue su parte más humana, pero el proceso es lento y todavía no ha llegado el día en el que pueda perdonar a una persona que me haga daño injustificadamente. Cada acción tiene su consecuencia y, como tal, tus actos nos han conducido irremediabilmente a que nuestra amistad o el inicio de lo que fuera deba ser cortado de raíz.

—No puedo expresar con palabras lo mucho que lo siento... —me derrumbé, pero él no cambió el gesto duro de su rostro, como si lo que yo dijera no le afectara.

—Lo sé, y creo que lo lamentas sinceramente. Posiblemente, si yo hubiera sido el único afectado, te habría perdonado. Me habría tragado todo lo que he dicho durante años y habría corrido a tus brazos sin importarme nada más que volver a rozar tus labios. Pero has tocado a mi hermano, y mi postura es rígida y firme siempre que alguien carga contra él. Realmente, si lo piensas, Sam es el verdadero damnificado. Yo me he enamorado de un fraude de carne y hueso, pero él...

«Yo me he enamorado...» ¿De verdad sentía eso por mí? ¿Era posible que hubiera logrado que el hombre de mis sueños me quisiera de la misma manera que yo a él y lo hubiera perdido por mi mala cabeza?

—Él... —prosiguió— siente cosas por una persona que ni siquiera existe. Después de lo mal que lo ha tratado la vida, ha decidido confiar en una fantasía que tú creaste. ¿Cómo crees que podrá superar una ruptura de un ser imaginario? ¿Cómo volverá a confiar, si hasta la gente a la que considera sus amigos le mienten y lo tratan como a una marioneta?

—Mi amiga Lucía no tiene culpa... —traté de defenderla.

—No dudo que ella sea una víctima también. Pero por el conocimiento que tenía de esta historia, si realmente sentía algo por Sam, debería haber saltado a la acción previamente, haciendo lo que a ojos de cualquiera es lo correcto. No puede ampararse en que ayudaba a una amiga porque, si realmente le tienes afecto a una persona, es tu deber recriminarlo cuando se está equivocando y no seguirle la corriente dejando que se hunda más y más en la propia tumba que se está cavando.

—Aunque no me creas, nunca fue mi intención hacer daño a todos los que me rodean. Yo no soy así.

—Eso lo oí una vez y te di la oportunidad de empezar de cero. Habría sido un magnífico momento para que me contaras todo aquello de lo que me estoy enterando hoy. Pero no lo hiciste, y el instante pasó. Te prometí que no habría una tercera oportunidad y soy fiel a mi palabra. No obstante, creo que este tiempo a tu lado me ha permitido conocerte lo suficiente para saber que tu intención no era destrozar a tantísima gente. No te considero tan mala persona. Sin embargo, pese a tu inconsciencia a la hora de evaluar los efectos, lo que has causado está ahí y no se puede esconder ni evitar. La única postura digna que puedes tomar es aceptar las consecuencias.

—¿Qué consecuencias?

—Sam tardará unos días, pero acabará actuando como si nada.

Imagino que tu amiga también, a pesar de que ha perdido a un hombre con el que posiblemente habría sido muy feliz.

—¿Y tú? —le pregunté ansiosa por saber si había alguna posibilidad por la que luchar, por pequeña que ésta fuera.

—Yo desapareceré de tu vida para siempre del mismo modo que espero que hagas tú de la mía —afirmó sin cambiar su tono neutro de voz.

—¿Y el guion de *Bombas a la luz de las velas*? —No me importaba el trabajo, sólo quería saber si podría seguir viéndolo aunque fuera con la excusa de la adaptación de su libro.

—Es verdad, no he puntualizado bien: yo desapareceré de tu vida «personal». —Hizo una pausa para ver si lo había comprendido—. El tema laboral sigue como estaba. Nunca miento, y tampoco lo hice cuando te dije que quería que hicieras el guion porque eras la mejor, y no para seducirte. Además, nuestro contacto será nulo, puesto que, como en toda buena relación de trabajo, imagino que tú estarás con tu equipo y yo me limitaré a leer el guion una vez esté terminado y a dar algunas indicaciones en el caso de que sean necesarias.

—Antes me has dicho... —traté de recurrir a su fibra sensible como última opción— que estabas enamorado de mí, y yo quiero que sepas que el sentimiento es mutuo. —No sé si fueron imaginaciones mías o sus ojos destellaron azul cielo en medio de la tormenta durante un segundo—. Por eso te suplico que me des una oportunidad. Cuando dos personas se quieren, buscan el camino para estar juntas y no se rinden, aunque parezca que una de ellas pone todo su empeño en destrozar la relación. —Obviamente, si alguien se había cargado lo nuestro, ésa había sido yo día tras días.

—¿Acaso dudas de lo que te he dicho? Déjame que te cuente una cosa antes de despedirnos —dijo, y por fin su hermetismo cedió y pude ver pasión en todas y cada una de sus palabras—. ¿Sabes cómo y cuándo me enamoré de ti? —Negué con la cabeza, sin saber el rumbo de sus palabras—. Te quise desde antes de conocerte —afirmó—. Sólo tuve que leer tus palabras en el guion para saber que acababa de encontrar a la mujer de mi vida. Ese sentimiento que siempre me había esquivado se instaló en mi pecho, y me di cuenta de que era agradable. No te había visto y me daba igual, porque ansiaba lo que tenías aquí —se señaló el corazón—. Podías ser rubia, morena, alta, baja, gorda, delgada, fea o guapa, que no me habría importado. Era tu esencia lo que quería, no me interesaba el envase.

—Se acercó un paso y por un momento temí desplomarme al suelo si se aproximaba más diciéndome esas cosas—. Entonces te conocí —cerró los ojos recordando el momento— y pensé que eras la chica más bonita que había visto en mi vida. Soporté tu inmadurez y tu comportamiento altivo del inicio a la espera de descubrir a la magnífica mujer que me había conquistado simplemente con golpear las teclas con los dedos. Estuve a punto de rendirme, y entonces llegaste y me pediste una nueva oportunidad y me arriesgué. Y no me arrepiento. Gracias a esa segunda etapa descubrí que las sensaciones que transmitía tu obra procedían de tu alma, y que haría lo que fuera para que se complementara con la mía.

—Matteo... —dije con la voz quebrada.

—Me enseñaste —siguió como si necesitara soltarlo todo de golpe— a comprender un sentimiento que nunca había entendido pese a esforzarme con todas mis fuerzas: el amor. Por fin pude percibir por qué es tan importante para un amplia mayoría de la humanidad. De repente me descubrí a mí mismo anhelando cosas que hasta ese momento me parecían insignificantes. Cada noche me ponía la canción de Melendi *Tu jardín con enanitos*[\[4\]](#) y pensaba que eso me gustaría ser para ti: el hombre que barriera de tu vida la tristeza y formara un hogar a tu lado. Fue la primera vez que mi parte emocional ganó a la racional, y descubrí sorprendido que no me importaba. Si me lo hubieras pedido, habría averiguado la manera de subir contigo a las estrellas o andar sobre el océano. Lo que hubieses querido. Te habría dado todo lo que desearas. Mi alma, mi cuerpo, a mí. Todo tuyo.

—Y aún puedes hacerlo, pero esta vez será yo la que...

—No, porque el amor trae consigo otra lección y es que, al igual que te sube al cielo cuando todo es perfecto, es capaz de bajarte al infierno en los peores momentos. Y no quiero volver a este purgatorio una vez que logre salir. Tú eres la única que puede bajarme, por lo que prefiero no tenerte cerca, Bianca.

CAPÍTULO 26

Me quité los guantes para atusarme de nuevo el gorro de lana blanco que me había puesto. El invierno azotaba Madrid e, igual que en verano el calor impedía respirar, en esos momentos el frío entumecía mis articulaciones. No era de extrañar, puesto que llevábamos por lo menos una hora esperando en la cola de la premier de *En el baúl de los recuerdos*.

Los meses habían pasado demasiado deprisa y por fin había llegado el día de comprobar si el resultado final gustaba o no. Me había desvinculado del proyecto en la postproducción para centrarme en el guion de *Bombas a la luz de las velas*. Como pertenecía a la misma productora, Logan me había mantenido al corriente de todo lo que se llevaba a cabo para lograr que la cinta cumpliera las expectativas que había levantado.

Una vez rodada toda la película, la habían llevado al laboratorio para montarla. Por lo que había aprendido en los pocos días que me había pasado por allí, el montaje era uno de los procesos más complicados de una producción y que menos reconocimiento público tenía. Los trabajadores volcaban todo el material y seleccionaban las tomas buenas, sincronizaban el sonido, ordenaban las secuencias con respecto al guion de forma cronológica, añadían los pocos efectos especiales que se requerían y la banda sonora. Se podría decir que se encargaban de juntar todas las piezas y darles forma como si se tratara de un puzzle. Una vez terminaban, procedían a la visualización para identificar los fallos y los errores y otra vez vuelta a empezar. Era un trabajo minucioso y que requería una gran concentración y paciencia por parte de todos.

Una vez se había concluido el material, con el visto bueno del director y del productor, se podría decir que la idea que una vez tuve en la cabeza se había convertido en una realidad que podía mostrarse al público y a la crítica. Mi película.

En ese sentido, me habían invitado a verla «infiltrada» con los famosos expertos de la industria cinematográfica para poder comprobar sus reacciones, pero había decidido no hacerlo. La sala de cine se había

llenado de periodistas y bloggers de diferentes medios que en pocas horas inundaron la red de todo tipo de opiniones. En cierta medida, la mayoría de ellos habían acudido para evaluar el trabajo de Chance Productions y elaborar sus diferentes teorías acerca de cómo llevaríamos a cabo la adaptación de la famosa novela de Christopher.

Sabía, porque Pascual, Javier y Lucas me lo habían dicho, que en general la respuesta había sido positiva y la mayoría de los comentarios dejaban el filme en muy buen lugar. Eso me alivió un poco, pero no del todo. En realidad, lo que más me importaba era saber cómo reaccionaría el público. Era para ellos para los que habíamos trabajado todos esos meses. Por este motivo, decidí que era con ellos con quienes quería ver el resultado final, y le había pedido un favor a Logan.

Estábamos en la fase de promoción de la obra y, aunque pueda parecer totalmente lo contrario, más que divertida y glamurosa era agotadora. De esta manera, durante las últimas semanas se habían sucedido las reuniones con los asesores de prensa, publicidad y marketing para debatir cómo queríamos vender nuestro producto, consensuar con los actores qué era lo esencial que queríamos transmitir para que el público fuera a las salas a verlo y preparar frases concretas para las entrevistas con los medios.

Los periodistas acudían y no era complicado adivinar cuáles serían sus preguntas tipo, esas cuestiones que repetían fuera cual fuese la película. Así, nosotros decidíamos frases concretas, claras y concisas para que las televisiones, los periódicos, las radios y las distintas páginas de internet las usasen como titulares cortos y apelativos. Se podría decir que era una especie de juego en el que ellos creían haber sacado una información que previamente nosotros habíamos decidido. Pese a lo que siempre había pensado, todo estaba medido hasta el último detalle, sin dejar nada a la improvisación. Por las tardes ensayábamos al lado del radiador las entrevistas con los actores y la directora para que todo saliera perfecto. Nos estaban dando una gran cobertura y agradecíamos enormemente ese tipo de publicidad gratuita.

Además, habíamos logrado algo muy importante, y era pactar una buena fecha de estreno con la distribuidora. Cada día estaba más segura de que, en realidad, que una película fuera un éxito de taquilla no dependía de la calidad del material, sino de montarlo todo de manera perfecta. Importaba la fecha, con qué otras películas competía, los medios en los

que salía, las salas en las que se proyectaba... y un millón de etcéteras.

Por eso, cuando nos confirmaron que salíamos para la campaña de Navidad, casi damos un salto de alegría. Durante las fiestas de invierno la gente disponía de más tiempo libre, y era una época en la que muchas familias, que apenas pisaban el cine habitualmente, se unían y acudían como un plan perfecto para evitar el frío de la calle. Tampoco teníamos competidores en nuestro público potencial. Las grandes producciones norteamericanas habían salido o bien un mes antes o bien salían un mes después, lo que nos dejaba un paréntesis para captar espectadores.

Pero lo que más nos había beneficiado era el fenómeno fan que se había desatado en torno a la figura de Sam. Su cara dominaba las revistas y los programas adolescentes, transformándolo en una gran estrella.

Por eso, mientras esperaba en la cola para entrar, miré a ambos lados y comprobé que la mayoría de las personas que me rodeaban eran quinceañeras que llevaban las carpetas forradas con su cara y suspiraban imaginando que disfrutarían de más o menos dos horas viéndolo en la gran pantalla.

El favor que le había pedido a Logan era que me regalara unas entradas para el preestreno, y allí me encontraba. Numerosas marcas se habían ofrecido para organizar un evento el día anterior del lanzamiento del filme en toda España sorteando las entradas. La gente se había volcado en los concursos por internet y al final habíamos llenado el Kinépolis. Yo quería estar con ellas para presenciar cómo reaccionaban después de ver la película y comprobar en primera persona si había logrado el resultado buscado desde un inicio.

Había ido acompañada de mi hermana, Hyobin, Pascual, Lucía, Lucas y Javier, como si hubiéramos resultado beneficiados por alguna página web. Por supuesto, también acudiría por la noche a la premier, en la que famosos, compañeros de profesión y el equipo al completo veríamos *En el baúl de los recuerdos* tras pasar por la alfombra roja de los cines de la madrileña plaza de Callao.

Los comentarios que oía a mi alrededor avivaban mi incertidumbre.

—Menuda tarde nos espera viendo este bodrio romántico... — ironizaba un chico con otro mientras las novias iban a comprar un par de bebidas y palomitas.

—¡Me han dicho que hay una escena en la que Sam sale desnudo! — exclamaba alegre una chica a mi espalda.

—¿Es una adaptación de un libro? Porque algo he oído y, si es así, me lo leo fijo —comentaba una tercera, y me acordé de que Logan me había dicho que si tenía mucho éxito no descartara reconducir el guion a la literatura.

—Tranquila y deja de escuchar —murmuró Ana, que estaba emocionada y orgullosa de su hermana—. Todo va a salir bien. Desde pequeña siempre te he dicho que tu imaginación mueve mundos.

Las puertas se abrieron diez minutos antes de la hora. Las entradas no estaban numeradas, y por eso todos corrimos en tropel para coger los mejores sitios. En nuestro caso, al ser un grupo tan amplio, nos dividimos las tareas de manera eficiente. Mientras Pascual, Lucas y Javier se quedaban haciendo cola para comprar palomitas, las tres mujeres y Hyobin seleccionábamos los asientos. Nos decantamos por una de las últimas filas, en una posición intermedia. De esta manera, si mi pequeño sobrino, que ya se había quejado un par de veces por no ir a ver la nueva de Disney, se dormía, molestaríamos a poca gente.

Me senté en medio de Hyobin y de Ana y, al rato, llegaron los chicos cargados de comida y bebida. Nos tendieron las numerosas Coca-Colas y el zumo de mi sobrino así como las palomitas, las chucherías, las bolsas de patatas y unos nachos con queso que habían comprado especialmente para mi hermana, que se los había encargado.

—No sé si con esta caja seré capaz de ver la pantalla —bromeé comprobando que el tamaño de mis palomitas era el gigante.

—Lo hemos hecho para que te atiborres en el caso de que no sea de tu gusto. Ya sabes lo que dicen: «Con comida, el mundo se ve mejor» —contestó Javier, de la mano de Lucas. Aún no conocía la «venganza», pero su pareja le había dicho que no tardaría en revelársela. Además, desde que se había reconciliado con su padre, éste había recuperado las ganas de vivir y, lo más importante, de luchar contra el cáncer para ganarle unos meses más de vida.

—¡Muchas gracias! —exclamé.

Las luces se apagaron y me recogí en mi asiento. Llegaba el momento por fin. Mi sueño estaba a punto de transformarse en realidad.

—Saca la cámara de fotos —oí que le decía Pascual a Javier.

—No iréis a grabar la película para luego colgarla en internet, ¿no?... —los regañé, aunque sabía que no era el caso.

Uno de los mayores daños que se estaba haciendo a la industria era la

piratería y, aunque era consciente de que era complicado que mi película no acabara colgada en los numerosos portales que en ocasiones yo había usado, confiaba en que por lo menos tardara algunos días y se hiciera una buena taquilla.

—¡No digas tonterías! —masculló Lucía—. Queremos hacer una fotografía cuando salga tu nombre en los créditos para colgarla en el salón de casa.

—¡No lo había pensado! —exclamó mi hermana—. A mí dadme un par de copias para mi trabajo y el salón.

Sonreí al comprobar lo emocionados que estaban en mi entorno por mi triunfo, pues por lo general la gente que te rodea parece que se siente más satisfecha cuando caes y, sin embargo, mis amigos se alegraban más de las cosas que conseguía que yo misma, cuando lograba subir tan alto que prácticamente parecía que paseaba por las nubes.

Esperaba que comenzaran los tráileres cuando se encendió un foco que apuntaba directamente al escenario, donde pude comprobar que había un micrófono. Por un lateral, subió una mujer con un uniforme de chaqueta pantalón bastante bien arreglada y dio un par de golpecitos en el micro para asegurarse de que el sonido era bueno.

—¿Estáis preparados para disfrutar de un par de horas de *En el baúl de los recuerdos*? —preguntó. Supuse que sería alguien de la organización.

—¡¡¡Sí!!! —gritó toda la sala al unísono.

—Tranquilos, que no os queda mucho. Desde la revista —los miembros de esa sala habían resultado beneficiados por una publicación online de cine— queremos daros las gracias por vuestra participación y vuestras respuestas tan originales. —Se refería al concurso, ya que habían pedido que los usuarios escribieran qué memorias guardarían en su propio baúl de los recuerdos para no olvidarlo nunca y, los más originales, recibirían una entrada doble—. Pero, además, queremos daros una sorpresa por vuestra colaboración...

Dejó el discurso en el aire para causar más efecto.

—¿A qué se refiere? —me preguntó Ana, y noté que todos me miraban.

—No lo sé —contesté sinceramente, puesto que nadie de la productora me había dicho nada—. Supongo que regalarán alguna camiseta o algo...

—Ya, ya..., no quieres decírnoslo —sentenció mi hermana sonriente

—. Hyobin, si van a lanzar regalos como dice la tita, nos vamos a primera fila, que no podemos irnos de aquí sin conseguir uno.

—¡Sí, mami, tú tranquila, que en el colegio soy el más rápido y el que salta más alto! —comentó alegre el niño, olvidando que no iba a ver la película de dibujos.

Tras dejar que toda la sala murmurara elucubrando teorías, la mujer volvió a hablar:

—Tengo el placer de anunciar que con nosotros se encuentra hoy uno de los actores. Demos un fuerte aplauso a Sam Williams Ferrari.

Antes de que nos diéramos cuenta, el público al completo se había puesto de pie mientras gritaba y aplaudía eufórico. Sam subió al escenario por el mismo lateral que lo había hecho la mujer, visiblemente emocionado por el gran recibimiento.

—Muchas gracias, gracias —comenzó, y tuvo que esperar unos segundos a que las adolescentes pararan de chillar para poder hablar. Algunas ya formaban una fila en la parte de abajo, portando sus carpetas forradas con su cara para que el actor se las firmara si tenían la ocasión—. ¡Con recibimientos así, me estoy planteando hacer una ruta por los diferentes cines de España para conocer a todos los espectadores! —exclamó alegre.

—¡Guapo! —interrumpió una chica el discurso.

—¡Por favor, dame dos besos! —gritó otra.

Iba a explicarle a mi sobrino quién era el chico que estaba en el escenario cuando comprobé que no estaba a mi lado. Seguramente habría hecho caso a su madre y, pensando que iban a regalar algo, se había escabullido hacia el tumulto del escenario.

—Voy a buscar a Hyobin —le dije a Ana, que miraba embelesada al actor.

—¿A buscarlo?

—Se ha escapado, e imagino que está esperando a que Sam lance cosas como si fuera la cabalgata de los Reyes Magos.

—¿Quieres que vaya yo?

—Tranquila, tengo la situación bajo control.

Me levanté, no sin antes ser testigo de la expresión compungida de Lucía mientras, nerviosa, se pasaba la mano por los rizos pelirrojos como hacía siempre que estaba nerviosa. Caí en la cuenta de que era la primera vez que oía su voz desde hacía meses, cuando se destapó toda la verdad, y

que ésa era la ocasión que más cerca lo había tenido desde que se habían conocido a través de las ondas telefónicas. Aunque mi amiga nunca hablaba del tema, yo era consciente de que lo echaba mucho de menos y todavía albergaba la esperanza de que Sam volviera a querer saber algo de ella.

Con determinación, me encaminé hacia el tumulto de personas mientras oía algún comentario malintencionado de las azafatas que estaban a los lados.

—Un poco mayorcita para ser una fan histérica —opinó una que trataba de hacer que una joven volviera a su asiento.

—Busco a mi sobrino, que se ha escapado de su asiento —le expliqué demostrando que había oído sus palabras y viendo cómo se ponía roja de la vergüenza.

—Si quiere, puedo ayudarla —se ofreció.

—Tranquila, estoy segura de que está en primera fila.

Seguí mi camino abriéndome paso entre las chicas.

—Hace unos días tuve el gusto de ver el resultado, y sólo puedo decir que... ¡espero que os guste aunque sea la mitad que a mí! —exclamaba Sam en esos instantes, con lo que obtuvo una ovación multitudinaria de nuevo.

Después de algunos codazos y empujones, logré mi objetivo y, cubriéndome la cara para que Sam no me distinguiera, busqué a mi sobrino en vano.

—¿Dónde te has metido, granuja? —me pregunté a mí misma en voz alta.

Estaba pensando mi siguiente movimiento cuando oí su voz de pito. Hyobin hablaba con alguien animadamente, por lo que me giré en redondo para localizarlo. Un escalofrío me recorrió el cuerpo tras comprobar quién era su acompañante. Me quedé en shock mirando sin saber cómo reaccionar. Como siempre, a la sombra de su hermano estaba Matteo, que observaba orgulloso cómo Sam se desenvolvía, disfrutando de su triunfo como si fuera propio. Hyobin lo había visto y no había dudado en acercarse a hablar con él.

«¡Ojalá en mi caso fuera tan sencillo!», pensé. Me habría gustado acudir a su lado como si no pasara nada y ponerme a hablar de todo lo que había sucedido en nuestras vidas los últimos meses. De hecho, si pudiera elegir, me habría gustado que nada hubiera ocurrido y hubiera podido

compartir esos días a su lado.

Traté de hacer movimientos con las manos para llamar la atención de mi sobrino y que éste acudiera a mi lado sin necesidad de acercarme, pero no fue posible. Suponía que a esas alturas mi hermana ya debía de estar un tanto nerviosa, por lo que cogí aire y, sin pensarlo dos veces, me planté frente a ambos.

—Hyobin, nos has asustado. No puedes marcharte sin avisarnos, ya lo sabes —lo reprendí.

—Estaba con tu amigo —se quejó.

—Eso no es excusa y lo sabes —le dije, y levanté la vista para toparme con los ojos de Matteo. Sus ojos azules seguían siendo tan fríos que me sentí como si estuviera desnuda en mitad de la Antártida, helada—. Muchas gracias por cuidarlo, Matteo, espero que no te haya molestado mucho.

—No ha sido nada, Bianca.

Pensaba que el tiempo lo ablandaría, pero seguía con la misma frialdad del último día. Se esforzaba en mantener las distancias.

—¡Espero que os encante *En el baúl de los recuerdos!* Os dejo que disfrutéis de la película —se despidió Sam, que se apresuró a bajar del escenario—. Bianca, ¿qué haces aquí? —me preguntó desconcertado al pasar por mi lado sin poder detenerse, ya que los organizadores no lo dejaban.

—He traído a mi sobrino al cine —le expliqué.

—¡Buena tía! —exclamó—. Lo siento, pero no me dejan parar —se excusó—. ¡Nos vemos esta noche!

—¡Por supuesto!

—Entonces hasta esta noche, Bianca. Hyobin, encantado de volver a verte —se despidió Matteo, que cerró la puerta después de salir.

Regresé al asiento y pude ver la cara de alivio de Ana, que regañó a mi sobrino. En cambio, no pude oír ni sus palabras de enfado ni las de ánimo de mis amigos cuando la pantalla se tiñó de negro y mi nombre, en letras anchas y mayúsculas, cubrió las sombras llenándolas de luz. No podía, pese a que quería. Por mi mente no paraba de circular el rostro indiferente de Matteo una y otra vez. Ese día me di cuenta de que la indiferencia puede ser una de las peores torturas.

CAPÍTULO 27

Ana nos esperaba abajo con su coche. Había decidido acudir con Pascual, Lucas, Javier y ella a la premier en Callao. Convencer a Lucía había sido misión imposible, puesto que al día siguiente tenía que ir a primera hora a un rastrillo en El Retiro y todavía le quedaban algunos detalles de las figuritas que iba a vender para destinar los fondos a los refugiados sirios.

Sin embargo, me había ayudado a decidirme por el vestido rojo de tirantes con la espalda al aire y dos aberturas en el lateral de los muslos, me había peinado con una trenza de espiga que caía sobre mi hombro derecho y me había maquillado con los ojos ahumados oscuros y los labios del color de la sangre.

Pese a que se suponía que era el evento oficial y que debería ir nerviosa, estaba bastante tranquila. Ya había vivido mi propio calvario de incertidumbre por la tarde y había salido victoriosa. A la gente le había encantado la película y habían aplaudido con fuerza durante varios minutos una vez había finalizado. A la salida del cine había oído algunos comentarios de chicas y chicos que aseguraban que se la recomendarían a los amigos, y que incluso había la posibilidad de que ellos mismos regresaran para verla por segunda vez.

No obstante, mi alegría no sólo se debía a las opiniones de los espectadores, sino a la mía propia. Me había emocionado y había soltado más de una lagrimilla al comprobar que se habían superado las expectativas hasta lograr un producto perfecto. Las imágenes se te clavaban en el alma, y la historia que una vez estuvo en mi cabeza había cobrado vida y salido por la puerta grande. De esta manera, mi tranquilidad era absoluta.

Nos bajamos tras dar varias vueltas y comprobar que la única manera de llegar a tiempo al evento era dejar el coche en uno de los parkings del centro. La gente se giraba a nuestro paso, extrañados de nuestros atuendos elegantes. Una vez alcanzamos la plaza, todo se complicó un poco. Los viandantes que pasaban la tarde por Sol y Gran Vía se habían sumado a los

fans que esperaban junto a las vallas, agolpándose expectantes alrededor de la alfombra roja.

Nos costó esfuerzo ir abriéndonos hueco hasta llegar a los guardias de seguridad, que, tras observar nuestro atuendo, se apartaron para dejarnos pasar sin pedirnos siquiera la acreditación. Estaban sobrepasados por la cantidad de gente que se había congregado en la entrada.

—Ya sabéis: si algún día queréis colaros en los Oscar, sólo hace falta ir elegantes y se nos abren todas las puertas —bromeó Javier.

—No creo que en Hollywood sea tan sencillo —murmuró Pascual.

—Además, que allí para ir elegantes tendríamos que comprarnos un traje de Armani o de Dolce & Gabbana de miles de euros. Demasiado presupuesto sólo para ver en directo a Brad Pitt —agregó Lucas, que se había unido perfectamente al dúo que en otros tiempos habían formado Pascual y Javier.

—¡Di que no! ¡Yo me uno! ¡Quién sabe si el destino de mi tercer hijo es ser un niño rubio con ojos azules y *quaterback* de su equipo o la chica más popular del instituto y además animadora! —exclamó Ana.

—¡Rubio con ojos azules, no, por favor! Si no, ¿cómo te defenderé cuando me digan que parece que quieres imitar a Angelina Jolie y formar un equipo de fútbol de la ONU como madre?

Los cinco estallamos en carcajadas.

Seguimos nuestro camino y la chica de prensa nos preguntó quiénes éramos para ver si podíamos entrar directamente o teníamos que detenernos para posar en el *photocall*.

—Tengo una sed..., ¡qué ganas de tomarme una copa de champán por la cara!—bromeó Javier.

—¡Me sumo a tu deseo! —exclamé, totalmente seca.

—Lo mismo tienes que fotografiarte... —dijo Ana.

—¡Qué va! Yo no soy importante —sonreí.

Los cuatro pasaron y me dejaron a mí en la última posición por si les ponían algún tipo de impedimento o había alguna confusión.

—¿Nombre? —me preguntó la chica.

—Bianca Langreo.

—¿Algún cargo en la producción o acompañante?

—Guionista.

—Espera un momento. —Rebuscó entre sus papeles—. ¡Aquí estás! —exclamó. Eché a andar hacia el cóctel cuando me cerró el paso—. Te

han incluido en el *photocall* del equipo, así que pasa a mi derecha y una compañera te avisará cuando debes entrar.

—¿Estás segura? —pregunté abriendo mucho los ojos para tratar de leer en la lista si era cierto o se trataba de una broma.

—Sí, además, tu nombre está puesto en dos rondas de fotografías.

Miré a mis amigos sin poder creerlo.

—Lo siento, pero tengo que quedarme aquí. Dentro de un rato os busco.

—¡Ya ves tú qué problema, esperarte con una copita y un canapé de calidad! —bromeó Javier.

—Tranquila, que vas preciosa —me tranquilizó Pascual, que pudo leer en mi mente que estaba un poco asustada por enfrentarme a los fotógrafos.

—¡Si puedes, pregunta de qué medios son, que pienso comprar todas las revistas en las que salgas! —oí que me decía mi hermana antes de darse la vuelta para entrar en el salón que estaba entre el *photocall* y la sala de cine.

«Mientras no sea la *Cuore...*», murmuré para mis adentros. Ya me imaginaba incluida dentro de su popular sección en la que sacaban a las mujeres y a los hombres con las peores poses que habían encontrado. Yo no era muy fotogénica, así que probablemente saldría con un ojo pipa, la sonrisa falsa y una postura que me haría una figura antiestética.

Como me había dicho la chica de la entrada, en la alfombra roja del *photocall* también había un miembro de prensa, que me explicó con amabilidad cómo lo haríamos todo. Esperé pacientemente mientras circulaba delante de mis ojos un desfile incesante de miembros de la industria cinematográfica y algunos personajes del corazón que se habían subido al carro. Los periodistas se agolpaban ante estos últimos para preguntarles por sus últimas conquistas o discusiones televisivas.

Una vez pasaron éstos, llegó el turno de los actores principales. Comenzaron por Miriam, que se molestó al verse eclipsada por su compañero Sam. La joven, acostumbrada a ser el centro de todas las atenciones, no supo encajar muy bien que los fotógrafos empleasen en ella la mitad del tiempo que en el protagonista masculino. El motivo era sencillo: desde que se había anunciado que Sam protagonizaría la adaptación del famoso bestseller *Bombas a la luz de las velas*, la popularidad de éste a nivel mundial había subido como la espuma, y ahora

era lo que Logan denominaba un «personaje de primera categoría informativa».

Los diferentes fotógrafos *freelance*, que recogían imágenes para tratar de venderlas a la prensa internacional, se habían centrado en él, así como los empleados de las revistas juveniles, que sabían que una buena toma de ese chico lograba que se agotara toda una tirada.

Tras el paso del actor, tocaban las fotos de la pareja, y ambos posaron juntos, fingiendo que sus posturas, los besos y los arrumacos de complicidad eran naturales, cuando yo sabía que estaban ensayados hasta en el último detalle para lograr que salieran unos buenos pósteres para decorar habitaciones con las paredes vacías.

De esta manera, llegó nuestro turno. En la primera foto, que quisieron llamar «fotografía de familia», estábamos unos treinta miembros del equipo y logré, disimuladamente, colocarme en la última fila, donde apenas se me veía. Sin embargo, en la segunda, eso era misión imposible.

—Te vas a poner con Clarisse, Sam, Miriam y conmigo —me dijo Logan, que había acudido a saludarme.

—No creo que sea adecuado; al fin y al cabo, vosotros sois el productor, la directora y los protagonistas..., yo no soy tan importante —murmuré, y no por falsa modestia, sino porque realmente no creía encajar con unos cargos tan importantes.

—¡Y tú la creadora! No hay más que hablar.

De nuevo, y con las piernas como flanes, me subí a la alfombra roja y me enfrenté a los fotógrafos ocultos por sus grandes objetivos. Sam se colocó a mi lado y sujetó con una mano a Miriam y con la otra me agarró de la cintura, rodeándome con su brazo para que no me cayera de un momento a otro.

«Mierda, yo, que no quería llamar la atención, y Sam se pone a mi lado colocándome una diana en la cara para los flashes», me dije mientras trataba de sonreír y me situaba un poco de lado, como había visto que hacían las famosas durante mi espera.

Me sentía ridícula, cada sonrisa que ponía se me antojaba falsa, y estaba segura de que incluso Clarisse, que estaba a mi otro lado con su cara de «odio estas parafernalias, dame una cámara», posaba mejor y más natural que yo.

—¿Quién es la del vestido rojo? —oía que se preguntaban los unos a

los otros para acabar encogiéndose de hombros.

«Si es que nadie me conoce..., ¿qué hago yo aquí?»

—Es Bianca Langreo. —Oí su voz y, pese a ser indiferente, ésta volvió a atravesarme de nuevo.

—¿Y? —se desesperó el fotógrafo.

—Danos algún dato más, porque el nombre no me dice nada —se sumó uno de sus compañeros.

—Es la guionista de la película —explicó Matteo.

—Nadie importante... —sentenció el otro.

No podía verlo, puesto que en esos momentos nos habían dicho que teníamos que mirar a la derecha e ir girando lentamente hasta que todos lograsen una buena pose y éste se encontraba a la izquierda.

—También es la guionista de *Bombas a la luz de las velas* —agregó Matteo, y por un instante dudé de si su voz sonaba un poco molesta por la consideración de «nadie importante» que había hecho el fotógrafo de mi persona. Debían de ser imaginaciones mías.

—¿*Bombas a la luz de las velas*? —preguntó otro.

—Sí.

—¿Dices que tenemos juntos a la directora, al productor, a la guionista y al protagonista de la adaptación? —consultó un tercero en voz alta.

—¡Creo que hoy voy a sacar un pellizco más grande del que imaginaba!

Inmediatamente noté cómo la revelación había calado en los demás fotógrafos, que ahora se afanaban en sacar, además de la imagen de *En el baúl de los recuerdos*, una fotografía del equipo al completo de *Bombas a la luz de las velas*, recortando a una Miriam que cada vez parecía más molesta.

«Por nada del mundo me gustaría ser la persona con la que la artista descargara toda esa rabia una vez se quite la máscara después del *photocall*», me dije antes de girar hacia la izquierda y ver a Matteo a través de las luces blancas de los diferentes flashes.

Estaba radiante, como siempre, y, aunque trataba de que no se le notara, distinguí cómo me miraba por el rabillo del ojo y quedaba impresionado al ver mi vestido. Desde ese mismo instante, comencé a posar para él y sonreír me resultó más fácil. Mis labios se curvaron para él de manera natural, un gesto que me salía solo.

Terminamos y me tocó enfrentarme por primera vez a la prensa, que insistía una y otra vez con las mismas preguntas:

—¿Cómo te enteraste de que eras la guionista de *Bombas a la luz de las velas*?

—¿Sientes presión por tener que adaptar una obra con ese número de ventas?

—¿Has comenzado o tienes alguna idea sobre cómo hacerlo?

—¿Vas a ser fiel al libro?

—La valoración de la crítica de *En el baúl de los recuerdos* es positiva, ¿eso te da fuerzas para enfrentarte a un segundo proyecto con tantas expectativas como es la obra de Christopher W. F.?

Yo contestaba como podía, un poco asustada por si revelaba más de la cuenta. No me había preparado para dar ninguna entrevista. De hecho, no me consideraba alguien tan importante como para que la prensa se molestara en interesarse por mí. Pero estaba comprobando que tal vez eso no fuera del todo cierto.

—¿Qué opinas de los rumores que dicen que consiguió el guion tras mantener una relación sentimental con el autor?

—¿Qué? —Me quedé blanca, sin saber cómo reaccionar. No me esperaba esa pregunta. Y menos cuando ni siquiera el nombre de Matteo había salido a la luz como el verdadero autor.

—Perdona, Bianca, pero te buscan en producción —me salvó Sam de la pregunta indiscreta.

Anduvimos hasta el interior del salón con el cóctel y, una vez fuera de los objetivos de la prensa, hablé asustada por lo que pudiera pensar de mí:

—Te juro que yo no he contado nada de lo que ocurrió entre tu hermano y yo. No sé cómo se ha enterado o qué sabe ese hombre para hacerme esa pregunta.

—Lo sé —aseguró Sam, sonriéndome con cariño. Las cosas con él habían vuelto a su cauce—. Fue la secretaria de Matteo. Intentó mantener una relación con él —una punzada de celos me partió en dos— y, cuando la rechazó —suspiré tranquila—, ella decidió vengarse. Por contrato, si revelaba la verdadera identidad de mi hermano o cualquier dato, tendría que indemnizarlo con una cantidad astronómica de dinero, así que decidió pagarla contigo.

—¿Conmigo? ¿Por qué?

—Porque te culpa de haberle «robado» a su hombre o algo así. Matteo descubrió que estaba intentando filtrar a la prensa información para desacreditarte y desprestigiarte, y no dudó un minuto en despedirla y amenazarla con una denuncia si no cesaba en su empeño de destruirte profesionalmente.

—¿Eso hizo por mí?

—¿Acaso lo dudas? —me preguntó extrañado—. Que su cabezonería le impida perdonarte no quiere decir que hayas dejado de importarle. De hecho, en cierta manera, creo que eso no ocurrirá nunca. Espero que mis intentos de ayudaros traspasen algún día su dura cabezota y le permitan ser feliz —añadió guiñándome un ojo.

—¿Ayudarnos?

Era la primera vez que hablábamos abiertamente del tema, y lo que menos me esperaba es que su hermano, en lugar de decirle que era una persona desequilibrada después de lo que había hecho, fuera mi aliado.

—¡Ya era hora de poder aconsejar a don Perfecto! Estoy disfrutando siendo yo el que aconseja y él el que se equivoca. Cambiar los roles está siendo de lo más satisfactorio.

Ambos miramos a Matteo, que en ese momento estaba rodeado de un par de modelos que trataban de captar su atención mientras él no nos quitaba el ojo de encima. Debió de darse cuenta y, en un intento vano de ser disimulado, se giró para incorporarse a una conversación que, saltaba a la vista, no le interesaba en absoluto.

—Creo que la testarudez y el orgullo vienen de familia —contraataqué aprovechando que sacaba el tema. Llevaba tiempo queriendo hablar con Sam de un asunto y no iba a dejar pasar la oportunidad.

—No sé a qué te refieres... —bromeó.

—Esta tarde he ido a ver la película —comencé.

—Se me había olvidado preguntártelo: ¿te ha gustado, ahora?

—Me ha encantado, pero no era eso lo que quería decirte.

—No irás a pedirme un autógrafo, ¿verdad? Porque debo reconocerte que hoy ya he agotado todas las ideas que tenía para las dedicatorias de la firma... —continuó riendo.

—No —sonreí—. Después de lo que acabas de decirme, he decidido probar a dar consejos para ver si es tan satisfactorio como afirmas.

—Soy todo oídos.

—Esta tarde he ido a ver *En el baúl de los recuerdos* con mi sobrino,

como has podido observar, mi hermana y unos amigos, Lucía entre ellos. —Se tensó, y supe que estaba haciendo lo correcto. Su actitud no cambiaría si ya no le importara mi amiga.

—No...

—Ella nunca habla del tema —lo corté—. No me ha pedido ayuda ni me ha reprendido por causarle tanto dolor...

—¿Dolor? —Parecía extrañado.

—Sí, ha sufrido mucho desde que decidiste cortar algo que todavía no había empezado. Lucía nunca estuvo de acuerdo, y todo lo que te dijo por teléfono le salió directamente del corazón. Fui yo la que la obligó a engañar y a mentir, y sospecho que en el fondo lo hacía porque no quería ni podía perder el contacto contigo. Seguir mi estúpido juego era la única manera que la pobre tenía para conocerte y, conforme sabía más de ti, más necesitaba hacerlo. Tú no fuiste el único que compartió sus recuerdos más duros. —Noté que le cambiaba la cara al recordar lo traicionado que se había sentido al ser consciente de que todos habíamos oído la dura historia con su ex novia—. Lucía *nunca* —puse especial énfasis en la última palabra— nunca había hablado del accidente en el que fallecieron sus padres. Estábamos esperando que se sincerara, pero no había manera, y lo hizo evadiéndose del manos libres del teléfono y entrando en una realidad en la que sólo estabais vosotros dos. Esa intimidad le permitió abrirse con la primera persona que se sentía cómoda, el chico por el que estaba dispuesta a abandonar su existencia nómada y establecerse para compartir su vida...

—No sé qué decir —contestó finalmente.

—Mi hermana asegura que la gente debe decir menos y hacer más. Hoy, cuando he visto la cara con la que te miraba a la sombra de la butaca cuando has salido al escenario, lo he tenido claro: si hay dos personas que se merecen un final feliz en esta historia sois vosotros. Es por eso por lo que sólo quiero darte un dato y tú puedes usarlo como mejor te convenga: Lucía estará mañana desde primera hora frente al monumento del lago del parque de El Retiro, vendiendo figuritas para una causa benéfica.

Logan apareció en esos momentos, con lo que nuestra conversación quedó en el aire.

—Sam, te estaba buscando. ¡Vamos, que la gente se está sentando y tú tienes hueco en primera fila! —exclamó excitado por tanta actividad.

—Lo siento, Bianca, pero tengo que irme —se disculpó.

—Ya sabes que tú también tienes un sitio si quieres —me recordó Clarisse, que llegaba en esos momentos.

—Prefiero disfrutarla con los míos, pero gracias.

Los tres entraron. Me giré para buscar a mis acompañantes y vi que ellos me habían localizado antes y se encontraban exactamente a mi espalda.

—Lo que acabas de hacer te honra —me dijo Pascual dándome un pequeño abrazo.

—Lucía se lo merece, ¿no? —pregunté sabiendo que habían escuchado toda la conversación.

—¡Y más! Aunque nuestra pequeña hippie esté decidida a hacerme la vida imposible con ese perro que devora todas y cada una de mis pajaritas —bromeó uniéndose al abrazo Javier. *Patitas* tenía su guerra particular con el complemento favorito de nuestro amigo, y aún no me atrevía a afirmar quién resultaría vencedor.

—Yo quiero agregar algo —interrumpió Ana, que estaba apartada con Lucas—. He podido oír cómo utilizabas una de mis frases favoritas...

—¡No irás a pedirle que te pague derechos de autor, que es tu hermana! —bromeó Lucas.

—Con ese humor que tienes y ese cuerpo de infarto cada día tengo más claro que, si fueras hetero, a mí no te me escapabas —añadió ella riendo, y Javier fingió estar ofendido lanzándose a los brazos de su novio—. Igual que tú te preocupas en analizar cómo Lucía mira a Sam, yo lo hago contigo y el misterioso autor que lleva una doble vida. Quiero recordarte una frase que tú misma escribiste para tu película, puedes usarla como mejor te convenga. —Me imitó—: Pequeña, ante esta situación tienes dos opciones: puedes quedarte en casa y pensar en lo que podría haber pasado o armarte de determinación e ir a luchar por construir tu propio baúl de los recuerdos junto a la persona que siempre estuvo destinada a ello.

Me disponía a contestar algo cuando sentí una piel cálida acariciando mi mano. Un escalofrío me recorrió la espalda hasta calarme en los huesos e inundarme de calor. Me volví justo a tiempo para ver cómo Matteo pasaba de largo, y me pregunté si de verdad me había rozado de manera casual o su mera presencia producía en mí ese efecto.

CAPÍTULO 28

Pese a que me insistieron, dejé a mis amigos solos en la fiesta de la discoteca de moda tras el éxito de la película. Quería estar descansada para la promesa que le había hecho a Lucía de ayudarla al día siguiente a montar el puesto en el pulmón de la capital llevando las pesadas cajas. Y menos mal que lo hice, porque dudaba haber sido capaz de transportarlas si mi enemiga la resaca me hubiera visitado.

Una vez terminada la faena, agotada por el esfuerzo, aproveché que iba vestida con ropa deportiva, unas mallas oscuras y una camiseta ancha de tirantes para salir a correr, ya que estaba en El Retiro.

Calenté un rato y me puse a correr con mis piernas como el mejor de los vehículos. La adrenalina que se liberaba con el ejercicio siempre me había permitido pensar y aclararme la cabeza. Era como si, con cada zancada, diera un paso más averiguando qué rumbo quería que tomara mi vida.

Recorrí los diferentes parques y caminos y me empapé de toda la gente que veía a mi alrededor: las familias con los niños que aprovechaban el césped para jugar, los turistas maravillados con el espectáculo de la naturaleza, las parejas de adolescentes que se daban sus primeros besos y, cómo no, los solitarios, que recorrían los senderos buscándose a sí mismos al igual que yo.

Estuve al trote unos quince minutos y después anduve cuarenta y cinco más. Paré para recargar fuerzas en un pequeño quiosco que había frente al puesto de mi amiga. Pedí una botella de agua y la bebí a pequeños sorbos mientras me abrazaba a mí misma al notar cómo el viento me azotaba en la piel sudada.

Iba a ir con Lucía cuando de nuevo fui testigo de un momento que no me correspondía.

Con su altura y las vueltas que daba alrededor del mismo seto, no me costó distinguir a Sam. Javier y Pascual me habían dicho que no había ido a la fiesta de después, bromeando acerca de que tenía que discutir algo con la almohada. Ahora sabía que era verdad y que se había decantado por

escuchar a su corazón mientras dormía.

Para que no me viera y no poder así romper la magia de su encuentro, me agazapé detrás de un arbusto y crucé los dedos con fuerza, intentando que mi determinación lo traspasara y fuera capaz de acudir junto a Lucía.

El chico vestía unos vaqueros y una sudadera. No parecía un vestuario pensado para conocer a la mujer de sus sueños, y supuse que tal vez había salido a la calle a hacer algún recado y sus inteligentes pies lo habían guiado, aun sin él saberlo, al lugar donde estaban depositados todos sus pensamientos.

—Vamos, venga, ve a su encuentro —susurré, y una pareja que estaba a mi lado me miró como si fuera una loca que hablase sola.

Dio la sensación de que mis palabras se habían fundido con el viento y habían alcanzado a Sam, que asintió categóricamente, arrancó una de las pocas flores que quedaban en invierno y, sin dar tregua al temor de dar marcha atrás, se dirigió sonriente al puesto de Lucía.

Pasó por delante de mi amiga, que lo distinguió. Las manos comenzaron a temblarle y se le cayó una figura, que partió en mil pedazos. El actor había pasado de largo.

—¡No, no, no! —grité, confirmando a mis vecinos que estaban en lo cierto cuando me creían desequilibrada.

Entonces sucedió. Lucía permanecía sin moverse con la cabeza baja y Sam se detuvo. Lentamente, se giró hasta que sus miradas se encontraron y supe que ya no tenían escapatoria: habían caído rendidos el uno del otro. Él se le acercó y Lucía salió para saludarlo con dos tímidos besos que suponían el principio de toda una vida.

Contenta porque hubieran obtenido lo que se merecían, me giré para no robarles un segundo más de su historia. Los ojos se me inundaron de lágrimas y comencé a llorar de felicidad por mi amiga. Me estaba limpiando cuando tuve mi propia revelación. Ana llevaba razón y yo no podía esperar más el momento adecuado para ir a hablar con Matteo, porque lo cierto era que no existía. Nunca iban a darse las circunstancias perfectas para encontrarme con él. De hecho, no podía esperar un futuro que tenía idealizado en el que había transcurrido el tiempo preciso para que él pudiera perdonarme. No, sólo tenía el aquí y el ahora, y eso era más que suficiente.

Sin darme tiempo a cambiar de opinión, corrí al coche y fui directa a

casa de Matteo. La puerta estaba abierta para unos trabajadores que metían cajas en un camión de mudanzas.

¿Podía ser que Matteo se fuera? ¿Se habría ido ya? ¿Era demasiado tarde?

No me detuve y crucé el umbral de su puerta ante la cara desconcertada de los empleados.

—¿Matteo? ¿Matteo? ¿Matteo? —grité sin obtener respuesta.

Recorrí las diferentes estancias y comprobé que lo único que estaban cargando eran los muebles de mi misterioso autor, nada de Sam.

—¿Matteo? ¡Soy Bianca! —exclamé.

Nada.

Llegué hasta su despacho y comprobé que todas sus cosas estaban empaquetadas, con lo que la habitación había quedado vacía. Ese sentimiento me caló y tuve que sentarme en la silla de su escritorio, conteniendo el dolor que me inundaba. Había llegado demasiado tarde. Se había marchado. El viajero bohemio, ese hombre que yo amaba, podía estar en cualquier lugar del mundo. Lejos de mí. Lejos del nosotros que yo quería formar.

—Señorita —me interrumpió una mujer de mediana edad—. ¿Se encuentra bien? —me preguntó un tanto asustada.

—Sí —contesté sin vida en la voz.

—Buscaba al señor Matteo, ¿me equivoco? Imagino que no le ha dicho que ya no vive aquí —dijo la mujer, confirmando así mis peores temores.

—No, lo lamento. —Me puse de pie—. Ya me marchó.

—No es necesario. —Oí la voz de Matteo a mi espalda mientras se abría la puerta del patio trasero—. He venido a recoger algunas cosas —explicó—. Almudena, déjenos, ya me encargo yo.

Me indicó confuso que lo acompaña a la fuente del jardín donde lo esperaban los perros. Me miraba desubicado, sorprendido por mi irrupción. Vestía un vaquero que complementaba con su cazadora de cuero, lo que le confería un aspecto desenfadado.

—Bianca, no te esperaba...

—¡Hay algo que tengo que decirte y no acepto una negativa como respuesta!

—Te escucho —cedió, prestándome toda su atención interesado.

—Lo siento...

—Ya hablamos de ese tema...

—¡No me interrumpas! —exclamé, y él asintió—. Lamento lo que hice, pero siento no haber luchado por remediarlo. Rompí la tela que nos unía pero no usé los medios de los que disponía para coserla de nuevo. Sí, lo estropeé, pero todo el mundo tiene derecho a equivocarse. —Hice una pausa para coger aire—. Una vez me dijiste que odiabas los convencionalismos, pues bien, te encuentras ante el mayor de tu vida: chica conoce a chico y se enamoran, la chica la caga y, pese a que ambos tienen un sentimiento tan fuerte que les destroza las entrañas, ceden ante el orgullo y se separan. ¿Sabes lo que pasa? Que se que lo superaré, que probablemente acabe conociendo a otra persona, me case y forme una familia.

—Entonces...

—¿Y sabes qué más sé que pasará también? Que estaré el resto de mis días preguntándome cómo podría haber sido mi vida a tu lado, dudaré si lo que siento por el hombre con el que he compartido mi tiempo en la Tierra es amor o simplemente conformismo porque nunca tuve a la persona que verdaderamente ponía en marcha el engranaje de mi corazón y, cuando por las noches esté dormida, cederé a la inconsciencia y soñaré contigo, y sólo en esos momentos rozaré lo que podría haber sido la felicidad. ¡No quiero vivir una mentira! ¡No deseo un futuro de sentimientos a medias! ¡Necesito que mis días estén cargados de amor y pasión y no de nostalgia y resentimiento!

—Bianca...

—¡Deja que termine! —grité—. El ser humano es el único que puede tener frente a sus narices lo que necesita y dar vueltas a su alrededor sin estirar la mano para cogerlo. ¿Sabes en qué instante me he dado cuenta de que esto no puede seguir así? Hoy, en el parque. Estaba en El Retiro corriendo y he visto a una pareja de ancianos que daban de comer a las palomas. Nunca he deseado tener su edad, de hecho, siempre he temido hacerme mayor, pero hoy los he envidiado porque he supuesto que, para llegar a ese punto, deben de haber pasado una larga vida juntos, en la que cada arruga está inundada de un recuerdo de ambos, recuerdos comunes. Me he imaginado con el pelo blanco andando agarrada de tu mano y he experimentado la felicidad. Me he dado cuenta de que no me asusta el final del camino de la vida si eres tú el que anda a mi lado. —No pude contener las lágrimas, que empezaron a caer por mi rostro—. No soy perfecta,

tengo millones de defectos, y te aseguro que habrá días en los que desearás no haberme perdonado, pero aun así te lo pido: danos una oportunidad porque sólo juntos podemos sacar lo mejor de cada uno. ¡Los dos somos creativos, joder, inventemos una solución para poder seguir siendo los protagonistas de nuestra historia!

—¿Has terminado? —Asentí cansada—. Me estoy mudando.

—Lo sé.

—Sam se merece su propio espacio y yo me he decidido a alquilar un pequeño apartamento en el centro.

—¿Alquilar? —Me extrañó, puesto que aquella casa era suya—. ¿No te vas de Madrid?

—Yo pagué las cuatro paredes, pero Sam lo transformó en un hogar, así que creo que tiene más derecho de quedárselo. Yo necesito buscar mi propio espacio. Y no, no me voy de Madrid, al menos, no hoy ni mañana; pasado, Dios dirá. Ya sabes que nunca he sido muy amigo de las rutinas. —Sonrió—. Como te he dicho, me estoy mudando. Llevo varios días metiendo mis pocos muebles y libros en cajas para trasladarlos siempre con la sensación de que me olvido de algo. Le he dado vueltas, he hecho una lista e incluso le he pedido ayuda a Sam, pero no éramos capaces de averiguar de qué se trataba y era bastante frustrante.

—¿Y ya lo sabes?

Matteo se acercó hasta colocarse enfrente de mí. El aire circulaba entre nosotros y, aun así, ya podía sentirlo. ¿Cómo no hacerlo si se había metido en mi piel, en mi cuerpo, en la sangre que recorría mis venas?

—Sí, y fue gracias a tu ayuda de anoche.

—¿Mi ayuda? Si ni siquiera hablamos... —murmuré escéptica.

—No hizo falta. A veces las verdades más importantes se transmiten sin necesidad de que las palabras intervengan. Simplemente aparecen frente a ti y no tienes más remedio que mirarlas. Lo que olvidaba, esa sensación de que estaba perdiendo algo, de que entre esas cuatro paredes faltaba lo más importante... eras tú. Cuando te vi con tu vestido rojo, para mí el cine estuvo completo y me di cuenta de que, irremediamente, cualquier lugar estará vacío en mi vida si no lo llenas con tu presencia. Me cuesta admitirlo, pero ya no sé cómo se vive sin ti. Toda la independencia se ha esfumado de mi vida, puesto que tú eres la pieza más importante que me completa. Antes has dicho que tienes muchos defectos y que metes la pata a menudo, pero ¿sabes lo que ocurre? Que te quiero tanto que incluso

amo la peor versión de ti misma. ¿Y sabes lo que estaba pensando en el jardín hasta que me has interrumpido? En cuál sería la carretera más rápida para correr a tu lado, decirte lo mucho que te necesito, insistirte para que olvidaras los malos momentos que ambos hemos pasado y pedirte que volvieras a formar parte de mi vida y regresaras a ese lugar a mi lado que nunca deberías haber abandonado.

No me esperaba esa respuesta, y sólo pude echarme a reír de alegría agarrando sus manos con fuerza.

—Así pues, ya que me he adelantado a tu escena final de película, también quiero ser la primera en robarte un beso —repuse.

Perdida en sus ojos azules cristalinos, me lancé a sus brazos y fusioné mis labios con los suyos en un beso que se transformó en el sello perfecto de un amor eterno.

EPÍLOGO

Un año y medio después

De nuevo, el verano inundaba Madrid con días llenos de cielos despejados, calor y todas las personas disfrutando de sus calles lejos de las cárceles de cuatro paredes. Había sido un año y medio bastante fructífero para mí, tanto a nivel personal como sentimental.

Acepté el reto de comenzar una nueva vida con Matteo, y no me arrepiento de ello. La aventura de compartir nuestro primer hogar estuvo cargada de noches de invierno arropados al calor de las mantas y tardes de primavera cenando en la terraza. También habían existido discusiones por las lavadoras, por quién hacía la comida o por si había sido él o yo quien no había bajado la tapa del retrete. ¡Me encantaba pelear! Y ¿por qué? Porque después venían las reconciliaciones, y eso, señoras y señores, era lo que yo denominaba «un viaje sin escala y en asiento vip a las estrellas».

Ambos nos acoplamos a la vida del otro, y mientras él descubrió la tranquilidad de formar un hogar, yo viví aventuras a lo largo y ancho del mundo con el escritor a quien le gustaba experimentar todos los días de su vida. Recorrimos cada centímetro de la Tierra que nos permitió el cuerpo, disfrutando cada segundo como si fuera el último hasta que llegara Elena, esa pequeña que ocupaba un espacio dentro de mi vientre y que tanta ilusión había traído a nuestro mundo ya antes de nacer. Nos imaginábamos los ojos de nuestra futura hija empapándose de todo lo que había a su alrededor mientras nos acompañaba en unas aventuras que ahora también serían suyas.

Además, el embarazo no me había supuesto ningún problema para terminar el guion de *Bombas a la luz de las velas* y enfrascarme en otro, en esta ocasión, un thriller de terror con el que estaba pasando algún que otro susto mientras lo escribía.

De hecho, ese día todos habíamos quedado con motivo del estreno de *Bombas a la luz de las velas*. En vez de ir a la alfombra roja, nos habíamos decantado por hacer un pequeño pícnic en las montañas del cerro de

Vallecas, en el parque «Las Siete Tetas», desde las que se podía ver cómo caía el sol en el atardecer más hermoso de todo Madrid. En cierta medida, lo había agradecido, puesto que me habría visto un poco agobiada con el bombo entre tanta gente.

Matteo y yo fuimos los primeros en llegar y colocamos el mantel de cuadros y las dos tortillas que habíamos preparado.

—Ya sabes que la que está rota es la tuya y la que ha salido bien es la mía —me recordó.

—¡Nadie te va a creer! ¡Todo el mundo supondrá que la joven casera ha cocinado perfectamente y el autor bohemio no ha sabido darle la vuelta a la tortilla! —bromeé.

Me había salido un estropicio de tortilla de patatas y llevaba toda la tarde amenazando con que diría que era suya.

—Elena, no hagas caso a tu madre —dijo Matteo hablándole a mi barriga—. ¿Tú te crees, enseñarle ya a mentir a la niña...? Ya sabes que te han dicho que el feto siente lo mismo que la madre..., así que debes tener una conducta intachable hasta que nazca.

—¿Es que acaso no te enseñé nunca a cocinar? —preguntó Javier, que subía en esos instantes con Lucas y lo había oído todo.

Su relación había seguido y ahora compartían un pequeño chalet a las afueras. Por cierto, tal vez la «venganza» de Lucas había sido lo mejor que le había ocurrido en la vida a mi amigo. Y es que... el modelo lo obligó a matricularse en un curso a distancia de producción cinematográfica para que así se convirtiera en productor en realidad y pudieran decir con la cabeza bien alta que no existían mentiras entre ambos. Lo curioso es que, al parecer, Javier había encontrado casi a los treinta años su verdadera vocación, y ya estaba de prácticas en Chance Productions, donde conseguiría un puesto fijo en pocos meses si todo seguía así.

—¿Dónde dejó el pisto? —preguntó Lucas.

—Encima del mantel —aclaré.

—¿Pisto? ¡Quién te ha visto y quién te ve! Hace unos años habrías dicho que era poco chic y muy rural —bromeó Pascual.

Pese a que hacía meses que no vivían juntos, Javier y él estaban en contacto casi a diario. Lucas decía que daba la sensación de que ambos necesitaban discutir una vez al día aunque fuera por teléfono para irse a gusto a la cama.

Pascual acabó terminando su relación con Azucena, pese a que puso

todo su empeño en que la cosa funcionara. Una vez soltero, no sabía si encontraría pareja, si su destino era estar ligado a otra persona, pero había una cosa que tenía clara: quería ser papá, tener un hijo. Por este motivo, había empezado los trámites de adopción hacía algunos meses. No sabíamos cuánto tiempo tendría que esperar antes de tener a un pequeño, pero no me cabía la menor duda de que éste sería un afortunado, existía poca gente en el mundo tan especial como nuestro ingeniero tatuado.

—Es insoportable —anunció Ana, que venía cargada con mis dos sobrinos.

—¿Qué?

—¡Los dos famosos! Los paran cada cuatro metros para hacerles una foto... Los he dejado por detrás, así que ya subirán cuando puedan.

Supe que hablaba de Lucía y de Sam antes de asomarme y ver la melena pelirroja de mi amiga meciéndose al viento.

—¿De qué van hoy? —pregunté.

—Me parece que de una perrera o algo así —murmuró Hyobin, que ya había comenzado a comer tortilla.

Lucía y Sam habían empezado una relación desde aquella mañana que ambos se reencontraron por fin en El Retiro. Al principio no había sido fácil, ya que el carácter reservado e íntimo de mi amiga desentonaba con la fama que rodeaba al joven. Los paparazzi los seguían allá adonde iban, y las fans les pedían fotografías a todas horas y en todas partes. Sin embargo, Lucía acabó viendo la parte positiva de la historia, y es que estar con la estrella del momento le permitía dar propaganda y ser portavoz de todas las causas que defendía. De esta manera, en cada aparición pública tenían la costumbre de llevar ropa con mensaje. Me explico: ambos habían incorporado a sus prendas complementos en los que reivindicaban cualquier actividad solidaria para darles publicidad y difusión de manera gratuita. Así, la voz de esa gente que tanta ayuda necesitaba llegaba a millones de personas a través de ellos. De hecho, muchos medios decían que eran la pareja más influyente de la década, y ellos usaban su poder para respaldar a aquellos que no lo tenían tan fácil en la vida.

—Ven, vamos a ver el atardecer —me llamó Matteo, obligándome a acudir a su lado.

—Si lo he visto miles de veces —refunfuñé, puesto que la movilidad con mi barriga era un esfuerzo complicado.

—¡Serás egoísta! Tú sí, pero ella no —replicó señalándome el

vientre—. Hasta que pueda tenerla en mis manos, tú eres sus ojos, y quiero que la inundes de vistas preciosas.

Sonreí consciente de su detalle natural y, en lugar de mirar cómo el sol se ocultaba tras la muralla de edificios, lo miré a él, puesto que no concebía una imagen más bonita ni que pudiera transmitirle tanto como la de su padre.

Clic.

—Ya sé que nadie toca tu Nikon, pero estabais ideales para una fotografía —se apresuró a decir Lucía, que ya había subido y tenía mi cámara entre las manos mientras Sam soltaba a *Patitas*.

—¡Déjame verla y, si está bien, me replantearé el asesinato! —bromeé.

Me tendió la cámara y le di al botón para ver la imagen en la pantalla. Algo captó mi atención y pulsé el zoom. Casi me caigo de culo ante la revelación que tuve en ese instante.

Allí estábamos los dos, en el mismo escenario donde esta historia había comenzado, con un atardecer similar al de ese día. Matteo miraba al infinito mientras que yo sólo le prestaba atención a él, y ése fue el detalle que me abrió los ojos: mi mirada.

Durante meses había creído que Sam era la persona que me había inspirado la narración que cambió mi vida, y ahora sabía que no había sido así. Era su mirada lo que había capturado en una fotografía, pero era la sensación de amor que irradiaba la que había activado mi escritura. Un sentimiento exactamente igual que el que podía observarse en el retrato que acababa de tomarme Lucía. Supe que Matteo siempre había sido el protagonista, una persona capaz de provocar que los demás lo mirasen así. Un hombre capaz de despertar lo mejor en los seres humanos que lo rodeaban, la única persona capaz de hacer que el verbo *amar* pueda explicarse gráficamente en una mirada.

Matteo había logrado lo que yo llevaba buscando toda la vida: ser tan feliz que eso se transmitiera y se reflejara simplemente con mirarme a los ojos.

Biografía



Alexandra Roma (Madrid, 1987) es licenciada en Periodismo, con un máster en guion de ficción y dirección cinematográfica. Escritora de novelas románticas, guionista de cine y periodista de cultura, actualidad, política y sucesos. Además, ha participado en el departamento de dirección de algunas series televisivas españolas. Ha publicado con el Grupo Planeta *Un océano entre tú y yo*, Esencia, y la bilogía formada por *Aura cambia las zapatillas por zapatos de tacón* y *Aura tira los tacones y echa a volar*, Click. Entre sus otros títulos literarios encontramos *Sangre y corazón: Juicio de genes* y *Latidos de una bala*.

Encontrarás más información de la autora y su obra en:

Facebook: Alexandra Roma

@AlexandraManza

Notas

[1] *La gozadera*, Magnus/Sony Music Latin, interpretada por Gente de Zona feat Marc Anthony. (N. de la E.)

[\[2\]](#) *Tu jardín con enanitos*, WM Spain, interpretada por Melendi. (N. de la E.)

[\[3\]](#) Véase nota 2.

[\[4\]](#) Véase nota 2.

Capturé tu mirada en una fotografía
Alexandra Roma

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la cubierta: Grafiz / Shutterstock
© de la fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Alexandra Roma, 2016
© Editorial Planeta, S. A., 2016
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edicioneszafiro.com
www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición: enero de 2016

ISBN: 978-84-08-14941-5

Conversión a libro electrónico: Àtona-Víctor Igual, S. L.
www.victorigual.com